



Cumbres Borrascosas
EMILY BRONTË

Lectulandia

Según Lovecraft *Cumbres Borrascosas* es una historia totalmente aparte como novela y como obra literaria de terror, con sus enloquecidos paisajes y las vidas atormentadas y violentas que en ellos se desarrollan. Heathcliff, variante del héroe malvado byroniano, es un niño raro y huraño que aparece abandonado en la calle; sólo habla una especie de extraño galimatías, y es adoptado por una familia. Entre Heathcliff y Catherine Earshaw —hija de la familia de acogida— nace un vínculo más profundo y terrible que el amor humano.

El misterioso terror de Emily Brontë no es un mero eco gótico, sino la tensa expresión del estremecimiento del hombre ante lo desconocido. En 1846, tres de las hermanas Brontë, se propusieron escribir una novela cada una. La primera en llegar a las librerías fue la de Charlotte, *Jane Eyre*, un melodrama gótico que tuvo un éxito inmediato. Anne escribió *Agnes Grey*, y Emily la inmortal *Cumbres Borrascosas*, una historia de amor imposible que se prolonga más allá de la muerte.

Lectulandia

Emily Brontë

Cumbres borrascosas

Valdemar - Gótica 55

ePub r1.0

Titivillus 08.03.18

Título original: *Wuthering Heights*

Emily Brontë, 1847

Traducción: Rafael Santervás

Ilustración de cubierta: Caspar David Friedrich: *Cabaña bajo la nieve* (hacia 1827)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EMILY BRONTË: LA TRAGEDIA GÓTICA

Antonio José Navarro

«En mi vida, he tenido sueños que se han quedado conmigo para siempre y han transformado mis ideas, han penetrado muy hondo en mí y, como el vino en el agua, han cambiado el color de mi mente».

Emily Brontë

1. Ya ha transcurrido algo más de un siglo y medio desde la publicación —en 1847 exactamente— de *Cumbres Borrascosas* (*Wuthering Heights*), única novela y prueba fehaciente del notable talento literario de Emily Brontë. No obstante, ni el tiempo ni todo lo que su paso trae consigo, han logrado alterar, ni tan siquiera mitigar, la morbosa fascinación ejercida por la obra en renovadas generaciones de lectores. Según argumentaba H.P. Lovecraft en *Supernatural Horror in Literature*, interesantísimo —y polémico— ensayo sobre literatura fantástica, *Cumbres Borrascosas* está «totalmente aparte como novela y como obra literaria de terror (...), con sus enloquecidos paisajes —los páramos desolados de Yorkshire— y las vidas violentas y atormentadas que en ellos se desarrollan. Aunque se trata ante todo de un relato sobre la vida, y sobre las pasiones humanas en conflicto y agonía, su marco épicamente cósmico da cabida a un horror de lo más espiritual. Heathcliff, variante del héroe malvado byroniano, es un niño raro y huraño al que encuentran en la calle de pequeño; sólo habla una especie de extraño galimatías, y es adoptado por la familia a la que al final arruina. Se insinúa repetidamente que se trata de un espíritu diabólico, más que de un ser humano; pero lo irreal se hace aún más patente cuando el visitante se encuentra con el espíritu lastimero de un niño en una ventana superior arañada por las ramas. Entre Heathcliff y Catherine Earnshaw nace un vínculo más profundo y terrible que el amor humano. Después de la muerte de ella, él turba su sepultura dos veces, y es atormentado por una presencia implacable que no puede ser otra que la del espíritu de Catherine. Este espíritu se va introduciendo en su existencia cada vez más, hasta que finalmente adquiere la convicción de que muy pronto se unirán místicamente. Dice que siente acercarse un extraño cambio y deja de tomar alimento. Por las noches sale a pasear o abre la ventana que tiene junto a la cama. Cuando muere, la lluvia bate las hojas de la ventana, aún abierta, y una extraña sonrisa inunda su rostro rígido. Le entierran en una sepultura junto al montículo que él ha visitado durante dieciocho años, y los pastorcillos dicen que aún pasea con su

Catherine por el cementerio y por los páramos cuando llueve. Sus rostros se ven a veces, también, detrás de esa ventana superior de *Wuthering Heights* en las noches de lluvia. El misterioso terror de Emily Brontë no es un mero eco gótico, sino la tensa expresión de la reacción estremecida del hombre ante lo desconocido. En este sentido, *Cumbres Borrascosas* se convierte en símbolo de una transición literaria, y marca el crecimiento de una escuela nueva y más vigorosa^[1]».

Quizás la atrevida reflexión de H.P. Lovecraft contenga varias de las razones por las cuales aún hoy la novela de Emily Brontë cautiva al lector. *Cumbres Borrascosas* representa la rebelión del Mal contra el Bien, y aún más, la rebelión del Maldito, del Paria, hacia una sociedad, hacia un universo que lo ha condenado arbitrariamente a la infelicidad más absoluta. Heathcliff, al serle negado lo único que habría hecho de él un ser humano —el amor de Catherine—, se convierte en un ser *demoníaco* —«lo que no puede explicarse ni por la inteligencia ni por la razón», según comentó el poeta y dramaturgo alemán J. W. Goethe a su secretario personal, Johann Peter Eckermann—, cuyo furor no puede contener ninguna ley, fuerza, convención o piedad de este mundo. Odia a la humanidad y la bondad sólo despierta en él sarcasmo y repugnancia. Sin ir más lejos, cuando descubre que la cuñada de Catherine está enamorada de él, la desposa inmediatamente para, de este modo, herir al marido de su amada, el mediocre Edgar Linton. Y, una vez instalado en el hogar conyugal, Heathcliff se apresura a repudiar a su mujer, para destruirla moral y físicamente. No en vano, Jacques Blondel^[2] trazaba un singular paralelismo entre algunos (anti)héroes de Sade —concretamente, el Saint-Florent de *Justine* (1787)— y el mismísimo Heathcliff. El Divino Marqués hacía exclamar al infame libertino: «¡Qué voluptuosidad la de destruir! No conozco nada que acaricie más delicadamente»; por su parte, Emily Brontë pone en labios de su héroe demoníaco la siguiente reflexión: «Si hubiera nacido en un país donde las leyes fueran menos rigurosas y los gustos menos delicados me daría el placer de proceder a la vivisección de esos dos seres, para pasar la velada entretenido». De ahí que no sorprenda en absoluto que Catherine —evidente *alter ego* de Emily Brontë, por lo que Heathcliff ilustraría una singular ensoñación erótica de su autora— llegue a revelar, en un pasaje del relato: «I am Heathcliff» (Yo soy Heathcliff).

Cabe considerar, pues, *Cumbres Borrascosas* como una tragedia gótica, ya que, como apuntaba Georges Bataille en un excelente ensayo sobre la obra de Emily Brontë, «el asunto de esta novela es la transgresión trágica de la ley», y aunque «el autor estaba de acuerdo con la ley cuya transgresión describía, fundaba la emoción en la simpatía que él experimentaba —y comunicaba— por el transgresor de la ley. La expiación —prosigue Bataille—, en los dos casos, está implícita en la transgresión. Heathcliff conoce antes de morir, mientras muere, una extraña beatitud, pero esta beatitud sobrecoge; es trágica. Catherine, que ama a Heathcliff, muere por haber infringido, si no en su carne sí en su espíritu, la ley de la fidelidad; y la muerte de Catherine es el “perpetuo tormento” que, por su violencia, soporta Heathcliff^[3]».

No obstante, la transgresión a la que alude George Bataille, presente en todas y cada una de las páginas de *Cumbres Borrascosas*, culmina —como no podía ser de otra manera en una novela gótica— en el más allá, en ese mundo intangible y oscuro donde el alma puede alcanzar definitivamente la felicidad que en vida le ha estado prohibida. Al final de *Cumbres Borrascosas*, los fantasmas de ambos amantes, Catherine y Heathcliff, son vistos por un pastor deambulando por los desolados páramos que cobijaron su amor. Un final «feliz» que sustituye la moral cristiana tradicional por una *amoralidad* (sobre)natural, que encuentra su máxima realización fuera del mundo físico, de la naturaleza y de la tierra. Volviendo a Bataille, el mundo de *Cumbres Borrascosas* es un mundo tenebroso y hostil. Pero también es el de la expiación. Y una vez la expiación se ha realizado, se vislumbra la felicidad, que es sinónimo de vida.

2. La vida de Emily Brontë está indisolublemente unida a la de su familia y, muy especialmente, a la de tres de sus hermanos: Charlotte (1816-1855), Patrick Branwell (1817-1848) y Anne (1820-1849), cuyos avatares personales y artísticos podrían haber inspirado perfectamente el argumento de una novela romántica^[4]; vidas y obras que, lógicamente, han sido objeto de estudio por parte de numerosos biógrafos e historiadores^[5]. Pero, sobre todo, Emily se sentía unida a los páramos de Yorkshire, cuyo poderoso carácter simbólico y telúrico, que sugiere un gótico universo polarizado entre el bien y el mal, entre lo terreno y lo sobrenatural, enmarca y espolea los deseos más desmedidos y salvajes, en nítida contraposición con los más rígidos cánones culturales y morales de la sociedad que la rodeaba. Como no podía ser de otra manera, Emily Brontë situó su novela en ese espacio lejano, abierto, terrible y provocativo, apartado del hastío causado por una convencional vida burguesa. Los páramos de Yorkshire atesoraron un vínculo vital con Emily que iba más allá de lo puramente físico, pues constituían el espacio de su libertad espiritual. Hasta qué punto Emily Brontë necesitaba sus páramos queda reflejado en un pasaje de *Memoirs of Emily Brontë by Charlotte Brontë*, escritas por su hermana: «Emily amaba los páramos. Para ella en los brezales más sombríos brotaban flores más brillantes que las rosas. De un tenebroso hueco en la lívida ladera de una colina, su espíritu podía hacer un Edén. Encontraba en los desolados campos solitarios muchos y gratos placeres, y no el menor ni el menos querido era el de la libertad^[6]».

Emily Jane Brontë nació en Thornton, Inglaterra, el 30 de julio de 1818. Dos años más tarde, su padre, Patrick Brontë, fue nombrado rector de Haworth, un pueblo situado en los páramos de Yorkshire, lugar al que desde entonces quedó ligada toda su familia. Patrick Brontë, quien en realidad se llamaba Patrick Brunty, era un irlandés de grandes inquietudes vitales e intelectuales, que trabajó como herrero, aprendiz de tejedor, maestro de escuela de su localidad natal, Drumballerony y, finalmente, clérigo. Patrick también demostró sus aptitudes literarias publicando dos libros: *The Cottage in the Woods* (1815) y *The Maid of Killarney, or Albion and*

Flora (1818), así como poesías, folletos y sermones. Así pues, Emily y sus hermanos crecieron en un ambiente donde la imaginación desbordada de su progenitor — durante sus estudios de teología cambió su apellido por Brontë, palabra derivada del griego y que significa «trueno»—, unida a su notable sed de conocimientos, contribuyó a que la infancia de Emily fuese un lugar maravilloso poblado por libros, arte, leyendas y juegos, por medio de los cuales la niña se evadía de la realidad cotidiana.

Al morir su madre, Mary Branwell, en 1824, a causa de un cáncer de estómago, Charlotte y Emily fueron enviadas junto con sus hermanas mayores, Mary (1814-1825) y Elizabeth (1815-1825), a un colegio en Cowan Bridge (Lancashire, noroeste de Inglaterra), un centro especial para hijas de clérigos cuyo fundador, el reverendo William Carus Wilson, gozaba de gran respeto y admiración entre todos los cristianos británicos de la época. Sin embargo, sus ideas docentes eran bastante turbias: para salvar el alma de sus alumnos y extirpar de ellos cualquier tentación pecaminosa, en Cowan Bridge se castigaba sus cuerpos haciéndoles pasar hambre y frío, aplicándose además severos castigos físicos. Debido a las infames condiciones de vida del internado, Mary y Elisabeth enfermaron de tuberculosis, y tras regresar al hogar familiar de Haworth con pronóstico de extrema gravedad, fallecieron meses después. Emily y Charlotte resistieron los rigores de la educación impartida por el reverendo, pero a consecuencia de su estancia en el colegio Emily siempre tuvo una salud frágil, hostigada por una latente tuberculosis que, al final, acabaría también con su vida. Buena parte de la espantosa experiencia que las hermanas Brontë vivieron en Cowan Bridge fue recogida por Charlotte en su novela *Jane Eyre*, a la hora de retratar Lowood y su pavoroso propietario, Mr. Blocklehurst, alter ego literario del reverendo Carus Wilson.

Rescatadas por su padre, Charlotte y Emily regresaron a Haworth, junto a Anne y P. Branwell, lo cual estrechó aún más sus lazos afectivos. Para divertirse —«por residir en una región apartada en la que la cultura no estaba muy extendida y en la que, en consecuencia, no teníamos ningún estímulo que nos hiciera relacionarnos fuera de nuestro círculo doméstico», escribió Charlotte, «lo cual nos hacía depender de nuestra propia compañía, de los libros y del estudio, a la hora de buscar distracción y ocupación para nuestras vidas^[7]»—, los hermanos Brontë leían revistas de contenido político y literario como *Blackwood Magazine*, *Edinburgh Review* o *Fraser's Magazine*, publicaciones donde igualmente podían leerse relatos de terror y misterio, así como poemas e historias folclóricas sobre casas encantadas y fenómenos *extraños*. Los hermanos Brontë también escribieron una serie de relatos sobre el reino imaginario de Anglia —propiedad de Charlotte y P. Branwell, gobernado por el duque de Zamorna y su malvado padrastro Northangerland—, y el de Gondal —tutelado por Emily y Anne, sobre el que reinaba una heroína irresistible por su belleza y virtud llamada Augusta Geraldine Almeda—. Todavía se guardan cerca de un centenar de cuadernos —escritos a mano y comenzados en 1829— de las crónicas de

Anglia, pero ninguno de la saga de Gondal, iniciados en 1334, a excepción de algunos poemas de Emily.

En 1831 Charlotte ingresó como pupila en la escuela local de Roe Head y, de inmediato, se convirtió en la tutora de sus hermanas menores, ayudada por su tía Miss Elizabeth Branwell. A los veinte años trabajó un tiempo como profesora en el mismo Roe Head —con su sueldo financió los estudios de arte de su hermano P. Branwell—, llevándose consigo a Emily, pues parte del acuerdo con la directora del centro, Miss Margaret Wooller, consistía en que una de sus hermanas podría educarse allí. Pero Emily no pudo adaptarse, tal y como explica su hermana: «La libertad era el aliento de Emily; sin ella moría. El cambio de su casa a la escuela, de su propio modo de vida, silencioso, apartado, pero sin ataduras artificiales, a otro de rutina disciplinada —aunque bajo los más sensibles auspicios— era lo que no podía soportar (...) Cada mañana al despertar, la visión de su casa y de los páramos le asaltaban para ensombrecer y entristecer el día que daba comienzo. Ninguno conocía su mal, excepto yo (...) En esta lucha su salud empezó a quebrarse: la palidez de su rostro, su delgadez (...) Creí que moriría si no volvía a casa y con esta convicción conseguí que la hicieran regresar^[8]».

En 1842, Charlotte y Emily viajaron a Bélgica con el propósito de perfeccionar en el Pensionnat Heger de Bruselas sus conocimientos de francés y alemán. Allí, el mismísimo profesor Heger descubrió el enorme talento de Emily —y su volcánica personalidad—, que luego quedaría plasmado en su novela y poemas: «Emily tenía una mente lógica, y una capacidad de abstracción rara en un hombre, y de veras poco común en una mujer (...) La fuerza de este don se veía disminuida por el tesón de su obstinada fuerza de voluntad, que la hacía obtusa a todo razonamiento que afectase a sus propios deseos o a su sentido de lo que era correcto^[9]». Pero la muerte de la tía Elizabeth, encargada de la educación de sus sobrinos, las obligó a volver a Inglaterra. Tras el funeral, Charlotte regresó al Pensionnat Heger como maestra, mientras que Emily se quedó como administradora de la casa junto a Anne y P. Branwell, quien había fracasado primero como retratista y después como empleado del ferrocarril. P. Branwell intentó de nuevo emanciparse en 1845, cuando fue contratado como tutor de los hijos del reverendo Thorp Green, pero fue despedido acusado de haberse enamorado de la esposa de su patrón, tras lo cual se derrumbó moralmente, recurriendo cada vez más al opio y a la bebida. A pesar de todo, Emily siempre tuvo en gran estima a su hermano e intentó siempre que pudo aliviar su desventura.

En otoño de 1845, Charlotte descubre fortuitamente los poemas de Emily y decide publicarlos, junto a sus rimas y a las compuestas por Anne, en un volumen titulado *Poemas por Currer, Ellis y Acton Bell* (1846) —cada una de las autoras utilizó las iniciales de su nombre para inventar sus pseudónimos; así, Emily firmó como Ellis Bell, sobrenombre que también empleó para publicar *Cumbres Borrascosas*—. Los gastos de impresión fueron costeados por las hermanas, pero sólo lograron vender dos ejemplares. La poesía de Emily Brontë ha sido

posteriormente reconocida como una de las mejores de ese siglo, y sigue siendo admirada por su originalidad, su lírica y sus imaginativas referencias personales, que ponían de manifiesto su vida interior, apasionada y violenta, no exenta de ese misticismo turbiamente sobrenatural que veía Lovecraft en *Cumbres Borrascosas*, presente en poemas como «Vendré a ti»:

*Vendré a ti,
cuando estés muy triste,
en la soledad de la habitación oscura,
cuando el alegre y loco día hayan huido,
y la sonrisa feliz se haya borrado
por la tristeza de la noche fría.*

*Vendré a ti,
cuando el verdadero sentir de tu corazón
reine imparcial y absoluto,
y mi influencia silenciosa,
ahondado el dolor; helada la alegría,
sin demora con tu alma se alzara.*

*¡Escucha! Es la hora,
el momento por ti tan temido.
¿No sientes el fluir en tu pecho
del río de una sensación extraña,
precursora de un poder más fuerte
que a quien anuncia es a mí^[10]?*

Tras esta primera aventura editorial, Charlotte, Anne y Emily Brontë asumieron un nuevo reto: la escritura de una novela. Aunque las tres hermanas publicaron sus respectivos manuscritos en 1847, el primero en llegar a las librerías fue el de Charlotte, *Jane Eyre*, un melodrama gótico que obtuvo un éxito inmediato —fue considerada la mejor novela de la temporada en los selectos círculos literarios londinenses—. *Agnes Grey*, escrita por Anne, y *Cumbres Borrascosas*, por Emily, se editaron unos meses más tarde, pero la crítica no les dispensó una acogida tan favorable. Durante mucho tiempo, *Cumbres Borrascosas* fue descalificada por su lenguaje violento y su ruptura con la moral victoriana imperante. Revistas como *Athenaeum* o *Spectator* la tildaron de «ruda», «extraña», «inconexa» y «confusa», a pesar de su «mucha fuerza y talento, a pesar de su autenticidad», así como de la ejecución del tema, «enérgica y vivaz». Incluso Charlotte Brontë, a quien el personaje de Heathcliff desagradaba profundamente, escribió: «Apenas fue reconocida la inmadura, pero auténtica fuerza que se revela en *Cumbres Borrascosas* no se entendió su significado y naturaleza; se equivocaron respecto a la identidad del autor; se dijo que era un intento primerizo y más tosco de la pluma de la que había salido *Jane Eyre*. ¡Injusto y lamentable error!»^[11]. La especulación alrededor de la verdadera identidad de las autoras de *Agnes Grey* y *Cumbres Borrascosas* —atribuidas ambas a Charlotteno cesó hasta que Anne y Emily visitaron Londres un año más tarde y se dieron a conocer a sus editores.

A su regreso a Haworth, las hermanas Brontë viven la agonía de P. Branwell, cuya salud se ha deteriorado irreversiblemente. El 24 de septiembre de 1848 el joven muere; una muerte precoz que traerá consigo nuevas desgracias para la familia. Ya en el entierro de su hermano, Emily coge frío y enferma de gravedad. Al principio se niega a recibir ayuda médica y se obstina en proseguir con sus ocupaciones domésticas, pero la tisis merma sus fuerzas y, finalmente, causa su muerte la mañana del 19 de diciembre de 1848, mientras Charlotte recogía en los páramos de Haworth las ramitas de brezo que tanto agradaban a su hermana. Emily sólo tenía treinta años. Cinco meses más tarde, el 28 de mayo de 1849, fallecía Anne Brontë en Scarborough —lugar al que se desplazó voluntariamente para pasar sus últimos días, acompañada de Charlotte y de una amiga de ésta, Ellen Nussey, ya que Anne guardaba un grato recuerdo de allí desde la época en que trabajó como institutriz—. Charlotte murió, también víctima de la tuberculosis, en el invierno de 1855; la escritora había enfermado a raíz de un enfriamiento, contraído mientras paseaba por los páramos. Solamente un año antes, Charlotte había logrado superar la soledad de Haworth casándose en junio de 1854 con el coadjutor del reverendo Patrick Brontë, el clérigo Arthur Bell Nicholls.

Las hermanas Brontë, sus circunstancias vitales, sus muertes prematuras y sus sorprendentes logros literarios han fascinado a las nuevas generaciones de lectores. La obra maestra trascendental de las Brontë es casi con toda seguridad la novela de Emily, *Cumbres Borrascosas*, una historia de amor apasionado en la que los principios irreconciliables de la fuerza y la calma terminan por armonizarse. Emily Brontë fue una mística, como lo demuestra su poesía, y *Cumbres Borrascosas* dramatiza su percepción intuitiva de la naturaleza de la vida.

3. Hasta aquí la corta biografía de una escritora con fama de poseer un carácter hosco y melancólico, y cuya breve existencia no fue óbice para que publicara un puñado de excelentes poemas que han vencido el paso de los años —revelándola mejor poetisa que sus hermanas—, y de una sola novela cuya calidad no admite discusión. Emily Brontë superó incluso en reconocimiento a Charlotte, quien en su momento pareció acaparar el triunfo completo con Jane *Eyre*, mientras que Anne terminó relegada a un discreto segundo plano, a la sombra de las obras de sus hermanas. Pese a todo, merece destacarse su novela *The Tenant of Wildfill Hall*^[12]. Basada en un personaje alcohólico —que le permitió plasmar parte de la desdichada experiencia de su hermano P. Branwell—, no deja de ser una obra original y avanzada a su tiempo; la crítica juzgó el argumento inapropiado para ser desarrollado por una mujer, e incluso Charlotte le dedicó este poco afortunado comentario: «la elección del tema ha sido un completo error».

En 1850 Charlotte Brontë preparó una reedición revisada de *Cumbres Borrascosas*, que acompañó de una selección de poemas de Emily y de una biografía de su hermana^[13]. Una reedición que planteaba un dilema: ¿hasta qué punto Charlotte

fue fiel a la memoria de Emily? Todo parece indicar que la mayor de las Brontë revisó la novela original —de la que se permitió incluso cambiar la puntuación—, recortando algunos fragmentos con el fin de que *Cumbres Borrascosas* se pudiera publicar en un solo volumen en lugar de los tres originales; así pues, los recortes pudieron obedecer a razones de espacio bajo las cuales, al mismo tiempo, pueden intuirse motivaciones pecuniarias. A partir de ese instante, la versión que circuló del famoso manuscrito, y que fue objeto de numerosas traducciones, además de sus ediciones en inglés, fue la de Charlotte. Sin embargo, en 1963 el editor William M. Sale Jr., de Nueva York, bajo el sello W.W. Norton & Company, recuperó el texto original de Emily, completado por diversos ensayos y críticas alrededor de la obra^[14].

A menudo se ha rumoreado que Charlotte Brontë envidiaba secretamente a su hermana Emily, aunque no existen pruebas concluyentes sobre tan embarazoso asunto. Seguramente, la «revisión» que Charlotte hizo de *Cumbres Borrascosas* no tuvo la malignidad que sus detractores le atribuyen, intentando arreglar el texto a su manera, de igual modo que hacía con los suyos. Empero, pecó de excesivamente modosa, desvirtuando el ímpetu romántico del original. Esto se nota, por ejemplo, en la pasión devoradora de Catherine y Heathcliff, muy suavizada por Charlotte, y que algunos críticos y eruditos han interpretado como el intento de la autora de *Jane Eyre* por ocultar la versión dramatizada de unos inconfesados amores incestuosos entre Emily y su hermano P. Branwell. ¿Existió realmente alguna relación escandalosa entre ambos hermanos? Puesto que Emily murió soltera —y probablemente virgen—, la historia de los amantes que crecen como hermanos y que nunca consuman su amor —ya que siempre hay algo que lo impide, llámese Destino o Fatalidad—, forjó en la mente de algunos estudiosos semejante hipótesis, subrayada por el hecho de que Emily murió pocas semanas después que su hermano.

4. La popularidad de *Cumbres Borrascosas* entre el gran público se percibe en las numerosas reediciones de las que ha sido objeto, tanto en Gran Bretaña y EEUU —y en España, pues desde su primera traducción al castellano en 1921^[15], y según fuentes del Ministerio de Cultura, desde 1972 se contabilizan unas 94 ediciones...—, así como en su impacto cultural. Por ejemplo, el músico Bernard Herrmann (1911-1975), popular entre los cinéfilos gracias a sus excelentes columnas sonoras para films de Alfred Hitchcock —*De entre los muertos* (*Vertigo*, 1958), *Con la muerte en los talones* (*North by Northwest*, 1959) o *Psicosis* (*Psycho*, 1960)—, William Dieterle —*El retrato de Jennie* (*Portrait of Jennie*, 1948)—, John Brahm —*Concierto macabro* (*Hangover Square*, 1945)—, J. Lee Thompson —*El cabo del terror* (*Cape Fear*, 1962)—, Brian de Palma —*Hermanas* (*Sisters*, 1973), *Fascinación* (*Obsession*, 1976)— y Martin Scorsese —*Taxi Driver* (id., 1975)—, compuso entre abril de 1949 y junio de 1951 la ópera *Wuthering Heights*^[16], de la que utilizó algunos temas para la banda sonora de *El fantasma y la Sra. Muir* (*The Ghost and Mrs. Muir*, Joseph L. Mankiewicz, 1947). A su vez, la cantante pop Kate Bush, en su LP *The Kick Inside*,

aparecido en 1978, interpretaba un tema titulado «Wuthering Heights», que recogía todo el aliento tenebroso y melodramático de la novela de Emily Brontë^[17]. Y, por si estos ejemplos no resultaran suficientes, en 1999, en Broadway, se estrenó *Wuthering Heights: A Romantic Musical*, con música y canciones de Paul Dick, dirigido y coreografiado por David Leidholdt y dirección orquestal de Peter C. Mills.

Pero es el cine el que ha contribuido más a la popularidad de *Cumbres Borrascosas*, con una docena de versiones fílmicas de la novela de Emily Brontë. La primera, *Wuthering Heights* (1920), es una producción británica dirigida por A.V. Bramble y escrita por un tal Elliot Stannard, en cuyos principales papeles encontramos a dos actores muy poco conocidos, Colette Brettel (Catherine) y Milton Rosmer (Heathcliff). Un joven Charlton Heston encarnó al trágico protagonista en un dramático televisivo *in live* de 1950, de cincuenta minutos de duración, producido por la compañía norteamericana Westinghouse's Studio One y dirigido por Paul' Nickell; una miniserie televisiva de 1978, compuesta de cinco capítulos de una hora, producida por la BBC y realizada por Peter Hammond, con Kay Adshear (Catherine) y Ken Hutchison (Heathcliff), es otra de las adaptaciones del clásico de Brontë. Más exóticas son las versiones *Hurlevent* (1985), dirigida por el realizador francés Jacques Rivette, con libreto de Pascal Bonitzer, Suzanne Schiffman y el propio Rivette — quienes únicamente se basaron en el capítulo primero de la novela, con Fabienne Babe (Catherine) y Lucas Belvaux (Heathcliff, que aquí responde al nombre de Roch) —, o una alumbrada por el cine japonés, *Arashi ga oka* (1988), dirigida por Yoshishige Yoshida e interpretada por Yûko Tanaka (Kinu/Catherine) y Yusaku Matsuda (Onimaru/Heathcliff). Más recientemente, en 2003, la MTV, en coproducción con Puerto Rico (¡), se atrevió a financiar una versión juvenil y musical del tema, con Erika Christensen (Cate) y Mike Vogel (Heath); Suri Krishnamma fue el realizador elegido en esta ocasión.

No obstante, tres han sido los títulos que han ofrecido unas interesantes aproximaciones al texto de Emily Brontë, a pesar de las variaciones, transgresiones y/o perversiones infligidas. Se trata de *Cumbres Borrascosas* (*Wuthering Heights*, 1939), de William Wyler —con guión de Ben Hetch y Charles McArthur, dos habituales de la comedia hollywoodiense gracias a films como *La comedia de la vida* (*Twentieth Century*, 1934) y *Luna nueva* (*His Girl Friday*, 1940), ambas dirigidas por Howard Hawks—, *Abismos de pasión* (1954), una de las más celebradas películas mexicanas de Luis Buñuel, y *Cumbres Borrascosas* (*Emily Brontë's Wuthering Heights*), una lujosa producción inglesa de 1992 dirigida por Peter Kosminsky, con Juliette Binoche y Ralph Fiennes.

De la versión de William Wyler, típica producción hollywoodiense de *qualité*, cabe citar aquí el notable análisis de Pablo Pérez Rubio en su libro *El cine melodramático*: «El cine de Hollywood no se dejó extraviar con facilidad en devaneos románticos; cuando lo hizo, fue de hecho en intentos de asimilación académica y domesticadora (...) Si en la novela original de Emily Brontë se recreaba

con todo el ímpetu romántico el conflicto entre la naturaleza salvaje y la sociedad, esta película reconduce el tono hacia un conflicto de clases entre el chico de la caballeriza y el hacendado, que se disputan el amor de la protagonista. Ello provoca un abandono de la expresividad desahogada en beneficio de una estilización melodramática^[18]». Algo que no ocurriría con *Abismos de pasión*, pues Luis Buñuel, según declaraciones propias, entendía que el nervio de la novela de Emily Brontë era la interacción entre *Eros y Thanatos* —«El amor de Alejandro (Heathcliff) por Catalina es un sentimiento feroz que sólo podrá culminarse con la muerte», explicó el cineasta aragonés—. Violencia, pasión e impulsos irracionales vertebran la película de Buñuel, quien utiliza la música que Richard Wagner compuso para *Tristán e Isolda* de forma tan brillante como subversiva, para acompañar —que no ilustrar— este drama desmedido y brillante, que alcanza su cenit paroxístico en la imagen de Alejandro abrazado al cadáver de su amada, mientras el espíritu de ésta, que se le aparece tras haber sido invocada por él, regresa para llevárselo, tal como Alejandro le había suplicado, *al infierno*.

Por el contrario, la versión de Peter Kosminsky arranca con unas imágenes épicamente cósmicas: una jauría de oscuras nubes nimbosas, con perezoso ademán, surcan el cielo cerniéndose amenazantes sobre los ondulantes paramos, un embravecido mar de piedra, polvo y hierba, estremecido ante el insistente azote del viento. Sólo una desafiante mansión de tortuosas formas costrosos muros, a modo Y de impío bajel fantasma embarrancado en el horizonte de esta tierra yerma e inabarcable, desgarrar la aterradora armonía del paisaje. A su lado, paseando por el exterior de sus muros, una frágil, casi insignificante figura humana. Ya en el interior, contemplamos a una joven de ojos lánguidos, soñadores, imaginando la historia de las personas que un día dieron vida a las ahora moribundas ruinas...

El atormentado paraje, extraído de algún lienzo de Caspar Friedrich o de Turner, es el espacio romántico donde la guionista Anne Devlin y el realizador Peter Kosminsky invocan a la mismísima Emily Brontë —encarnada por la cantante irlandesa Sinéad O'Connor— para que nos relate su novela. Ésta es la única infidelidad que se permite *Cumbres Borrascosas* según Kosminsky —en el texto original, es el ama de llaves, la señora Dean, quien rememora el romance de Catherine y Heathcliff—, curiosamente, en un film cuyo norte es la minuciosa ilustración de la obra literaria en que se basa. No es casual que, secundando la nefasta moda —a tenor de los resultados, se entiende— de las adaptaciones literarias «fieles» que invadía el cine de la época —*Bram Stoker's Dracula*, *Mary Shelley's Frankenstein...*—, los responsables de la película intentaran ahondar en esta tendencia. Y ése es el mayor defecto del film, su carácter de aplicado subrayado visual de una novela que requiere y rebosa pasión, así como cierto grado de locura. Kosminsky compone bellos planos pictóricos, gracias a los buenos oficios de su diseñador de producción —Brian Morris—, del de vestuario —James Achenson— y de su director de fotografía —Mike Southon—. Pero no va más allá del hueco

decorativismo de las imágenes, cuando una atropellada planificación de primeros planos no lo impide. La frialdad de la cinta es evidente, pese a lo notable de su factura técnica, erigiéndose en un espectáculo sin corazón.

Empero, queda para el recuerdo, como la mejor encarnación para la pantalla del personaje de Heathcliff, el trabajo interpretativo de Ralph Fiennes. Su rostro afilado, su mirada penetrante y punitiva, dan la medida exacta del malvado byroniano ideado por Emily Brontë, ese *demoníaco* amante en cuyo interior se agita, como insinúa la novela, un espíritu atormentado y perverso. Fiennes, que a buen seguro comprendió íntimamente la esencia del personaje, es capaz de fundir toda la violencia, odio, compasión y dolor que genera/desperta Heathcliff en un solo gesto. Su talento suple, en la medida de lo posible y dentro de las lógicas limitaciones de su cometido, las carencias creativas de Kosminsky. Sin duda, Emily Brontë se habría sentido muy satisfecha de su labor.

CAPÍTULO PRIMERO

1801

Acabo de volver de una visita al casero... el único vecino a quien tendré que aguantar. ¡Desde luego, es hermosa esta región! No creo que hubiera podido elegir en toda Inglaterra un sitio tan apartado por completo del bullicio social. Un paraíso perfecto para misántropos, y el señor Heathcliff y yo somos la pareja ideal para repartirnos la desolación entre nosotros. ¡Un tipo extraordinario! Lo que menos se ha podido imaginar es cómo simpatizaba con él cuando vi sus ojos negros retirarse con tanto recelo bajo las cejas al acercarme a caballo, y cuando sus dedos se refugiaban con celosa resolución, aún más adentro en su chaleco, al anunciar mi nombre.

—¿El señor Heathcliff? —pregunté.

Un asentimiento de cabeza fue la respuesta.

—Soy el señor Lockwood, su nuevo inquilino, señor. Tengo el honor de visitarle lo antes posible después de mi llegada, para expresarle mi esperanza de no haberle molestado con mi insistencia en solicitar el alquiler de la Granja de los Tordos. Ayer me enteré de que había tenido pensamientos...

—La Granja de los Tordos es mía —me interrumpió con una mueca de crispación—, y no permitiré que nadie me moleste, si puedo evitarlo... ¡Pase!

El «¡pase!» lo pronunció con los dientes apretados como diciendo «¡váyase al infierno!» Ni siquiera la verja en que se apoyaba hizo movimiento alguno que respondiera a aquella palabra, y creo que fue esa circunstancia la que me decidió a aceptar la invitación: sentí interés por un hombre que parecía más exageradamente reservado que yo. Cuando vio que el pecho de mi caballo empujaba con decisión la verja, entonces sí que alargó la mano para abrirla, y luego me precedió por el camino hoscamente, voceando al entrar en el patio:

—¡Joseph, lleva el caballo del señor Lockwood y sube vino!

«He aquí a todo el servicio doméstico, supongo», fue la reflexión que me sugirió la doble orden. «No me extraña que la hierba crezca entre las losas y que el ganado sea el único que corte los setos».

Joseph era una persona mayor, mejor dicho, un viejo, muy viejo quizá, aunque fuerte y con una salud de hierro.

—¡Que Dios nos ayude! —dijo para sí, con un deje de malhumorado desagrado, al tiempo que me liberaba de mi caballo mirándome mientras a la cara con tanta acritud que supuse, caritativamente, que debía de necesitar la ayuda divina para hacer la digestión y que su piadosa jaculatoria no tenía nada que ver con mi inesperada visita.

Cumbres Borrascosas es el nombre de la morada del señor Heathcliff.

Borrascosas es un adjetivo muy relevante a nivel local que describe la perturbación atmosférica a que está expuesto el lugar en tiempo de tormenta. Allá arriba deben de tener, desde luego, una ventilación pura y vigorizante en todo momento; se puede adivinar la fuerza del viento norte soplando sobre los contornos por la excesiva inclinación de unos cuantos abetos enanos al final de la casa y por una fila de esqueléticos espinos, todos ellos estirando sus miembros en una sola dirección, como mendigando la luz del sol. Afortunadamente, el arquitecto tuvo la precaución de construirla sólida: las angostas ventanas están profundamente encajadas en el muro y las esquinas protegidas por grandes salientes de piedra.

Antes de cruzar el umbral me detuve para admirar la cantidad de esculturas grotescas prodigadas por la fachada, sobre todo en torno a la puerta principal, sobre la que, entre una amalgama de grifos en ruinas y niños impúdicos, detecté la fecha «1500» y el nombre «Hareton Earnshaw». Hubiera hecho algunos comentarios y pedido una breve historia del lugar al huraño propietario, pero su actitud en la puerta parecía exigirme que entrara rápidamente o que me marchara de una vez, y no quise agravar su impaciencia antes de inspeccionar el santuario.

Un escalón nos condujo a la sala de estar de la familia sin ningún vestíbulo o pasillo introductorio: aquí lo llaman, por antonomasia, la *casa*. Incluye, en general, la cocina y la sala, pero creo que en Cumbres Borrascosas la cocina se ha visto obligada a retirarse a otra parte. Al menos yo oí con claridad parloteos y ruido de cacharros de cocina que venían de muy al fondo, y no observé señal alguna de asar, hervir u hornear en la enorme chimenea, ni ningún brillo de cacerolas de cobre o coladores de hojalata en las paredes. Bien es verdad que un extremo reflejaba espléndidamente tanto la luz como el calor de las hileras de inmensas fuentes de peltre entremezcladas con jarritas de plata y grandes jarras, que ascendían, hilera tras hilera, en un enorme aparador de roble hasta el mismo techo. Este último no había sido revocado nunca y toda su anatomía yacía desnuda para las miradas curiosas, excepto donde la ocultaba un bastidor de madera cargado de tortas de avena, de ristras de jamones y de piernas de vaca y de cordero. Sobre la chimenea había varias escopetas viejas y espantosas y un par de pistolas de arzón y, a manera de adorno, tres botes de colores chillones colocados en la repisa. El suelo era de piedra blanca y lisa; las sillas de respaldo alto, de forma anticuada y pintadas de verde, con una o dos, negras y pesadas, ocultas en la sombra. En un arco bajo el aparador reposaba una enorme perra pointer de color pardo rojizo, rodeada de una camada de cachorros que chillaban, y diversos perros ocupaban otros rincones.

El aposento y los muebles no tendrían nada de extraordinario si hubiesen pertenecido a un sencillo labrador del norte de terco semblante y de robustos miembros realzados por los pantalones bombachos y las polainas. A ese tipo de individuos, sentados en su sillón, ante la jarra de espumante cerveza sobre la mesa redonda, se les puede ver a cinco o seis millas a la redonda por estas colinas, si se va a la hora oportuna después de comer. Pero el señor Heathcliff constituye un raro

contraste con su vivienda y estilo de vida. Tiene el aspecto de un gitano de piel oscura, y el vestir y los modales de un caballero, es decir, tan caballero como muchos hacendados, algo descuidado quizá, pero no mal parecido en su dejadez, porque su figura es erguida y atractiva, y un tanto taciturna. Puede que algunos le atribuyan cierto orgullo de mala educación, pero siento en mi interior una veta de simpatía que me dice que no hay nada de eso. Sé por instinto que su reserva procede de una aversión a las exhibiciones extravagantes de los sentimientos... a las manifestaciones de mutua amabilidad. Amaré y odiaré con igual secreto y considerará una impertinencia ser, a su vez, amado u odiado. No, voy demasiado rápido, le estoy atribuyendo, con demasiada liberalidad, mis propias cualidades. El señor Heathcliff puede tener razones completamente distintas a las que me mueven a mí para no dar la mano cuando se encuentra con un posible amigo. Espero que mi carácter sea casi exclusivo: mi querida madre acostumbraba a decir que nunca llegaría a tener un hogar acogedor y ya el verano pasado demostré que era totalmente indigno de tenerlo.

Cuando disfrutaba de un mes de buen tiempo a la orilla del mar, conocí a la criatura más fascinante, una auténtica diosa a mis ojos en tanto no reparó en mí. Yo «nunca le declaré mi amor^[19]» con palabras, pero, si las miradas hablan, el más idiota podía haber adivinado que estaba loco por ella. Me comprendió al fin y me devolvió la mirada... la más dulce que se pueda imaginar. ¿Y qué hice yo? Lo confieso con vergüenza: me encogí glacialmente dentro de mí como un caracol. A cada mirada me encogía más y con mayor frialdad, hasta que, al fin, la pobre inocente tuvo que dudar de sus propios sentidos y, abrumada de confusión ante su supuesto error, convenció a su mamá para que levantaran el campo. Esta rara peculiaridad de mi carácter me ha granjeado la reputación de frialdad deliberada. Sólo yo puedo comprender lo injusta que es.

Tomé asiento en el extremo de la chimenea opuesto a aquél hacia el que se dirigía mi casero y llené un intervalo de silencio tratando de acariciar a la canina madre, que había dejado sus crías y se acercaba sigilosa y voraz como una loba a la parte posterior de mis piernas, con el hocico encrespado y sus blancos dientes haciéndose agua por dar una dentellada. Mi caricia provocó un prolongado gruñido gutural.

—Mejor será que deje a la perra en paz —gruñó al unísono el señor Heathcliff, impidiendo con un puntapié demostraciones más feroces—. No está acostumbrada a que la mimen, ni la tenemos de mascota.

Luego, dirigiéndose a grandes zancadas a una puerta lateral gritó de nuevo:

—¡Joseph!

Joseph rezongaba confusamente en las profundidades de la bodega, pero no daba señales de subir, así que el amo se lanzó escaleras abajo en su busca, dejándome *vis-à-vis* con la brutal perra y con un par de perros pastores peludos y adustos que compartían con ella una celosa vigilancia sobre todos mis movimientos. Como no tenía ninguna gana de entrar en contacto con sus colmillos, me quedé quieto, pero

imaginándome que difícilmente entenderían insultos tácitos me permití, por desgracia, guiñar y hacer muecas al trío, y alguno de los cambios de mi fisonomía irritó de tal manera a la dama que se enfureció de repente y saltó a mis rodillas. La rechacé y me apresuré a interponer la mesa entre nosotros. Este procedimiento alborotó a toda la manada: media docena de demonios de cuatro patas, de diversos tamaños y edades, salieron de ocultas guaridas hacia el centro común. Noté que mis talones y los faldones de mi levita eran los objetos específicos del asalto y, defendiéndome de los atacantes más voluminosos lo más eficazmente que pude con el atizador, me vi obligado a pedir a gritos socorro de alguien de la casa para que restableciera la paz.

El señor Heathcliff y su criado subieron los peldaños de la bodega con una flema irritante. No creo que se movieran ni un segundo más deprisa de lo acostumbrado, aunque la sala era toda una tempestad de ataques y aullidos. Por fortuna, alguien de la cocina se dio más prisa. Era una mujer robusta, con la falda arremangada, los brazos desnudos y las mejillas encendidas, que se lanzó entre nosotros blandiendo una sartén, y utilizó ese arma y su lengua con tanta determinación, que la tormenta remitió como por encanto, y sólo quedaba ella, agitándose como el mar después de un huracán, cuando su amo entró en escena.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó, mirándome de tal manera que apenas si lo pude soportar, después de tan inhóspito trato.

—Eso, ¡qué demonios! —refunfuñé—, la piara de cerdos endemoniados no pudo haber albergado en su interior peores espíritus que estos animales suyos, señor. ¡De igual modo podía dejar a un extraño con una manada de tigres!

—No se meten con las personas que no tocan nada —observó, poniendo la botella delante de mí y restableciendo la desplazada mesa a su sitio—. Los perros hacen bien en vigilar. ¿Un vaso de vino?

—No, gracias.

—No le han mordido, ¿verdad?

—Si lo hubieran hecho habría dejado mi marca en el mordedor.

El semblante de Heathcliff se relajó en una sonrisa burlona.

—Vamos, vamos —dijo—, está usted excitado, señor Lockwood. Tenga, beba un poco de vino. Los huéspedes son tan extraordinariamente raros en esta casa que ni yo ni mis perros, lo reconozco, apenas si sabemos cómo recibirlos. ¡A su salud, señor!

Me incliné y devolví el brindis, empezando a darme cuenta de que sería estúpido seguir enfurruñado por los abusos de una manada de perros callejeros; además, me fastidiaba proporcionar a aquel tipo más diversión a mi costa, puesto que su humor tomaba ese cariz. Él, probablemente influido por una prudente consideración sobre la locura de ofender a un buen inquilino, suavizó un poco su lacónico estilo de saltarse los pronombres y verbos auxiliares, e introdujo lo que supuso que sería un tema de interés para mí... un discurso sobre las ventajas y los inconvenientes de mi actual lugar de retiro. Me pareció muy inteligente en los temas que tratamos, y antes de irme

a casa estaba tan animado, que me ofrecí a hacerle otra visita al día siguiente.

Él evidentemente no deseaba que repitiera mi intromisión. Sin embargo, iré. Es asombroso lo sociable que me siento comparado con él.

CAPÍTULO II

La tarde de ayer empezó con frío y niebla. Tenía medio pensado pasarla junto al fuego de mi estudio, en lugar de andar por los brezos y el barro hasta Cumbres Borrascosas. Sin embargo, al subir después de comer, (como entre las doce y la una porque el ama de llaves, una matrona que tomé con la casa como una parte más del mobiliario, no pudo, o no quiso, comprender mi demanda de que se me sirviera a las cinco), al subir las escaleras con esa perezosa intención y entrar en el estudio, vi a una criada de rodillas, rodeada de escobas y de cubos de carbón que levantaba un polvo infernal apagando las llamas con montones de ceniza. Este espectáculo me echó para atrás de inmediato, cogí el sombrero y, después de caminar cuatro millas, llegué a la verja del jardín de Heathcliff justo a tiempo de escapar a los primeros y leves copos de una nevada.

En aquella inhóspita cima la tierra estaba endurecida por una helada sin escarcha, y el aire hacía tiritar todos mis miembros. Como era incapaz de quitar la cadena, salté por encima y, corriendo por el camino enlosado al que bordeaban desperdigados arbustos de grosella, llamé en vano para que me abrieran, hasta que me escocían los nudillos y ladraron los perros.

—¡Malditos los de casa! —exclamé para mis adentros—, merecéis el perpetuo aislamiento de vuestros semejantes por vuestra grosera falta de hospitalidad. Al menos yo no tendría las puertas cerradas durante el día. ¡Me da igual... entraré!

Tomada esa resolución, agarré el picaporte y lo sacudí con fuerza. Joseph, el de la cara avinagrada, asomó la cabeza por una ventana redonda del granero.

—¿Qué es lo que quiere? —gritó—. El amo está abajo en el corral, vaya hasta el final del granero si quiere hablar con él.

—¿No hay nadie dentro para abrir la puerta? —grité, en tono responsable.

—No hay nadie más que la señora y no le abrirá aunque siga con ese horroroso estruendo hasta la noche.

—¿Por qué? ¿No puede usted decirle quién soy, eh, Joseph?

—¡Ni hablar! No quiero tener nada que ver con eso —refunfuñó la cabeza, desapareciendo.

La nieve empezó a espesar. Cogí el picaporte para intentarlo una vez más, cuando un joven sin chaqueta y con una horca al hombro, apareció en el patio por detrás. Me gritó que le siguiera y, después de atravesar un lavadero y una zona enlosada donde había una carbonera, una bomba y un palomar, llegamos por fin a la enorme sala, caliente y alegre en la que me habían recibido la vez anterior. Brillaba acogedoramente al resplandor de un inmenso fuego alimentado de carbón, turba y leña, y cerca de la mesa preparada para una abundante cena, me encantó ver a la «señora», persona cuya existencia no había sospechado hasta entonces.

Saludé con una inclinación y esperé, pensando que me invitaría a tomar asiento. Me miró recostándose en su silla, y permaneció inmóvil y muda.

—¡Un tiempo horrible! —observé—. Me temo, señora Heathcliff, que la puerta pague las consecuencias de la lentitud con que atienden sus criados. Me costó mucho trabajo hacerme oír.

No despegó los labios. La miré fijamente... ella me miró también, en todo caso tenía los ojos fijos en mí de una manera fría e indiferente que resultaba sumamente embarazosa y desagradable.

—Siéntese —dijo el joven con rudeza—. Vendrá enseguida.

Obedecí, carraspeé, y llamé a la malvada Juno, que se dignó, en esta segunda visita, mover la punta del rabo en señal de que me reconocía.

—¡Hermoso animal! —comencé de nuevo—. ¿Piensa usted desprenderse de las crías, señora?

—No son mías —dijo la amable anfitriona de una manera aún más repelente de la que hubiera respondido el propio Heathcliff.

—Ah, ¿sus favoritos están entre éstos? —continué, volviéndome hacia un oscuro almohadón lleno de algo parecido a unos gatos.

—¡Qué gusto más raro para favoritos! —observó ella desdeñosamente.

Por desgracia, se trataba de un montón de conejos muertos. Carraspeé una vez más y me acerqué al fuego repitiendo mi comentario sobre la crudeza de la tarde.

—No debía usted haber salido —dijo ella, levantándose y alcanzando de la repisa de la chimenea dos de los botes pintados.

Antes su posición se encontraba resguardada de la luz, ahora tuve una visión clara de su semblante y de toda su figura. Era esbelta y aparentemente apenas había pasado la adolescencia. Poseía una figura admirable y la carita más preciosa que haya tenido jamás el placer de contemplar; facciones menudas y muy finas; rizos rubios, o más bien dorados, caían sueltos sobre su delicado cuello; y los ojos, de haber tenido una expresión agradable, hubieran resultado irresistibles. Por fortuna para mi vulnerable corazón, el único sentimiento que expresaban andaba entre el desprecio y una especie de desesperación, algo especialmente antinatural para encontrarse allí.

Los botes estaban casi fuera de su alcance. Hice ademán de ayudarla. Se volvió hacia mí como se hubiera vuelto un avaro si alguien intentara ayudarle a contar su oro:

—No necesito su ayuda —saltó—. Los puedo coger yo sola.

—¡Perdone! —me apresuré a responder.

—¿Está usted invitado al té? —preguntó, atándose un delantal sobre su cuidado vestido negro y quedándose de pie con una cucharada de hojas dispuesta sobre la tetera.

—Me encantará tomar una taza —respondí.

—¿Está usted invitado? —repitió.

—No —dije medio sonriendo—. Usted es la persona apropiada para invitarme.

Eché de nuevo el té, con cuchara y todo, en el bote, y volvió a su silla toda enfurruñada. Frunció el ceño y sacó el sonrosado labio inferior como un niño a punto

de llorar.

Mientras tanto, el joven se había echado encima una chaqueta muy raída e, irguiéndose delante del fuego, me miraba de reojo por encima del hombro igual que si hubiera alguna mortal inquina sin vengar entre nosotros. Empecé a dudar si sería un criado o no. Tanto su indumentaria como su forma de hablar eran rudas, y carecía por completo de la superioridad perceptible en el señor y la señora Heathcliff; los abundantes rizos castaños eran bastos y descuidados, las patillas le invadían la cara a modo de barba, y tenía las manos curtidas como las de un labrador cualquiera. No obstante, su porte era desenvuelto, casi altanero, y no mostraba la menor diligencia de un criado en atender a la señora de la casa. A falta de pruebas claras de su condición, consideré mejor abstenerme de reparar en su extraña conducta, y cinco minutos después la entrada de Heathcliff me alivió, en cierta medida, de mi incómoda situación.

—Ya ve usted, señor, ¡he venido según le prometí! —exclamé haciéndome el alegre—. Y me temo que el tiempo me retendrá media hora, si puede darme refugio durante ese rato.

—¿Media hora? —dijo, sacudiendo de su ropa los blancos copos—. Me sorprende que tuviera que escoger lo más fuerte de una nevada para andar por ahí. ¿No sabe que corre el peligro de perderse en los pantanos? Gentes familiarizadas con estos paramos pierden a menudo el camino en noches como ésta, y le puedo asegurar que, de momento, no hay posibilidad alguna de cambio.

—Quizá pudiera conseguir un guía entre sus mozos, y se quedaría en la Granja hasta mañana... ¿podría proporcionarme uno?

—No, no puedo.

—¡Oh, por supuesto! Bueno, entonces tendré que confiar en mi propia sagacidad.

—¡Hum!

—¿Vas a hacer el té? —preguntó el de la chaqueta raída, pasando su feroz mirada de mí a la joven.

—¿Lo va a tomar él? —preguntó ella dirigiéndose a Heathcliff.

—Prepáralo, ¿quieres? —fue la respuesta, pronunciada de forma tan bárbara que me sobresaltó. El tono en que profirió esas palabras revelaba una naturaleza genuinamente malvada. Ya no me sentí inclinado a llamar a Heathcliff un tipo extraordinario. Una vez terminados los preparativos, me invitó diciendo:

—Ya, señor, acerque su silla.

Y todos nosotros, incluido el joven rústico, nos sentamos a la mesa. Un austero silencio predominó mientras tomábamos nuestra comida.

Pensé que, ya que yo había sido la causa del nublado, tenía que hacer un esfuerzo por disiparlo. No podía ser que todos los días estuvieran tan adustos y taciturnos, y era imposible, por muy mal genio que tuvieran, que las malas caras que todos ponían fueran su semblante cotidiano.

—Es curioso —comencé en el intervalo entre terminar una taza y recibir otra—,

es curioso cómo la costumbre puede moldear nuestros gustos y nuestras ideas. Muchos no podrían imaginar que existiera felicidad en una vida tan apartada del mundo como la que usted lleva, señor Heathcliff. Sin embargo, me atrevería a decir que rodeado de su familia, y con su amable señora como ángel tutelar de su hogar y de su corazón...

—¡Mi amable señora! —interrumpió con una expresión de sarcasmo casi diabólica en el rostro—. ¿Dónde está ella... mi amable señora?

—La señora Heathcliff, su esposa, quiero decir.

—Bueno, sí... Oh, usted quiere dar a entender que su espíritu ha ocupado el puesto de ángel tutelar y custodia los bienes de Cumbres Borrascosas, aun cuando su cuerpo haya desaparecido. ¿No es eso?

Dándome cuenta de mi metedura de pata, intenté arreglarla. Podía haber visto que la diferencia de edad entre ellos era demasiado grande para hacer probable que fueran marido y mujer. Él tenía unos cuarenta años, época de vigor mental en la que los hombres rara vez acarician la engañosa ilusión de que las muchachas se casen con ellos por amor; ese sueño está reservado sólo para solaz de nuestros años de decadencia. Ella no parecía llegar a los diecisiete.

Entonces se me ocurrió una idea... «El patán que está a mi lado, que bebe el té en tazón y come el pan con las manos sucias, puede que sea su marido: Heathcliff hijo, por supuesto. ¡He aquí las consecuencias de enterrarse en vida; se ha echado en brazos de ese grosero por pura ignorancia de que existen personas mejores! Una verdadera pena... Tengo que tener cuidado para que no se arrepienta de su elección». Esta última reflexión podría parecer vanidosa, pero no lo era. Me pareció que mi vecino rayaba en lo repulsivo y sabía por experiencia que yo era pasablemente atractivo.

—La señora Heathcliff es mi nuera —dijo Heathcliff, corroborando mi conjetura. Y, al hablar, le dirigió una mirada muy especial, una mirada de odio, a no ser que tenga un conjunto de músculos faciales tan perversos que no interpreten, como los de todo el mundo, el lenguaje de su alma.

—¡Ah, claro... ya lo entiendo! ¡Usted es el feliz poseedor de esa hada benéfica! —observé, volviéndome hacia mi vecino.

Esta vez fue peor que la anterior. El joven enrojeció y apretó los puños con todas las apariencias de un ataque meditado. Pero pronto pareció recuperar la compostura y dominó la tormenta con una brutal maldición masculada contra mí, de la que, sin embargo, procuré no enterarme.

—Poco afortunado en sus conjeturas, señor —observó mi huésped—. Ninguno de nosotros tiene el privilegio de poseer su hada buena. Su marido murió. Dije que era mi nuera, por lo tanto, debió haberse casado con mi hijo.

—Y este joven es...

—No mi hijo, con toda seguridad.

Heathcliff sonrió de nuevo como si fuera una broma demasiado atrevida atribuirle

a él la paternidad de aquel oso.

—¡Mi nombre es Hareton Earnshaw —gruñó el otro—, y le aconsejo que lo respete!

—No he mostrado ninguna falta de respeto —fue mi respuesta, riéndome para mis adentros de la dignidad con que se presentaba.

Fijó en mí la mirada más tiempo del que yo estuve dispuesto a devolverle la mía, por miedo a que me viera tentado a soltarle una bofetada o a dar rienda suelta a mi hilaridad. Empecé a sentirme indudablemente desplazado en aquel agradable círculo familiar. La lúgubre atmósfera espiritual dominó, y neutralizó con creces, el cálido bienestar físico que me rodeaba, y decidí andar con cautela respecto a aventurarme bajo aquel techo por tercera vez.

Una vez despachada la comida, y como nadie pronunciaba una palabra de sociable conversación, me acerqué a una ventana para examinar el tiempo. Vi un espectáculo desolador. La oscura noche caía prematuramente, y el cielo y los montes se confundían en un glacial torbellino de viento y de nieve asfixiante.

—Me parece que me va a ser imposible llegar a casa ahora sin un guía —no pude por menos de exclamar—. Los caminos estarán ya borrados y, aunque estuvieran libres, apenas podría distinguir a un paso de distancia.

—Hareton, lleva esa docena de ovejas al porche del granero. Si las dejamos en el redil toda la noche las cubrirá la nieve. Y ponles un tablón delante —dijo Hcathcliff.

—¿Qué voy a hacer? —continué yo con creciente irritación.

No hubo respuesta a mi pregunta y, al mirar a mi alrededor, sólo vi a Joseph que traía un cubo de comida para los perros, y a la señora Heathcliff, inclinada sobre el fuego, entreteniéndose en quemar un paquete de fósforos que se había caído de la repisa de la chimenea cuando volvió a poner en su sitio el bote de té. El primero, cuando hubo depositado la carga, echó una mirada crítica por la habitación y con voz cascada chilló:

—¡No sé cómo puede quedarse ahí sin hacer nada cuando todos se han puesto a trabajar! Pero es usted una inútil, y de nada sirve hablar... nunca enmendará sus malas costumbres, ¡irá derecha al infierno, lo mismo que su madre!

Por un momento pensé que aquella perorata iba dirigida a mí y, bastante furioso, avancé hacia el viejo miserable con la intención de echarle a patadas, pero la señora Heathcliff me detuvo con su respuesta:

—¡Viejo hipócrita escandaloso! —replicó—. ¿No tienes miedo de ser llevado por los aires cuando pronuncias el nombre del diablo? Te advierto que dejes de provocarme o solicitaré tu secuestro como un favor especial. ¡Se acabó! Atiende, Joseph —continuó, cogiendo de un estante un gran libro oscuro—. Te mostraré lo mucho que he progresado en la Magia Negra. Pronto estaré capacitada para ponerlo todo en claro. ¡La vaca roja no se murió por casualidad y tu reumatismo difícilmente puede considerarse como un don providencial!

—¡Oh, malvada, malvada! —jadeó el viejo—. ¡Que el Señor nos libre de todo

mal!

—¡No, réprobo! Estás condenado. ¡Fuera de aquí o te haré daño de verdad! Os modelaré a todos en cera y arcilla, y al primero que pase los límites que yo marque le... no diré lo que le voy a hacer... pero ¡ya lo veréis! ¡Vete, te estoy mirando!

La brujita infundió una burlona malignidad a sus hermosos ojos y Joseph, temblando de verdadero pavor, salió precipitadamente, rezando y exclamando «malvada» al tiempo que se iba. Pensé que su conducta podía deberse a una especie de broma siniestra y, ahora que estábamos solos, traté de interesarla en mi angustia.

—Señora Heathcliff —le dije seriamente—, perdone que la moleste. Me atrevo, porque estoy seguro de que con esa cara no puede por menos de tener buen corazón. Indíqueme algunos puntos de referencia por los que pueda reconocer el camino a casa. ¡No tengo más idea de cómo llegar allí que la que usted tendría de cómo llegar a Londres!

—Coja el camino por el que vino —respondió, arrellanándose en una silla, con una vela y el libraco abierto ante ella—. Es un consejo breve, pero el mejor que le puedo dar.

—Entonces, si se entera de que me han encontrado muerto en un pantano o en un pozo lleno de nieve, ¿su conciencia no le susurrará que es, en parte, por su culpa?

—¿Por qué? Yo no le puedo acompañar. No me dejarían ir ni hasta el extremo de la tapia del jardín.

—¡Usted! Yo sentiría hasta pedirle que cruzara el umbral por mí en una noche como ésta —grité—. Lo que quiero es que me diga el camino, no que venga conmigo, o bien que convenza al señor Heathcliff para que me dé un guía.

—¿Quién? Estamos él, Earnshaw, Zillah, Joseph y yo, ¿a quién quiere?

—¿No hay criados en la granja?

—No, éstos son todos.

—Entonces se deduce que me veo obligado a quedarme.

—Eso lo arregla usted con su anfitrión. Yo no tengo nada que ver.

—Espero que le sirva de lección para no dar más paseos imprudentes por estos montes —gritó la dura voz de Heathcliff desde la puerta de la cocina—. En cuanto a quedarse aquí, no dispongo de alojamiento para visitantes. Si se queda, tendrá que compartir cama con Hareton, o con Joseph.

—Puedo dormir en una silla en esta habitación —repliqué.

—¡No, no!, un extraño es un extraño, sea rico o pobre. No va conmigo dejar que cualquiera ande por la casa cuando yo no estoy vigilando —dijo el miserable grosero.

Con este insulto se me agotó la paciencia. Proferí una frase de indignación y, empujándole, salí al patio donde, en mis prisas, tropecé con Earnshaw. Estaba tan oscuro que no veía la salida, y mientras daba vueltas por allí, oí otra muestra del educado trato que se gastaban entre ellos. Al principio el joven parecía apoyarme.

—Iré con él hasta el parque —dijo.

—¡Irás con él al infierno! —exclamó su amo, o lo que fuera—. ¿Y quién va a

cuidar de los caballos, eh?

—La vida de un hombre es más importante que descuidar a los caballos por una noche. Alguien tiene que ir —murmuró la señora Heathcliff, con más amabilidad de la que esperaba.

—No porque tú lo mandes —replicó Hareton—. Si te interesas por él, más vale que te calles.

—¡Entonces espero que su espíritu te persiga, y que el señor Heathcliff no tenga otro inquilino hasta que la Granja sea una ruina! —contestó ella, tajante.

—¡Escuche, escuche, les está maldiciendo! —murmuró Joseph, hacia quien me había dirigido.

Estaba sentado a corta distancia, ordeñando las vacas a la luz de un farol que cogí sin contemplaciones y, diciéndole a voces que lo devolvería al día siguiente, corrí al portillo más cercano.

—¡Amo, amo, que me roba el farol! —gritó el viejo persiguiéndome—. ¡Eh, Gnasher! ¡Wolf! ¡Perros, a él, a él!

Al abrir el portillo, dos monstruos peludos se me lanzaron al cuello, derribándome y apagando la luz, mientras la risotada conjunta de Heathcliff y Hareton ponía el remate a mi rabia y humillación. Por fortuna, las bestias parecían más dispuestas a estirar las patas, bostezar y menear los rabos que a devorarme vivo, pero no toleraban que me levantara, y tuve que quedarme tendido hasta que a su maligno amo le dio la gana de liberarme. Entonces, sin sombrero y temblando de ira, ordené a aquellos rufianes que me dejaran salir —si me retenían un minuto más sería por su cuenta y riesgo—, con diversas amenazas incoherentes de venganza que, en la insondable profundidad de su virulencia, sonaban al Rey Lear.

La vehemencia de mi agitación me hizo sangrar copiosamente por la nariz, y Heathcliff venga a reírse, y yo a echar pestes. No sé cómo hubiera acabado la escena de no haber habido allí una persona más razonable que yo y más benévola que mi anfitrión. Se trataba de Zillah, la robusta ama de llaves que salió al fin a preguntar la causa de aquel alboroto. Pensó que alguno de ellos me había puesto las manos encima y, no atreviéndose a atacar a su amo, dirigió su artillería verbal contra el joven canalla.

—Bien, señor Earnshaw —gritó—, me pregunto qué va a hacer a continuación. ¿Es que vamos a asesinar a la gente a la puerta misma de nuestra casa? Ya veo que esta casa nunca me va a convenir... ¡miren al pobre hombre, está casi ahogándose! ¡Silencio, silencio! No puede seguir así, entre y le curaré; y ahora estese quieto.

Con estas palabras me echó por la nuca un jarro de agua helada y me metió en la cocina. El señor Heathcliff nos siguió, quedando su accidental alegría rápidamente sumida en su adustez habitual.

Me encontraba muy mal, mareado y débil, lo que me obligó, por fuerza, a aceptar alojamiento bajo su techo. Le dije a Zillah que me diera un vaso de brandy, y pasó a la habitación de dentro. Ella, al tiempo que se condolía conmigo de mi lamentable

estado y una vez obedecidas sus órdenes, con lo que me animé un poco, me llevó a la cama.

CAPÍTULO III

Mientras me guiaba escaleras arriba, me aconsejó que ocultara la vela y que no hiciera ruido, porque su amo tenía ideas muy raras sobre la alcoba en la que me iba a instalar, y nunca dejaba de buen grado que nadie se alojara allí. Le pregunté la razón. Respondió que no lo sabía, que sólo hacía un año o dos que vivía allí, y que tenían tantas rarezas que ya no podía empezar a ser curiosa.

Demasiado aturdido para ser, a mi vez, curioso, cerré la puerta y miré alrededor en busca de la cama. Todo el mobiliario consistía en una silla, un armario y una gran caja de roble con unas aberturas cuadradas en la parte de arriba parecidas a ventanillas de coche. Acercándome a aquel artefacto, miré dentro y vi que era una rara especie de cama antigua, convenientemente diseñada para soslayar la necesidad de que cada miembro de la familia tuviera una habitación propia. De hecho, formaba un pequeño gabinete y la repisa de la ventana, a la que estaba adosado, le servía de mesa. Descorrí los tableros laterales, entré con mi luz, los corrí de nuevo, y me sentí seguro contra la vigilancia de Heathcliff y de todos los demás.

En la repisa, donde coloque la vela, había unos cuantos libros mohosos, apilados en un rincón, y estaba llena de inscripciones rayadas en la pintura. Estas inscripciones, sin embargo, no eran más que un nombre repetido en todo tipo de letras, grandes y menudas: *Catherine Earnshaw*, que cambiaba aquí y allá a *Catherine Heathcliff* y luego a *Catherine Linton*.

Con insulsa desgana apoye la cabeza contra la ventana y continué delectando: Catherine Earnshaw... Heathcliff... Linton, hasta que se me cerraron los ojos. Pero no había descansado ni cinco minutos, cuando unas deslumbradoras letras blancas, vívidas como espectros, surgieron de la oscuridad... el aire estaba lleno de Catherines. Al levantarme para disipar aquel nombre molesto, vi que la mecha de mi vela se había reclinado sobre uno de los viejos volúmenes y estaba perfumando el aire con olor a cuero quemado. Despabilé la vela y como me sentía muy incómodo a causa del frío y de una náusea persistente, me incorporé y abrí el deteriorado volumen sobre mis rodillas. Era una Biblia impresa en letra pequeña y que olía terriblemente a humedad. Una guarda tenía la inscripción: «Libro de Catherine Earnshaw», y una fecha de hacía un cuarto de siglo. Lo cerré y cogí otro, y otro más, hasta que los hube visto todos. La biblioteca de Catherine era selecta y su estado de deterioro demostraba que había sido muy usada, aunque no siempre con fines legítimos: apenas un capítulo había escapado a los comentarios a pluma —al menos eso parecían—, que ocupaban todo el espacio en blanco dejado por el impresor. Algunos eran frases sueltas, otros adoptaban la forma de un asiduo diario, garrapateado por una inmadura mano infantil. En la parte superior de una página extra (probablemente un verdadero tesoro cuando la descubrió) me divertí mucho contemplar una excelente caricatura de mi amigo Joseph esbozada toscamente, pero con mucha fuerza. Prendió en mí un inmediato interés por la desconocida Catherine, y empecé enseguida a descifrar sus

borrosos jeroglíficos.

«¡Un domingo horrible! —empezaba el párrafo que venía debajo—. Ojalá mi padre volviera a estar con nosotros. Hindley es un sustituto detestable. Su comportamiento con Heathcliff es atroz. Heathcliff y yo vamos a rebelarnos. Dimos el primer paso esta tarde.

»Ha estado diluviando todo el día. No pudimos ir a la iglesia, así que Joseph se vio obligado a montar un servicio religioso en el desván, y mientras que Hindley y su mujer disfrutaban abajo de un buen fuego, haciendo cualquier cosa menos leer sus biblias —respondo de ello—, a Heathcliff, a mí y al desgraciado mozo de labranza nos mandaron coger nuestros devocionarios y subir. Nos colocaron en fila sobre un saco de grano, gimiendo y tiritando, y deseando que Joseph tiritara también para que, en su propio interés, nos diera un sermón corto. ¡Vana esperanza! El servicio duró exactamente tres horas, y todavía mi hermano tuvo la cara de decir cuando nos vio bajar: «Qué, ¿ya está?». Los domingos por la tarde acostumbraban a dejarnos jugar a condición de que no hiciéramos mucho ruido, ahora una simple risita basta para que nos manden a un rincón.

»“Olvidáis que tenéis aquí un amo” —dice el tirano—. “¡Haré pedazos al primero que me saque de mis casillas! Insisto en que quiero seriedad y silencio absolutos. ¡Muchacho!, ¿has sido tú? Frances, querida, tírale de los pelos al pasar, le oí hacer chasquear los dedos”. Frances le tiró de los pelos con todas las ganas y luego fue a sentarse en las rodillas de su esposo, y allí estuvieron una hora, como dos críos, besándose y diciendo tonterías, estúpida palabrería de la que habría que avergonzarse.

»Nos pusimos todo lo cómodos que pudimos bajo el arco del aparador. Acababa yo de atar nuestros delantales y de colgarlos a modo de cortina, cuando llega Joseph de los establos en busca de algo, arranca mi labor, me da de bofetadas y grazna:

»—¡Acabamos de enterrar al amo, no ha terminado el domingo, las palabras del Evangelio todavía resuenan en vuestros oídos, y os atrevéis a jugar! ¡Vergüenza debería daros! ¡Sentaos, niños malos! ¡Os sobran libros buenos si queréis leerlos! ¡Sentaos y pensad en vuestras almas!

»Diciendo esto, nos obligó a sentarnos de tal manera que pudiéramos recibir del lejano fuego un pálido rayo que nos permitiera ver el texto del mamotreto que nos tiró. No pude aguantar aquella tarea. Cogí el mugriento volumen por el lomo y lo tiré a la perrera, jurando que aborrecía los libros buenos. Heathcliff tiró el suyo de un puntapié al mismo sitio. ¡Entonces se armó la bronca!

»—¡Señor Hindley! —gritó nuestro capellán—. ¡Señor, venga aquí! ¡La señorita Catherine ha roto el lomo de *El yelmo de la salvación*, y Heathcliff ha

puesto la pezuña en la primera parte de *El ancho camino de la perdición!* Es terrible que les deje usted seguir así. ¡Oh, vaya si el viejo les habría dado su merecido... pero está muerto!

»Hindley dejó precipitadamente su paraíso junto al fuego y, cogiendo a uno de nosotros por el cuello y al otro por el brazo, nos echó a los dos a la cocina, donde, aseguró Joseph, el diablo vendría a por nosotros, tan seguro como que estábamos vivos. Consolados de esta manera, cada uno buscó un rincón aparte para esperar su llegada. Cogí este libro y un tintero de un estante, entreabrí un poco la puerta de la sala para tener luz y me he pasado escribiendo veinte minutos, pero mi compañero está impaciente y propone que nos apoderemos de la capa de la lechera y que, protegidos con ella, hagamos una escapada a los páramos. Una buena idea... y así, si viene el viejo malas pulgas creerá que se ha cumplido su profecía... Bajo la lluvia no estaremos más húmedos, ni más fríos de lo que estamos aquí».

Supongo que Catherine realizó su proyecto porque la frase siguiente abordaba otro tema y ella se ponía llorosa:

«¡Cómo iba a imaginarme que Hindley me haría jamás llorar así! — escribía—. Me duele tanto la cabeza que no puedo apoyarla en la almohada, y aun así no puedo dejar de darle vueltas. ¡Pobre Heathcliff! Le llama vagabundo y ya no le deja sentarse, ni comer con nosotros, y dice que él y yo no debemos jugar juntos, y amenaza con echarle de casa si no cumplimos sus órdenes. Ha estado censurando a nuestro padre —cómo se atreve?— por tratar a Heathcliff con demasiada generosidad y jura que le pondrá en el sitio que le corresponde...»

Empecé a dar cabezadas sobre la borrosa página. Los ojos se me iban del manuscrito a la letra impresa. Vi un título adornado en rojo que decía: «Setenta veces siete y el primero de los setenta y uno. Piadoso discurso pronunciado por el Reverendo Jabes Branderham, en la capilla del pantano de Gimmerden». Y mientras, medio consciente, me devanaba los sesos adivinando qué haría Jabes Branderham con su tema, me hundí en la cama y me quedé dormido. ¡Ay los efectos del mal té y el mal genio! ¿Qué otra cosa podía haberme hecho pasar una noche tan horrible? No recuerdo otra que se pueda comparar a ésta desde que soy capaz de sufrir.

Empecé a soñar casi antes de perder la noción de dónde estaba. Pensé que era por la mañana, y que había emprendido el camino a casa, con Joseph como guía. La nieve, que cubría el camino, tenía yardas de espesor y, según íbamos tambaleándonos, mi compañero me fastidiaba con constantes reproches por no haber traído un bastón de peregrino. Me decía que jamás podría llegar a casa sin él, y

blandía con arrogancia un garrote de gruesa empuñadura, que entendí se llamaba de ese modo. Por un momento consideré absurdo que necesitara semejante arma para que me dejaran entrar en mi propia casa. Entonces una nueva idea me vino de repente a la cabeza. No me dirigía hacia allí, nos encaminábamos a escuchar al famoso Jabes Branderham predicar sobre el tema: «Setenta veces siete» y Joseph, el predicador, o yo habíamos cometido el «Primero de los setenta y uno», e íbamos a ser públicamente acusados y excomulgados.

Llegamos a la capilla. He pasado por allí realmente dos o tres veces en mis paseos. Está en una hondonada entre dos colinas, una hondonada elevada, cerca de una Ciénaga cuya humedad de turba es perfecta, según dicen, para embalsamar los pocos cadáveres allí depositados. El tejado se ha conservado hasta ahora entero; pero como el estipendio del cura es sólo de veinte libras al año y una casa con dos habitaciones que amenazaban con convertirse rápidamente en una, no hay clérigo que quiera asumir los deberes pastorales, especialmente porque, tal como se dice por ahí, su rebaño antes le dejaría morir de hambre que aumentar el estipendio en un penique de su propio bolsillo. Sin embargo, en mi sueño, Jabes tenía la capilla llena de atentos feligreses... ¡Dios mío, qué sermón! Estaba dividido en *cuatrocientas noventa partes*, cada una igual a un sermón corriente, ¡y cada una trataba de un pecado distinto! De dónde los había sacado, no lo sé. Tenía su propia manera de interpretar la frase y parecía que era necesario que el hermano cometiera diferentes pecados cada vez. Eran pecados de lo más curioso, extrañas transgresiones que no me había imaginado jamás.

¡Qué cansado estaba! ¡Cómo me retorcía, bostezaba, daba cabezadas, y me espabilaba! ¡Cómo me pellizcaba y pinchaba, me frotaba los ojos, me levantaba y me volvía a sentar, y daba con el codo a Joseph para que me dijera si aquello se iba a terminar alguna vez! Estaba condenado a oírlo todo hasta el final. Por fin llegó a «El primero de los setenta y uno». En aquel momento crítico me vino una súbita inspiración. Me sentí impulsado a levantarme y acusar a Jabes Branderham de ser el pecador del pecado que ningún cristiano está obligado a perdonar.

«Señor —exclamé—, sentado aquí entre estas cuatro paredes, de un tirón he soportado y perdonado los cuatrocientos noventa capítulos de su discurso. Setenta veces siete he cogido mi sombrero y estado a punto de marcharme... y setenta veces siete me ha obligado usted absurdamente a volver a sentarme. El cuatrocientos noventa y uno es demasiado. ¡Compañeros mártires, a él! ¡Arrastradle, trituradle, que el lugar que le conoce no le reconozca jamás^[20]!»

«¡Tú eres el hombre!», gritó Jabes, tras una pausa solemne, reclinándose sobre su almohadón. «Setenta veces siete has crispado la cara abriendo la boca y setenta veces siete consulté con mi conciencia. ¡Ah, la debilidad humana! ¡También ésta puede ser absuelta! El primero de los setenta y uno ha llegado. ¡Hermanos, ejecutad en él el juicio escrito! ¡Que todos los santos del Señor tengan ese honor!»

Con esas palabras finales, toda la asamblea, enarbolando sus bastones de

peregrino, se abalanzó sobre mí como un solo hombre, y yo, no teniendo arma alguna que levantar en mi defensa, empecé a forcejear con Joseph, el más próximo y feroz de los atacantes, para arrebatarme la suya. Al confluir la multitud, varios garrotes se cruzaron y golpes que iban dirigidos a mí, caían sobre otras cabezas. Pronto la iglesia resonaba con golpes y contragolpes; la mano de cada uno se levantaba contra la de su vecino, y Branderham, no queriendo permanecer ocioso, desahogaba su celo con una lluvia de sonoros puñetazos contra las tablas del púlpito, que respondían con tanta fuerza que al fin, para mi indecible alivio, me despertaron. ¿Y qué era lo que había causado el tremendo alboroto? ¿Qué era lo que había hecho el papel de Jabes en el jaleo? ¡Simplemente la rama de un abeto que tocaba mi ventana y, cuando la ráfaga de viento pasaba ululando, golpeaba sus secas piñas contra los cristales! Escuché dubitativo un instante, descubrí la causa del ruido, luego me di la vuelta, me adormilé y volví a tener sueños, más desagradables, si cabe, que los anteriores.

Esta vez recordé que estaba acostado en el gabinete de roble y oí claramente el viento racheado y el ímpetu de la nieve, oí también a la rama de abeto repetir su molesto golpeteo y lo atribuí a su verdadera causa, pero me irritaba tanto que decidí hacerla callar, si era posible. Y pensé que me levantaba para tratar de abrir la ventana. El gancho estaba soldado a la abrazadera, detalle que observé cuando estaba despierto, pero que había olvidado.

—¡Tengo que pararlo como sea! —murmuré, rompiendo con los nudillos el cristal y alargando el brazo para coger la insistente rama. En lugar de eso, mis dedos se cerraron sobre los de una mano diminuta y helada.

Un intenso horror de pesadilla me dominó. Intenté retirar el brazo, pero la mano se aferraba a él y una voz de lo más triste sollozaba:

—Déjame entrar, déjame entrar.

—¿Quién eres? —pregunté, al tiempo que forcejeaba por desasirme.

—Catherine Linton —respondió temblando. (¿Por qué pensé en *Linton*? Había leído veinte veces más *Earnshaw* que *Linton*)—. ¡He vuelto a casa, me perdí en el páramo!

Mientras hablaba, distinguí borrosamente el rostro de una niña mirando por la ventana. El terror me volvió cruel y, viendo que era inútil intentar desembarazarme de la criatura, acerqué su muñeca al cristal roto y la froté de un lado para otro hasta que brotó la sangre y empapó las sábanas. Pero seguía gimiendo:

—¡Déjame entrar! —y me seguía agarrando tenazmente haciéndome casi enloquecer de terror.

—¿Cómo quieres que lo haga? —le dije al fin—. ¡Suéltame si quieres que te deje entrar!

Los dedos se aflojaron, retiré los míos por el agujero, amontoné apresuradamente los libros en una pirámide contra él, y me tapé los oídos para no oír la quejumbrosa súplica. Creo que los tuve tapados más de un cuarto de hora, pero en cuanto volví a escuchar, allí seguía gimiendo el lúgubre lloriqueo.

—¡Vete! —grité—, jamás te dejaré entrar, ni aunque me lo pidas durante veinte años.

—Hace veinte años —gimió la voz—. Veinte años. ¡Llevo abandonada veinte años!

Entonces empezó fuera un débil raspado, y el montón de libros se movió como si lo empujaran hacia adelante. Intenté ponerme en pie de un salto, pero no pude mover un sólo miembro, y en un frenesí de terror, lancé un alarido. Para confusión mía, descubrí que el alarido no era imaginario. Pasos apresurados se acercaban a la puerta de mi alcoba. Alguien la abrió con mano vigorosa y una luz brilló por las cuadradas aberturas de la parte superior de la cama. Me incorporé temblando aún y secándome el sudor de la frente. El intruso pareció dudar y refunfuñó algo entre dientes. Al fin dijo medio susurrando, claramente sin esperar respuesta:

—¿Hay alguien aquí?

Consideré mejor descubrir mi presencia, porque reconocí la voz de Heathcliff y temí que, si me callaba, seguiría buscando. Con esta intención me volví y abrí los tableros. Tardaré mucho en olvidar el efecto que mi acción produjo.

Heathcliff se quedó cerca de la entrada, en camisa y pantalones, con una vela que le goteaba por los dedos, y la cara tan blanca como la pared que tenía detrás. El primer crujido de la madera le sobresaltó como una descarga eléctrica. La luz le saltó de la mano a una distancia de varios pies, y su agitación era tan extrema que apenas pudo cogerla.

—Sólo se trata de su huésped, señor —exclamé deseoso de ahorrarle la humillación de seguir poniendo en evidencia su cobardía—. Tuve la mala fortuna de gritar dormido debido a una horrible pesadilla. Siento haberle molestado.

—¡Dios le confunda, señor Lockwood! Ojalá estuviera usted en el... —empezó mi anfitrión, poniendo la vela sobre una silla porque le era imposible mantenerla firme—. Y ¿quién le subió a este cuarto? —continuó, clavándose las uñas en las palmas de las manos y rechinando los dientes para dominar el temblor de las mandíbulas—. ¿Quién fue? ¡Ganas me dan de echarle de casa ahora mismo!

—Fue su criada Zillah —respondí, saltando al suelo y vistiéndome rápidamente—. No me importaría que la echara, señor Heathcliff, se lo tiene muy merecido. Supongo que quería tener a mi costa una prueba más de que la habitación está embrujada. Pues lo está... ¡atestada de fantasmas y de duendes! Hace bien en tenerla cerrada, se lo aseguro. ¡Nadie le agradecerá que le deje descabezar un sueño en semejante guarida!

—¿Qué quiere decir? —preguntó Heathcliff—, y ¿qué está haciendo? Acuéstese y acabe de pasar la noche, ya que está usted aquí, pero, por amor de Dios, no repita ese ruido tan horrible. No tiene ninguna excusa, a no ser que le estuvieran cortando el cuello.

—Si ese diablillo hubiera logrado entrar por la ventana, probablemente me hubiera estrangulado —repliqué—. No estoy dispuesto a volver a soportar las

persecuciones de sus hospitalarios antepasados. ¿No era el Reverendo Jabes Branderham pariente suyo por parte de madre? Y esa descarada de Catherine Linton, o Earnshaw, o como se llame —debió de ser una desgraciada—, ¡malvada criaturita! Me dijo que había estado vagando por la tierra durante veinte años. Justo castigo por sus pecados mortales, no me cabe duda.

Apenas hube pronunciado estas palabras, recordé la asociación del nombre de Heathcliff con el de Catherine en el libro. Relación que se me había borrado por completo de la memoria hasta que esta situación la había reavivado. Me sonrojé por mi desconsideración, pero sin mostrar más conocimiento de la ofensa, me apresuré a añadir:

—La verdad, señor, es que pasé la primera parte de la noche... —aquí me detuve de nuevo, a punto de decir «examinando esos viejos volúmenes», pero eso habría dejado ver mi conocimiento del contenido, tanto manuscrito como impreso, así que, corrigiéndome, continué—: descifrando los nombres rayados en la repisa de la ventana. Una tarea monótona, calculada para conciliar el sueño, como contar, o...

—¿Qué quiere decir hablándome a mí de este modo? —tronó Heathcliff con vehemencia salvaje—. ¿Cómo... cómo se atreve bajo mi techo? ¡Dios! ¡Está loco para hablar así! —y se golpeó la frente con rabia.

No sabía si ofenderme por este lenguaje o continuar mi explicación, pero parecía tan profundamente afectado que me dio pena y continué con mis sueños, asegurando que no había oído nunca el nombre de Catherine Linton, pero que, leyéndolo una y otra vez, me produjo la impresión de que se personificaba cuando yo ya no tenía mi imaginación bajo control. Heathcliff se fue retirando dentro del refugio de la cama mientras yo hablaba, hasta que al fin se sentó, casi oculto atrás. Me imaginé, sin embargo, por su respiración irregular y entrecortada, que estaba luchando por dominar un exceso de emociones violentas. Como no quería hacerle ver que me había dado cuenta de su conflicto, continué arreglándome haciendo bastante ruido, miré el reloj y hablé a solas sobre lo larga que se me había hecho la noche:

—¡No son ni las tres! Hubiera jurado que eran las seis. El tiempo se eterniza aquí. Seguramente debimos de retirarnos a descansar a las ocho.

—En invierno siempre a las nueve, y siempre nos levantamos a las cuatro —dijo mi anfitrión, reprimiendo un gemido y, como me pareció, por el movimiento de la sombra de su brazo, enjugándose rápidamente una lágrima—. Señor Lockwood —añadió—, puede irse a mi cuarto. No hará más que estorbar si baja tan temprano, y su grito infantil ha mandado mi sueño al diablo.

—Y el mío también —repliqué—. Pasearé por el patio hasta el amanecer y luego me iré. Y no tema que vuelva a repetir mi intromisión. Ahora ya estoy curado por completo de buscar esparcimiento en la compañía, ya sea en el campo o en la ciudad. Un hombre sensato debería encontrar suficiente compañía en sí mismo.

—¡Deliciosa compañía! —murmuró Heathcliff—. Coja la vela y váyase a donde quiera. Enseguida estaré con usted. Pero no vaya al patio, los perros están sueltos, y

por lo que respecta a la sala... Juno está allí de centinela... y... nada, que sólo puede usted andar por las escaleras y los pasillos. Pero ¡váyase ya! Yo iré dentro de dos minutos.

Le obedecí en cuanto a salir de la alcoba, y cuando, al ignorar adónde conducían aquellos estrechos corredores, me quedé quieto, fui testigo involuntario de una muestra de superstición por parte de mi casero, que contradecía de manera extraña su aparente sensatez. Se subió a la cama, abrió de un tirón la ventana, estallando, al tiempo que tiraba, en un incontrolable arrebató de llanto.

—¡Entra, entra! —sollozaba—. Cathy, entra. ¡Oh, hazlo... una vez más! ¡Oh, corazón mío! ¡Escúchame esta vez, al fin, Catherine!

El espectro exhibió el capricho normal de los espectros: no dio señales de existir. Pero entraron la nieve y el viento, en frenético remolino, llegando incluso hasta donde yo estaba y apagando la luz.

Había tal angustia en el arrebató de dolor que acompañaba a este delirio, que mi compasión me hizo disculpar su locura y me retiré, medio enfadado por haber escuchado y molesto por haberle contado mi ridícula pesadilla, ya que le había producido semejante tormento, aunque el porqué escapaba a mi comprensión. Bajé cautelosamente a las estancias inferiores y fui a parar a la cocina, donde un rescoldo de brasas, bien atizado, me permitió volver a encender la vela. Nada se movía, salvo una gata gris con manchas que salió sigilosamente de las cenizas, y me saludó con un quejumbroso maullido.

Dos bancos en forma semicircular casi rodeaban el hogar. Me tendí en uno de ellos y la vieja gata se subió al otro. Estábamos los dos dando cabezadas sin que nadie invadiera nuestro retiro cuando apareció Joseph bajando pesadamente por una escalera de madera que desaparecía por una trampilla en el techo, la subida a su buhardilla, supongo. Echó una mirada siniestra a la llamita que yo había logrado encender, echó a la gata de sus alturas y, apropiándose del sitio vacante, empezó la operación de llenar de tabaco una pipa de tres pulgadas. Mi presencia en su santuario le parecía evidentemente una insolencia demasiado vergonzosa como para comentarla. Aplicó en silencio el tubo a sus labios, cruzó los brazos y echó el humo. Le dejé disfrutar de aquel placer sin molestarle y, después de exhalar la última espiral de humo, lanzando un profundo suspiro, se levantó y se fue tan solemnemente como había venido.

A continuación entraron unos pasos más ligeros. Abrí la boca para dar los «buenos días», pero la volví a cerrar sin terminar el saludo, pues Hareton Earnshaw iba rezando sus oraciones *sotto voce* con una serie de maldiciones contra cada objeto que tocaba, mientras revolvía en un rincón en busca de una pala o una azada para quitar la nieve. Miró por encima del respaldo del banco, dilatando las narices, y pensó tan poco en cambiar saludos conmigo como con mi compañera la gata. Me figuré, por sus preparativos, que ya se podía salir y, dejando mi duro lecho, hice ademán de seguirle. Él lo notó y empujó con el extremo de la azada una puerta interior,

indicándome con un sonido inarticulado que allí era donde debía ir si cambiaba de sitio.

La puerta daba a la sala, donde las mujeres estaban ya en movimiento. Zillah levantaba llamaradas por la chimenea con un fuelle colosal, y la señora Heathcliff, arrodillada en el hogar, leía un libro a la luz de la lumbre. Mantenía una mano interpuesta entre el calor del fuego y sus ojos, y parecía absorta en su ocupación, que sólo interrumpía para regañar a la criada porque la cubría de chispas, o para apartar de vez en cuando a un perro que metía con demasiado atrevimiento el hocico en su cara. Me sorprendió ver allí también a Heathcliff. Estaba junto al fuego, de espaldas a mí, y justamente poniendo fin a una escena tormentosa con la pobre Zillah, quien a menudo interrumpía su trabajo para recoger la punta de su delantal y exhalar un indignado gemido.

—Y tú, tú, nulidad... —estalló cuando yo entraba, dirigiéndose a su nuera y empleando epítetos tan inofensivos como «pato» o «cordero», pero que generalmente se representan con puntos suspensivos—. ¡Ya estás con tus trucos para no hacer nada! ¡Los demás se ganan el pan... tú vives de mi caridad! Deja esa basura y ponte a hacer algo. Me tendrás que pagar por el castigo de tenerte siempre ante mi vista... ¿Me oyes, maldita desgraciada?

—Dejaré esta basura porque usted puede obligarme si me niego —contestó la joven, cerrando el libro y tirándolo en una silla—. Pero, por más juramentos que eche, no haré sino lo que me plazca.

Heathcliff levantó la mano y ella, que evidentemente conocía su peso, saltó a una distancia más segura. Como no tenía ningún interés en entretenerme con una pelea de perros y gatos, me adelanté con energía, como deseoso de participar del calor del hogar y fingiendo no saber nada de la interrumpida disputa. Ambos tuvieron el suficiente decoro como para suspender las hostilidades. Heathcliff, para evitar la tentación, se metió los puños en los bolsillos. La señora Heathcliff frunció los labios y se retiró a un asiento apartado, en donde cumplió su palabra haciendo el papel de estatua el resto del tiempo que estuve allí. No fue mucho. Rehusé desayunar con ellos y, al primer brillo del alba, aproveché la oportunidad de escapar al aire libre, ahora claro, tranquilo y frío como hielo impalpable.

Antes de que llegara al fondo del jardín, mi casero me llamó a voces para que me detuviera y se ofreció a acompañarme por el páramo. Estuvo bien que lo hiciera, pues toda la ladera de la colina era un ondulado y blanco océano. Las crestas y los valles no se correspondían con las elevaciones y depresiones del terreno. Al menos muchos pozos estaban llenos hasta el borde y filas enteras de montículos, residuos de las canteras, habían sido borrados del mapa que el paseo del día anterior me había dejado grabado en la memoria. Había observado a un lado del camino una hilera de piedras verticales, a intervalos de seis o siete yardas, que continuaba a lo largo de todo el páramo. Estaban enhiestas, embadurnadas de cal, con el fin de servir de guía en la oscuridad, y también cuando una nevada como ésta hacía que se confundieran las

profundas ciénagas, a uno y otro lado, con el sendero firme. Pero, excepto algún punto sucio que apuntaba por aquí y por allá, toda huella de su existencia había desaparecido, y mi compañero con frecuencia consideró necesario avisarme que fuera hacia la izquierda o hacia la derecha, cuando a mí me parecía que estaba siguiendo correctamente las curvas del camino. Intercambiamos pocas palabras, y se detuvo a la entrada del parque de la Granja de los Tordos, diciéndome que desde allí ya no podía perderme. Nuestra despedida se limitó a una apresurada inclinación de cabeza, y luego seguí adelante, confiado en mis propios recursos, porque la casa del portero no está ocupada todavía. La distancia desde la verja hasta la Granja es de dos millas: creo que me las arregló para convertirlas en cuatro a fuerza de perderme entre los árboles y hundirme en la nieve hasta el cuello, situación que sólo pueden apreciar los que la han experimentado. De todos modos, fueran cuales fueran mis vagabundeos, el reloj dio las doce cuando entré en la casa, lo que correspondía exactamente a una hora por cada milla del camino habitual de Cumbres Borrascosas.

Mi ama de llaves y sus satélites salieron a recibirme, exclamando tumultuosamente que me habían dado por muerto. Todos imaginaban que había perecido la noche anterior, y estaban pensando cómo emprender la busca de mis restos. Les pedí que se tranquilizaran, ahora que me veían de vuelta y, entumecido hasta los huesos, subí arrastrándome al piso de arriba. Allí, después de ponerme ropa seca y de pasear de arriba a abajo durante treinta o cuarenta minutos para recuperar el calor animal, he pasado a mi estudio, débil como un gatito, casi demasiado para poder disfrutar del fuego acogedor y del café humeante que ha preparado la criada para reconfortarme.

CAPÍTULO IV

¡Qué veletas locas somos! Yo, que había decidido mantenerme apartado de todo trato social, y que daba gracias a mi buena estrella porque al fin había dado con un lugar casi inaccesible, yo, pobre diablo, después de luchar hasta el atardecer contra el aburrimiento P Y la soledad, me vi obligado a arriar bandera y, con el pretexto de conseguir información sobre las necesidades de mi posición, le pedí a la señora Dean, cuando me trajo la cena, que se quedara conmigo mientras comía, con la sincera esperanza de que resultara ser una buena chismosa y que, o bien me animara, o bien me adormeciera con su charla.

—Usted ha vivido aquí bastante tiempo —empecé—. ¿No dijo que dieciséis años?

—Dieciocho, señor. Vine a servir a la señora cuando se casó. Una vez muerta, el señor me retuvo como ama de llaves.

—Ah, bien.

Siguió una pausa. Temí que no fuera chismosa, salvo para sus propios asuntos, que a mí difícilmente podían interesarme. Sin embargo, después de reflexionar un rato, con un puño en cada rodilla una sombra de meditación en el rubicundo semblante, Y exclamó:

—¡Ah, los tiempos han cambiado mucho desde entonces!

—Sí —observé—, supongo que habrá visto muchos cambios.

—Sí, y muchas desgracias también —respondió.

«Oh, dirigiré la conversación hacia la familia de mi casero —pensé para mí—. Un buen tema para empezar... y me gustaría conocer la historia de esa guapa jovencita viuda. Si es natural del país o, como es más probable, una exótica, que aquellos hoscos indígenas no quieren reconocer como de los suyos». Con esta intención pregunté a la señora Dean por qué Heathcliff alquilaba la Granja de los Tordos y prefería vivir en un lugar y una vivienda tan inferiores.

—¿No es bastante rico como para mantener la finca en buen estado? —pregunté.

—¿Rico, señor? —replicó—. Nadie sabe el dinero que tiene, y aumenta cada año. Sí, sí, es lo bastante rico como para vivir en una casa mejor que ésta, pero es muy... tacaño, y de haber pensado en mudarse a la Granja de los Tordos, tan pronto como hubiera oído hablar de un buen inquilino, no habría podido resistirse a perder la oportunidad de ganar unos pocos cientos más. ¡Es extraño que la gente sea tan avariciosa cuando no se tiene a nadie en el mundo!

—Tuvo un hijo, al parecer.

—Sí, tuvo uno... murió.

—Y aquella joven, la señora Heathcliff, ¿es su viuda?

—Sí.

—¿De dónde es originaria?

—Vaya, señor, es la hija de mi difunto amo. Catherine Linton era su nombre de

soltera. ¡Yo la crié, pobrecita! Me hubiera gustado que el señor Heathcliff se hubiera trasladado aquí, y entonces podíamos haber estado juntas de nuevo.

—¡Qué! ¿Catherine Linton? —exclamé asombrado, pero un minuto de reflexión me convenció de que no era mi fantasmal Catherine—. Entonces —continué—, ¿el nombre de mi predecesor era Linton?

—Eso es.

—¿Y quién es ese Earnshaw, Hareton Earnshaw, que vive con el señor Heathcliff? ¿Son parientes?

—No, es sobrino de la difunta señora Linton.

—¿Primo de la joven, entonces?

—Sí, y su marido también era primo suyo: uno por parte de madre, el otro por parte de padre. Heathcliff se casó con la hermana del señor Linton.

—He visto que la casa de Cumbres Borrascosas tiene grabado en la puerta principal «Earnshaw». ¿Es una familia antigua?

—Muy antigua, sí señor, y Hareton es el último de ellos, así como nuestra señorita Cathy lo es de los nuestros, quiero decir, de los Linton. ¿Ha estado en Cumbres Borrascosas? Perdona la pregunta, pero me gustaría saber cómo está ella.

—¿La señora Heathcliff? Estaba muy bien y muy guapa, aunque creo que no muy feliz.

—¡Vaya por Dios, no me extraña! ¿Y qué le pareció el amo?

—Un tipo más bien áspero, señora Dean. ¿No es ése su carácter?

—¡Más áspero que el filo de una sierra y más duro que el pedernal! Cuanto menos tenga que ver con él, mejor.

—Ha debido de tener altibajos en la vida que le han hecho tan insociable. ¿Sabe usted algo de su historia?

—Es la del cuco^[21], señor. La sé toda, excepto dónde nació, quiénes eran sus padres y de dónde sacó su primer dinero. ¡Y Hareton ha sido arrojado como un gorrión implume! El pobre chico es el único en toda la parroquia que no se da cuenta de hasta qué punto le han estafado.

—Bueno, señora Dean, haría una obra de caridad si me contara algo de mis vecinos. Tengo la sensación de que no dormiré si me voy a la cama, así que sea buena y quédese a charlar una hora.

—¡Oh, pues claro, señor! Iré a buscar un poco de costura, y luego me quedo el tiempo que usted quiera. Pero ha cogido un resfriado, le he visto tiritar. Tiene que tomar un poco de caldo para curarlo.

La buena mujer salió apresuradamente y yo me acurruqué más cerca del fuego. Tenía la cabeza ardiendo y el resto del cuerpo helado. Además por culpa de los nervios y de la cabeza estaba excitado hasta el extremo del desvarío. Esto me hacía sentirme no incómodo, sino más bien temeroso (todavía lo estoy) de las graves consecuencias que los incidentes de ayer y de hoy pudieran tener. Volvió al poco rato con un tazón humeante y una cesta de costura y, después de colocar el primero en la

repisa de la chimenea, acercó su asiento, visiblemente satisfecha de encontrarme tan sociable.

—Antes de que yo viniera a vivir aquí —comenzó su historia sin esperar más invitación—, estaba casi siempre en Cumbres Borrascosas, porque mi madre había criado al señor Hindley Earnshaw, el padre de Hareton, y yo acostumbraba a jugar con los niños. También hacía recados, ayudaba a recoger el heno, y andaba por la granja dispuesta a hacer lo que me mandaran. Una hermosa mañana de verano — recuerdo que era al principio de la siega—, el señor Earnshaw, mi viejo amo, bajó vestido de viaje y, después de decirle a Joseph lo que había que hacer durante el día, se volvió a Hindley, a Cathy y a mí —pues yo estaba tomando mis gachas de avena con ellos—, y le habló así a su hijo:

—Bueno, mi querido jovencito, hoy me voy a Liverpool, ¿qué quieres que te traiga? Puedes escoger lo que quieras, sólo que sea pequeño, porque voy a ir y volver a pie: sesenta millas de ida y otras tantas de vuelta, ¡es un buen trecho!

Hindley pidió un violín, luego se dirigió a Cathy, que apenas tenía seis años, pero ya podía montar cualquier caballo del establo, y pidió un látigo. No se olvidó de mí, pues tenía buen corazón, aunque a veces era un poco severo. Me prometió traerme un saquito lleno de manzanas y peras, luego dio a los niños un beso de despedida, y se marchó.

Los tres días de su ausencia se nos hicieron a todos muy largos, y la pequeña Cathy preguntaba a menudo cuándo volvería. La señora Earnshaw le esperaba el tercer día por la tarde a la hora de la cena, y la pospuso hora tras hora, pero no había señales de su llegada, y al fin los niños se cansaron de salir a la verja a mirar. Luego oscureció. Ella los hubiera acostado, pero los niños le rogaron desconsoladamente que les dejara quedarse levantados. Y justo a eso de las once, el picaporte de la puerta se levantó suavemente y entró el amo. Se echó en una silla, entre risas y gemidos, y les pidió a todos que se apartaran porque estaba medio muerto. No volvería a hacer semejante caminata ni por todo el oro del mundo.

—Y para colmo, me he llevado un susto de muerte —dijo, abriendo el sobretodo que tenía arrebujado en sus brazos—. ¡Mira, mujer! Nada en mi vida me ha impresionado tanto. Tienes que tomarlo como un don de Dios, aunque es tan moreno como si viniera del diablo.

Nos amontonamos a su alrededor y, por encima de la cabeza de la señorita Cathy, pude entrever a un niño sucio, andrajoso y de pelo negro, lo bastante crecido como para andar y hablar, es más, por su cara, parecía mayor que Catherine, pero cuando se puso de pie no hizo más que mirar a su alrededor y repetir, una y otra vez, una especie de jerga que nadie entendía. Yo estaba asustada y la señora Earnshaw estuvo a punto de echarlo de casa. Se puso hecha una furia y le preguntó al amo cómo se le ocurría traer a aquel mocoso gitano, cuando tenían sus propios hijos que alimentar y

defender, qué pensaba hacer con él y si se había vuelto loco. El amo intentó explicar lo sucedido, pero realmente estaba medio muerto de cansancio, y todo lo que yo pude sacar en claro, entre las reprimendas de la señora, fue una historia de haberlo visto muerto de hambre, sin techo, y prácticamente mudo, en las calles de Liverpool, donde lo recogió y preguntó por su dueño. Dijo que nadie sabía a quién pertenecía y, como él andaba muy limitado de tiempo y de dinero, pensó que era mejor llevárselo a casa directamente que meterse en gastos inútiles allí, porque estaba decidido a no dejarlo como lo encontró. Bueno, el resultado fue que mi señora se calmó a regañadientes, y el señor Earnshaw me dijo que le lavara, le diera ropa limpia y le dejara dormir con los niños.

Hindley y Catherine se contentaron con mirar y escuchar hasta que se restableció la paz, entonces empezaron a buscar en los bolsillos de su padre los regalos que les había prometido. El primero era ya un chico de catorce años, pero cuando sacó lo que había sido un violín, hecho añicos dentro del sobretodo, se echó a llorar a gritos, y Cathy, cuando supo que su padre había perdido el látigo por atender al desconocido, expresó su mal humor haciendo muecas y escupiendo a la estúpida criatura, lo que le valió un sonoro bofetón de su padre para que aprendiera mejores modales. Se negaron en redondo a que compartiera con ellos la cama, ni siquiera la habitación, y yo no tuve mayor juicio y lo puse en el rellano de la escalera, esperando que a la mañana siguiente se habría ido. Por casualidad, o atraído por la voz del señor Earnshaw, se deslizó hasta su puerta y éste se lo encontró al salir de la habitación. Se hicieron averiguaciones de cómo había llegado allí. Me vi obligada a confesar, y en recompensa a mi cobardía y crueldad me echaron de la casa.

Ésta fue la primera presentación de Heathcliff en la familia. Cuando volví unos días después (pues no consideré que mi destierro fuera perpetuo) me encontré con que le habían bautizado con el nombre de «Heathcliff», que era el que tenía un hijo muerto en la niñez, y le ha servido desde entonces tanto de nombre de pila como de apellido. La señorita Cathy y él eran ya íntimos, pero Hindley le odiaba y, a decir verdad, yo también. Le atormentábamos y tratábamos de forma vergonzosa. Yo no tenía el juicio suficiente para comprender mi injusticia y la señora nunca dijo una palabra en su defensa cuando veía que le maltratábamos.

Parecía un niño hosco y paciente, endurecido, quizá, respecto a los malos tratos. Soportaba los golpes de Hindley sin parpadear ni verter una lágrima, y mis pellizcos le hacían sólo dar un respiro y abrir los ojos como si se hubiera lastimado por casualidad y sin que nadie tuviera la culpa. Este aguante enfureció al viejo Earnshaw cuando descubrió que su hijo perseguía al pobre huérfano, como él le llamaba. Se encariñó con él de una manera extraña, creía todo lo que le decía (en realidad decía bien poco y generalmente la verdad) y le mimaba mucho más que a Catherine que era demasiado traviesa y rebelde para ser la favorita.

Así que ya desde el principio, Heathcliff generó resentimiento en la casa, y a la muerte de la señora Earnshaw, que ocurrió menos de dos años después, el señorito

había aprendido a mirar a su padre como a un opresor más que como a un amigo y a Heathcliff como a un usurpador del afecto paterno y de sus privilegios, y se amargó a fuerza de rumiar ese agravio. Simpaticé con él durante algún tiempo, pero cuando los niños cayeron enfermos con sarampión y tuve que cuidarles, cargando de repente con las responsabilidades de una mujer, cambié de opinión. Heathcliff estuvo gravemente enfermo y, en los peores momentos, quería tenerme constantemente a su lado. Supongo que se daba cuenta de que hacía mucho por él, pero no tenía la capacidad para imaginar que lo hacía por obligación. Con todo, he de decir que era el niño más tranquilo que una enfermera tuvo que cuidar jamás. La diferencia entre él y los otros me obligó a ser menos parcial. Cathy y su hermano me agobiaban terriblemente. Él se quejaba menos que un cordero, pero era por dureza, no por dulzura por lo que daba poca guerra.

Salió adelante y el doctor afirmó que en gran parte se debía a mí y me alabó por mis cuidados. Me envanecí con sus elogios y me ablandé con la persona que era la causa de que los mereciera, y de ese modo Hindley perdió su último aliado. Aun así, yo no podía encariñarme con Heathcliff, y con frecuencia me preguntaba qué veía mi amo tan admirable en aquel crío hosco, que nunca, que yo recuerde, correspondió a su benevolencia con ningún signo de gratitud. No era insolente con su benefactor, sencillamente era insensible, aunque sabía muy bien el dominio que ejercía sobre su corazón, y era consciente de que no tenía más que decir una palabra para que toda la casa se viera obligada a doblegarse a sus deseos. Como ejemplo, recuerdo que el señor Earnshaw compró un par de potros en la feria del pueblo y dio uno a cada chico. Heathcliff escogió el más hermoso, pero pronto quedó cojo, y cuando él lo descubrió le dijo a Hindley:

—Tienes que cambiarme el caballo. El mío no me gusta. Si no quieres, le contaré a tu padre las tres palizas que me has dado esta semana y le enseñaré el brazo, que está negro hasta el hombro.

Hindley le sacó la lengua y le dio de bofetadas.

—Será mejor que lo hagas enseguida —insistió Heathcliff, escapando hacia el porche (estaban en la cuadra). Tendrás que hacerlo, porque si hablo de estos golpes los recibirás con creces.

—¡Fuera de aquí, perro! —gritó Hindley, amenazándole con una pesa de hierro que se usaba para pesar patatas y heno.

—Tírala —replicó el otro quedándose inmóvil—, y entonces le contaré que te has jactado de que me vas a echar de casa en cuanto él se muera, y verás si no te echa a ti inmediatamente.

Hindley se la tiró, le dio en el pecho y le hizo caer, pero enseguida se levantó tambaleándose, sin aliento y pálido y, si yo no lo hubiera evitado, se habría ido a su amo y conseguido plena venganza, dejando que su estado hablara por él, insinuando quién se lo había causado.

—¡Pues coge mi potro, gitano! —dijo el joven Earnshaw—, y ojalá te rompa la

crisma. ¡Llévatelo y maldito seas, intruso miserable! Sácale a mi padre todo lo que tiene, y después, le muestras lo que eres, hijo de Satanás. ¡Llévatelo, espero que de una coz te salte los sesos!

Heathcliff había ido a soltar al animal y llevárselo a su propio establo. Pasaba por detrás de él cuando Hindley ponía fin a su retahíla derribándole bajo sus patas y, sin pararse a comprobar si se habían cumplido sus deseos, salió corriendo a toda prisa. Me sorprendió presenciar con qué frialdad el chico se levantaba y seguía con sus propósitos. Intercambió las sillas de montar y todo, y luego se sentó en un montón de heno para reponerse del malestar que el violento golpe le había ocasionado antes de entrar en la casa. Le persuadí fácilmente de que me dejara echar al caballo las culpas de sus contusiones. Le importaba muy poco el cuento que se contara, puesto que tenía lo que quería. En verdad se quejaba tan rara vez de meneos como éste, que creí realmente que no era vengativo. Me equivoqué por completo, como va usted a oír.

CAPÍTULO V

Con el paso del tiempo el señor Earnshaw empezó a decaer. Había sido activo y saludable, pero sus fuerzas le abandonaron de repente y, cuando se quedó confinado a un rincón de la chimenea, se volvió terriblemente irritable. Se enojaba por nada y los supuestos desaires a su autoridad casi le sacaban de quicio. Esto era especialmente notorio cuando alguien intentaba imponerse o avasallar a su favorito. Era celoso hasta la exasperación para que no se le dijera una palabra indiscreta, y parecía que se le había metido en la cabeza la idea de que, como él quería a Heathcliff, todos le odiaban y estaban deseando jugarle alguna mala pasada. Esto representaba una desventaja para el muchacho, porque como los más amables de nosotros no queríamos irritar al amo, le seguíamos la corriente en su parcialidad, y esa actitud daba más pábulo al orgullo y mal genio del chico. Pero, de algún modo, se convirtió en algo necesario: dos o tres veces las muestras de desprecio de Hindley estando su padre cerca provocaron la ira del viejo, que cogió su bastón para pegarle y tembló de rabia al no poder hacerlo.

Al fin, nuestro coadjutor (teníamos entonces un coadjutor que completaba su estipendio dando clase a los pequeños Linton y Earnshaw y cultivando personalmente un pedacito de tierra) aconsejó que se enviara a Hindley a la universidad, y el señor Earnshaw accedió, aunque con poco convencimiento, porque decía:

—Hindley es una nulidad y nunca prosperará vaya donde vaya.

Yo confiaba de todo corazón en que entonces íbamos a tener paz. Me dolía pensar que el amo sufriera por su buena acción. Me figuraba que el fastidio de la edad y de la enfermedad tenía su origen en las desavenencias familiares, como él lo aseguraba, pero la verdad era, señor, que su naturaleza se estaba agotando. Podíamos habérmolas arreglado tolerablemente a pesar de todo de no ser por dos personas: la señorita Cathy y Joseph, el criado. Seguro que lo vio, allá arriba. Era, y lo más probable es que lo siga siendo, el fariseo más pesado y santurrón que haya jamás saqueado la Biblia para quedarse con todas las promesas y cargar al prójimo con las maldiciones. Por su habilidad para echar sermones y discursos piadosos, consiguió impresionar al señor Earnshaw y, cuanto más se debilitaba el amo, más influencia ejercía sobre él. No dejaba de atosigarle para que se ocupara de la salvación de su alma y de educar a sus hijos con rigor. Le alentaba a considerar a Hindley como un réprobo, y noche tras noche, con regularidad, le mascullaba una retahíla de cuentos contra Heathcliff y Catherine, poniendo siempre mucho cuidado en halagar la debilidad del amo a base de acumular las acusaciones más graves sobre la última.

Es cierto que ella tenía una manera de ser que no he visto nunca en una niña, y nos hacía perder la paciencia más de cincuenta veces al día. Desde el momento en que bajaba hasta que se iba a la cama, no podíamos estar seguros, ni un minuto, de que no estuviera haciendo alguna travesura. Su espíritu estaba en continua tensión, su lengua siempre suelta, cantando, riendo, o fastidiando al que no hiciera lo mismo que

ella. Una chiquilla salvaje y malvada es lo que era, pero tenía los ojos más bonitos, la sonrisa más dulce y los pies más ligeros de toda la parroquia. Y después de todo, creo que no tenía mala intención, porque una vez que conseguía hacer llorar a alguien en serio, era raro que no le hiciera compañía, obligándole a calmarse para poder consolarse. Estaba demasiado encariñada con Heathcliff. Separarla de él era el mayor castigo que se le podía imponer, y eso que la regañaban por su culpa más que a ninguno de nosotros. En el juego le encantaba hacer de señora, dando órdenes a sus compañeros y pegándoles: eso mismo hizo conmigo, pero yo no toleraba ni cachetes, ni órdenes, y así se lo dije.

Bueno, el señor Earnshaw no entendía las bromas de sus hijos. Había sido siempre estricto y serio con ellos y Catherine, por su parte, no tenía idea de por qué su padre tenía peor humor y menos paciencia ahora, enfermo, que en su juventud. Sus desagradables reproches despertaban en ella el maligno placer de provocarle. Nunca era más feliz que cuando todos la reñíamos a un tiempo, desafiándonos ella con su mirada insolente y descarada, y su presta lengua, ridiculizando las religiosas maldiciones de Joseph, importunándome a mí, y haciendo precisamente lo que más molestaba a su padre: demostrar cómo su pretendida insolencia, que él creía auténtica, tenía más poder sobre Heathcliff que su cariño, cómo el chico hacía todo lo que ella le decía, pero cumplía los mandatos del amo sólo cuando le venía en gana. Después de haberse portado lo peor posible todo el día, a veces venía zalamera por la noche a hacer las paces.

—No, Cathy —decía el anciano—, no te puedo querer, eres peor que tu hermano. Vete y reza tus oraciones, hija, y pídele perdón a Dios. No sé si tu madre y yo no tendremos que lamentar haberte traído al mundo.

Esto le hacía llorar al principio, pero luego el ser rechazada continuamente la endureció y se reía cuando se le mandaba arrepentirse de sus faltas y pedir que se la perdonara.

Pero al fin llegó la hora que terminó con las desgracias del señor Earnshaw en la tierra. Murió tranquilamente una noche de octubre sentado en su sillón junto al fuego. Un fuerte viento zumbaba en torno a la casa y rugía en la chimenea, sonaba muy fuerte y tempestuoso, pero no era frío, y estábamos todos juntos... yo un poco separada del fuego, haciendo calceta, y Joseph leyendo la Biblia junto a la mesa (porque entonces los criados solían sentarse en la sala después de terminar su trabajo). La señorita Cathy había estado enferma, por eso estaba quieta, se apoyaba en la rodilla de su padre, y Heathcliff estaba tumbado en el suelo con la cabeza en el regazo de ella. Recuerdo que el amo, antes de caer en sopor, acariciaba su bonito pelo —realmente contento de verla apacible— y le dijo:

—¿Por qué no puedes ser siempre una niña buena, Cathy?

Ella levantó el rostro hacia él y riendo contestó:

—¿Por qué no es usted siempre un hombre bueno, padre?

Pero en cuanto le vio enojado de nuevo le besó la mano y le dijo que le cantaría

una canción para que se durmiera. Empezó a cantar muy bajito hasta que los dedos del viejo se soltaron de los de la niña y la cabeza se le hundió en el pecho. Entonces le dije que se callara y que no se moviera no fuera a despertarle. Estuvimos todos callados como muertos durante toda una media hora y hubiéramos seguido así, de no haber sido por Joseph, que habiendo terminado su capítulo, se levantó y dijo que tenía que despertar al amo para rezar y acostarle. Se le acercó, le llamó por su nombre y le tocó en el hombro, pero como no se movía, cogió la vela y le miró. Pensé que algo malo pasaba cuando dejó la vela y, cogiendo a los niños, a cada uno por un brazo, les dijo en voz baja que subieran y que no hicieran ruido, que esa noche tenían que rezar solos pues él tenía algo que hacer.

—Primero tengo que dar las buenas noches a mi padre —dijo Catherine, echándole los brazos al cuello antes de que pudiéramos impedirselo.

La pobre criatura descubrió enseguida la triste pérdida y gritó:

—¡Oh, está muerto, Heathcliff, está muerto! —y se pusieron los dos a llorar desgarradoramente.

Yo uní mi ruidoso y amargo llanto al suyo, pero Joseph nos preguntó en qué estábamos pensando al gritar de ese modo por un santo que ya estaba en el cielo. Me mandó que me pusiera el abrigo y fuera corriendo a Gimmerton en busca del médico y del párroco. No pude comprender de qué iban a servir entonces ni el uno ni el otro. Fui, sin embargo, a pesar del viento y la lluvia, y traje conmigo a uno, al doctor, el otro dijo que vendría por la mañana. Dejando a Joseph que explicara lo sucedido, corrí a la habitación de los niños. Tenían la puerta entreabierta y vi que no se habían acostado todavía, aunque era pasada la medianoche, pero estaban más tranquilos y no necesitaban que yo les consolara. Los pobres se consolaban el uno al otro con pensamientos mejores que los que se me hubieran ocurrido a mí. Ningún sacerdote del mundo pintó jamás el cielo de forma tan hermosa como lo hacían ellos en su inocente charla, y mientras sollozaba y escuchaba, no pude por menos de desear que ya estuviéramos allí todos juntos y a salvo.

CAPÍTULO VI

El señor Hindley vino a casa para el funeral y —lo que nos asombró a todos e hizo que los vecinos se pusieran a chismorrear a diestro y siniestro— se trajo con él una esposa. Quién era y dónde había nacido nunca nos lo dijo. Probablemente no tenía ni dinero, ni apellido que la recomendaran, de lo contrario, difícilmente le hubiera ocultado el enlace a su padre.

No era mujer para que se perturbara mucho la casa por su cuenta. Todo lo que veía, desde el momento que cruzó el umbral, parecía encantarle, y también todo lo que sucedía a su alrededor, salvo los preparativos para el entierro y los asistentes de luto. Por su comportamiento en aquella situación pensé que era medio tonta. Se metió corriendo en su cuarto y me hizo ir con ella, aunque yo debía estar vistiendo a los niños, y allí se sentó temblando, retorciendo las manos y preguntando una y otra vez:

—¿No se han ido aún?

Luego empezó a describir con una emoción histérica el efecto que le producía la vista del luto. Se sobrecogía y temblaba y al fin se echó a llorar... y cuando le pregunté qué le pasaba, me respondió que no lo sabía, pero que ¡tenía tanto miedo a morirse! A mí me pareció que estaba tan para morirse como yo. Era un tanto delgada, pero joven y de tez fresca y los ojos le brillaban como diamantes. Noté, desde luego, que cuando subía las escaleras la respiración se le hacía muy rápida, que el menor ruido repentino la sobresaltaba, y que a veces tosía de forma alarmante. Pero no tenía ni idea de lo que esos síntomas presagiaban y no me sentí inclinada a simpatizar con ella. Aquí, señor Lockwood, por lo general no nos encariñamos con los extraños a menos que se encariñen primero ellos con nosotros.

El joven Earnshaw había cambiado mucho en los tres años de ausencia. Había adelgazado y perdido el color, y hablaba y vestía de forma muy distinta. El mismo día de su regreso nos dijo a Joseph y a mí que en adelante debíamos establecernos en la cocina y dejar la sala para él. Incluso hubiera alfombrado y empapelado una pequeña habitación disponible como saloncito, pero su mujer mostró tanto entusiasmo por el suelo blanco, la enorme chimenea resplandeciente, los platos de peltre, el armario de la porcelana, la perrera y el amplio espacio que había para moverse, donde estaban habitualmente, que lo creyó innecesario para la comodidad de su mujer y abandonó la idea.

También se mostró encantada de encontrar una hermana entre sus nuevos conocidos, y charlaba con Catherine, la besaba, correteaba con ella y le hacía muchos regalos al principio. Este cariño, sin embargo, duró poco y, cuando se tornó displicente, Hindley se volvió tiránico. Bastaban unas pocas palabras de desagrado de su mujer hacia Heathcliff, para despertar en él todo su viejo odio al muchacho. Le echó de su compañía a la de los criados, le privó de la instrucción que le daba el coadjutor, e insistió en que, en lugar de eso, tenía que trabajar en el campo, obligándole a hacerlo de forma tan dura como cualquier otro mozo de la granja.

Heathcliff soportó bastante bien su degradación al principio, porque Cathy le enseñaba lo que ella aprendía, y trabajaba o jugaba con él en los campos. Los dos prometían claramente criarse tan rudos como si fueran salvajes. Al joven amo no le importaba nada cómo se comportaban ni lo que hacían, así que ellos se mantenían apartados de él. No se hubiera ocupado ni siquiera de que fueran a la iglesia los domingos si Joseph y el coadjutor no le hubieran reprendido por su negligencia cuando ellos se ausentaban, y eso le recordaba que tenía que mandar azotar a Heathcliff y dejar a Catherine sin comer o cenar. Pero una de sus mayores diversiones consistía en escaparse a los páramos por la mañana y pasarse allí todo el día, y el castigo posterior se convirtió en un simple motivo de risa. Ya podía el coadjutor poner a Catherine tantos capítulos como quisiera para que los aprendiera de memoria, y ya podía Joseph pegar a Heathcliff hasta que le doliera el brazo, que lo olvidaban todo al minuto de estar juntos de nuevo, al menos al minuto de haber inventado algún malévolo plan de venganza. Más de una vez lloré para mis adentros al verlos crecer cada día más insensatos, pero no decía una palabra por miedo a perder la poca autoridad que aún tenía sobre las insociables criaturas. Un domingo por la tarde sucedió que les habían echado del cuarto de estar por hacer ruido, o por alguna falta de poca monta por el estilo y, cuando fui a llamarlos para la cena, no los encontré por ninguna parte. Registramos la casa de arriba a abajo, el patio y las cuadras, pero no hubo forma de encontrarlos. Al fin Hindley, furioso, nos mandó que echáramos el cerrojo y ordenó con juramentos que nadie les dejara entrar aquella noche. Todos se fueron a la cama, y yo, demasiado angustiada para acostarme, abrí mi celosía y asomé la cabeza para escuchar, aunque llovía, decidida a dejarles entrar a pesar de la prohibición, si volvían. Al cabo de un rato oí pasos que venían por el camino y vi la luz trémula de un farol a través de la verja. Me eché un chal por la cabeza y corrí para evitar que despertaran al señor Earnshaw al llamar. Allí estaba Heathcliff, solo. Me dio un sobresalto verlo solo.

—¿Dónde está la señorita Catherine? —exclamé apresuradamente—. Espero que no haya habido ningún accidente.

—En la Granja de los Tordos —contestó—, y allí estaría yo también, pero no han tenido la amabilidad de invitarme a que me quedara.

—¡Bueno, las vas a pagar! —dije yo—. No estarás nunca contento hasta que te manden a paseo. ¿Qué diablos os llevó hasta la Granja de los Tordos?

—Déjame que me quite esta ropa mojada y te lo contaré todo, Nelly —respondió.

Le dije que tuviera cuidado de no despertar al amo, y mientras se desnudaba y yo esperaba para apagar la vela, continuó:

—Cathy y yo nos escapamos del lavadero para pasear a nuestro gusto. Al vislumbrar las luces de la Granja pensamos que podríamos ir a ver si los Linton pasaban las tardes de domingo tiritando de pie por los rincones, mientras su padre y su madre estaban sentados comiendo y bebiendo, cantando y riendo, y quemándose las pestañas delante del fuego. ¿Crees que hacen eso? ¿O que leen sermones y su

criado los catequiza y les hace aprender una lista de nombres bíblicos si ellos no contestan bien?

—Probablemente no —respondí—. Son niños buenos, sin duda, y no merecen el trato que vosotros recibís por vuestra mala conducta.

—No me vengas con monsergas, Nelly —dijo él—. ¡Tonterías! Corrimos desde lo alto de las Cumbres hasta la finca sin parar... Catherine completamente derrotada en la carrera porque iba descalza. Mañana tendrás que ir a buscar sus zapatos en la ciénaga. Nos metimos por un seto roto, subimos a tientas por el sendero y nos plantamos en un macizo de flores bajo la ventana del salón. La luz venía de allí, no habían cerrado las contraventanas y las cortinas estaban sólo medio corridas. Los dos podíamos mirar adentro puestos de pie en el zócalo y agarrándonos al alféizar, y vimos —¡ah, qué hermoso era!— una espléndida habitación alfombrada de rojo, sillas y mesas cubiertas de rojo y un techo blanquísimo ribeteado de oro, con una cascada de gotas de cristal colgando de cadenas de plata desde el centro, y titilando con finas velitas. El señor y la señora Linton no estaban allí. Edgar y su hermana disponían de toda la sala. ¿No debían sentirse felices? ¡Nosotros nos hubiéramos creído en el cielo! Pues ahora adivina lo que tus niños buenos estaban haciendo. Isabella —creo que tiene once años, uno menos que Cathy— estaba tirada chillando en el otro extremo de la habitación, gritaba como si las brujas la estuvieran pinchando con agujas al rojo vivo. Edgar lloraba en silencio de pie junto a la chimenea, y en medio de la mesa, sacudiendo la pata y gruñendo, un perrito al que, por sus mutuas acusaciones, entendimos que casi lo habían partido en dos. ¡Idiotas! ¡Así se divertían! Peleando por quién se iba a quedar con un montón de pelos calientes, y echándose los dos a llorar porque después de la pelea ninguno se lo quería quedar. Nos reímos a más no poder de aquellos críos mimados. Los despreciamos. ¿Cuándo me has visto a mí deseando tener lo que Catherine quería? ¿O nos has visto solos buscando diversión en chillar y sollozar, revolcándonos por el suelo, separados por toda una habitación? No cambiaría por nada del mundo mi situación aquí por la de Edgar Linton en la Granja de los Tordos, ni aunque tuviera el privilegio de tirar a Joseph desde lo más alto del tejado y pintar la fachada de la casa con la sangre de Hindley.

—¡Calla, calla! —interrumpí—. Pero, Heathcliff, todavía no me has dicho cómo es que Catherine se ha quedado.

—Te dije que nos habíamos reído —respondió—. Los Linton nos oyeron, y los dos a un tiempo se lanzaron como flechas a la puerta. Hubo silencio y luego un grito: ¡Oh, mamá, mamá! ¡Oh, papá! Oh, mamá, vengan. ¡Oh, papá, oh! De veras que gritaban algo así. Hicimos ruidos horribles para asustarlos aún más, y luego nos descolgamos del alféizar porque alguien estaba descorriendo los cerrojos y nos pareció que lo mejor era escapar de allí. Yo tenía a Cathy de la mano y le estaba metiendo prisa cuando, de repente, se cayó.

»—¡Corre, Heathcliff, corre! —susurró—. ¡Han soltado al bulldog y me tiene agarrada!

»El diablo le había cogido por el tobillo, Nelly. Oí su abominable bufido. Ella no dio un grito, no, le habría avergonzado hacerlo aunque se hubiera visto lanzada entre los cuernos de una vaca brava. ¡Pero yo sí grité! Vociferé maldiciones suficientes para aniquilar a todos los demonios de la cristiandad. Cogí una piedra y la metí entre las mandíbulas del animal y traté con todas mis fuerzas de metérsela por el gajate. Al fin un bestia de criado se acercó con un farol gritando:

»—¡Agarra fuerte, Skulker, agarra fuerte!

»Cambió de tono, sin embargo, cuando vio la presa de Skulker. El perro estaba ahogándose, la enorme lengua roja le colgaba a medio palmo de la boca, y del hocico caído le chorreaba una baba sanguinolenta. El hombre levantó a Cathy, que estaba desvanecida, no de miedo, estoy seguro, sino de dolor. Se la llevó adentro, yo la seguí, mascullando maldiciones y venganzas.

»—¿Cuál es la presa, Robert? —voceó Linton desde la entrada.

»—Skulker ha cogido a una niña, señor —respondió—, y aquí hay un chico —añadió, agarrándome— que parece todo un granuja. Probablemente los ladrones intentaban meterles por la ventana para que abrieran la puerta a la cuadrilla cuando todos estuviéramos dormidos y asesinarlos a sus anchas. ¡Y tú, calla la boca, ladrón deslenguado! Tú, tú irás a la horca por esto. Señor Linton, no deje su escopeta.

»—No, no, Robert —dijo el viejo idiota—. Los bribones sabían que ayer era mi día de cobrar las rentas y pensaron cogerme ingeniosamente. Pasen que les daré un buen recibimiento. Bien, John, echa la cadena. Dale a Skulker un poco de agua, Jenny. Desafiar a un magistrado, y en domingo además ¿Dónde va a parar su insolencia? ¡Oh, Mary querida, escucha! No te asustes, no es más que un niño, aunque al canalla se le ve la maldad en el rostro. ¿No sería un bien para el país ahorcarle de una vez, antes de que nos revele quién es por sus actos y no sólo por su catadura?

»Me arrastró hasta la lámpara, la señora Linton se puso los lentes sobre la nariz y levantó horrorizada las manos. Los cobardes de los niños también se acercaron. Isabella bisbiseó:

»—¡Qué horror! Ponlo en la bodega, papá. Es exactamente igual que el hijo de la adivina que me robó mi faisán domesticado, ¿verdad, Edgar?

»Mientras me examinaban, Cathy volvió en sí, oyó las últimas palabras y se rió. Edgar Linton, después de una mirada inquisitiva, reunió el suficiente ingenio como para reconocerla. Nos ven en la iglesia, ya sabes, aunque es raro que los encontremos en otro sitio.

»—¡Es la señorita Earnshaw! —le susurró a su madre—, y mira cómo la ha mordido Skulker, ¡cómo le sangra el pie!

»—¿La señorita Earnshaw? ¡Tonterías! —exclamó la dama—. ¿La señorita Earnshaw recorriendo el campo con un gitano? Pero sí, cariño, la niña lleva luto... seguro que es ella... ¡y puede quedarse coja para toda la vida!

»—¡Qué culpable negligencia la de su hermano! —exclamó el señor Linton,

volviéndose de mí a Catherine—. Sé por Shielders (ése era el coadjutor, señor Lockwood) que la deja crecer en el más absoluto paganismo. ¿Pero quién es éste? ¿De dónde ha sacado este compañero? Ah, apuesto a que es aquella extraña adquisición que mi difunto vecino hizo en su viaje a Liverpool... un pequeño Lascar, o un náufrago americano o español.

»—Un niño malo, de todas formas —observó la vieja dama— y del todo inadecuado para una casa decente. ¿Te diste cuenta de su lenguaje, Linton? Estoy horrorizada de que mis hijos le hayan oído.

»Empecé otra vez con mis maldiciones —no te enfades, Nelly— así que ordenaron a Robert que me echara. Yo me negué a marcharme sin Cathy. Me arrastré al jardín, me puso el farol en la mano, me aseguró que informaría al señor Earnshaw de mi conducta y, ordenándome que me fuera inmediatamente, cerró de nuevo la puerta. Las cortinas estaban aún recogidas a un lado y yo volví a mi puesto de espionaje, porque, si Catherine hubiera querido volver, tenía la intención de hacer un millón de pedazos los grandes cristales de la ventana, si no la dejaban salir. Estaba sentada tranquilamente en el sofá. La señora Linton le quitó la capa gris de la lechera que habíamos cogido para nuestra excursión, moviendo la cabeza y supongo que regañándola. Ella era una señorita y distinguían bien entre el trato que le correspondía a ella y a mí. Luego la criada trajo una palangana de agua caliente y le lavó los pies. El señor Linton le preparó un vaso de ponche, Isabella le puso en la falda una bandeja de pasteles, y Edgar la miraba boquiabierto a cierta distancia. Luego le secaron y peinaron el hermoso pelo, le dieron un par de zapatillas enormes y la acercaron al fuego. La dejé tan contenta, compartiendo su comida con el perrito y con Skulker, al que pellizcaba el hocico mientras comía, y encendiendo una chispa de espíritu en los inexpresivos ojos azules de los Linton, un vago reflejo de su rostro encantador. Los vi llenos de una admiración estúpida. Ella es tan inmensamente superior a ellos... a todo el mundo, ¿no es verdad, Nelly?

—Este asunto traerá más consecuencias de las que te imaginas —contesté, tapándole y apagando la luz—. Eres incorregible, Heathcliff, el amo tendrá que recurrir a medidas extremas, ya lo verás.

Mis palabras resultaron más ciertas de lo que hubiera deseado. La desdichada aventura puso furioso a Earnshaw. Y encima, el señor Linton, para acabar de arreglarlo, vino en persona al día siguiente, y tanto le leyó al señorito la cartilla sobre la manera de educar a su familia, que se vio impulsado a tomárselo en serio. Heathcliff no recibió azotes, pero le dijeron que a la primera palabra que le dirigiera a la señorita Catherine le despedirían, y la señora Earnshaw se encargó de mantener a su cuñada debidamente sujeta cuando volviera a casa, empleando la maña, no la fuerza. Por la fuerza le hubiera sido imposible.

CAPÍTULO VII

Cathy se quedó en la Granja de los Tordos cinco semanas, hasta Navidad. Para entonces su tobillo se había curado del todo y sus modales habían mejorado mucho. La señora la visitó a menudo en ese intervalo y empezó su plan de reforma, tratando de estimular su amor propio con vestidos elegantes y halagos, que ella aceptaba de buena gana. Así que en lugar de irrumpir en la casa una pequeña salvaje alocada y sin sombrero, que corría a estrujarnos hasta dejarnos sin aliento, se apeó de un bonito poni negro una persona muy digna, con rizos castaños cayendo de un sombrero de fieltro con plumas, y con un largo abrigo de montar de paño, que tenía que sujetar con las dos manos para poder entrar. Hindley la desmontó del caballo, exclamando encantado:

—¡Vaya, Cathy, eres toda una belleza! Casi no te hubiera conocido. Ahora sí que pareces una señorita. Isabella Linton no se puede comparar con ella, ¿verdad, Frances?

—Isabella no tiene sus dotes naturales —replicó su esposa—, pero tiene que procurar no volver a convertirse en una salvaje otra vez aquí. Ellen, ayude a la señorita Catherine a quitarse la ropa... Espera, querida, vas a deshacerte los rizos... Deja que te desate el sombrero.

Le quitó el abrigo de montar y apareció resplandeciente en un magnífico vestido de seda a cuadros, pantalones blancos y zapatos de charol; aunque los ojos le chispeaban de alegría cuando los perros vinieron saltando a darle la bienvenida, apenas se atrevió a tocarlos no fueran a estropearle los espléndidos vestidos con sus zalamerías. Me dio un beso amablemente, pues yo estaba llena de harina haciendo la tarta de Navidad y no hubiera sido oportuno darme un abrazo. Luego miró en busca de Heathcliff. El señor y la señora Earnshaw vigilaban con ansia su encuentro pensando que les permitiría, en cierta medida, juzgar las razones que tenían para abrigar el éxito en la separación de los dos amigos.

Al principio fue difícil encontrar a Heathcliff. Si antes de la ausencia de Catherine no se cuidaba ni los demás se ocupaban de él, había sido diez veces peor desde entonces. Nadie más que yo tuvo la bondad de llamarle sucio y decirle que se lavara una vez por semana. Los niños de su edad rara vez encuentran un placer espontáneo en el agua y el jabón. Por tanto, tenía la superficie de la cara y de las manos tremendamente ennegrecida, por no hablar de sus ropas que llevaban tres meses de servicio entre el barro y el polvo y el pelo áspero y sin peinar. Bien podía haberse escondido detrás del banco al ver entrar en la casa tan radiante y agraciada damisela en vez de la desgredada réplica de sí mismo que esperaba.

—¿No está aquí Heathcliff? —preguntó ella quitándose los guantes y mostrando unos dedos maravillosamente blancos de no hacer nada y estar en casa.

—Heathcliff, puedes acercarte —gritó el señor Hindley, disfrutando de su desconcierto y satisfecho al observar con qué figura de repelente granuja se veía

obligado a presentarse—. Puedes venir a dar la bienvenida a la señorita Catherine, como los otros criados.

Cathy, entreviendo a su amigo en su escondite, corrió a abrazarle. En un segundo le dio siete u ocho besos en la mejilla, luego se detuvo, retrocedió, y se echó a reír diciendo:

—¡Vaya, qué aspecto más negro y enfadado tienes! ¡Y qué... qué raro y adusto! Pero es porque estoy acostumbrada a Edgar e Isabella Linton. Bueno, Heathcliff, ¿te has olvidado de mí? Tenía cierta razón para hacer esa pregunta porque la vergüenza y el orgullo le ensombrecían doblemente el semblante y lo mantenían paralizado.

—Dale la mano, Heathcliff —dijo el señor Earnshaw, condescendiente—, por una vez está permitido.

—No quiero —replicó el muchacho, recobrando al fin el habla—. ¡No consentiré que se rían de mí, no lo aguantaré!

Y se hubiera marchado del círculo, pero Cathy le cogió de nuevo.

—No pretendía reírme de ti —dijo ella—. No pude evitarlo. Heathcliff, dame la mano, al menos. ¿Por qué estás enfadado? Sólo era que tenías un aspecto raro. Si te lavas la cara y te peinas estarás muy bien. ¡Pero estás tan sucio!

Miró con inquietud aquellos dedos morenos que tenía entre los suyos y también su vestido, que se temía que no había ganado ningún adorno en contacto con el de él.

—No tenías por qué tocarme —respondió él, siguiendo su mirada y retirando bruscamente la mano—. Estaré tan sucio como me dé la gana. Me gusta estar sucio y lo estaré.

Y diciendo eso salió precipitadamente de la habitación, con la cabeza por delante, entre el regocijo de los amos y la seria confusión de Catherine que no acababa de comprender que sus observaciones hubieran podido producir tal explosión de mal genio.

Después de hacer de doncella de la recién llegada, poner mis tartas en el horno y de alegrar la sala y la cocina con grandes fuegos apropiados a la Nochebuena, me dispuse a sentarme y divertirme cantando villancicos yo sola, sin hacer caso de las afirmaciones de Joseph de que las alegres melodías que yo escogía estaban muy cerca de las canciones profanas. Él se había retirado a su alcoba a rezar sus oraciones, y el señor y la señora Earnshaw atraían la atención de la niña con distintas chucherías vistosas compradas para que se las regalara a los pequeños Linton en reconocimiento por su amabilidad. Les habían invitado a pasar el día siguiente en Cumbres Borrascosas, y la invitación había sido aceptada con una condición: la señora Linton rogaba que a sus queridos niños tenían que mantenerlos apartados con todo cuidado de aquel «chico malo que decía palabrotas».

En esas circunstancias me quedé sola. Olí el rico aroma de las especias que se estaban cocinando, admiré los brillantes utensilios de cocina, el pulido reloj cubierto de acebo, las jarras de plata alineadas en una bandeja, listas para que las llenaran de cerveza caliente y azucarada, y sobre todo la limpieza inmaculada del objeto especial

de mis cuidados, el suelo bien barrido y fregado. Le di interiormente a cada cosa su debido aplauso, y entonces recordé cómo el viejo Earnshaw acostumbraba a entrar cuando todo estaba en orden, me decía que era una chica valiente y deslizaba en mi mano un chelín como aguinaldo de Navidad. Y de ahí pasé a pensar en su cariño por Heathcliff, y el temor a que se le descuidara cuando él desapareciera, y eso, naturalmente, me llevó a considerar la situación del pobre chico en aquel momento, y de las canciones cambié a las lágrimas. Pronto se me ocurrió, sin embargo, que sería más sensato tratar de reparar alguna de sus injusticias que verter lágrimas sobre ellas. Me levanté y fui al patio a buscarle. No estaba lejos, lo encontré en el establo alisando el lustroso pelo del poni nuevo y dando de comer a los otros animales, como de costumbre.

—Date prisa, Heathcliff —dije—, en la cocina se está muy bien, y Joseph se ha ido arriba. Date prisa y déjame que te ponga guapo antes de que venga la señorita Cathy, y luego os podéis sentar juntos, con toda la chimenea para vosotros solos, y tener una larga charla hasta la hora de acostaros.

Prosiguió con su tarea sin tan siquiera volver la cabeza hacia mí.

—Vamos, ¿vienes? —continué—, hay un pastelito para cada uno de vosotros, lo suficiente, y tú necesitarás media hora para arreglarte.

Esperé cinco minutos, pero al no conseguir respuesta le dejé. Catherine cenó con su hermano y su cuñada, Joseph y yo compartimos una comida desabrida, sazónada con reproches de una parte e impertinencias de la otra. Su pastel y su queso quedaron sobre la mesa toda la noche. Se las arregló para seguir trabajando hasta las nueve, y luego se marchó, mudo y terco, a su habitación. Catherine estuvo levantada hasta tarde, pues tenía un montón de cosas que preparar para la recepción de sus nuevos amigos. Vino una vez a la cocina para hablar con su viejo amigo, pero se había ido, y ella se quedó sólo a preguntar qué le pasaba y se volvió a marchar. Por la mañana Heathcliff se levantó temprano y, como era día de fiesta, se fue con su mal humor a los páramos y no reapareció hasta que la familia había salido para la iglesia. El ayuno y la reflexión parece que le habían traído mejor humor. Estuvo rondando a mi alrededor un rato y, armándose de valor, exclamó de repente:

—Nelly, ponme decente, voy a ser bueno.

—Ya era hora, Heathcliff —le dije yo—. Has ofendido a Catherine. Yo diría que hasta siente el haber venido a casa. Parece como si la envidiaras porque la consideran más que a ti.

La idea de envidiar a Catherine era incomprensible para él, pero la de disgustarla la entendía perfectamente.

—¿Dijo que se había apenado? —preguntó, con aspecto muy serio.

—Lloró cuando le dije que te habías vuelto a marchar esta mañana.

—Bien, yo lloré anoche —respondió—, y tenía más motivos para llorar que ella.

—Sí, tenías motivos para irte a la cama con el corazón orgulloso y el estómago vacío —le respondí—. Las personas orgullosas no hacen más que atormentarse a sí

mismas. Pero si es que estás avergonzado de tu susceptibilidad tienes que pedirle perdón, fíjate, cuando vuelva. Tienes que acercarte, ofrecerle un beso, y decirle... tú sabes mejor qué decirle, sólo que hazlo de corazón y no como si creyeras que se ha convertido en una extraña por culpa de su magnífico vestido. Y ahora, aunque tengo que preparar la comida, sacaré un poco de tiempo para arreglarte, así Edgar Linton parecerá un muñeco a tu lado, que es lo que parece. Tú eres más joven, y aun así, aseguraría que eres más alto, y el doble de ancho de espaldas, y podrías derribarle en un abrir y cerrar de ojos, ¿no lo crees así?

La cara de Heathcliff se iluminó por un momento, luego volvió a oscurecerse y suspiró:

—Pero Nelly, si yo le derribara veinte veces, eso no le haría a él menos guapo y a mí más. Me gustaría tener el pelo rubio, y la piel blanca, y vestir y comportarme como él, y tener la posibilidad de llegar a ser tan rico como lo será él.

—Y llamar a mamá a cada momento —añadí—, y temblar si un chico del campo levantara su puño contra ti, y quedarte en casa todo el día porque cae un chaparrón. ¡Oh, Heathcliff, demuestras un espíritu muy pobre! Ven al espejo y te enseñaré lo que debes desear. ¿Ves esas dos arrugas en el entrecejo, y esas cejas espesas, que en lugar de elevarse en arco se hunden en el centro, y ese par de demonios negros, tan profundamente sepultados, que nunca abren atrevidos sus ventanas, sino que acechan chispeantes por debajo, como espías del diablo? Desea y aprende a suavizar esas torvas arrugas, a levantar tus párpados con franqueza, y a cambiar los demonios por ángeles inocentes, confiados, que no sospechen ni duden de nada, y que siempre vean amigos donde no estén seguros de ver enemigos. No pongas esa expresión de rencoroso perro callejero que parece saber que los golpes que recibe se los merece y, no obstante, odia a todo el mundo, incluido el que le pega, por lo que sufre.

—En otras palabras, tengo que desear los grandes ojos azules y lisa frente de Edgar Linton —replicó—. Lo deseo, pero eso no me ayudará a tenerlos.

—Un buen corazón te ayudará a tener un rostro bonito, hijo mío —continué—, aunque fueras negro, y uno malo cambiará la cara más hermosa en algo peor que fea. Y ahora que hemos terminado con el lavado, el peinado y el mal humor, dime si no te encuentras bastante guapo. Yo te digo que sí, que podrías pasar por un príncipe disfrazado. Quién sabe si tu padre era emperador de la China, y tu madre una reina de la India, capaz cada uno de ellos de comprar, con las rentas de una semana, Cumbres Borrascosas y la Granja de los Tordos juntas, y que te raptaron unos marineros malos y te trajeron a Inglaterra. Yo que tú me formarías grandes ideas sobre mi nacimiento, y el pensar lo que había sido me daría valor y dignidad para soportar la opresión de un pequeño agricultor.

Seguí charlando en esos términos y Heathcliff poco a poco perdía el ceño y empezaba a tener una expresión bastante agradable, cuando de repente nuestra conversación se vio interrumpida por un estruendo que se acercaba por el camino y entraba en el patio. Corrió él a la ventana y yo a la puerta justo a tiempo para ver a los

dos Linton apearse de su coche familiar, hundidos en abrigos y pieles, y a los Earnshaw desmontando de sus caballos, pues a menudo iban cabalgando a la iglesia en invierno. Catherine cogió de la mano a cada uno de los niños, los introdujo en la sala y los puso delante del fuego que pronto coloreó sus pálidas caras.

Animé a mi compañero para que se apresurara ahora a mostrarse afable, y obedeció de buen grado, pero su mala suerte quiso que, cuando abría él la puerta de la cocina por un lado, Hindley la abriera por el otro. Se encontraron, y el amo, irritado al verle limpio y alegre, o quizá, ansioso de cumplir la promesa hecha a la señora Linton, le rechazó con un súbito empujón, y airadamente le pidió a Joseph:

—Mantenlo alejado de la habitación... mándalo al desván hasta después de comer. Meterá los dedos en las tartas y robará la fruta si se queda solo un minuto.

—No, señor —no pude por menos de responder—, no tocará nada, no, y supongo que tiene que tener su parte de las golosinas lo mismo que nosotros.

—Tendrá su parte de mi mano, si le vuelvo a coger aquí abajo antes del anochecer —gritó Hindley—. ¡Fuera de aquí, vagabundo! ¡Qué! Intentas presumir, ¿no? ¡Espera que te tire de esos elegantes rizos... a ver si te los hago un poco más largos!

—Ya son bastante largos —observó el señorito Linton, asomando por la puerta—. Me extraña que no le den dolor de cabeza. ¡Son como la crin de un potro sobre sus ojos!

Aventuró esa observación sin ánimo de insultar, pero el carácter violento de Heathcliff no estaba preparado para aguantar ni una sombra de impertinencia de aquel a quien parecía odiar, ya entonces, como a un rival. Cogió una sopera con salsa de manzana caliente (lo primero que le vino a la mano), y la tiró contra la cara y el cuello del hablante, quien al instante inició un lamento que atrajo apresuradamente a Isabella y a Catherine al lugar. El señor Earnshaw agarró enseguida al delincuente y se lo llevó a su habitación, donde, sin duda, le administró un duro remedio para enfriar su ataque de ira, porque reapareció sofocado y sin aliento. Cogí un paño de cocina y, con cierta maldad, froté la nariz y la boca de Edgar, afirmando que le estaba bien empleado por meterse donde no le llamaban. Su hermana empezó a llorar diciendo que quería irse a casa, y Cathy se quedó allí, confusa y ruborizada por todo.

—No deberías haberle hablado —reconvino al señorito Linton—. Estaba de mal humor, y has echado a perder la visita, le van a pegar, y detesto que le peguen. Se me han quitado las ganas de comer. ¿Por qué le hablaste, Edgar?

—No le hablé —sollozó el muchacho, escapando de mis manos y acabando el resto de la limpieza con su pañuelo de batista—. Prometí a mamá que no le diría una palabra, y no se la he dicho.

—Bueno, no llores —replicó Catherine desdeñosamente—. No te han matado. No hagas más travesuras. Viene mi hermano. ¡Cállate! ¡Deja ya de llorar, Isabella! ¿Te ha hecho alguien daño a ti?

—Vamos, vamos, niños... a vuestro sitio —gritó Hindley irrumpiendo animado—. Ese bruto de chico me ha hecho entrar en calor bien. La próxima vez, señorito

Edgar, tómese usted la justicia con sus propios puños, eso le abrirá el apetito.

El pequeño grupo recuperó la tranquilidad a la vista del oloroso festín. Tenían hambre después de su paseo, y se consolaron fácilmente, puesto que no habían sufrido ningún daño. El señor Earnshaw trinchaba abundantes raciones, y la señora les divertía con animada conversación. Yo, que servía la mesa, estaba detrás de su silla y me dio pena ver a Catherine, con los ojos secos y aire indiferente, empezar a cortar el ala de ganso que tenía delante.

«¡Qué niña tan insensible! —pensé—. Con qué ligereza olvida los sinsabores de su antiguo compañero de juegos. No me la podía imaginar tan egoísta». Se llevó un bocado a los labios, luego lo volvió a dejar, se le ruborizaron las mejillas y las lágrimas chorrearon por ellas. Dejó caer el tenedor al suelo y rápidamente se metió bajo el mantel para ocultar su emoción. Ya no volví a llamarla insensible, porque me di cuenta del purgatorio por el que estaba pasando todo el día y que trataba incansablemente de encontrar una oportunidad para quedarse sola, o para hacer una visita a Heathcliff, a quien el amo había encerrado, como descubrí al intentar llevarle una secreta ración de vituallas.

Por la tarde tuvimos baile. Cathy rogó que se le liberará, puesto que Isabella Linton no tenía pareja. Sus ruegos fueron vanos y me designaron a mí para suplir la falta. Mediante la excitación del ejercicio nos sacudimos la tristeza, y nuestra alegría aumentó con la llegada de la banda de música de Gimmerton, compuesta por quince instrumentos: una trompeta, un trombón, clarinetes, fagotes, oboes y un contrabajo, además de los cantantes. Hacen la ronda por todas las casas respetables en Navidad y reciben un aguinaldo. Para nosotros poder escucharlos era un espectáculo de primera. Después de cantar los villancicos acostumbrados, les pedimos que cantaran canciones y coplas. A la señora Earnshaw le encantaba la música, así que nos deleitaron con muchas canciones.

A Catherine también le gustaba, pero dijo que sonaba mejor en lo alto de la escalera y subió a oscuras. La seguí. Cerraron la puerta de abajo, no notaron nuestra ausencia porque había mucha gente. No se quedó en lo alto de la escalera, sino que subió más arriba, al desván, donde Heathcliff estaba confinado, y le llamó. Él se negó tercamente a contestar durante un rato, ella insistió, y al fin le convenció para que se comunicara con ella a través de las tablas. Dejé a las pobres criaturas que conversaran tranquilos hasta que supuse que iban a cesar las canciones para que los cantantes tuvieran un refrigerio. Subí entonces por la escalera para avisarla. En vez de encontrarla fuera oí su voz dentro. La traviesa criatura había trepado por el tragaluz de un desván, por el tejado, al tragaluz del otro, y sólo con la mayor dificultad logró convencerla para que saliera. Cuando efectivamente salió, Heathcliff venía con ella e insistió en que me lo llevara a la cocina, puesto que mi compañero de servicio se había ido a la casa de un vecino para librarse de los sonos de nuestra «salmódia del diablo», como gustaba de llamarla. Les advertí que no intentaba de ninguna manera alentar sus travesuras, pero como el prisionero no había roto el ayuno desde la cena

del día anterior, por esa vez haría la vista gorda en su engaño al señor Hindley. Bajó, le puse un taburete junto al fuego y le ofrecí muchas cosas buenas, pero no se encontraba bien y comió poco y mis intentos de distraerle fueron rechazados. Apoyó los codos en las rodillas, el mentón entre las manos y permaneció sumido en silenciosa meditación. Al preguntarle por el objeto de sus pensamientos, contestó con seriedad:

—Estoy pensando en cómo hacer que Hindley me las pague. No me importa el tiempo que tenga que esperar si al fin lo consigo. Espero que no se muera antes que yo.

—¡Qué vergüenza, Heathcliff! —le dije yo—. Sólo Dios castiga a los malos, nosotros debemos aprender a perdonar.

—No, Dios no sentirá la satisfacción que yo sentiré —respondió—. Lo único que quiero es saber cuál será la mejor manera. Déjame solo y lo planearé. Mientras pienso en eso no sufro.

—Pero, señor Lockwood, se me olvida que estas historias no pueden divertirle. Me molesta pensar cómo habré podido estar hablando tanto, y su caldo frío y usted cayéndose de sueño. Le podía haber contado la historia de Heathcliff, todo lo que necesita saber, en media docena de palabras.

Interrumpiendo así su historia, el ama de llaves se levantó y recogió la costura, pero yo me sentí incapaz de moverme del fuego, y estaba muy lejos de cabecear.

—Siéntese aún, señora Dean —exclamé yo—, siéntese aún otra media hora. Ha hecho muy bien en contar la historia con calma. Ése es el método que me gusta y tiene que terminarla en el mismo estilo. Me interesan, más o menos, todos los personajes que ha mencionado.

—El reloj está dando las once, señor.

—No importa, no acostumbro a irme a la cama antes de medianoche. La una o las dos es bastante temprano para una persona que está en la cama hasta las diez.

—No debería quedarse en la cama hasta las diez. Lo mejor de la mañana se ha pasado ya mucho antes de esa hora. Una persona que no ha hecho la mitad de su trabajo diario a las diez corre el riesgo de dejar la otra mitad sin hacer.

—Con todo, vuelva usted a sentarse, señora Dean, porque mañana tengo la intención de alargar la noche hasta el mediodía. Pronostico para mí un fuerte resfriado por lo menos.

—Espero que no, señor. Bueno, me permitirá que me salte unos tres años. Durante este tiempo la señora Earnshaw...

—No, no, no le permitiré nada semejante. ¿Conoce el estado de ánimo del que, sentado a solas y con la gata lamiendo a sus gatitos en la alfombra de delante, observara la operación con tanta intensidad que si la gata dejara de limpiarse una oreja, le pondría muy nervioso?

—Un estado de ánimo terriblemente perezoso, diría yo.

—Al contrario, una actividad agotadora. Es la mía ahora, por lo tanto, continúe minuciosamente. Veo que la gente de estas regiones adquiere respecto a la gente de las ciudades el mismo valor que tiene una araña en un calabozo respecto a una araña en una casa de campo para sus distintos ocupantes, y sin embargo, lo más profundo de este interés no se debe por completo a la situación del observador. Estas gentes viven más en serio, más interiormente y menos en la superficie cambiante y frívola de las cosas externas. Me imagino que aquí es casi posible un amor para toda la vida, y eso que yo nunca creí en un amor que durara un año. El primer estado se asemeja a poner a un hombre hambriento ante un único plato en el que puede concentrar todo su apetito, y le hace justicia. El otro es como poner al mismo hombre ante una mesa abastecida por cocineros franceses. Quizá pueda sacarle al conjunto el mismo gusto, pero cada una de las partes será un mero átomo en su consideración y recuerdo.

—Oh, aquí somos lo mismo que en cualquier parte cuando se nos llega a conocer —observó la señora Dean, un tanto desconcertada por mi discurso.

—Perdone —le respondí—, usted, mi buena amiga, es una sorprendente prueba contra esa afirmación. Salvo por algunos provincianismos sin importancia, no tiene en sus modales los rasgos que estoy habituado a considerar como peculiares de las personas de su clase. Estoy seguro que ha pensado mucho más de lo que piensa la generalidad de los sirvientes. Se ha visto obligada a cultivar sus facultades reflexivas por falta de ocasión de disipar su vida en necias frivolidades.

La señora Dean se rió.

—Ciertamente, me considero una persona equilibrada y razonable, y no precisamente por vivir entre montañas y ver las mismas caras y los mismos hechos de principio a fin del año, sino por haberme impuesto una severa disciplina que me ha enseñado a tener juicio, y luego he leído más de lo que se puede usted imaginar, señor Lockwood. No abriré usted un libro de esta biblioteca que no haya hojeado y del que además no haya sacado algo, a no ser de esa fila en griego y latín, y de ésta en francés, y éstos los distingo unos de otros. No se puede pedir más de una hija de padres pobres. No obstante, si he de continuar mi historia al estilo del verdadero chismorreo, es mejor que siga y, en lugar de saltarme tres años, me contentaré con pasar al verano siguiente, el verano de 1778, esto es, hace casi veintitrés años.

CAPÍTULO VIII

En la mañana de un magnífico día de junio nació un niño precioso, el primero que crié y el último de la vieja estirpe de los Earnshaw. Estábamos ocupados con el heno en un campo muy alejado, cuando la chica que acostumbraba a traernos el desayuno vino corriendo, una hora o así más temprano, atravesando la pradera y por la vereda arriba, llamándome al tiempo que corría:

—¡Qué niño tan guapo! —dijo sin aliento—. El niño más hermoso que vio jamás la luz. Pero el doctor dice que la señora se va, dice que ha estado tuberculosa todos estos meses. Oí que se lo decía al señor Earnshaw, y ahora no hay nada que la retenga, morirá antes del invierno. Tiene que venir inmediatamente a casa. Va usted a criarle, Nelly, a alimentarle con azúcar y leche y cuidarle día y noche. Ojalá yo fuera usted, porque será todo suyo cuando no esté la señora.

—Pero ¿está muy enferma? —pregunté, soltando el rastrillo y atándome la cofia.

—Me imagino que sí, pero está muy animada y habla como si pensara vivir para verlo hecho un hombre. Está fuera de sí de alegría, ¡es tan guapo! Si yo fuera ella de seguro que no me moriría. Me pondría mejor con sólo mirarle, a pesar de Kenneth. Casi me volví loca al verle. La señora Archer bajó el querubín al amo que estaba en la sala, y se le empezaba a iluminar la cara cuando el viejo gruñón se adelantó y le dijo:

—Earnshaw, es una bendición que su mujer haya podido vivir para dejarle a usted este niño. Cuando ella vino estaba convencido de que no estaría mucho tiempo entre nosotros, y ahora tengo que decirle que el invierno probablemente acabará con ella. No se apure, ni se lamente demasiado, no tiene remedio. Además debía haberlo pensado mejor antes de escoger una muchacha tan delicada.

—¿Qué le contestó el amo? —pregunté.

—Creo que una maldición, pero no me fijé en él, estaba poniendo todo mi esfuerzo en ver al niño.

Y empezó de nuevo a describirlo embelesada. Yo, tan emocionada como ella, corrí ansiosa a casa para admirarle a mi vez, aunque lo sentía mucho por Hindley. En su corazón no había sitio más que para dos ídolos... su mujer y él mismo, amaba a los dos, pero adoraba a uno, y no podía concebir cómo iba a soportar la pérdida.

Cuando llegamos a Cumbres Borrascosas allí estaba él, en la puerta principal y, al entrar, le pregunté cómo estaba el niño.

—Casi listo para echar a correr, Nelly —respondió con alegre sonrisa.

—¿Y la señora? —me aventuré a preguntar—. El doctor dice que ella...

—¡Condenado doctor! —interrumpió sonrojándose—. Frances está muy bien. Se encontrará perfectamente en una semana. ¿Vas a subir? Dile que iré si promete no decir una palabra, la dejé porque no paraba de hablar, y tiene... dile que el doctor Kenneth dice que tiene que estar callada.

Transmití su mensaje a la señora Earnshaw, que estaba muy animada, y respondió

alegremente:

—Apenas dije una palabra, Ellen, y allá se ha ido dos veces llorando. Bueno, dile que prometo no hablar, pero eso no me obliga a no reírme de él.

¡Pobre mujer! Hasta una semana antes de su muerte, aquel alegre corazón nunca le falló, y su marido insistía obstinadamente, aún más, furiosamente, en afirmar que su salud mejoraba cada día. Cuando Kenneth le advirtió que las medicinas eran inútiles en ese estado de la enfermedad y que no tenía por qué ocasionarle más gastos por atenderla, replicó:

—Ya sé que usted no es necesario... ella está bien... no necesita que usted la atienda más. No estuvo nunca tuberculosa. Era una fiebre. Y ha desaparecido. Ahora tiene el pulso tan lento como el mío, y las mejillas tan frescas.

Le contó a su mujer la misma historia, y ella parecía creerle, pero una noche, mientras estaba reclinada en su hombro, al intentar decirle que creía que podría levantarse al día siguiente, le dio un ataque de tos —uno muy ligero—. Él la levantó en brazos. Ella se llevó las dos manos al cuello, se le demudó el rostro y había muerto.

Como la chica había anticipado, el niño Hareton quedó por completo en mis manos. El señor Earnshaw con tal de verle sano y no oírle nunca llorar estaba contento por lo que al niño se refería. En cuanto a él, su desesperación iba en aumento. Su dolor era de ésos que no se lamentan. No lloraba, ni rezaba. Maldecía y desafiaba, renegaba de Dios y de los hombres y se entregó a una insensata disipación. Los criados no soportaron mucho tiempo su conducta tiránica y perversa. Joseph y yo fuimos los únicos que nos quedamos. Yo no tuve valor para abandonar al niño a mi cargo y, además, ya sabe que yo había sido su hermana de leche y perdonaba su conducta más fácilmente que cualquier extraño lo hubiera hecho. Joseph se quedó para mangonear a arrendatarios y labriegos, y porque su vocación consistía en estar allí donde hubiera mucha maldad que reprender.

Las malas maneras y malas compañías del amo constituían un bonito ejemplo para Catherine y para Heathcliff. El trato que le daba a este último era bastante para convertir en demonio a un santo. Y, en verdad, parecía que el chico estaba poseído de algo diabólico en aquella época. Le encantaba atestiguar cómo Hindley se degradaba a sí mismo sin remedio y cómo su hosquedad salvaje y su ferocidad se hacían cada día más patentes. No puedo ni medio contarle el infierno que teníamos en aquella casa. El coadjutor dejó de visitarnos y al final ninguna persona decente se nos acercaba, a menos que las visitas de Edgar Linton a la señorita Cathy se consideren una excepción. A los quince años era la reina de la comarca. No tenía rival, y se convirtió en una criatura altanera y testaruda. Reconozco que dejé de quererla desde que pasó de la niñez, y la reñía con frecuencia intentando doblegar su arrogancia, a pesar de ello nunca me tomó aversión. Tenía un extraordinario apego a sus antiguas relaciones, incluso mantenía un afecto inalterable por Heathcliff, y al joven Linton, con toda su superioridad, le resultó difícil causar en ella una impresión igual de

profunda. Él fue mi último amo, ése es su retrato, sobre la chimenea. Acostumbraba a estar colgado a un lado y el de su mujer al otro, pero el de ella lo retiraron, si no hubiera usted podido ver algo de lo que fue. ¿Lo ve bien?

La señora Dean levantó la vela y distinguí un rostro de facciones suaves, de un extraordinario parecido con la joven de las Cumbres, pero de expresión más pensativa y amable. Resultaba un cuadro encantador. Tenía el largo pelo rubio ligeramente rizado sobre las sienes, los ojos grandes y serios, la figura casi demasiado grácil. No me extrañó que Catherine Earnshaw olvidara a su primer amigo por un tipo como aquél. Mucho me sorprendió que él, si su mente se correspondía con su figura, pudiera prendarse de la Catherine Earnshaw que yo me imaginaba.

—Un retrato muy agradable —dije al ama de llaves—. ¿Se le parece?

—Sí —respondió—, pero era más guapo cuando estaba animado. Ésa era su fisonomía habitual. Le faltaba animación por lo general.

Catherine había conservado su amistad con los Linton desde aquellas cinco semanas de residencia con ellos, y como la niña no tuvo la tentación de mostrar el lado arisco en su compañía, y tenía el sentido común de avergonzarse de ser grosera donde había experimentado tan invariable cortesía, se impuso, sin quererlo, a la vieja dama y al viejo caballero, por su ingeniosa cordialidad; se ganó la admiración de Isabella, y el alma y el corazón de su hermano, adquisiciones que la halagaron desde el principio, porque era ambiciosa, y que la llevaron a adoptar una doble personalidad, sin tener exactamente la intención de engañar a nadie. Allí donde oía llamar a Heathcliff «vulgar rufián» o «peor que un animal», se cuidaba mucho de no actuar como él, pero en casa tenía poca inclinación a practicar los buenos modales, de lo que se hubieran reído, ni a refrenar su indómita naturaleza, lo que no le hubiera aportado ni crédito ni elogio.

El señor Edgar rara vez se atrevía a visitar abiertamente Cumbres Borrascosas. Tenía terror a la fama de Earnshaw y rehuía encontrarse con él, aunque siempre le recibíamos con nuestras mejores intenciones de cortesía. El mismo amo evitaba ofenderle, sabiendo por qué venía y, si no podía estar afable, se quitaba de en medio. Casi diría que su presencia allí desagradaba a Catherine. No era falsa, ni coqueta, pero evidentemente le molestaba que se encontraran sus dos amigos, porque cuando Heathcliff expresaba desprecio por Linton en su presencia, ella no podía ni medio asentir, como hacía cuando él no estaba y cuando Linton mostraba repugnancia y antipatía por Heathcliff, ella no se atrevía a considerar sus sentimientos con indiferencia como si el desprecio por su compañero de juegos apenas le importara. Muchas veces me reí de sus perplejidades y de sus secretos sinsabores, que en vano trataba ocultar a mis burlas. Esto suena a mala persona, pero era tan orgullosa que se hacía realmente imposible compadecer sus penas hasta que no se la castigara a una mayor humildad. Acabó finalmente por confesarse y confiar en mí. No había nadie más a quien pudiera convertir en su consejero.

Una tarde el señor Hindley había salido de casa, y Heathcliff, con ese motivo,

decidió tomarse un descanso. Había cumplido entonces, creo, dieciséis años y sin tener unas facciones feas, ni ser corto de inteligencia, se las arreglaba para dar una impresión repulsiva, tanto de su interior como de su exterior, de la que no quedan huellas en su aspecto actual. En primer lugar había perdido por entonces el beneficio de su primera educación. El trabajo duro y continuado, empezaba temprano y terminaba tarde, había acabado con toda curiosidad que alguna vez tuviera en la búsqueda de conocimientos y con cualquier amor por los libros o por aprender. El sentimiento de superioridad que en su infancia le habían infundido los favores del viejo Earnshaw se había esfumado. Se esforzó durante mucho tiempo por mantenerse a la altura de Catherine en sus estudios, y cedió con agudo aunque secreto dolor, pero cedió completamente, y no hubo manera de convencerle de que diera un paso hacia arriba, cuando sintió que tenía necesariamente que hundirse por debajo de su nivel anterior. Entonces su apariencia personal cambió en consonancia con su deterioro mental. Adquirió un andar cabizbajo y un aspecto innoble; su carácter naturalmente reservado se exageró hasta llegar a un extremo casi estúpido de taciturnidad insociable y, aparentemente, sentía un sombrío placer en provocar la aversión más que la estima de sus pocos conocidos.

Catherine y él eran todavía compañeros constantes en sus momentos de respiro del trabajo, pero Heathcliff había cesado de mostrarle su cariño con palabras, y evitaba con airado recelo sus infantiles caricias, como si fuera consciente de que no podía ser gratificante derrochar en él tales muestras de afecto. En la ocasión antes mencionada, entró en la sala para anunciar su intención de no hacer nada, mientras yo ayudaba a la señorita Cathy a vestirse. Ella no había contado con que a Heathcliff se le fuera a meter en la cabeza no hacer nada y figurándose que iba a tener toda la sala para ella, se las arregló de alguna manera para informar a Edgar de la ausencia de su hermano y entonces se preparaba para recibirle.

—Cathy, ¿estás ocupada esta tarde? —le preguntó Heathcliff—. ¿Vas a alguna parte?

—No, está lloviendo —contestó ella.

—¿Por qué te has puesto este vestido de seda, entonces? —dijo—. No va a venir nadie, espero...

—Nadie que yo sepa —balbuceó la señorita—, pero tú deberías estar ya en el campo, Heathcliff. Ya ha pasado una hora desde la comida, creí que te habías ido.

—Hindley no nos libra a menudo de su maldita presencia —observó el muchacho—. No trabajaré más hoy, me quedaré contigo.

—Pero Joseph se lo contará —insinuó ella—. ¡Será mejor que te vayas!

—Joseph está cargando cal al otro lado del Risco de Peniston, eso le llevará hasta el anochecer y no se enterará.

Diciendo esto se acercó perezosamente al fuego y se sentó. Catherine reflexionó un instante con el ceño fruncido... creyó necesario allanar el camino para una posible intrusión.

—Isabella y Edgar hablaron de venir esta tarde —dijo, tras un minuto de silencio—. Como llueve apenas si les espero, pero pueden venir, y si vienen, tú corres el riesgo de que te riñan por nada.

—Manda a Ellen a decirles que estás ocupada, Cathy —insistió—. No me eches por esos desgraciados y estúpidos amigos tuyos. Yo a veces estoy a punto de quejarme de que ellos... pero no lo diré...

—¡Que ellos qué! —gritó Catherine, mirándole con el rostro turbado—. ¡Oh, Nelly! —añadió enfurruñada, retirando bruscamente la cabeza de mis manos—, me has peinado sin un rizo. Ya está bien, déjame. ¿De qué estás a punto de quejarte, Heathcliff?

—Nada... sólo mira el calendario de la pared —señaló un papel enmarcado que colgaba junto a la ventana y continuó—: las cruces indican las tardes que has pasado con los Linton, los puntos, las que has pasado conmigo. ¿Ves? Las he marcado todas.

—Sí... ¡Vaya una tontería, como si yo me fijara! —respondió Catherine en tono displicente—. ¿Y qué sentido tiene eso?

—Mostrarte que yo sí que me fijo —dijo Heathcliff.

—¿Tengo que estar siempre contigo? —preguntó ella, cada vez más irritada—. ¿Qué saco yo? ¿De qué hablas? Podrías ser mudo o un crío pequeño por lo que dices o también por lo que haces para entretenerme.

—¡Nunca me dijiste que hablaba demasiado poco o que te desagradaba mi compañía, Cathy! —exclamó Heathcliff muy agitado.

—No hay compañía ninguna cuando una persona no sabe nada, ni dice nada —murmuró ella.

Su compañero se levantó, pero no tuvo tiempo de seguir expresando sus sentimientos, porque se oyeron los cascos de un caballo sobre las losas y, después de llamar suavemente, el joven Linton entró con el rostro radiante de placer por la imprevista llamada que había recibido. Sin duda Catherine notó la diferencia que había entre sus amigos al entrar uno y salir el otro. El contraste era como el que se observa al pasar de una región desolada, abrupta y de pizarra de carbón a un valle fértil y hermoso. Su voz y su manera de saludar eran tan opuestos como su aspecto. Linton tenía una manera de hablar dulce y en voz baja, y pronunciaba las palabras como usted, es decir, menos duras de como lo hacemos aquí, y más suaves.

—No he venido demasiado pronto, ¿verdad? —dijo echándome una mirada.

Yo había empezado a secar la vajilla y a arreglar unos cajones del aparador en el otro extremo.

—No —respondió Catherine—. ¿Qué haces ahí, Nelly?

—Mi trabajo, señorita —repliqué. (El señor Hindley me había dado orden de que actuara de tercero en cualquier visita secreta que a Linton se le ocurriera hacer).

Se me acercó por detrás y me susurró enfadada:

—¡Lárgate con tus trapos! ¡Cuando hay visitas en la casa los criados no empiezan a fregar y limpiar en la habitación donde están!

—Es una buena oportunidad ahora que no está el amo —respondí yo en voz alta—. Detesta que ande trajinando con estas cosas en su presencia. Estoy segura de que el señor Edgar me disculpará.

—Yo también detesto que andes atareada en mi presencia —exclamó la señorita autoritariamente, sin dar tiempo a su invitado a contestar. No había conseguido recobrar la serenidad desde su pequeño altercado con Heathcliff.

—Lo siento, señorita Catherine —fue mi respuesta, y proseguí mi trabajo con tenacidad.

Ella, suponiendo que Edgar no la veía, me arrancó el trapo de la mano y me dio un pellizco en el brazo, con un retorcimiento largo y malicioso. Ya he dicho que no la quería, y más bien me gustaba mortificar su vanidad de vez en cuando, además me hizo mucho daño, así que me puse en pie desde mi posición de rodillas y exclamó:

—¡Oh, señorita, eso es una canallada, no tiene derecho a pellizcarme y no pienso aguantarlo!

—¡No te he tocado, mentirosa! —gritó con los dedos ávidos por repetir la acción y las orejas encendidas de rabia. No tuvo nunca capacidad para ocultar su ira y se le ponía todo el rostro en brasas.

—¿Qué es esto, entonces? —repliqué mostrando un claro testimonio morado que la desmentía.

Dio una patada, vaciló un momento, y luego, empujada irresistiblemente por su mal genio, me dio en la mejilla una hiriente bofetada que me llenó los ojos de lágrimas.

—¡Catherine, cariño! ¡Catherine! —se interpuso Linton muy espantado por el doble delito de mentira y violencia que su ídolo había cometido.

—¡Fuera de aquí, Ellen! —repitió, temblando toda ella.

El pequeño Hareton, que me seguía a todas partes y estaba sentado en el suelo junto a mí, al ver mis lágrimas empezó a llorar también y sollozaba quejas contra la «tía Cathy, mala», lo que atrajo la furia de la tía contra su desdichada cabeza. Le cogió por los hombros y le zarandó hasta que el pobre niño se puso lívido, y Edgar, sin pensarlo, le cogió las manos para liberar al niño. Al instante logró liberar una y el asombrado joven la sintió aplicada por encima de su propia oreja de manera tal que no se podía confundir con una broma. Retrocedió consternado. Yo cogí a Hareton en brazos y me fui a la cocina con él, dejando la puerta de comunicación abierta porque tenía curiosidad de ver cómo se zanjaba la discusión. El ofendido visitante se dirigió al lugar en que había dejado el sombrero con los labios trémulos.

«¡Muy bien! —dije para mí—. ¡Date por avisado y vete! Es un detalle por su parte que te haya permitido ver un atisbo de su verdadero carácter».

—¿Adónde vas? —preguntó Catherine, adelantándose hacia la puerta.

Él se hizo a un lado e intentó pasar.

—¡No debes irte! —exclamó ella con energía.

—¡Debo irme y me iré! —replicó él con voz débil.

—No —insistió ella, cogiendo la manilla de la puerta—. Todavía no, Edgar Linton, siéntate, no puedes dejarme en este estado. Estaría triste toda la noche y no quiero estar triste por tu culpa.

—¿Puedo quedarme después de haberme abofeteado? —preguntó Linton.

Catherine enmudeció.

—Me has hecho sentir miedo y vergüenza de ti —continuó él—. ¡No volveré a esta casa!

Los ojos de Catherine empezaron a brillar y sus párpados temblaron.

—¡Y has mentido deliberadamente! —dijo él.

—¡No es cierto! —gritó ella recobrando el habla—. No he hecho nada deliberadamente. Bueno, vete si quieres... vete. Y ahora lloraré... lloraré hasta enfermar.

Cayó de rodillas junto a una silla y rompió a llorar con toda su alma. Edgar perseveró en su resolución hasta llegar al patio, allí vaciló. Yo decidí animarle.

—La señorita es terriblemente caprichosa —exclamó—. Tan mala como cualquier niño mimado, es mejor que se vaya a casa, de lo contrario se pondrá mala sólo para fastidiarnos.

El pobrecillo miró de reojo por la ventana. Tenía la misma capacidad para marcharse que un gato para dejar a un ratón medio muerto, o a un pájaro a medio comer. «Ah —pensé— no tiene salvación. ¡Está condenado y vuela a su destino!» Y así fue. Se volvió de repente, corrió a la sala de nuevo, cerró la puerta tras de sí y, cuando entré al cabo de un rato para informarles que Earnshaw había vuelto a casa borracho perdido, dispuesto a ponerla patas arriba (lo que acostumbraba a hacer en ese estado), vi que la pelea no había hecho más que estrechar la intimidad, había roto las defensas de la timidez juvenil y les había capacitado para abandonar el disfraz de la amistad y confesarse enamorados.

La noticia de la llegada del señor Hindley llevó velozmente a Linton a su caballo, y a Catherine a su alcoba. Yo fui a esconder al pequeño Hareton y a quitar la carga de la escopeta de caza del amo, con la que le gustaba jugar en su loco delirio, con riesgo de las vidas de los que le provocaran, o sólo que le llamaran demasiado la atención, y a mí se me había ocurrido la idea de descargarla para que hiciera menos daño en caso de llegar al extremo de dispararla.

CAPÍTULO IX

Entró vociferando horribles juramentos y me cogió en el momento de ocultar a su hijo en el armario de la cocina. Hareton tenía grabado un lógico terror a encontrarse tanto con el cariño de la bestia salvaje, como con la rabia del loco. En el primer caso corría el riesgo de ser aplastado o muerto a besos, en el otro, de ser tirado al fuego o lanzado contra la pared, y el pobre niño se quedaba absolutamente callado le pusiera donde le pusiera.

—¡Vaya, por fin lo encontré! —gritó Hindley, tirándome de la piel de la nuca como a un perro—. Por Dios y por el diablo, os habéis conjurado para asesinar al niño. Ahora comprendo cómo es que está siempre lejos de mí. Pero con la ayuda de Satanás te haré tragar el cuchillo de trinchar, Nelly. No es ninguna broma. Acabo de meter a Kenneth de cabeza en el pantano del Caballo Negro, y lo mismo da dos que uno... Tengo ganas de matar a uno de vosotros. ¡No descansaré hasta que lo haga!

—Pero a mí no me gusta el cuchillo de trinchar, señor Hindley —respondí—. Han cortado arenques con él, prefiero que me pegue un tiro, si le parece bien.

—Prefieres irte al diablo —dijo—, y te irás. No hay ley en Inglaterra que impida a un hombre tener su casa decente, y la mía es espantosa. ¡Abre la boca!

Asió el cuchillo con la mano y me metió la punta entre los dientes, pero yo, por mi parte, no tuve nunca mucho miedo a sus desvaríos, escupí y afirmé que sabía muy mal y que no lo tragaría de ninguna manera.

—¡Oh! —dijo soltándome—, veo que aquel repugnante granuja no es Hareton. Perdón, Nelly. Si lo fuera merecería ser desollado vivo por no correr a saludarme y por chillar como si yo fuera un duende. Cachorro degenerado, ven aquí, yo te enseñaré a abusar de un padre de buen corazón y defraudado. Bueno, ¿no te parece que el chico estaría más guapo con las orejas cortadas? Eso les hace a los perros más fieros y a mí me gusta lo feroz... dame unas tijeras... lo feroz y sin adornos. Además es una afectación infernal... una vanidad diabólica, querer tanto a nuestras orejas... ya somos bastante asnos sin ellas. ¡Chitón, niño, chitón! ¡Vaya, pero si es mi niño! Calla, sécate los ojos... cariño, dame un beso. ¡Qué! ¿Que no quieres besarme? ¡Bésame, Hareton! ¡Maldito seas, dame un beso! ¡Por Dios, como que voy a criar semejante monstruo! ¡Tan cierto como que estoy vivo, que cortaré el cuello al mocoso!

El pobre Hareton chillaba y pataleaba en brazos de su padre con todas sus fuerzas, y redobló sus alaridos cuando lo llevó arriba y lo levantó por encima del pasamanos. Le grité que iba a asustar al niño hasta la locura, y corrí a rescatarle. Cuando les alcancé, Hindley se asomó por la barandilla para escuchar un ruido de abajo, olvidándose casi de lo que tenía en las manos.

—¿Quién está ahí? —preguntó, escuchando a alguien que se acercaba al pie de la escalera.

Yo me asomé también con el propósito de hacer señas a Heathcliff, cuyos pasos

reconocí, para que no se acercara, y en el mismo instante que quité la vista de Hareton, dio un repentino salto, desprendiéndose de la negligente mano que le sujetaba, y cayó.

Apenas hubo tiempo de experimentar un estremecimiento de horror antes de que viéramos que el pobre crío estaba a salvo. Heathclif llegó en el crítico momento, por un impulso natural detuvo su caída y, poniéndole de pie, miró hacia arriba para descubrir al autor del accidente. Un avaro que se hubiera desprendido por cinco chelines de un billete de lotería premiado y se encontrara al día siguiente que ha perdido cinco mil libras en el negocio, no mostraría un semblante más pálido que el suyo al ver la figura del señor Earnshaw arriba. Expresaba con más claridad que pudieran hacerlo las palabras su intensísima angustia al convertirse él mismo en el instrumento que frustraba su propia venganza. De haber sido de noche, me atrevo a decir que habría intentado remediar el error estrellando la cabeza de Hareton contra los peldaños, pero habíamos presenciado su salvación, y yo estaba inmediatamente abajo con mi precioso pupilo apretado contra mi pecho. Hindley bajó más despacio, sobrio y avergonzado.

—Tú tienes la culpa, Ellen —dijo—, deberías haberlo mantenido fuera de mi vista, deberías habérmelo quitado de las manos, ¿se ha hecho daño?

—¿Daño? —grité airada—. Si no se mata, se volverá idiota. ¡Oh, no sé cómo su madre no se levanta de la tumba para ver cómo le trata! Es usted peor que un pagano... tratar a su propia carne y sangre de esta manera.

Intentó tocar al niño quien, al encontrarse conmigo, desahogó enseguida su pánico llorando. Al primer dedo que su padre puso sobre él, sin embargo, chilló más alto que antes y empezó a forcejear como si le fuera a dar un ataque.

—¡No se meta con él! —continué—. ¡Le aborrece... todos le aborrecen... ésa es la verdad! Dichosa familia tiene y a bonito estado ha llegado usted.

—Todavía llegaré a otro más bonito, Nelly —se rió aquel hombre extraviado, recuperando su dureza—. De momento, lárgate y llévate al niño. ¡Y, escucha tú, Heathcliff! Lárgate tú también, que no os vea ni os oiga. No os mataré esta noche, a no ser que prenda fuego a la casa, pero eso según se me antoje.

Y diciendo eso, tomó una botella de brandy del aparador y echó un poco en un vaso.

—¡No, no lo haga! —le supliqué—. Señor Hindley, tómelo como un aviso. Tenga compasión de este desgraciado niño, si es que su propia persona no le importa.

—Cualquiera le será más útil que yo —respondió.

—Tenga compasión de su propia alma —dije, intentando quitarle el vaso de la mano.

—¡Yo de ninguna manera! Al contrario, tendré mucho gusto en mandarla al infierno para castigar a su Hacedor —exclamó el blasfemo—. ¡Brindo por su absoluta condenación!

Bebió el licor y nos despidió con impaciencia, terminando la orden con una serie

de horribles imprecaciones, demasiado espantosas para repetir las o recordarlas.

—¡Qué lástima que no se mate a fuerza de beber! —observó Heathcliff, devolviéndole entre dientes un eco de maldiciones cuando se cerró la puerta—. Hace todo lo que puede, pero su naturaleza le desafía. El señor Kenneth dice que apostaría su yegua a que vivirá más que cualquier hombre de este lado de Gimmerton, y que irá a la tumba siendo un pecador con canas, a menos que le ocurra por afortunada casualidad algo fuera de lo normal.

Entré en la cocina, me senté y me puse a arrullar a mi niño para que se durmiera. Pensé que Heathcliff había cruzado hacia el granero. Resultó después que sólo había ido hasta el otro lado del escaño, se había echado en un banco junto a la pared, lejos del fuego, y permanecía en silencio.

Yo estaba meciendo a Hareton en mis rodillas y tarareando una canción que empezaba:

En la noche oscura, los niños lloraban,
y bajo tierra, las madres les escuchaban^[22]...

cuando la señorita Cathy, que había oído la bronca desde su habitación, asomó la cabeza y susurró:

—¿Estás sola, Nelly?

—Sí, señorita —respondí.

Entró y se acercó a la chimenea. Yo, suponiendo que iba a decir algo, la miré. La expresión de su rostro era de inquietud y angustia. Tenía los labios entreabiertos como si quisiera hablar y respiró, pero el aliento se le escapó en un suspiro, en lugar de una frase. Continué con mi canción, pues no había olvidado su conducta reciente.

—¿Dónde está Heathcliff? —dijo, interrumpiéndome.

—Haciendo su trabajo en el establo —fue mi respuesta.

Él no me contradijo, quizá se había adormilado. Siguió otra larga pausa, durante la cual vi resbalar una o dos lágrimas desde las mejillas de Cathy a las losas. «¿Estará arrepentida de su vergonzosa conducta? —me pregunté—. Sería una novedad, pero ya lo dirá cuando quiera... ¡no la ayudaré!». No, bien poca pena sentía ella por nada, salvo por lo que le concernía.

—¡Ay, Nelly, soy muy desgraciada! —dijo al fin.

—¡Qué lástima! —observé—. Es usted difícil de complacer. ¡Tantos amigos y tan pocos cuidados, y no logra ser feliz!

—Nelly, ¿me guardarás un secreto? —prosiguió, arrodillándose a mi lado y levantando hacia mí sus encantadores ojos con aquella mirada que le quita a uno el mal humor, aunque tenga toda la razón del mundo para tenerlo.

—¿Vale la pena guardarlo? —pregunté menos malhumorada.

—Sí, y me preocupa y tengo que soltarlo. Quiero saber qué he de hacer. Hoy Edgar Linton me ha pedido que me case con él y le he dado una respuesta. Ahora

bien, antes de que yo te diga si ha sido un consentimiento o una negativa, dime tú cuál debiera haberle dado.

—Realmente, señorita Catherine, ¿cómo voy a saberlo? —respondí—. Desde luego que, considerando la escena que usted representó en su presencia esta tarde, yo diría que lo prudente sería rechazarle, puesto que se lo pidió después de eso, tiene que ser o un estúpido sin remedio, o un loco temerario.

—Si hablas así no te digo nada más —replicó malhumorada, poniéndose de pie—. He aceptado, Nelly. Rápido, dime si lo he hecho mal.

—¿Le ha aceptado? Entonces, ¿para qué discutir el asunto? Ha comprometido su palabra y no puede retroceder.

—¡Pero dime si debería haberlo hecho... dilo! —exclamó en tono irritado, restregándose las manos y frunciendo el ceño.

—Hay que considerar muchas cosas antes de poder responder con propiedad a esa pregunta —dije, sentenciosamente—. Lo primero y más importante: ¿ama al señor Edgar?

—Y ¿quién no? Desde luego que sí —respondió. Entonces la sometí al siguiente interrogatorio que para una chica de veintidós años no era imprudente.

—¿Por qué le ama, señorita Cathy?

—Qué tontería, le amo, eso basta.

—De ninguna manera, tiene usted que decir por qué.

—Bueno, porque es guapo, y es agradable estar con él.

—Malo —fue mi comentario.

—Y porque es joven y alegre.

—Malo también.

—Y porque me ama.

—Eso no hace al caso.

—Y será rico, y me gustará ser la mujer más importante de la comarca, y estaré orgullosa de tener tal marido.

—¡Lo peor de todo! Y ahora, dígame, ¿usted cómo le ama?

—Como todo el mundo... eres tonta, Nelly.

—En absoluto... responda.

—Amo el suelo que pisa, el aire que respira, todo lo que toca, cada palabra que dice. Amo su aspecto, sus actos, y a él total y completamente. ¡Ahí lo tienes!

—Y ¿por qué?

—No. Te lo estás tomando a broma. ¡Eso está horriblemente mal! ¡Para mí no es ninguna broma! —dijo la joven, enfurruñada y volviendo su rostro hacia el fuego.

—Lejos de mí el tomarlo a broma, señorita Catherine —respondí—. Usted ama al señor Edgar porque es guapo, alegre, rico y porque la ama. Esto último no significa nada. Usted, sin esto, le amaría igual, probablemente, y con ello no le amaría a menos que poseyera las cuatro cualidades anteriores.

—No, seguro que no. Sólo le tendría lástima, o le odiaría quizá, si fuera feo o

tonto.

—Pero hay otros jóvenes guapos y ricos en el mundo, más guapos, quizá, y más ricos que él. ¿Qué le impediría enamorarse de ellos?

—Si los hay, no están a mi alcance. No he visto ninguno como Edgar.

—Podría usted ver a alguno; y él no será siempre guapo, ni joven y puede que no sea siempre rico.

—Lo es ahora y para mí lo que cuenta es el presente. Me gustaría que hablaras con más sensatez.

—Bueno, entonces asunto concluido. Si para usted sólo cuenta el presente, cácese con el señor Linton.

—No necesito tu permiso... me casaré con él. Pero todavía no me has dicho si hago bien.

—Perfectamente bien; si es que la gente hace bien en casarse teniendo en cuenta sólo el presente. Y ahora oigamos por qué se siente usted desgraciada. Su hermano estará contento. Los viejos Linton no pondrán inconveniente, supongo. Usted escapará de una casa desordenada e inhóspita a una rica y respetable. Usted ama a Edgar y Edgar la ama a usted. Todo parece liso y llano, ¿dónde está el obstáculo?

—¡Aquí! y ¡aquí! —respondió Catherine, golpeándose la frente con una mano, y el pecho con la otra—, dondequiera que esté el alma. ¡En mi alma y en mi corazón estoy convencida de que hago mal!

—¡Eso es muy raro! No acabo de entenderlo.

—Es mi secreto. Pero si no te ríes de mí te lo explicaré. No puedo hacerlo con claridad, pero te daré mi impresión de lo que siento. Se sentó junto a mí de nuevo. Su rostro se puso más triste y más serio, y las manos apretadas le temblaban.

—Nelly, ¿tú nunca tienes sueños raros? —dijo de repente, después de unos minutos de reflexión.

—Sí, de vez en cuando —respondí.

—Yo también. He tenido sueños en mi vida que me han quedado grabados dentro desde entonces y han cambiado mis ideas. Me han calado cada vez más hondo, como el vino en el agua, y han cambiado el color de mi espíritu. Y éste es uno. Te lo voy a contar... pero ten cuidado de no reírte en ningún momento.

—¡Oh, no lo cuente, señorita Catherine! —exclamé—. Ya estamos lo bastante lúgubres sin conjurar fantasmas y visiones que nos perturben. ¡Vamos, vamos, póngase alegre y sea usted misma! ¡Mire al pequeño Hareton, no está soñando nada malo! ¡Con qué dulzura sonrío en su sueño!

—Sí, ¡y con qué dulzura su padre reniega en su soledad! Tú le recuerdas, seguro, cuando era otro regordete como éste, casi tan pequeño y tan inocente. Sin embargo, Nelly, te obligaré a escucharlo, no es largo y esta noche no puedo estar alegre.

—¡No quiero oírlo, no quiero oírlo! —repetí apresuradamente.

Yo era entonces supersticiosa respecto a los sueños, y lo soy aún, y Catherine tenía en su semblante una tristeza desacostumbrada que me hizo temer algo de lo que

podiera formular una profecía y anunciar alguna terrible catástrofe. Se enfadó, pero no continuó. Al poco rato, tomando aparentemente otro tema, volvió a empezar.

—Si yo estuviera en el cielo, Nelly, me sentiría muy desgraciada.

—Porque no es usted digna de ir allí —respondí—. Todos los pecadores se sentirían desgraciados en el cielo.

—Pero no es por eso. Una vez soñé que estaba allí.

—¡Le digo que no voy a escuchar sus sueños, señorita Catherine! Me iré a la cama —la interrumpí de nuevo.

Se echó a reír y me retuvo, porque hice un gesto de dejar la silla.

—No es nada —exclamó ella—. Sólo iba a decir que el cielo no parecía ser mi casa, y se me partía el corazón de llorar por volver a la tierra, y los ángeles estaban tan enfadados que me tiraron en medio del brezal, en lo más alto de Cumbres Borrascosas, donde me desperté sollozando de alegría. Esto servirá para explicar mi secreto tan bien como lo otro. No tengo más motivos para casarme con Edgar Linton que para estar en el cielo, y si ese malvado de ahí no hubiera hundido a Heathcliff tan bajo, ni hubiera pensado en ello. Ahora me degradaría casarme con Heathcliff, así que no sabrá nunca cuánto le amo, y eso no es porque sea guapo, Nelly, sino porque tiene más de mí que yo misma. Estén nuestras almas de lo que estén hechas, la suya y la mía son iguales, y la de Linton es tan distinta como la luz de la luna lo es del rayo y la helada del fuego.

Antes de que terminara su discurso me di cuenta de la presencia de Heathcliff. Habiendo notado un ligero movimiento, volví la cabeza, y le vi levantarse del banco y marcharse silenciosamente. Había oído hasta que Catherine dijo que le degradaría casarse con él, y no quiso oír más. A mi compañera, sentada en el suelo, el respaldo del banco le impidió observar su presencia o su partida, pero yo me sobresalté y le hice seña de que se callara.

—¿Por qué? —preguntó mirando nerviosamente alrededor.

—Joseph está aquí —respondí, percibiendo oportunamente el rodar de las ruedas de su carro camino arriba—, y Heathcliff vendrá con él. No estoy segura de si estaba aquí en la puerta en este momento.

—¡Oh, no me pudo oír desde la puerta! —dijo ella—. Dame a Hareton mientras tú preparas la cena, y cuando esté preparada invítame a cenar contigo. Quiero engañar mi incómoda conciencia y convencerme de que Heathcliff no está enterado de estas cosas. No lo está, ¿verdad? No sabe lo que es estar enamorado.

—No veo razón para que no lo sepa, lo mismo que usted —repliqué—. Y si usted es su elegida, él será la criatura más desdichada que ha venido al mundo. En cuanto usted se convierta en la señora Linton, él pierde amiga, amor y todo. ¿Ha considerado cómo soportará usted la separación y cómo soportará él estar completamente abandonado en el mundo? Porque, señorita Catherine...

—¡Él totalmente abandonado! ¡Nosotros separados! —exclamó en tono indignado—. ¿Quién nos va a separar, di, por favor? ¡Tendrá el mismo destino que

Milón! No mientras yo viva, Ellen, ni por ninguna criatura mortal. Todos los Linton sobre la faz de la tierra pueden fundirse en la nada antes de que consienta en abandonar a Heathcliff. ¡Oh, eso no es lo que intento...! ¡Eso no es lo que pretendo! No sería la señora Linton si ése fuera el precio que se exigiera. Será para mí tanto como lo ha sido toda su vida. Edgar tendrá que deponer su antipatía y tolerarle al menos. Lo hará cuando conozca mis verdaderos sentimientos hacia él. Nelly, ya comprendo, tú me tienes por una miserable egoísta, pero ¿no se te ocurrió nunca que si Heathcliff y yo nos casáramos seríamos mendigos? Mientras que si me caso con Linton, puedo ayudar a Heathcliff a levantarse y liberarle del poder de mi hermano.

—¿Con el dinero de su marido, señorita Catherine? —pregunté—. No le encontrará tan manejable como calcula, y aunque difícilmente puedo juzgar, creo que es el peor motivo que ha dado hasta ahora para ser la esposa del joven Linton.

—No —replicó—. ¡Es el mejor! Los otros eran la satisfacción de mis caprichos, y también por Edgar, para complacerle. Éste es por el bien de aquel que abarca en su persona mis sentimientos hacia Edgar y a mí misma. No puedo expresarlo, pero seguro que tú, y cualquiera, tiene la noción de que hay, o debe haber, una existencia tuya más allá de ti misma. ¿De qué serviría mi creación si yo estuviera enteramente contenida aquí? Mis grandes sufrimientos en este mundo han sido los sufrimientos de Heathcliff, los he visto y sentido cada uno desde el principio. El gran pensamiento de mi vida es él. Si todo lo demás pereciera y él quedara, yo seguiría existiendo, y si todo lo demás permaneciera y él fuera aniquilado, el universo se me volvería del todo extraño, no me parecería que formara parte de él. Mi amor por Linton es como el follaje de los bosques: el tiempo lo cambiará, lo sé muy bien, como el invierno cambia los árboles. Mi amor por Heathcliff se asemeja a las eternas rocas de las profundidades: una fuente de escaso placer visible, pero necesario. ¡Nelly, yo soy Heathcliff! Él está siempre, siempre en mi mente. No como un placer, como yo no soy un placer para mí misma, sino como mi propio ser. Así que no hables de nuestra separación de nuevo. Es imposible y...

Hizo una pausa y escondió su rostro entre los pliegues de mi falda, pero la aparte bruscamente. Me había hecho perder la paciencia con sus locuras.

—Si llego a sacar algo en claro de sus insensateces, señorita —dije—, es para convencerme de que usted ignora los deberes que asume al casarse, o si no que es una joven malvada y sin principios. Pero no me moleste con más secretos. No le prometo que los guarde.

—¿Me guardarás éste? —preguntó con ansiedad.

—No, no se lo prometo —repetí.

Iba a insistir, cuando la entrada de Joseph puso fin a nuestra conversación. Catherine retiró su asiento a un rincón y cuidó de Hareton mientras yo hacía la cena. Una vez preparada, mi compañero y yo empezamos a discutir sobre quién debería llevársela a Hindley, pero no llegamos a ningún acuerdo hasta que estuvo casi fría. Entonces decidimos que esperaríamos a que la pidiera, si es que quería comer algo,

porque nos daba miedo ponernos ante él, especialmente cuando llevaba algún tiempo solo.

—¿Cómo es que no ha vuelto del campo a estas horas?, ¿qué estará haciendo el holgazán? —preguntó el viejo mirando alrededor en busca de Heathcliff.

—Le llamaré —respondí—. Está en el granero, sin duda.

Fui a llamarle, pero no hubo respuesta. Al volver le susurré a Catherine que estaba segura de que había oído buena parte de lo que había dicho y le conté cómo le había visto salir de la cocina justo cuando ella se quejaba de la conducta de su hermano hacia él. Con un buen susto se puso en pie de un salto, echó a Hareton sobre el escaño y corrió a buscar a su amigo en persona, sin pararse a considerar por qué estaba tan alterada, o cómo podía haberle afectado a él su conversación. Estuvo ausente tanto rato que Joseph propuso que no esperáramos más. Conjeturé maliciosamente que se quedaban fuera para evitar tener que escuchar sus largas bendiciones. Afirmó que eran lo bastante malos como para cualquier vileza. Y aquella noche añadió una plegaria especial pidiendo por ellos a la acostumbrada súplica de un cuarto de hora antes de la comida, y habría agregado otra al final de la acción de gracias, si su joven ama no hubiera irrumpido con una apresurada orden de que saliera al camino y, hubiera ido Heathcliff donde fuera, lo encontrara y lo hiciera volver a casa de inmediato.

—Quiero hablar con él, y tengo que hacerlo antes de subir a mi habitación —dijo—. La verja está abierta. Está en alguna parte desde donde no nos oye porque no ha contestado, aunque grite desde lo alto del redil tan fuerte como pude.

Joseph se opuso al principio, pero ella iba demasiado en serio como para soportar que se la contradijera, y al fin se caló el sombrero y se marchó refunfuñando. Mientras tanto Catherine andaba de un lado a otro de la habitación exclamando:

—¿Dónde puede estar...? ¿Dónde se habrá metido? ¿Qué dije, Nelly? Lo he olvidado. ¿Se habrá ofendido por mi mal humor de la tarde? ¡Dios mío! Por lo que más quieras dime qué he dicho para ofenderle. ¡Ojalá viniera! ¡Ojalá viniera!

—¡Cuánto ruido para nada! —exclamé, aunque más bien intranquila también—. ¡Por qué tonterías se asusta! Seguro que no hay gran motivo de alarma en que Heathcliff se dé un paseo a la luz de la luna por los páramos, o incluso que, demasiado enfurruñado para hablar con nosotros, esté tumbado en el pajar. Apuesto a que está escondido allí. ¡Veremos si no le saco de la madriguera!

Salí para reanudar la búsqueda, pero el resultado fue un fracaso, y las pesquisas de Joseph terminaron igual.

—¡Este chico va de mal en peor! —observó al volver—. Ha dejado la verja abierta de par en par, y el poni de la señorita ha pisoteado dos hileras de grano, y se ha ido derecho al prado. De todas maneras, el amo se pondrá como un diablo mañana, y le dará su merecido. Es la paciencia misma con esas criaturas descuidadas e inútiles... ¡la paciencia misma!, pero esto no puede durar... ya lo verá usted y todos. ¡No le sacaréis de quicio en vano!

—¿Has encontrado a Heathcliff, burro? —interrumpió Catherine—. ¿Le has buscado como te mandé?

—Hubiera sido mejor que hubiera buscado al caballo —respondió—. Hubiera sido más sensato, pero no puedo buscar ni al caballo, ni al hombre en una noche como ésta... ¡negra cual chimenea! Y Heathcliff no es mozo que acuda a mi silbido... puede que fuera menos duro de oído con usted.

Era una noche muy oscura para verano. Las nubes parecían anunciar tormenta, y yo dije que sería mejor que nos sentáramos, pues seguro que la lluvia que se acercaba le traería a casa sin más problemas. Sin embargo, no había manera de convencer a Catherine de que se tranquilizara. Continuaba yendo de acá para allá, de la verja a la puerta, en un estado de agitación que no le permitía reposo, y al fin terminó por quedarse al lado del muro, cerca del camino, donde permaneció, sin hacer caso a mis reconvenciones, ni a los truenos rugientes, ni a las grandes gotas que empezaban a salpicar a su alrededor, llamando a intervalos, luego escuchando, y echándose a llorar amargamente después. Tratándose de un buen ataque de llanto apasionado, le ganaba a Hareton, o a cualquier niño.

Hacia la medianoche, cuando aún estábamos levantados, descargó la tormenta sobre las Cumbres con todo su furor. Hubo viento huracanado y también rayos y truenos, y el primero o los segundos partieron en dos un árbol de la esquina de la casa, una rama enorme cayó sobre el tejado y rompió un pedazo del cañón de la chimenea de levante, lanzando una lluvia de piedras y hollín sobre el fuego de la cocina. Creímos que un rayo había caído en medio de nosotros, y Joseph se hincó de rodillas, suplicando al Señor que se acordara de los patriarcas Noé y Lot, y que, como en aquellos tiempos, salvara al justo, aunque destruyera al impío. Tuve la sensación de que también para nosotros había llegado el juicio. Jonás era para mí el señor Earnshaw y sacudí la manilla de su guarida para asegurarme de que todavía vivía. Contestó, lo bastante audible, de tal manera que hizo que mi compañero vociferara, más clamorosamente que antes, que una clara distinción había que trazar entre santos como él y pecadores como su amo. Pero el estrépito pasó al cabo de veinte minutos, dejándonos a todos ilesos, excepto a Cathy, que estaba absolutamente calada por su obstinación en no querer cobijarse y permanecer con la cabeza descubierta y sin chal para recibir cuanta más agua mejor en el pelo y en la ropa. Entró y se echó en el escaño, toda calada como estaba, volviendo la cara hacia el respaldo y tapándose la con las manos.

—Bueno, señorita —exclamé, tocándola en el hombro—, no está empeñada en morir, ¿verdad? ¿Sabe qué hora es? Las doce y media. Vamos, vamos a la cama, es inútil esperar más a ese loco. Habrá ido a Gimmerton, y ahora se quedará allí. No se imagina que estemos levantadas esperándole hasta tan tarde, al menos se figurará que sólo el señor Hindley está levantado, y preferirá evitar que la puerta se la abra el amo.

—No, no, no está en Gimmerton —dijo Joseph—. No sería raro que estuviera en el fondo de un lodazal. Esta advertencia divina no ha sido en vano, y usted tenga

cuidado, señorita, la próxima será para usted. ¡Gracias al cielo por todo! Todo conduce al bien de los elegidos, sacados de la inmundicia. Ya sabéis lo que dicen las Escrituras —y empezó a citar varios textos, remitiéndonos a los capítulos y versículos en que podíamos encontrarlos.

Después de pedirle en vano a la terca muchacha que se levantara y se quitara la ropa mojada, yo le dejé a él con sus sermones y a ella tiritando, y me fui a la cama con el pequeño Hareton que dormía tan profundamente como si todo el mundo a su alrededor hubiera estado durmiendo. Oí a Joseph continuar su lectura un rato más, luego distinguí su lento paso en la escalera y a continuación me quedé dormida.

Cuando bajé algo más tarde que de costumbre, vi a la luz de los rayos de sol que se filtraban por las rendijas de las contraventanas, a la señorita Catherine aún sentada junto al fuego. La puerta de la casa estaba entreabierta también; la luz entraba por sus ventanas sin cerrar. Hindley se había levantado, estaba de pie junto al hogar de la cocina, ojeroso y soñoliento.

—¿Qué te pasa, Cathy? —le estaba diciendo cuando entré—, pareces tan triste como un cachorro ahogado. ¿Por qué estás tan mojada y tan pálida, niña?

—Me mojé —respondió de mala gana—, y tengo frío, eso es todo.

—¡Oh, qué mala es! —exclamé, advirtiendo que el señor estaba tolerablemente sobrio—. Se empapó en el chaparrón de ayer tarde, y aquí ha estado sentada toda la noche. No pude conseguir que se moviera.

El señor Earnshaw nos miró sorprendido:

—¿Toda la noche? —repitió—. ¿Por qué se quedó levantada? No sería por miedo a la tormenta, supongo. Terminó hace ya horas.

Ninguna de las dos quería mencionar la ausencia de Heathcliff, mientras se pudiera ocultar. Así que respondí que no sabía cómo se le había metido en la cabeza quedarse levantada, y ella no dijo nada. La mañana era limpia y fresca. Abrí las ventanas y pronto la habitación se llenó de los dulces perfumes del jardín, pero Catherine me dijo de mal humor:

—Ellen, cierra la ventana, me muero de frío —y los dientes le castañeteaban mientras se acurrucaba más cerca de las casi ya extintas brasas.

—Está enferma —dijo Hindley, tomándole el pulso—. Supongo que ésa es la razón de no haber querido ir a la cama. ¡Maldita sea! No quiero tener problemas con más enfermedades aquí. ¿Por qué saliste a la lluvia?

—¡Por correr tras los mozos, como siempre! —graznó Joseph, aprovechando la oportunidad de nuestra vacilación para meter su malvada lengua—. Si yo fuera usted, amo, les cerraría las puertas en sus narices a todos ellos, amable y sencillamente. En cuanto sale usted, se desliza aquí furtivamente ese gato de Linton. ¡Y la señorita Nelly es también una buena pieza! Se queda en la cocina vigilando su llegada y, cuando usted entra por una puerta, él sale por la otra, y entonces nuestra gran dama sigue sus galanteos por otro lado. ¡Bonita conducta, esconderse por los campos después de las doce de la noche con ese horrible diablo de gitano de Heathcliff! Se

creen que estoy ciego, pero no, nada de eso. He visto al joven Linton entrar y salir, y te he visto a ti (dirigiéndose a mí), a ti, inútil, bruja asquerosa, espiar y entrar disparada en casa en el momento en que se oyeron por el camino los cascos del caballo del amo.

—¡Cállate, fisgón! —gritó Catherine—. No te tolero más insolencias. Edgar Linton vino ayer por casualidad, Hindley, y fui yo la que le dije que se fuera porque sabía que no te agradaría encontrarle en el estado en que estabas.

—Mientes, Cathy, sin duda —contestó su hermano—. ¡Eres una condenada necia! Pero Linton no importa de momento. Dime, ¿no estuviste con Heathcliff anoche? Di la verdad, ahora mismo. No tengas miedo de que le haga daño. Aunque le odio tanto como siempre, me hizo un buen servicio hace poco y tendría escrúpulos de conciencia de retorcerle el cuello. Para evitarlo le mandare a paseo esta misma mañana, y cuando se haya ido, os aconsejo a todos que estéis alerta, porque todo mi mal humor será para vosotros.

—No vi a Heathcliff en toda la noche —respondió Catherine, empezando a sollozar amargamente—. Y si le echas de casa, me iré con él. Pero quizá no tengas nunca esa oportunidad, quizá se haya ido ya —aquí rompió en una interminable congoja y el resto de sus palabras quedaron inarticuladas.

Hindley le prodigó un torrente de desdeñosos insultos y le ordenó que se fuera a su habitación inmediatamente, o no lloraría en vano. Yo la obligue a obedecer y no olvidaré nunca la escena que me hizo cuando llegamos a su alcoba. Me aterró. Creí que se estaba volviendo loca y le pedí a Joseph que fuera corriendo a buscar al médico. Era un principio de delirio. El señor Kenneth, en cuanto la vio, la declaró gravemente enferma. Tenía fiebre. La sangró y me dijo que no le dejara tomar más que suero y agua de avena, y que tuviera cuidado de que no se tirara por las escaleras o por la ventana. Y luego se marchó, pues tenía bastante que hacer en la parroquia, donde dos o tres millas es la distancia normal entre casa y casa.

Aunque no puedo decir que fuera una enfermera afable, ni que Joseph y el amo lo fueran mejores, y a pesar de que nuestra enferma fuera la más pesada y terca que se pueda encontrar, se recuperó. La anciana señora Linton nos hizo varias visitas, claro está, y enderezaba las cosas, y nos reñía y daba órdenes a todos. Y cuando Catherine estuvo convaleciente, insistió en llevársela a la Granja de los Tordos. Liberación por la que le quedamos muy agradecidos. Pero la pobre señora tuvo pronto motivos para arrepentirse de su bondad, porque tanto ella como su marido cogieron la fiebre y murieron con pocos días de diferencia el uno del otro.

Nuestra señorita nos volvió aún más insolente, irascible y altiva que nunca. De Heathcliff no se había sabido nada desde la tarde de la tormenta. Un día que me había irritado en extremo, tuve la mala fortuna de echarle la culpa de su desaparición, como era la verdad y bien lo sabía ella. Desde entonces, durante varios meses, rompió toda comunicación conmigo, salvo en la relación de pura criada. Joseph cayó también bajo su exclusión. Él decía lo que pensaba y la sermoneaba, de todas formas, como si

fuera una niña pequeña, y ella se consideraba una mujer, y además el ama, y creía que su reciente enfermedad le daba derecho a ser tratada con consideración. También el médico había dicho que no podría soportar muchos enfados. Había que dejarle salirse con la suya. Que alguien intentara hacerle frente o contradecirla era, a sus ojos, poco menos que un crimen. Del señor Earnshaw y sus compañeros se mantenía alejada. Advertido por Kenneth, y ante las serias amenazas de ataque que a menudo acompañaban a sus furias, su hermano le daba todo lo que le apetecía pedir, y por lo general evitaba agravar su furioso temperamento. Era demasiado indulgente en acceder a sus caprichos, no por afecto, sino por vanidad. Deseaba seriamente que honrara a la familia mediante una alianza con los Linton y, mientras lo dejara en paz, poco le importaba que nos pisoteara como a esclavos. Edgar Linton, como tantísimos otros antes y después que él, estaba encaprichado, y se creyó el hombre más feliz de la tierra el día que la condujo a la capilla de Gimmerton, tres años después de la muerte de su padre.

Muy en contra de mi voluntad, me convencieron de que dejara Cumbres Borrascosas y la acompañara aquí. El pequeño Hareton tenía casi cinco años y yo acababa de empezar a enseñarle a leer. Se nos hizo muy triste la separación, pero las lágrimas de Catherine tenían más fuerza que las nuestras. Cuando me negué a ir y descubrió que sus súplicas no me conmovían, se fue a quejar a su marido y a su hermano. El primero me ofreció un espléndido salario, el segundo me ordenó que hiciera mi equipaje. Dijo que no necesitaba mujeres en casa, ahora que no había señora, y en cuanto a Hareton, el coadjutor pronto se encargaría de él. Así pues, no tuve más elección que hacer lo que se me mandaba. Le dije al amo que se desembarazaba de toda persona decente para correr más deprisa hacia su ruina. Di un beso de despedida a Hareton, y desde entonces ha sido para mí un extraño, y por raro que parezca, no me cabe duda de que ha olvidado por completo a Ellen Dean, y eso que para ella era más importante que el mundo entero, y ella para él.

En este punto del relato, le dio a mi ama de llaves por echar una mirada al reloj de la chimenea, y se quedó atónita al ver que el minuterero marcaba la una y media. No quiso ni oír hablar de quedarse un segundo más. La verdad es que yo también me sentía inclinado a posponer la continuación de su historia. Y ahora que ella se ha ido a descansar, y que yo he meditado una hora o dos, me armaré de valor para irme también, a pesar de esta dolorosa flojera de la cabeza y de los miembros.

CAPÍTULO X

¡Una encantadora introducción a mi vida de ermitaño! ¡Cuatro semanas de tormento, de dar vueltas en la cama y de enfermedad! ¡Ah! ¡Estos gélidos vientos y crudos cielos del norte, y los caminos impracticables y los lentos médicos rurales! Y, ay, esta penuria de rostros humanos y, lo peor de todo, la terrible advertencia de Kenneth de que no espere salir de casa hasta la primavera.

El señor Heathcliff acaba de honrarme con una visita. Hace unos siete días me mandó un par de perdices^[23]... las últimas de la temporada. ¡Bribón! No es del todo inocente de esta enfermedad mía, y tenía muchas ganas de decírselo. Pero cómo iba a ofender a un hombre que ha sido tan caritativo como para estar sentado junto a mi cama toda una hora, hablando de un tema bien distinto a píldoras y pócimas, ventosas y sanguijuelas. Ha sido un intervalo muy agradable. Estoy demasiado débil para leer, sin embargo, me siento en condiciones de disfrutar de algo interesante ¿Por qué no hacer que suba la señora Dean a terminar su historia? Puedo recordar los incidentes principales hasta donde llegó. Sí, recuerdo que el héroe había huido y no se supo nada de él durante tres años, y que la heroína se casó. La llamaré. Estará encantada de verme capaz de conversar alegremente. La señora Dean vino.

—Faltan veinte minutos, señor, para tomar la medicina —comenzó.

—¡Al diablo con ella! —respondí—. Lo que quiero...

—El doctor dice que debe usted dejar de tomar los polvos.

—¡Me alegro de todo corazón! No me interrumpa. Venga a sentarse aquí. Mantenga sus dedos alejados de ese amargo ejército de frascos. Saque su calceta de la bolsa... así está bien... ahora continúe la historia del señor Heathcliff, desde donde la dejó hasta el día de hoy. ¿Terminó su educación en el Continente y volvió hecho un caballero, o consiguió un puesto de becario en la universidad, o escapó a América y ganó honores chupando la sangre de su patria adoptiva, o hizo fortuna más deprisa de salteador de caminos en Inglaterra?

—Quizá haya hecho algo en todas estas profesiones, señor Lockwood, pero no puedo asegurarle nada. Ya le dije antes que no sabía cómo había ganado su dinero, ni tampoco sé de qué medios se valió para sacar a su inteligencia de la absoluta ignorancia en la que estaba hundida. Pero, con su permiso, continuará a mi manera, si le parece que le va a divertir y que no le cansará. ¿Se encuentra mejor esta mañana?

—Mucho mejor.

—Buena noticia. La señorita Catherine y yo nos trasladamos a la Granja de los Tordos y, para mi grata sorpresa, se portó infinitamente mejor de lo que me hubiera atrevido a esperar. Parecía estar casi más que enamorada del señor Linton, y hasta a su hermana le mostraba gran afecto. Cierto que los dos estaban muy atentos al

bienestar de Catherine. No era el espino que se inclinaba hacia las madre selvas, sino las madre selvas las que abrazaban al espino. No había mutuas concesiones. Una estaba erguida y los otros cedían. Y ¿quién puede ser mala persona, o tener mal genio, cuando no encuentra ni oposición, ni indiferencia? Observaré que el señor Linton tenía un arraigado miedo a excitar su mal humor. Lo ocultaba delante de ella, pero si alguna vez me oía contestar con sequedad, o veía a cualquier otro criado poner mala cara a alguna de sus órdenes autoritarias, él mostraba su disgusto con un ceño de desagrado que nunca oscurecía su rostro cuando se trataba de sí mismo. Muchas veces me habló seriamente sobre mi insolencia y aseguró que una puñalada no le haría más daño que ver a su mujer enojada. Para no herir a un amo tan bueno, aprendí a ser menos susceptible y, durante medio año, la pólvora fue tan inofensiva como la arena, porque ningún fuego se acercó a ella para hacerla explotar. Catherine tenía de cuando en cuando épocas de melancolía y silencio. Su marido las respetaba con callada comprensión, achacándolas a un cambio en su naturaleza producido por su grave enfermedad, puesto que antes no se había visto nunca sometida a la depresión. La vuelta de la luz del sol era bienvenida con una respuesta luminosa también por parte de él. Creo que puedo asegurar que estaban en posesión de una profunda y creciente felicidad.

Pero se acabó. Bueno, a la larga tenemos que mirar por nosotros mismos. Los afables y generosos son sólo más razonablemente egoístas que los dominantes, y la felicidad terminó cuando las circunstancias hicieron que los dos se dieran cuenta de que el interés de uno no era la consideración principal de los pensamientos del otro. Un apacible atardecer de septiembre volvía yo del huerto con una pesada cesta de manzanas que había estado recogiendo. Había oscurecido y la luna se asomaba por el alto muro del patio haciendo que sombras indefinidas acecharan en los rincones de los numerosos salientes del edificio. Dejé mi carga en los escalones de la casa, junto a la puerta de la cocina, y me detuve a descansar y a respirar un poco más aquel aire dulce y suave. Estaba mirando la luna, de espaldas a la entrada, cuando oí una voz detrás de mí que decía:

—Nelly, ¿eres tú?

Era una voz profunda, con un tono extraño, pero había algo en la manera de pronunciar mi nombre que me sonaba familiar. Me volví con temor para ver quién hablaba, pues las puertas estaban cerradas y no había visto a nadie al acercarme a los escalones. Algo se movió en el porche y, al acercarse, distinguí un hombre alto, vestido con ropa oscura, de rostro y pelo morenos. Estaba apoyado en la pared y tenía la mano puesta en el picaporte como si intentara abrirla. «¿Quién puede ser? —pensé — ¿El señor Earnshaw? Oh, no, la voz no es la suya».

—He estado esperando una hora —continuó, mientras yo le miraba—. Y durante ese tiempo todo ha estado tan callado como la muerte. No me atrevía a entrar. ¿No me conoces? ¡Mira, no soy un extraño!

Un rayo de luz iluminó sus facciones. Tenía las mejillas cetrinas y medio

cubiertas de negras patillas, las cejas caídas, los ojos hundidos y raros. Recordé los ojos.

—¡Cómo! —grite, dudando si considerarle un visitante de este mundo, y alcé las manos asombrada—. ¡Cómo!, ¿ha vuelto usted? ¿Es usted realmente? ¿De verdad?

—Sí, Heathcliff —respondió él levantando la vista a las ventanas que reflejaban una veintena de lunas brillantes, pero no mostraban luz del interior—. ¿Están en casa? ¿Dónde está ella? Nelly, ¿no estás contenta? No tienes por qué inquietarte tanto. ¿Está ella aquí? ¡Habla! Quiero hablar con ella... con tu señora. Vete a decirle que una persona de Gimmerton desea verla.

—¿Cómo se lo tomará? —exclamé—. ¿Qué hará? La sorpresa me deja a mí perpleja... a ella la pondrá fuera de sí. ¡Y usted es Heathcliff! ¡Pero cambiado! No, no se entiende. ¿Se alistó de soldado?

—Vete a llevar mi mensaje —interrumpió con impaciencia—. Estaré en ascuas hasta que lo hagas.

Levantó el picaporte y entré, pero cuando llegué a la salita donde estaban el señor y la señora Linton, no me pude convencer a mí misma de seguir adelante. Al fin decidí poner el pretexto de preguntarles si querían que encendiera las velas y abrí la puerta.

Estaban los dos junto a una ventana con las contraventanas contra la pared y se veía, más allá de los árboles del jardín y del parque de agreste verde, el valle de Gimmerton, con una extensa franja de niebla serpenteando casi hasta la cima (pues al poco de pasar la capilla, como habrá observado, el arroyo que baja de los pantanos se junta al riachuelo que sigue la curva de la cañada). Cumbres Borrascosas se elevaba por encima de aquella neblina plateada, pero nuestra vieja casa quedaba oculta, más bien hundida al otro lado. Tanto la habitación y sus ocupantes, como el panorama que contemplaban, parecían maravillosamente apacibles. A regañadientes no me atreví a dar el recado, y de hecho ya me iba sin decirlo, después de haber hecho la pregunta de las velas, cuando una sensación de mi desatino me hizo volver y murmuré:

—Una persona de Gimmerton quiere verla, señora.

—¿Qué quiere? —preguntó la señora Linton.

—No se lo pregunté —respondí.

—Bueno, corre las cortinas, Nelly —dijo ella—, y sube el té. Vuelvo enseguida.

Ella salió de la habitación. El señor Linton preguntó distraídamente quién era.

—Alguien que la señora no espera —respondí—. Aquel Heathcliff... usted le recordará, señor... que vivía en casa de los Earnshaw.

—¡Cómo! ¿El gitano... el mozo de labranza? —exclamó—. ¿Por qué no se lo dijiste a Catherine?

—Calle, señor, no debe llamarle esas cosas —le dije yo—. Ella se disgustaría mucho si le oyera. Por poco se muere cuando se marchó. Me figuro que su vuelta le dará una gran alegría.

El señor Linton se fue a la ventana del otro lado de la habitación que daba al

patio. La abrió y se asomó. Supongo que estaban abajo, porque exclamó rápidamente:

—¡No te quedes ahí, cariño! Haz pasar a esa persona, si es alguien especial.

Al poco rato oí el clic del picaporte y Catherine corrió escaleras arriba, alborotada y sin aliento, demasiado excitada para mostrar alegría, es más, por su semblante se podía inferir una terrible calamidad.

—¡Oh, Edgar, Edgar! —jadeaba, echándole los brazos al cuello—. ¡Oh, Edgar, cariño! ¡Heathcliff ha vuelto... es él!, —y le estrechaba entre sus brazos hasta estrujarle.

—Bueno, bueno —exclamó el marido enfadado—. ¡No me estrangules por eso! Nunca me pareció un tesoro tan maravilloso. ¡No hay por qué ponerse frenético!

—Ya sé que tú no le querías —respondió, reprimiendo un poco la intensidad de su alegría—. Pero ahora tenéis que ser amigos por mí. ¿Le digo que suba?

—¿Aquí? —dijo él—. ¿A la salita?

—¿Adónde, si no?

Pareció molesto y sugirió la cocina como un sitio más adecuado para él. La señora Linton le miró con una expresión rara, medio enfadada, medio riéndose por su puntillosidad.

—No —añadió al cabo de un rato—. No puedo estar en la cocina. Pon dos mesas aquí, Ellen: una para tu amo y para la señorita Isabella, que son la aristocracia, y otra para Heathcliff y para mí, que somos la clase baja. ¿Te parece bien, cariño? ¿O me tienen que encender fuego en otra parte? Si es así, da las órdenes. Yo corro a buscar a mi invitado. ¡Temo que la alegría sea demasiado grande para ser real!

Iba a salir corriendo, pero Edgar la detuvo.

—¡Dígale que suba! —dijo, dirigiéndose a mí— y, ¡Catherine, procura estar alegre sin ser absurda! No hay por qué dar a toda la casa el espectáculo de recibir a un criado prófugo como si fuera un hermano.

Bajé y encontré a Heathcliff esperando bajo el porche, previendo evidentemente la invitación para entrar. Me siguió sin malgastar palabras y le llevé en presencia del señor y de la señora, cuyas mejillas encendidas traicionaban una acalorada conversación. Pero las de la señora brillaron con otro sentimiento cuando su amigo apareció en la puerta. Corrió hacia él, le cogió las dos manos y le llevó hacia Linton, luego cogió los remisos dedos de su marido y los apretó contra los de aquél. En aquel momento, iluminado de lleno por el fuego y la luz de las velas, me asombró, más que nunca, contemplar la transformación de Heathcliff. Se había convertido en un hombre alto, atlético, bien formado, al lado del cual mi amo parecía muy delgado y como adolescente. Su erguido porte sugería la idea de que había estado en el ejército. Su semblante tenía la expresión más madura y mayor firmeza de facciones que el del señor Linton, parecía inteligente y no conservaba huellas de su antigua degradación. Una ferocidad a medio civilizar se ocultaba aún en las abatidas cejas y en el oscuro fuego que rebosaban los ojos, pero estaba contenida, y sus modales eran incluso dignos, desprovistos de rudeza, aunque demasiado rígidos para ser elegantes. La

sorpresa de mi amo igualó o sobrepasó la mía. Estuvo durante un minuto sin saber cómo dirigirse al mozo de labranza, como le había llamado. Heathcliff dejó caer su delgada mano y se le quedó mirando fríamente hasta que se decidió a hablar.

—Siéntese, señor —dijo al fin—. La señora Linton, recordando viejos tiempos, ha querido que le reciba cordialmente y, por supuesto, me satisface cuando ocurre algo que le agrada.

—Y a mí también —respondió Heathcliff—, especialmente si en ese algo tengo yo parte. Me quedará una hora o dos con mucho gusto.

Tomó asiento frente a Catherine, que mantenía la mirada fija en él como si tuviera miedo de que se esfumara si la apartaba. Él no la miraba demasiado; una rápida ojeada de vez en cuando era suficiente, pero cada vez reflejaba más arrogancia el inequívoco deleite que le producía el encontrarse con la mirada de ella. Estaban ambos demasiado absortos en su mutua alegría para sentir turbación. No así el señor Edgar, que se puso pálido de puro enojo, sentimiento que llegó al colmo cuando su mujer se levantó y cruzando la alfombra que les separaba cogió de nuevo las manos de Heathcliff y se echó a reír como una loca.

—¡Mañana me parecerá un sueño! —exclamó—. No podré creer que te he visto, tocado y que he hablado contigo una vez más. Pero con todo, ¡Heathcliff cruel!, no mereces esta bienvenida. ¡Estar ausente y sin decir nada durante tres años y no pensar nunca en mí!

—Algo más de lo que tú has pensado en mí —murmuró—. Me enteré de tu matrimonio, Cathy, no hace mucho, y mientras esperaba abajo en el patio medité este plan: sólo vislumbrar tu rostro, una mirada de sorpresa, quizá, y de fingida alegría, después arreglar las cuentas con Hindley, y luego adelantarme a la ley ejecutándome a mí mismo. Tu bienvenida me ha quitado estas ideas de la cabeza, pero ten cuidado de no recibirme de otro modo la próxima vez. No, no me echarás de nuevo. ¿Estuviste muy triste pensando en mí, verdad? Bueno, había motivos. He luchado amargamente en la vida desde que oí tu voz por última vez, ¡y tienes que perdonarme porque luché sólo por ti!

—Catherine, si no quieres que tomemos el té frío, por favor, acércate a la mesa —interrumpió Linton, esforzándose en mantener su tono habitual y el debido grado de educación—. El señor Heathcliff tendrá mucho que andar, donde quiera que se aloje esta noche, y yo tengo sed.

Ocupó ella su sitio ante la tetera. La señorita Isabella entró, llamada por la campanilla, y luego, habiéndoles acercado las sillas, salió de la habitación. La colación apenas duró diez minutos. La taza de Catherine no se llenó nunca, no podía comer ni beber. Edgar había derramado el té en su platillo y apenas bebió un sorbo. Su invitado no prolongó su visita aquella tarde más de una hora. Le pregunté al salir si iba a Gimmerton.

—No, a Cumbres Borrascosas —respondió—. El señor Earnshaw me invitó cuando le visité esta mañana.

¡El señor Earnshaw invitarle a él!, y ¡él visitar al señor Earnshaw! Sopesé esa frase con dolor después de que se marchó ¿Se habrá vuelto un hipocritilla, y viene a esta tierra para hacer fechorías solapadamente? Estuve cavilando. En el fondo de mi corazón tenía el presentimiento de que mejor habría hecho quedándose lejos.

Hacia la medianoche me despertó de mi primer sueño la señora Linton que se deslizó en mi alcoba, sentándose junto a la cama y tirándome del pelo para despertarme.

—No puedo dormir, Ellen —dijo, a modo de disculpa—. ¡Y necesito que alguna criatura viviente me haga compañía en mi felicidad! Edgar está enfadado porque me alegro por algo que no le interesa. Se niega a abrir la boca excepto para proferir palabras malhumoradas y estúpidas. Afirmó que soy cruel y egoísta por querer hablar cuando él se encontraba tan mal y con sueño. Siempre se las ingenia para encontrarse mal al menor enfado. Dije unas frases en elogio de Heathcliff y bien por el dolor de cabeza o por la punzada de la envidia, se echó a llorar, así que me levanté y le dejé.

—¿Para qué alaba a Heathcliff delante de él? —respondí—. De niños se tenían una aversión mutua, y Heathcliff detestaría de la misma manera oír alabanzas de Linton. Así es la naturaleza humana. No mencione a Heathcliff al señor Linton a no ser que quiera que se peleen abiertamente.

—Pero ¿no demuestra eso una gran debilidad? —continuó ella—. Yo no soy envidiosa. Nunca me siento dolida por el brillo del pelo rubio de Isabella, o por la blancura de su cutis, o su delicada elegancia, ni por el cariño que toda la familia le profesa. Hasta tú, Nelly, si alguna vez discutimos, enseguida te pones de su parte, y yo cedo, como una madre tonta, le llamo cariño y la halago hasta ponerla de buen humor. A su hermano le gusta vernos en buenas relaciones, y eso me satisface. Pero los dos son iguales. Son niños mimados que se figuran que el mundo se ha hecho para su conveniencia y, aunque les doy gusto, creo que un buen castigo les mejoraría de todas formas.

—Está equivocada, señora Linton —dije—. Son ellos los que la contemplan. Sé lo que sucedería si no lo hiciesen. Bien puede usted satisfacerles en sus caprichos pasajeros, mientras la ocupación de ellos consista en anticiparse a sus deseos. Puede que se tropiecen algún día con algo de igual importancia para ambas partes. Entonces éstos que llama débiles son capaces de ser tan testarudos como usted.

—Y entonces lucharemos hasta morir, ¿no es así, Nelly? —replicó riéndose—. ¡No! Te aseguro que tengo tanta fe en el amor de Linton que creo que si le matara no querría vengarse.

Le aconsejé que le valorara tanto más por su cariño.

—Y lo hago —respondió—, pero no tiene que recurrir al llanto por tonterías. Es pueril y, en lugar de deshacerse en lágrimas porque dije que Heathcliff es ahora digno del respeto de cualquiera y que el primer caballero de la comarca se honraría con su amistad, debería habérmelo dicho él a mí y alegrarse compartiendo mis sentimientos. Tiene que acostumbrarse a él y quizá pueda hasta apreciarle. ¡Considerando las

razones que tiene Heathcliff para rechazar a Linton, estoy segura de que se portó muy bien!

—¿Qué opina de su visita a Cumbres Borrascosas? —pregunté—. Se ha reformado en todos los sentidos aparentemente: ¡todo un buen cristiano, alargando su mano derecha en señal de amistad a todos sus enemigos!

—Lo explicó él —respondió—. Me extrañó tanto como a ti. Dijo que fue allí a que le dieras información respecto a mí, creyendo que aún residías allí, y Joseph se lo dijo a Hindley, quien salió y se puso a hacerle preguntas de qué había hecho y cómo había vivido, y finalmente le invitó a entrar. Había algunas personas jugando a las cartas, Heathcliff se unió a ellos, le ganó algún dinero a mi hermano, y encontrándole éste bien provisto, preguntó si vendría por la tarde, a lo que él asintió. Hindley es demasiado atolondrado para escoger sus amistades con prudencia y no se molesta en pensar en los motivos que podría tener para desconfiar de alguien a quien ha ofendido vilmente. Pero Heathcliff afirma que su principal motivo para reanudar una relación con su antiguo enemigo es su deseo de instalarse a corta distancia de la Granja y el apego a la casa en que vivimos juntos. Y también la esperanza de que yo tenga más oportunidades de verle allí que si se instalara en Gimmerton. Piensa pagar con liberalidad si le permite alojarse en las Cumbres, y sin duda la avaricia de mi hermano le incitará a aceptar las condiciones. Siempre fue avaro, aunque lo que coge con una mano, lo tira con la otra.

—Bonito lugar para que un joven fije allí su residencia —dije yo—. ¿No teme usted las consecuencias, señora Linton?

—Ninguna para mi amigo —respondió—. Tiene una cabeza firme que le mantendrá fuera de peligro. Un poco por Hindley, pero moralmente no puede ser peor de lo que es y, en cuanto al daño físico, yo estoy entre los dos. ¡El acontecimiento de esta tarde me ha reconciliado con Dios y con los hombres! Me había alzado en airada rebelión contra la Providencia. ¡Oh, he aguantado desdichas muy, muy amargas, Nelly! Si esa persona supiera cuán amargas, se avergonzaría de ensombrecer su desaparición con vana petulancia. Fue el cariño hacia él lo que me indujo a soportarlo sola. Si hubiera expresado la angustia que con frecuencia sentía, él habría aprendido a desear su alivio tan ardientemente como yo. Pero ya pasó, y no me vengaré de su locura. ¡Ya puedo soportarlo todo en adelante! Aunque el ser más vil me golpeará en una mejilla, no sólo le ofrecería la otra, sino que le pediría perdón por haberle provocado, y como prueba, voy ahora mismo a hacer las paces con Edgar. ¡Buenas noches! ¡Soy un ángel!

Se marchó convencida de esta autocomplacencia, y el éxito de su cumplida resolución se vio claro a la mañana siguiente. El señor Linton no sólo había depuesto su mal humor (aunque su ánimo parecía dominado por la exuberante vivacidad de Catherine), sino que no puso inconveniente en que llevara a Isabella con ella a Cumbres Borrascosas por la tarde, y ella le premió con tal cantidad de mimos y cariño que hicieron de la casa un paraíso durante varios días y tanto el amo como los

criados se aprovecharon de aquel sol perpetuo.

Heathcliff —el señor Heathcliff tendré que decir en adelante— hacía uso de su libertad de visitar la Granja, con cautela al principio. Parecía calcular hasta qué punto soportaría el amo su intrusión. Catherine también consideró prudente moderar sus expresiones de alegría al recibirle, y él gradualmente estableció su derecho a que se le esperara en la casa. Conservaba gran parte de la reserva que había distinguido su infancia y eso le valió para reprimir toda demostración exagerada de afecto. La inquietud de mi amo experimentó una calma, y posteriores circunstancias la desviaron por otro cauce durante un tiempo.

Su nueva fuente de inquietud brotó de la inesperada desventura de que Isabella Linton diera muestras de una súbita e irresistible atracción hacia el tolerado visitante. Era por entonces una encantadora joven de dieciocho años, infantil en sus maneras, pero dotada de agudo ingenio, vivos sentimientos y un genio también vivo cuando se la irritaba. Su hermano, que la amaba tiernamente, se quedó aterrado ante tan fantástica preferencia. Dejando aparte la degradación de la alianza con un hombre sin nombre y de la posibilidad de que su fortuna, a falta de heredero varón, pudiera pasar a manos del tal sujeto, tenía sentido común para comprender el carácter de Heathcliff, para saber que aunque su exterior había cambiado, su espíritu era inalterable e inalterado estaba. Temía a ese espíritu, le repugnaba. Se resistía con mal presentimiento a la idea de que Isabella cayera en su poder. Y más le hubiera repugnado si se hubiera dado cuenta de que su afecto había surgido espontáneamente y era depositado donde no despertaba ningún sentimiento recíproco, pues desde el momento que lo descubrió, él echó la culpa a los deliberados planes de Heathcliff.

Todos nosotros habíamos notado desde hacía algún tiempo que la señorita Linton se inquietaba y suspiraba por algo. Se volvió malhumorada y fastidiosa, atacaba e importunaba a Catherine continuamente, con riesgo inminente de agotar su limitada paciencia. La disculpábamos, hasta cierto punto, por su mala salud. Estaba desmejorando y languideciendo a ojos vista. Pero un día que había estado especialmente caprichosa, rechazando el desayuno, quejándose de que los criados no hacían lo que les mandaba, que el ama no le permitía ser nada en aquella casa y que Edgar no le hacía caso, que había cogido un resfriado porque habíamos dejado las puertas abiertas y que habíamos dejado apagar el fuego de la salita sólo por molestarla y cien fútiles acusaciones más, el señor Linton insistió en tono autoritario en que debía acostarse y, después de reñirla severamente, la amenazó con ir a buscar al médico. La mención de Kenneth le hizo exclamar al instante que su salud era perfecta y que era sólo la dureza de Catherine lo que le hacía desgraciada.

—¿Cómo puedes decir que soy dura, mal bicho mimado? —exclamó la señora, asombrada ante una afirmación tan poco razonable—. De seguro que estás perdiendo el juicio. ¿Cuándo he sido dura, dímelo?

—Ayer —sollozó Isabella—, y ¡ahora!

—¿Ayer? —preguntó su cuñada—. ¿Cuándo?

—En nuestro paseo por el páramo. ¡Me dijiste que podía andar por donde quisiera, mientras tú paseabas con el señor Heathcliff!

—¿A eso le llamas tú dureza? —dijo Catherine riéndose—. No era una insinuación de que nos molestara tu compañía. No nos importaba si estabas con nosotros o no. Sólo pensé que la conversación con Heathcliff no tendría nada de entretenida para ti.

—¡Oh, no! —lloró la joven—. ¡Querías alejarme porque sabías que me gustaba estar allí!

—¿Está en sus cabales? —preguntó la señora Linton dirigiéndose a mí—. Te repetiré nuestra conversación palabra por palabra, Isabella, y me dirás los encantos que podía tener para ti.

—No me importa la conversación —respondió—. Quería estar con...

—¿Sí? —dijo Catherine, percatándose de su vacilación para terminar la frase.

—Con él. ¡Y no quiero que me estéis echando siempre! —continuó enardeciéndose—. ¡Eres como el perro del hortelano, Cathy, y no quieres que amen a nadie más que a ti!

—¡Eres una diablilla impertinente! —exclamó la señora Linton sorprendida—. ¡No puedo creer semejante estupidez! Es imposible que puedas codiciar la admiración de Heathcliff... ¡que le consideres una persona agradable! Espero no haberte malentendido, Isabella.

—No, no lo has hecho —dijo la encaprichada joven—. Le amo más de lo que tú has amado a Edgar jamás, ¡y él me amaría si tú le dejaras!

—¡En ese caso no quisiera estar en tu lugar ni por todo un reino! —declaró Catherine con énfasis, y parecía hablar sinceramente—. Nelly, ayúdame a convencerla de su locura. Dile lo que es Heathcliff: un ser indómito, sin refinamiento, sin cultura, un árido yermo de aulagas y pedernal. ¡Antes pondría yo ese pobre canario en el parque en un día de invierno que aconsejarte que le entregaras tu corazón! Es una lamentable ignorancia de su carácter, niña, y nada más, lo que ha hecho que se te metiera este sueño en la cabeza. ¡Y por favor, no te imagines que oculta tesoros de bondad y de cariño bajo ese adusto exterior! No es un diamante en bruto... ni la ostra de un rústico que contiene una perla: es un hombre feroz, despiadado y como un lobo. Yo nunca le digo: «Deja en paz a éste o aquel enemigo, porque sería poco generoso o cruel hacerle daño». Le digo: «Déjalos en paz porque yo detestaría que se les perjudicara». A ti, Isabella, te aplastaría como a un huevo de gorrión, si le resultaras un cuidado molesto. Sé que sería incapaz de amar a una Linton, ¡pero sería muy capaz de casarse con tu fortuna y tus expectativas! La avaricia se ha convertido en su pecado más acuciante. Ahí tienes mi retrato y eso que soy su amiga... y tanto es así que si él hubiera pensado seriamente en cazarte, yo quizá hubiera debido contener la lengua y dejarte caer en su trampa.

La señorita Linton miró a su cuñada con indignación.

—¡Qué vergüenza!, ¡qué vergüenza! —repitió enfadada—. Eres peor que veinte

enemigos, ¡amiga venenosa!

—¡Ah!, ¿entonces no me crees? —dijo Catherine—. ¿Piensas que hablo por malvado egoísmo?

—Estoy segura —replicó Isabella—. ¡Y me das escalofríos!

—¡Bien! —gritó la otra—. Inténtalo tú misma, si te empeñas. Yo he terminado, dejo el asunto a tu descarada insolencia.

—¡Y tener que sufrir por su egoísmo! —sollozó, mientras la señora Linton salía de la habitación—. Todo, todo está contra mí. Ella ha arruinado mi único consuelo. Pero no ha dicho más que mentiras, ¿no es verdad? El señor Heathcliff no es un demonio. Tiene un alma honrada y sincera. ¿Si no, cómo iba a acordarse de ella?

—Bórrele de sus pensamientos, señorita —dije—. Es un pájaro de mal agüero y en absoluto pareja para usted. La señora Linton habló con dureza, pero no puedo contradecirla. Conoce su corazón mejor que yo, o que nadie, y nunca le hubiera pintado peor de lo que es. Las personas honradas no ocultan sus acciones. ¿Cómo ha vivido? ¿Cómo se ha hecho rico? ¿Por qué vive en Cumbres Borrascosas, la casa del hombre a quien aborrece? Dicen que el señor Earnshaw está cada vez peor desde que llegó él. Pasan continuamente las noches levantados y Hindley ha estado hipotecando sus tierras y no hace más que jugar y beber. Me enteré hace sólo una semana. Me lo contó Joseph a quien encontré en Gimmerton.

—Nelly —me dijo—, pronto tendremos en casa una investigación de la policía. Uno de ellos casi se corta un dedo impidiendo que el otro se degollara como un ternero. Así es el amo, ya sabes, capaz de ir a los tribunales. No teme a los jueces, ni a Pablo, ni a Pedro, ni a Juan, ni a Mateo, ni a ninguno, no, no él. Le gusta... está deseando poner ante ellos su rostro desvergonzado. Y esa buena pieza de Heathcliff, estate segura, es un pájaro raro. Es capaz como nadie de fingir una risa ante una broma diabólica. ¿Nunca dice nada de la buena vida que lleva entre nosotros cuando va a la Granja? Así van las cosas: levantarse a la puesta de sol, dados, brandy, se cierran las contraventanas y a la luz de las velas hasta el día siguiente al mediodía. Entonces el loco se va a su alcoba echando maldiciones y haciendo que la gente honrada se tape los oídos con los dedos de vergüenza, y el granuja puede contar su dinero, y comer y dormir y marcharse a charlar con la mujer del vecino. Por supuesto que le cuenta a la señora Catherine cómo el oro de su padre va a parar a su bolsillo, y cómo el hijo de su padre galopa por el camino ancho, mientras él va delante abriéndole las puertas de la ruina.

—Pues bien, señorita Linton, Joseph es un viejo bribón, pero no miente, y si su relato de la conducta de Heathcliff fuera cierto, usted no pensaría jamás en desear semejante marido, ¿verdad?

—¡Te has aliado con los demás, Ellen! —respondió ella—. No escucharé vuestras calumnias. ¡Qué malevolencia debéis tener para querer convencerme de que no hay felicidad en el mundo!

No puedo decir si, dejada a su aire, se le hubiera pasado este capricho o hubiera

perseverado alimentándolo a perpetuidad. Tuvo poco tiempo para reflexionar. Al día siguiente había un juicio en la ciudad vecina y mi amo tuvo que asistir. El señor Heathcliff, enterado de su ausencia, vino más temprano que de costumbre.

Catherine e Isabella estaban sentadas en la biblioteca, hostiles, pero en silencio. La última, alarmada por su reciente indiscreción y por haber revelado sus íntimos sentimientos en su pasajero arrebatado de pasión; la primera, tras madura consideración, realmente ofendida con su compañera y, si ésta se volvía a reír de su impertinencia, decidida a no tomar ella el asunto a risa. Sí que se rió al ver pasar a Heathcliff por la ventana. Yo estaba limpiando el hogar y noté una risa maligna en sus labios. Isabella, absorta en sus meditaciones, o en un libro, se quedó hasta que se abrió la puerta, cuando ya era demasiado tarde para intentar huir, lo que hubiera hecho encantada de haber sido posible.

—¡Pasa, qué bien! —exclamó el ama alegremente, acercando una silla al fuego—. Aquí hay dos personas en triste necesidad de una tercera para romper el hielo entre ellas. Y tú eres precisamente la que las dos elegiríamos. Heathcliff, estoy orgullosa de mostrarte al fin a alguien que te adora más que yo. Espero que te sientas halagado. ¡No, no es Nelly, no la mires! Es a mi pobre cuñadita a la que se le parte el corazón sólo con contemplar tu belleza física y moral. ¡Está en tu poder ser hermano de Edgar! ¡No, no, Isabella, no te escaparás! —continuó, reteniendo con fingida guasa a la desconcertada niña que se había levantado indignada—. Estuvimos peleando como gatos por ti, Heathcliff, y me ha vencido limpiamente con sus protestas de cariño y admiración. Es más, me ha informado de que con sólo que yo tuviera la buena educación de mantenerme aparte, mi rival —como ella se considera— lanzaría a tu corazón una flecha que se te clavaría para siempre y mandaría mi imagen al eterno olvido.

—¡Catherine! —dijo Isabella armándose de dignidad y desdeñando resistir el apretado puño que la retenía—. ¡Te agradeceré que te atengas a la verdad y no me calumnies, ni aun en broma! Señor Heathcliff, tenga la bondad de decir a su amiga que me suelte. Olvida que usted y yo no somos amigos íntimos, y lo que a ella le divierte a mí me resulta indeciblemente doloroso.

Como el visitante no contestaba, sino que se sentó, y parecía del todo indiferente a los sentimientos que ella acariciara respecto a él, se volvió y susurró un serio ruego a su atormentadora para que la liberara.

—¡De ninguna manera! —exclamó la señora Linton en respuesta—. No quiero que nadie me vuelva a llamar perro del hortelano. ¡Te quedarás, faltaba más! Heathcliff, ¿cómo es que no muestras satisfacción por mis gratas noticias? Isabella jura que el amor que me tiene Edgar no es nada comparado con el que ella te tiene a ti. Estoy segura de que dijo algo parecido. ¿No es verdad, Ellen? Y no ha comido nada desde el paseo de anteayer, de dolor y de ira, porque la aparté de tu compañía, con la idea de que no se la aceptaba.

—Creo que te desmiente —dijo Heathcliff, dando la vuelta a su silla para

quedarse de cara a ellas—. Ahora quiere estar lejos de mi compañía, de todas formas.

Y se quedó mirando al objeto de la conversación, como el que mira a un extraño animal repulsivo, un ciempiés de las Indias, por ejemplo, al que se mira con curiosidad a pesar de la aversión que suscita. La pobrecita no pudo soportarlo y se puso pálida y roja en rápida sucesión, y mientras las lágrimas bordaban sus pestañas, aplicó la fuerza de sus frágiles dedos para aflojar el fuerte agarre de Catherine y, viendo que con la misma rapidez que levantaba un dedo de su brazo, otro lo cogía y que no podía retirarlos todos a la vez, empezó a hacer uso de sus afiladas uñas que pronto adornaron con medias lunas rojas la mano de la opresora.

—¡Es una tigresa! —exclamó la señora Linton, liberándola y sacudiéndose la mano con dolor—. ¡Vete, por amor de Dios, y esconde esa cara de arpía! Qué tonta eres enseñándole a él esas garras. ¿No te imaginas las conclusiones que sacaré? Mira, Heathcliff, éstos son los instrumentos de suplicio... ten cuidado con tus ojos.

—Se las arrancaré de los dedos si me amenaza alguna vez —contestó él brutalmente cuando se cerró la puerta tras ella—. Pero ¿qué te proponías al burlarte de la criatura de esa manera, Cathy? No hablabas en serio ¿verdad?

—Te aseguro que sí —respondió ella—. Hace varias semanas que languidece por tu amor. Y esta mañana, delirando por ti, me echó un diluvio de insultos, porque le saqué a plena luz tus defectos con el propósito de mitigar su pasión. Pero no pienses más en ello. Quería castigar su insolencia, eso es todo. La quiero demasiado bien, querido Heathcliff, para permitir que te apoderes en absoluto de ella y la devores.

—Y yo la quiero demasiado mal para intentarlo —dijo él—, salvo a la manera de auténtico vampiro. Oirías contar cosas raras si yo viviera sólo con ese insípido rostro de cera. Lo más corriente sería pintar en su blancura los colores del arco iris y volver negros sus ojos azules cada uno o dos días. Se parecen detestablemente a los de Linton.

—¡Deliciosamente! —observó Catherine—. ¡Son ojos de paloma... ojos de ángel!

—Es la heredera de su hermano, ¿no? —preguntó él, después de un breve silencio.

—Lamentaría que así fuera —respondió su compañera—. Media docena de sobrinos la dejarían sin su título, gracias a Dios. Aparta tu mente del asunto por ahora. Eres demasiado proclive a codiciar los bienes del prójimo. Recuerda que los bienes de este prójimo son míos.

—Si fueran míos no lo serían menos —dijo Heathcliff—, pero, aunque Isabella sea tonta, no está tan loca. Y, abreviando, abandonaremos el asunto como tú aconsejas.

De sus lenguas lo apartaron, y Catherine, probablemente, de sus pensamientos. Pero el otro, estoy segura, lo recordó a menudo en el transcurso de la tarde. Le vi sonreír para sí —una mueca más bien— y caer en siniestras cavilaciones siempre que la señora Linton se ausentaba de la habitación.

Decidí vigilar sus movimientos. Mi corazón invariablemente se inclinaba del lado del amo, en preferencia al de Catherine. Con razón, me imaginaba, porque era amable, sincero y honorable, y ella, no podía decirse que fuera lo opuesto, pero parecía permitirse tan amplias licencias, que yo tenía poca fe en sus principios, y aún menos simpatía por sus sentimientos. Deseaba que sucediera algo que tuviera el efecto de liberar, tranquilamente, tanto a Cumbres Borrascosas como a la Granja, del señor Heathcliff, dejándonos como estábamos antes de su llegada. Sus visitas eran una continua pesadilla para mí y sospecho que para mi amo también. Su estancia en las Cumbres significaba una opresión imposible de explicar. Sentía que Dios había abandonado a la oveja descarriada a sus propios y malvados extravíos y que una bestia mala merodeaba entre ella y el redil, esperando el momento de saltar y destruir.

CAPÍTULO XI

A veces, cuando meditaba estas cosas en soledad, me he levantado presa de un súbito terror y me he puesto el sombrero para ir a ver cómo andaba todo por las Cumbres. He persuadido a mi conciencia de que era un deber advertirle de lo que decía la gente de su forma de vida. Luego he recordado sus arraigados vicios y, sin esperanzas de hacerle ningún bien, me he resistido a volver a entrar en aquella lúgubre casa dudando de poder soportar que diera crédito a mi palabra.

Una vez pasé por la antigua verja, desviándome de mi camino, cuando iba a Gimmerton. Era más o menos la época a la que he llegado en mi narración. Una tarde clara y helada, la tierra estaba desnuda y el camino seco y duro. Llegué a una piedra donde el camino se bifurca internándose en el páramo a la izquierda. Un tosco pilar de piedra arenisca con las letras C. B. grabadas en el lado norte, G. en el este, y G.T. en el suroeste, sirve de indicador para la Granja, las Cumbres y el pueblo. El sol brillaba amarillento sobre el remate gris del pilar, recordándome el verano, y no puedo decir por qué, pero, de pronto, un torrente de recuerdos infantiles brotó en mi corazón. Hindley y yo lo teníamos por nuestro lugar favorito veinte años atrás. Miré largo rato al bloque desgastado por el tiempo y, agachándome, vi, cerca de la base, un agujero todavía lleno de cáscaras de caracol y de guijarros que nos gustaba almacenar allí con cosas más perecederas. Me pareció ver, tan vivo como si fuera real, a mi primer compañero de juegos, sentado sobre la hierba marchita, su cabeza morena y cuadrada inclinada hacia adelante, y su manita escarbando la tierra con un trozo de pizarra.

—¡Pobre Hindley! —exclamé involuntariamente.

Me sobrecogí, la vista me engañó haciéndome creer momentáneamente que el niño levantaba la cara y miraba directamente a la mía. Desapareció en un abrir y cerrar de ojos, pero inmediatamente sentí un deseo irresistible de estar en las Cumbres. La superstición me apremió a satisfacer ese impulso: «¿Y si hubiera muerto? —pensé—, ¿o fuera a morirse pronto?, ¿y si fuera un presagio de muerte?». Cuanto más me acercaba a la casa, mayor era mi agitación, y cuando la vi, temblaba de pies a cabeza. La aparición se me había adelantado y estaba mirando a través de la verja. Ésa fue mi primera idea al ver a un niño con rizos de duende y ojos castaños, que apoyaba su rubicundo rostro contra los barrotes. Una reflexión posterior me sugirió que debía de ser Hareton, mi Hareton, que no había cambiado gran cosa desde que le dejé hacía diez meses.

—¡Dios te bendiga, cariño! —grité, olvidando al instante mis locos temores—: Hareton, soy Nelly, Nelly, tu niñera.

Se retiró de mi alcance y cogió una piedra grande.

—He venido a ver a tu padre, Hareton —añadí, suponiendo por su acción que a Nelly, si es que aún vivía en su memoria, no la reconocía en mi persona.

Levantó su proyectil para lanzarlo. Yo empecé un discurso de apaciguamiento,

pero no pude detener su mano. La piedra me dio en el sombrero y a continuación de los balbucientes labios del pequeño brotó una sarta de palabrotas que, las entendiera o no, estaban dichas con experimentado énfasis y distorsionaban sus facciones infantiles en una espantosa expresión de maldad. Puede usted estar seguro de que me dio más pena que ira. A punto de llorar, cogí una naranja del bolsillo y se la ofrecí para aplacarle. Dudó, y luego me la arrancó de la mano como si se imaginara que sólo quería tentarle y engañarle. Le enseñé otra, manteniéndola fuera de su alcance.

—¿Quién te ha enseñado esas bonitas palabras, mi niño? —pregunté—. ¿El coadjutor?

—¡Maldito sea el coadjutor y tú! Dame eso —respondió.

—Dime dónde has aprendido esas lecciones y te lo daré —le dije yo—. ¿Quién es tu maestro?

—El diablo de papá —fue su respuesta.

—Y ¿qué aprendes de papá? —continué.

Saltó a la fruta. Yo la levanté más.

—¿Qué te enseña? —le pregunté.

—Nada —contestó—, sólo a estar lejos de él. Papá no me puede soportar porque le maldigo.

—¡Ah!, es el diablo el que te enseña a maldecir a papá —observé.

—Sí... no —dijo arrastrando las palabras.

—¿Quién, entonces?

—Heathcliff.

Le pregunté si quería al señor Heathcliff.

—Sí —contestó de nuevo.

Deseando saber las razones que tenía para quererle, sólo pude deducir las frases:

—No sé, devuelve a papá lo que me hace a mí... maldice a papá por maldecirme a mí. Dice que debo hacer lo que quiera.

—Entonces, ¿el coadjutor no te enseña a leer y a escribir? —continué.

—No, me dijeron que al coadjutor le meterían los... dientes por la... garganta si cruzaba el umbral. Heathcliff lo prometió.

Le puse la naranja en la mano y le pedí que fuera a decir a su padre que una mujer llamada Nelly Dean estaba esperando para hablar con él junto a la verja del jardín. Subió por el sendero y entró en la casa, pero en lugar de Hindley fue Heathcliff el que apareció en la puerta. Me di la vuelta al momento y corrí camino abajo, más deprisa de lo que había corrido nunca, sin parar hasta que llegué al mojón indicador y tan espantada como si hubiera visto un duende. Esto no tiene mucho que ver con el asunto de la señorita Isabella, salvo que me apremió más aún a montar una atenta guardia y a poner todos los medios de mi parte para detener la expansión de tan mala influencia en la Granja, incluso aunque desatara una tormenta doméstica contrariando los gustos de la señora Linton.

La siguiente vez que vino Heathcliff, mi señorita estaba por casualidad dando de

comer a unas palomas en el patio. Hacía tres días que no había dirigido una palabra a su cuñada, pero también había abandonado sus quejumbrosos lamentos, lo que fue un gran alivio. Yo sabía que Heathcliff no tenía la costumbre de dedicar a la señorita Linton ni una sola cortesía innecesaria. Esta vez, en cuanto la vio, su primera precaución fue echar una rápida mirada de inspección a la fachada de la casa. Yo estaba junto a la ventana de la cocina, pero me retire para que no me viera. Entonces se le acercó cruzando el pavimento y dijo algo. Ella pareció aturdida y deseosa de marcharse. Para impedirlo él le puso la mano en el brazo. Isabella volvió el rostro. Aparentemente le hizo una pregunta que ella no quería contestar. Echó otra rápida mirada a la casa y, creyendo que nadie le veía, el sinvergüenza tuvo la impudicia de abrazarla.

—¡Judas! ¡Traidor! —exclamé—. Además eres un hipócrita, ¿no es verdad? Un impostor a sabiendas.

—¿Quién es, Nelly? —dijo la voz de Catherine junto a mi codo. Había estado demasiado interesada en vigilar a la pareja de fuera para darme cuenta de su entrada.

—¡Su indigno amigo! —contesté acalorada—. Ese velado sinvergüenza de ahí. Ah, nos ha visto... va a entrar. Me pregunto si tendrá la habilidad de encontrar una excusa plausible para cortejar a la señorita cuando le dijo a usted que la odiaba.

La señora Linton vio a su cuñada soltarse y correr hacia el jardín. Un minuto después Heathcliff abría la puerta. Yo no pude contener mi indignación, pero Catherine insistió airadamente en que me callara, y me amenazó con echarme de la cocina si me atrevía a ser tan presuntuosa como para dar rienda suelta a mi insolente lengua.

—¡Cualquiera que te oyera pensaría que eres el ama! —exclamó—. ¡Has de saber estar en tu sitio! Heathcliff, ¿qué pretendes levantando este alboroto? ¡Te dije que tenías que dejar a Isabella en paz...! ¡Te ruego que lo hagas, a no ser que estés cansado de que se te reciba aquí y quieras que Linton te cierre las puertas!

—¡No permita Dios que lo intente! —respondió el muy villano. En ese momento le aborrecí—. ¡Que Dios le conserve manso y paciente! ¡Cada día tengo más ganas de mandarle al cielo!

—¡Calla! —dijo Catherine cerrando la puerta interior—. No me irrites. ¿Por qué no has hecho caso de lo que te pedí? ¿Salió a tu encuentro a propósito?

—Y a ti qué te importa —gruñó él—. Tengo derecho a besarla, si ella quiere, y tú no tienes derecho a oponerte. ¡No soy tu marido, no tienes por qué estar celosa de mí!

—No estoy celosa de ti —contestó el ama—, estoy celosa por ti. ¡Pon buena cara y no me riñas! Si te gusta Isabella te casarás con ella. Pero ¿te gusta? ¡Di la verdad, Heathcliff! ¿Ves?, no contestas. ¡Estoy segura de que no te gusta!

—¿Y el señor Linton consentiría que su hermana se casara con este hombre? —pregunté.

—El señor Linton debería consentir —replicó mi señora con decisión.

—Podría evitarse la molestia —dijo Heathcliff—. Me las arreglaría igual sin su

consentimiento. En cuanto a ti, Catherine, quisiera decirte unas palabras ahora que estamos en ello. Quiero que tengas en cuenta que sé que me has tratado de un modo infernal... ¡infernal! ¿Lo oyes? Y si te crees que no me doy cuenta, eres una necia; y si crees que puedo consolarme con dulces palabras, eres una idiota; y si te figuras que lo voy a soportar sin vengarme, te convenceré de lo contrario muy pronto. Mientras tanto, gracias por revelarme el secreto de tu cuñada. Juro que le sacaré el mayor partido posible. Y tú mantente al margen.

—¿Qué nueva fase de tu carácter es ésta? —exclamó la señora Linton asombrada—. ¡Te he tratado de un modo infernal, y te vengarás! ¿Cómo lo harás, bruto desagradecido? ¿Qué he hecho para darte ese trato infernal?

—No intento vengarme de ti —respondió Heathcliff con menos vehemencia—. Ése no es el plan. El tirano oprime a sus esclavos, pero ellos no se vuelven contra él, sino que aplastan a los que tienen debajo. Está bien que me tortures hasta la muerte para divertirme, sólo permíteme que yo me divierta un poco de la misma manera, y guardate de insultarme todo lo que puedas. Ya que has destruido mi palacio no levantes una choza y te complazcas en admirar tu propia caridad dándomela por hogar. ¡Si creyera que realmente querías que me casara con Isabella, me cortaría el cuello!

—Oh, lo malo es que no soy celosa, ¿verdad? —gritó Catherine—. Bueno, pues no volveré a ofrecerte esposa. Es tan malo como ofrecer a Satanás un alma perdida. Tu felicidad consiste, como la suya, en causar desgracias. Bien lo demuestras. Edgar se ha repuesto del mal humor al que se entregó a tu llegada. Yo empiezo a estar segura y tranquila, y tú, inquieto al sabernos en paz, pareces resuelto a provocar pelea. Peléate con Edgar, si te parece, Heathcliff, y engaña a su hermana, habrás dado con el método más eficaz de vengarte de mí.

La conversación cesó. La señora Linton se sentó junto al fuego, sofocada y sombría. El genio que la movía se estaba volviendo intratable y ella no podía acallararlo ni controlarlo. Él se quedó de pie junto al hogar, con los brazos cruzados, cavilando en sus malos propósitos, y en esa posición les dejó para ir a buscar al amo, que estaba preguntándose qué retenía a Catherine tanto tiempo abajo.

—Ellen —dijo cuando entré—, ¿ha visto usted a la señora?

—Sí, está en la cocina, señor —respondí—. Está muy enojada por la conducta del señor Heathcliff y, desde luego, estoy convencida de que ya es hora de plantear sus visitas de otro modo. Es peligroso ser demasiado blando, y ya ve a lo que hemos llegado... Y le conté la escena del patio y, con toda la exactitud a que me atreví, la disputa subsiguiente al completo. Me figuré que no podía ser muy perjudicial para la señora Linton, a no ser que se perjudicara ella asumiendo la defensa de su invitado. Edgar Linton tuvo dificultades para escucharme hasta el final. Sus primeras palabras revelaron que no eximía de culpa a su mujer.

—¡Esto es insufrible! —exclamó—. ¡Es vergonzoso que le tenga por amigo y que me imponga a mí su compañía! Ellen, que vengan dos hombres de la sala de los

criados. Catherine no estará más tiempo discutiendo con ese rufián... bastante la he consentido.

Bajó, les pidió a los criados que esperaran en el pasillo y se dirigió, seguido por mí, a la cocina. Sus ocupantes habían reanudado su airada conversación. La señora Linton, al menos, le reñía con renovado vigor. Heathcliff se había ido a la ventana, con la cabeza baja, aparentemente algo acobardado por la violenta regañina. Fue el primero que vio al amo e hizo un rápido movimiento para que se callara, obedeciendo ella con brusquedad al descubrir el motivo de su insinuación.

—¿Qué es esto? —dijo Linton, dirigiéndose a ella—. ¿Qué idea tienes del decoro para seguir aquí, después del lenguaje que ha empleado contigo ese canalla? Supongo que como es su manera habitual de hablar, no le das importancia. Estás acostumbrada a su bajeza y quizá te imaginas que también yo puedo acostumbrarme.

—¿Has estado escuchando detrás de la puerta, Edgar? —preguntó el ama en un tono especialmente calculado para provocar a su marido, que implicaba a un tiempo indiferencia y desprecio por su irritación. Heathcliff, que había levantado los ojos al primer discurso, soltó una burlona risa al segundo, con el propósito, al parecer, de atraer hacia él la atención del señor Linton. Lo consiguió, pero Edgar no pensaba entretenerle con explosiones de cólera.

—Hasta ahora he sido tolerante con usted, señor —dijo tranquilamente—. No porque ignorara su miserable y degradado carácter, sino porque creía que sólo en parte era usted responsable. Como Catherine deseaba mantener amistad con usted, accedí... neciamente. Su presencia es un veneno moral que contaminaría al más virtuoso. Por eso, y para evitar peores consecuencias, le niego desde ahora la entrada en esta casa y le comunico ahora que exijo su partida inmediata. Tres minutos de retraso la convertirán en involuntaria e ignominiosa.

Heathcliff midió a su interlocutor de pies a cabeza con una mirada llena de sarcasmo.

—¡Cathy, este cordero tuyo amenaza como un toro! —dijo—. Corre el peligro de que se le parta el cráneo contra mis nudillos. Por Dios, señor Linton, lamento muchísimo que no valga la pena ni derribarlo de un puñetazo.

Mi amo miró hacia el pasillo y me hizo una seña para que fuera a buscar a los hombres. No tenía intención de aventurarse a un encuentro personal. Obedecí la indicación, pero la señora Linton, sospechando algo, me siguió y cuando traté de llamarles me empujó hacia atrás, dio un portazo y cerró con llave.

—¡Juego limpio! —dijo ella, en respuesta a la mirada de enojada sorpresa de su marido—. Si no tienes el valor de atacarle, presenta tus excusas o permite que te derrote. Esto te enseñará a no fingir más valor del que tienes. ¡No, tragaré la llave antes que dártela! ¡Deliciosa recompensa me dais por mi bondad con cada uno de vosotros! Después de la constante condescendencia con la débil naturaleza de uno y la malvada del otro, recojo, en agradecimiento, dos ejemplos de ciega ingratitud, estúpidos hasta el absurdo. Edgar, estaba defendiéndote a ti y a los tuyos y desearía

que Heathcliff te azotara hasta enfermar por haberte atrevido a pensar mal de mí.

No necesitó que le azotaran para que se produjera ese efecto en el amo. Intentó arrebatarse la llave de la garra de Cathy, quien para mayor seguridad la echó a la parte más ardiente del fuego, ante lo cual a Edgar le entró un temblor nervioso y la cara se le puso mortalmente pálida. Ni por su vida pudo evitar aquel ataque de emoción. Una mezcla de angustia y humillación le dominó por completo. Se apoyó en el respaldo de una silla y se tapó la cara.

—¡Santo cielo, en los viejos tiempos esto te hubiera valido la orden de caballería! —exclamó la señora Linton—. ¡Estamos vencidos! ¡Estamos vencidos! Así levantaría Heathcliff un dedo contra ti, como lanzaría un rey su ejército contra una colonia de ratones. ¡Ánimo! ¡No te hará daño! Tú no eres un cordero, sino un lebratillo sin destetar.

—¡Que te diviertas con este cobarde con leche en las venas, Cathy! —dijo su amigo—. Te felicito por tu gusto. Esta es la criatura servil y temblorosa que preferiste a mí. No le golpearé con el puño, pero experimentaría gran satisfacción dándole un buen puntapié. ¿Está llorando o se va a desmayar de miedo?

Se acercó y le dio un empujón a la silla en la que se apoyaba Linton. Más le hubiera valido mantener la distancia, porque mi amo se enderezó rápidamente y le asestó en el cuello un golpe que hubiera derribado a un hombre más débil. Dejó a Heathcliff sin aliento un minuto y, mientras estaba con ahogos, el señor Linton se fue por la puerta trasera al patio y de allí a la entrada principal.

—¡Vaya!, ya has acabado con tus visitas —exclamó Catherine—. Vete ahora. Volverá con un par de pistolas y media docena de ayudantes. Si nos ha oído, por supuesto que no te perdonará nunca. ¡Le has jugado una mala pasada, Heathcliff! ¡Vete... date prisa! Prefiero ver acorralado a Edgar antes que a ti.

—¿Supones que me voy a marchar con este golpe ardiéndome en la garganta? —atronó él—. ¡Por el diablo que no! ¡Le aplastaré las costillas, como a una avellana podrida, antes de cruzar el umbral! Si no le arrastro ahora por el suelo, le mataré alguna vez. Así que, como aprecias su vida, deja que me enfrente a él.

—No va a venir —intervine, mintiendo un poco—. Ahí están el cochero y los dos jardineros. Seguro que usted no esperará a que ellos le echen a la calle. Cada uno lleva un garrote, y lo más probable es que el amo vigile desde las ventanas de la salita para ver si cumplen sus órdenes.

Los jardineros y el cochero allí estaban, pero Linton estaba con ellos. Habían entrado ya en el patio. Heathcliff, pensándolo mejor, decidió evitar la lucha contra tres criados, cogió el atizador del fuego, hizo pedazos la cerradura de la puerta interior y escapó cuando los otros entraban.

La señora Linton, que estaba muy excitada, me pidió que la acompañara arriba. Desconocía ella mi contribución a aquel alboroto y yo estaba deseando mantenerla en la ignorancia.

—¡Estoy medio loca, Nelly! —exclamó, echándose en el sofá—. ¡Miles de

martillos de herrero me baten la cabeza! Dile a Isabella que no se acerque a mí. Todo este escándalo es por su culpa, y si ella, o cualquier otra persona, viniera a aumentar mi ira, me pondría frenética. Y, Nelly, dile a Edgar, si le ves de nuevo esta noche, que estoy en peligro de caer gravemente enferma. Ojalá resultara verdad. ¡Me ha aterrorizado y alterado terriblemente! Quiero asustarle. Además, podría venir y empezar con una retahíla de insultos y de quejas. ¡Estoy segura de que yo le recriminaría y Dios sabe adónde iríamos a parar! ¿Lo harás, mi buena Nelly? Tú sabes que en este asunto yo no soy culpable. ¿Qué le entraría para ponerse a escuchar? Las palabras de Heathcliff fueron ofensivas, después que nos dejaste, pero pronto podía haberle alejado de Isabella y lo demás no era nada. Ahora todo se ha echado a perder por el necio deseo de oír hablar mal de sí mismo, que atormenta a algunas personas como el diablo. Si Edgar no se hubiera enterado de nuestra conversación, nada habría cambiado para él. Realmente cuando se puso a hablarme en ese insensato tono de disgusto, después de haber reñido yo a Heathcliff hasta quedarme ronca por él, apenas me importaba lo que se hicieran el uno al otro, sobre todo porque sabía que, terminara la escena como terminara, nos veríamos todos separados unos de otros por quién sabe cuánto tiempo. Bueno, si no puedo conservar a Heathcliff como amigo... si Edgar es mezquino y celoso, intentaré destrozarles el corazón, destrozando el mío. Ésa será una rápida manera de poner fin a todo esto si me ponen en esos extremos. Pero es algo que reservo para un caso desesperado y no quiero que le coja por sorpresa a Linton. Hasta ahora ha sido discreto por miedo a provocarme. Tú tienes que hacerle ver los peligros de abandonar esa táctica y recordarle mi temperamento apasionado que raya con el furor cuando se enciende. Me gustaría que quitaras esa apatía de tu semblante y te tomaras más interés por mí.

La impasibilidad con que recibí estas instrucciones era, sin duda, exasperante, porque me las transmitió con absoluta sinceridad, pero yo creía que una persona que podía planear de antemano el giro que daría a sus ataques de ira, podía, con fuerza de voluntad, dominarse a sí misma lo suficiente, aun bajo la influencia de tales ataques. Y no quería ser yo quien «asustara» a su marido, como dijo ella, ni multiplicar sus disgustos con el fin de servir al egoísmo de Catherine. Por lo tanto, cuando encontré al amo que venía hacia la salita no le dije nada, pero me tomé la libertad de retroceder para escuchar si reanudaban la pelea. Él habló primero:

—Quédate donde estás, Catherine —dijo, sin ira en la voz, pero con penoso desaliento—. No me voy a quedar. No he venido ni para pelear, ni para reconciliarme. Sólo quiero saber si, después de los acontecimientos de esta tarde, piensas continuar tu intimidad con...

—¡Oh, por favor! —interrumpió la señora, dando una patada en el suelo—. ¡Por favor, no hablemos más de esto! Tu sangre fría es incapaz de calentarse, tus venas están llenas de agua helada. Las mías están hirviendo y la vista de tal frialdad las pone en danza.

—Para librarte de mí, contesta a mi pregunta —insistió el señor Linton—. Tienes

que contestármela, y esa violencia no me alarma. He descubierto que puedes ser tan estoica como cualquiera cuando quieres. ¿Vas a prescindir de Heathcliff en adelante, o vas a prescindir de mí? Es imposible que seas al mismo tiempo su amiga y mi amiga, y absolutamente exijo saber a quién escoges.

—¡Yo exijo que me dejes en paz! —exclamó Catherine furiosa—. ¡Te lo exijo! ¿No ves que apenas puedo tenerme en pie? ¡Edgar, déjame... déjame!

Tiró del cordón de la Campanilla hasta que se rompió con un chasquido. Entré con calma. Aquellas insensatas y malvadas rabieta bastaban para poner a prueba la paciencia de un santo. Allí estaba, tendida, dándose con la cabeza contra el brazo del sofá y rechinando los dientes, como si quisiera hacerlos astillas. El señor Linton se quedó mirándola con súbito arrepentimiento y temor. Me dijo que fuera a buscar algo de agua. Ella no tenía aliento para hablar. Traje un vaso lleno y, como no quería beber, le rocié la cara. En pocos segundos se puso rígida, con los ojos en blanco, mientras sus mejillas, de inmediato descoloridas y lívidas, adquirían el aspecto de la muerte. Linton parecía aterrorizado.

—No es nada importante —susurré. Yo no quería que él cediera, aunque no podía por menos de tener mucho miedo.

—¡Tiene sangre en los labios! —dijo estremeciéndose.

—¡No se preocupe! —contesté con sequedad. Y le conté cómo ella estaba decidida, antes de que él viniera, a dar el espectáculo de un ataque de locura. Tuve la poca precaución de contárselo en voz alta y ella me oyó, pues se puso en pie... el pelo flotando sobre sus hombros, los ojos llameando, los músculos del cuello y de los brazos sobresaliendo prodigiosamente. Di por descontado que acabaría yo con algún hueso roto por lo menos, pero sólo miró a su alrededor un instante y luego salió apresuradamente de la habitación. El amo me indicó que la siguiera, lo hice hasta la puerta de su alcoba, donde me impidió que siguiera adelante, cerrándola.

Como no bajó a desayunar a la mañana siguiente, subí a preguntarle si quería que se le subiera algo.

—No —dijo, categóricamente.

La misma pregunta se repitió a la comida y al té, y de nuevo a la mañana siguiente, y la respuesta fue la misma. El señor Linton, por su parte, pasaba el tiempo en la biblioteca sin preguntar nada respecto a lo que hacía su mujer. Isabella y él habían tenido una entrevista de una hora, durante la cual intentó sacarle algún sentimiento de legítimo horror por los atrevimientos de Heathcliff, pero no pudo conseguir nada de sus respuestas evasivas y se vio obligado a cerrar el interrogatorio sin resultado. Añadió, sin embargo, la advertencia solemne de que si era tan loca como para alentar a tan indigno pretendiente, rompería toda relación entre ella y él.

CAPÍTULO XII

Mientras la señorita Linton andaba alicaída por el parque y el jardín, siempre silenciosa y casi siempre llorando, su hermano se encerraba entre libros que nunca abría... cansándose, supongo, con una continua y vaga esperanza de que Catherine, arrepentida de su conducta, volvería por propia iniciativa para pedir perdón y buscar una reconciliación... y ella se empeñaba en ayunar, con la idea, probablemente, de que a cada comida Edgar casi se atragantaría por su ausencia y que sólo el orgullo le impediría correr a postrarse a sus pies, yo continuaba con mis deberes domésticos convencida de que las paredes de la Granja sólo albergaban un alma sensata, y era la que se alojaba en mi cuerpo. No malgasté compasión hacia la señorita, ni objeciones a la señora, ni preste gran atención a los suspiros del amo que ardía en deseos de oír el nombre de su esposa, ya que no podía oír su voz. Decidí que ya se las arreglaran como quisieran y, aunque fue un proceso fatigoso y lento, empecé al fin a alegrarme con un débil despuntar de su avance, como creí al principio.

Al tercer día la señora Linton recorrió el cerrojo de su puerta, porque habiéndose terminado el agua del cántaro y de la jarra, quiso que se le renovara la provisión, y también un tazón de caldo, porque se creía morir. Esas palabras las tomé como dirigidas a los oídos de Edgar, pero como yo no creía nada semejante, las guardé para mí y le llevé un poco de té con tostadas. Comió y bebió con avidez y volvió a hundirse en la almohada, con las manos apretadas, y gimiendo.

—Oh, quiero morirme —exclamó—, puesto que a nadie le importo nada. Ojalá no hubiera tomado eso.

Un buen rato después la oí murmurar:

—¡No, no quiero morirme... se alegraría... no me quiere nada... nunca me echaría de menos!

—¿Necesita algo, señora? —pregunté, conservando todavía mi compostura externa a pesar de su aspecto fantasmal y su actitud exagerada y extraña.

—¿Qué hace ese ser apático? —preguntó, apartando de su demacrado rostro los rizos espesos y enmarañados—. ¿Ha caído en un letargo o se ha muerto?

—Ni una cosa ni otra —respondí—, si se refiere usted al señor Linton. Está bastante bien, creo, aunque sus estudios le ocupan más de lo que deberían. Está continuamente entre sus libros, ya que no tiene otra compañía.

No hubiera hablado así de haber sabido su verdadero estado, pero no podía librarme de la idea de que parte de su enfermedad era fingida.

—¡Entre sus libros! —exclamó confusa—. ¡Y yo muriéndome! ¡Al borde de la tumba! ¡Dios mío! ¿Sabe lo desfigurada que estoy? —continuó, contemplando su imagen en un espejo colgado en la pared opuesta—. ¿Es ésa Catherine Linton? Se imagina que es una rabieta... o una comedia quizá. ¿No puedes informarle de que es algo terriblemente serio? Nelly, si no es demasiado tarde, en cuanto sepa lo que piensa, escogeré entre estas dos soluciones: o me dejaré morir de hambre ahora

mismo —lo que no sería un castigo a menos que tenga corazón— o recuperarme y abandonar la región. ¿Me estás diciendo la verdad respecto a él? Ten cuidado. ¿Mi vida le es en realidad tan absolutamente indiferente?

—Bueno, señora —respondí—, el amo no tiene idea de que esté usted trastornada, y desde luego no teme que se deje usted morir de hambre.

—¿Crees que no? ¿No puedes decirle que sí lo haré? ¡Convéncele! ¡Dile lo que piensas, dile que estás segura de que lo haré!

—No, olvida, señora Linton, que esta tarde ha comido algo con gusto, y mañana notará su buen efecto.

—Si tuviera la seguridad de que eso le mataría —me interrumpió—, me mataría inmediatamente. No he pegado ojo en estas tres noches espantosas... ¡Oh, he estado atormentada! ¡He estado obsesionada, Nelly! Pero empiezo a imaginarme que tú no me quieres. ¡Qué raro! Pensaba que, aunque todos se odiaban y despreciaban unos a otros, no podían por menos de amarme. Y ahora todos se han convertido en enemigos en pocas horas. Ellos lo han hecho, estoy segura, la gente de aquí. ¡Qué triste enfrentarse a la muerte rodeada de sus frías caras! Isabella, aterrada y espantada, con miedo a entrar en mi cuarto, porque sería tan horrible ver que Catherine se muere. Y Edgar, de pie, solemnemente, a mi lado, para contemplar el fin, y luego ofrecer oraciones para dar gracias a Dios por restablecer la paz en su casa, y volver a sus libros. ¡Qué diantres tendrá que hacer con sus libros cuando yo me estoy muriendo!

No podía soportar la idea que yo le había metido en la cabeza acerca de la filosófica resignación de su marido. Agitándose de acá para allá, aumentó su febril extravío hasta la locura y desgarró la almohada con los dientes. Luego se levantó, toda ardiendo, y quiso que abriera la ventana. Estábamos en pleno invierno, el viento soplaba con fuerza del noreste, y me opuse. Tanto las fugaces expresiones de su rostro como sus cambios de humor empezaron a alarmarme terriblemente y me trajeron a la memoria su enfermedad anterior y la recomendación del doctor de que no se la debía contrariar. Un minuto antes estaba violenta, ahora, apoyada en un brazo y sin advertir que no le había obedecido, parecía encontrar infantil diversión en sacar las plumas por los desgarrones que acababa de hacer y en alinearlas sobre la sábana según sus distintas especies: su mente se había desviado hacia otras asociaciones.

—Ésta es de pavo —murmuró para sí—, y ésta de pato salvaje y ésta de paloma... ¡Ah, ponen plumas de paloma en las almohadas... no es extraño que no me haya muerto! Tendré que acordarme de tirarla al suelo cuando me acueste. Aquí hay una de perdiz y esta —la reconocería entre miles de avefría. Bonito pájaro, revoloteando sobre nuestras cabezas en medio del páramo. Quería irse a su nido, porque las nubes tocaban las alturas y sentía venir la lluvia. Esta pluma se cogió en el brezo, al pájaro no le dispararon, vimos el nido en el invierno lleno de esqueletos pequeñitos. Heathcliff había puesto allí una trampa y los viejos no se atrevieron a ir. Le hice prometer que nunca mataría un avefría después de eso, y lo cumplió. Sí, aquí hay más, ¿mató a mis avefrías, Nelly? ¿Tiene sangre alguna de ellas? Déjame ver.

—¡Deje ese juego infantil! —la interrumpí, quitándole la almohada y volviendo los agujeros hacia el colchón porque estaba sacando su contenido a puñados—. Acuéstese y cierre los ojos. Está usted delirando. ¡Qué desorden! El plumón vuela como si fuera nieve.

Me puse a recogerlo de un lado para otro.

—Veo en ti, Nelly —continuó como soñando—, una vieja de pelo blanco y espaldas encorvadas. Esta cama es la Cueva de las Hadas bajo el Risco de Peniston, y tú estás recogiendo puntas de flecha de pedernal para herir a nuestras novillas, fingiendo, cuando estoy cerca, que no son más que copos de lana. Así serás dentro de cincuenta años, ya sé que ahora no eres así. No estoy delirando: estás equivocada, de lo contrario, creería que eras de verdad esa marchita bruja, y que yo estaba bajo el Risco de Peniston, pero soy consciente de que es de noche y que hay dos velas sobre la mesa que hacen que el armario negro brille como el azabache.

—¿El armario negro? ¿Dónde está? —pregunté—. ¡Está usted hablando en sueños!

—Está contra la pared, como siempre —respondió—. ¡Qué extraño parece... veo un rostro en él!

—No hay armario en la habitación, y nunca lo ha habido —dije yo, volviéndome a sentar y recogiendo la cortina de la cama para poder vigilarla.

—¿No ves esa cara? —preguntó, mirando fijamente al espejo.

Por más que le dije fui incapaz de hacerle comprender que era su propia cara, así que me levanté y cubrí el espejo con un chal.

—¡Todavía está ahí detrás! —insistió, angustiada—, y se ha movido. ¿Quién es? ¡Espero que no salga cuando te vayas! ¡Oh, Nelly, este cuarto está hechizado! ¡Tengo miedo de quedarme sola!

Le cogí la mano y le rogué que se tranquilizara, pues una sucesión de temblores convulsionaba su cuerpo, y seguía con la mirada fija en el espejo.

—¡Aquí no hay nadie! —insistí—. Era usted misma, señora Linton, hace un momento lo sabía usted.

—¡Yo misma! —jadeó—. ¡Y el reloj está dando las doce! ¡Entonces es verdad! ¡Qué horror!

Sus dedos agarraban las ropas de la cama y se tapaba los ojos con ellas. Intenté deslizarme hacia la puerta con la intención de llamar a su marido, pero un penetrante chillido me hizo volver... el chal se había caído del espejo.

—Vaya, ¿qué es esto, qué pasa? —exclamé yo—. ¿Quién es cobarde ahora? ¡Despierte! Es el espejo... el espejo, señora Linton. Se ve a sí misma y ahí estoy yo también, a su lado.

Temblando y desconcertada, me sujetó con fuerza, pero el horror desapareció poco a poco de su semblante y su palidez dio paso a un sonrojo de vergüenza.

—¡Oh, Dios mío! Creí que estaba en casa —suspiró—. Creí que estaba acostada en mi alcoba de Cumbres Borrascosas. Estoy débil, tengo la cabeza aturdida, y grité

inconscientemente. No digas nada, pero quédate conmigo. Me aterra dormirme, los sueños me horrorizan.

—Un buen sueño le haría bien, señora —respondí—, y espero que estos sufrimientos le impidan volver a intentar morir de hambre.

—¡Oh, aunque sólo estuviera en mi propio lecho en la vieja casa! —continuó con amargura, retorciéndose las manos—. ¡Y ese viento sonando en los abetos junto a la ventana! ¡Déjame sentirlo... baja derecho del páramo... déjame respirarlo una vez!

Para apaciguarla entreabrí la ventana unos segundos. Penetró una fría ráfaga. La cerré y me volví a mi sitio. Ahora yacía tranquila, con la cara bañada en lágrimas. El agotamiento del cuerpo había dominado por completo el espíritu. Nuestra feroz Catherine no era más que una niña que gimoteaba.

—¿Cuánto hace que me encerré aquí? —preguntó reanimándose de repente.

—Fue el lunes por la tarde —respondí—, y ahora es jueves por la noche, mejor dicho, en este momento, viernes por la mañana.

—¡Cómo! ¿De la misma semana? —exclamó—. ¿Tan poco tiempo?

—Bastante para vivir sólo de agua fría y mal humor —observé.

—Bueno, pues parece un número insoportable de horas —murmuró incrédula—. Deben de ser más. Recuerdo que estaba en la salita después de pelearse ellos, que Edgar fue cruelmente provocativo y que yo corrí a esta habitación desesperada. Nada más echar el cerrojo, me sobrevino una completa oscuridad y caí al suelo. No podía explicarle a Edgar lo segura que estaba de tener un ataque, o enloquecer de ira, si seguía molestándome. Había perdido el dominio de mi lengua, o de mi cabeza y quizá él no adivinara mi agonía, pero apenas si me quedaba sentido para intentar huir de él y de su voz. Antes de que me recuperara lo suficiente para ver y oír, empezó a amanecer y, Nelly, te contaré lo que pensé y lo que me venía a la cabeza una y otra vez, hasta que temí perder la razón. Tendida ahí con la cabeza contra la pata de la mesa y mis ojos distinguiendo borrosamente el cuadro gris de la ventana, pensaba que estaba encerrada en la cama de los tableros de roble de mi casa, y que mi corazón sufría por un gran dolor que, al despertar, no recordaba. Reflexioné, y estaba inquieta por descubrir lo que podía ser y, cosa rara, los siete últimos años de mi vida estaban en blanco. ¡No podía recordar ni que hubieran existido en absoluto! Yo era una niña, acababan de enterrar a mi padre, y mi dolor procedía de la separación que Hindley había ordenado entre Heathcliff y yo. Estaba sola por primera vez y, al despertar de un triste duermevela, después de una noche de llanto, levanté la mano para recorrer los tableros y golpeé la mesa, la pasé por la alfombra y entonces súbitamente recuperé la memoria. Mi reciente angustia quedó ahogada en un paroxismo de desesperación. No puedo decir por qué me sentía tan terriblemente desdichada, debe de haber sido una enajenación pasajera porque apenas hay motivo. Pero imagínate que a los doce años hubiera sido arrancada de las Cumbres y de todos mis primeros recuerdos y de mi amigo del alma, como lo era entonces Heathcliff, y me hubiera con vertido de golpe en la señora Linton, la dueña de la Granja de los Tordos y la esposa

de un extraño, una exiliada, y desterrada en adelante de todo lo que había sido mi mundo. ¡Puedes vislumbrar el abismo en que me arrastraba! ¡Mueve la cabeza tanto como quieras, Nelly, pero tú has contribuido a mi perturbación! ¡Debías haberle hablado a Edgar, sí, debías, y obligarle a que me dejara tranquila! ¡Oh, estoy ardiendo! ¡Ojalá estuviera al aire libre! ¡Ojalá volviera a ser una niña, medio salvaje, robusta y libre, y reírme de los insultos, no enloquecer por culpa suya! ¿Por qué estoy tan cambiada? ¿Por qué mi sangre hierve en infernal tumulto por unas palabras? Estoy segura de que volvería a ser yo misma si me encontrara de nuevo entre los brezos de aquellas colinas. Abre otra vez la ventana de par en par y sujétala abierta. Rápido, ¿por qué no te mueves?

—Porque no quiero que se muera de frío —respondí.

—Querrás decir que no quieres darme una oportunidad para que viva —dijo enfadada—. Pero aún no soy una inválida, la abriré yo misma.

Y deslizándose de la cama antes de que se lo pudiera impedir, cruzó la habitación con paso vacilante, la abrió y se asomó, sin importarle el aire helado sobre sus hombros, tan afilado como un cuchillo. Le rogué que se retirara y al fin traté de forzarla, pero pronto descubrí que la fuerza que le proporcionaba el delirio era muy superior a la mía (estaba delirando, me convencieron sus actos y desvaríos subsiguientes). No había luna y todo yacía en brumosa oscuridad. Ni una luz brillaba en las casas, lejos o cerca... Todas se habían apagado hacía mucho tiempo, y las de Cumbres Borrascosas no se veían nunca..., pero ella aseguró que percibía su resplandor.

—¡Mira! —gritó con vehemencia—. Aquél es mi cuarto, con la vela dentro y los árboles balanceándose delante. Y la otra vela está en la buhardilla de Joseph. Él se acuesta tarde, ¿verdad? Está esperando a que yo vuelva a casa para cerrar la verja. Bueno, tendrá que esperar todavía un rato. Es un viaje duro, y triste el corazón que lo emprende, y tenemos que pasar por la iglesia de Gimmerton para hacer ese viaje. A menudo hemos desafiado juntos a sus fantasmas, y nos hemos desafiado el uno al otro para quedarnos entre las tumbas y pedirles que vinieran. Pero Heathcliff, si te desafiara ahora, ¿te aventurarías? Si lo haces te esperaré. No reposaré allí sola. Pueden enterrarme a doce pies de profundidad y echarme la iglesia encima, pero no descansaré hasta que estés conmigo. ¡No, jamás!

Hizo una pausa y continuó con una extraña sonrisa:

—Lo está pensando... y preferiría que yo fuera a donde está él. Encuentra, entonces, un camino que no pase por el cementerio. ¡Qué lento eres! ¡Alégrate, tú siempre me seguías!

Viendo que era inútil argumentar contra su locura, planeaba cómo podría alcanzar algo para abrirla sin dejar de sujetarla (pues no podía confiar en ella, sola junto a la ventana abierta) cuando, para mi consternación, oí el ruido de la cerradura de la puerta y al señor Linton que entraba. No había salido de la biblioteca hasta entonces y, al pasar por la puerta, oyó nuestra conversación y se vio atraído por el temor o la

curiosidad a averiguar qué significaba aquello a una hora tan tardía.

—¡Oh, señor! —grité, deteniendo la exclamación que le vino a los labios ante el espectáculo que se encontró y el desolado ambiente de la habitación—. Mi pobre señora está enferma, y me domina del todo, no puedo con ella. Por favor, venga a convencerla de que se vaya a la cama. Olvide su enfado, porque es muy difícil hacer nada con ella como no sea lo que ella quiera.

—¿Catherine enferma? —dijo, precipitándose hacia nosotras—. ¡Cierre la ventana, Ellen! ¡Catherine! ¿Por qué...?

Se quedó callado. El demacrado aspecto de la señora Linton le dejó mudo, y sólo pudo dirigir la mirada de ella a mí, con horrorizada perplejidad.

—Ha estado aquí muy inquieta —continuó—, sin tomar apenas nada, sin quejarse nunca. No nos ha dejado entrar a ninguno de nosotros hasta esta tarde, así que no podíamos informarle de su estado, ya que nosotros mismos lo desconocíamos, pero no es nada.

Me di cuenta de que me estaba explicando con mucha torpeza. El amo frunció el entrecejo.

—¿No es nada, eh, Ellen Dean? —dijo seriamente—. ¡Tendrá que darme cuentas más claras por mantenerme ignorante de esto!

Tomó a su mujer en brazos y la miró con angustia.

Al principio no dio señales de reconocerle. Él era invisible a su abstraída mirada. Su delirio, sin embargo, no se había fijado y al dejar sus ojos de contemplar la oscuridad exterior, gradualmente, centró su atención en él, y se dio cuenta de quién la tenía en brazos.

—¡Ah!, ¿has venido, eres tú, Edgar Linton? —dijo con airada agitación—. Eres uno de esos seres a quienes siempre se encuentra cuando menos necesarios son y nunca cuando se les necesita. Supongo que ahora tendremos muchas lamentaciones —ya veo que sí—, pero no me apartarán de mi estrecha morada allá lejos, mi lugar de reposo, en el que estaré antes de que termine la primavera. Allí está, no entre los Linton, cuidado, bajo el techo de la capilla, sino al aire libre, con una lápida. ¡Y tú puedes hacer lo que te plazca, irte con ellos o venir conmigo!

—Catherine, ¿qué has hecho? —comenzó el amo—. ¿Ya no soy nada para ti? ¿Amas a ese miserable de Heath...?

—¡Calla! —exclamó la señora Linton—. ¡Calla ahora mismo! ¡Menciona ese nombre y pongo fin al asunto tirándome por la ventana! Lo que estás tocando ahora lo puedes tener, pero mi alma estará en aquella cima antes de que me pongas las manos encima otra vez. No te necesito, Edgar, he dejado de necesitarte. Vuelve a tus libros. Me alegro de que tengas un consuelo, porque el que tenías en mí ha desaparecido.

—Delira, señor —interrumpí—. Ha estado diciendo tonterías toda la tarde, pero dejémosla reposar y cuidémosla adecuadamente y se repondrá. De ahora en adelante tenemos que tener cuidado de no irritarla.

—No quiero más consejos suyos —respondió el señor Linton—. Usted conocía la naturaleza de su señora y me animó a hostigarla. ¡Y no darme ni una indicación de cómo ha estado estos tres días! ¡Fue cruel! ¡Meses de enfermedad no podrían cambiarla tanto!

Empecé a defenderme, pensando que era demasiado que me censuraran por la perversa terquedad de otra persona.

—Sabía que la señora Linton era de naturaleza testaruda y dominante —exclamé—. ¡Pero lo que no sabía era que usted quisiera fomentar su mal carácter! No sabía que para tenerla contenta tenía que hacer la vista gorda ante el señor Heathcliff. Cumplí con el deber de una fiel sirvienta diciéndoselo a usted y éste es el pago que recibo por mi fidelidad. Bien, esto me enseñará a tener más cuidado la próxima vez. ¡La próxima vez puede conseguir la información por usted mismo!

—La próxima vez que me venga con un cuento la despediré, Ellen Dean —replicó.

—Entonces, supongo, señor Linton, que prefiere no saber nada del asunto —dije yo—. ¿Tiene el señor Heathcliff permiso para venir a cortejar a la señorita, y colarse aquí en cada oportunidad que le ofrezca su ausencia con el propósito de emponzoñar a la señora contra usted?

A pesar de su aturdimiento, Catherine tenía la inteligencia alerta y atenta a nuestra conversación.

—¡Ah, Nelly, has hecho el papel de traidor! —exclamó apasionadamente—. Nelly es mi enemiga oculta. ¡Bruja! Así que buscas puntas de flecha para hacernos daño. ¡Déjame! ¡Haré que se arrepienta! ¡Haré que pida perdón a gritos!

Una furia de maníaco se encendió en sus ojos y luchó desesperadamente para liberarse de los brazos de Linton. No me sentí inclinada a seguir con el asunto y, resuelta a buscar asistencia médica bajo mi responsabilidad, salí de la habitación.

Al cruzar el jardín para salir al camino, en el lugar donde hay una argolla para las caballerías clavada en el muro vi algo blanco que se movía de manera rara, evidentemente no por la acción del viento. A pesar de la prisa, me detuve a mirarlo, a fin de que no me quedara impreso para siempre en la imaginación el convencimiento de que era un ser del otro mundo. Grandes fueron mi sorpresa y mi perplejidad al descubrir, más por el tacto que por la vista, a Fanny, el perrito de la señorita Isabella, colgado de un pañuelo y casi en su último aliento. Rápidamente libere al animal y lo levanté hasta el jardín. Lo había visto seguir a su ama arriba, cuando se fue a la cama y no me explicaba cómo había podido llegar allí y qué mala persona lo había tratado de esa forma. Mientras desataba el nudo de la argolla, me pareció oír, repetidamente, los cascos de un caballo galopando a cierta distancia. Pero tenía tantas cosas en la cabeza que apenas le presté atención, aunque era un ruido extraño, en aquel lugar, y a las dos de la mañana.

Por fortuna, el señor Kenneth salía justo de casa para ir a ver a un paciente en el pueblo en el momento que yo me acercaba por la calle. Mi relato de la enfermedad de

Catherine Linton le indujo a acompañarme de vuelta inmediatamente. Era un hombre sencillo y rudo y no tuvo escrúpulos en expresar sus dudas de que sobreviviera a este segundo ataque, a no ser que fuera más obediente a sus instrucciones de lo que había sido antes.

—Nelly Dean —explicó—, no puedo por menos de figurarme que hay alguna razón extra para esto. ¿Qué ha pasado en la Granja? Nos han llegado rumores raros. Una joven fuerte y sana como Catherine no cae enferma por una nimiedad, ni tampoco esa clase de gente. Es muy difícil curarles las fiebres y cosas así. ¿Cómo empezó esto?

—El amo le informará —respondí yo—, pero ya conoce el carácter violento de los Earnshaw, y la señora Linton les supera a todos. Puedo decirle que comenzó con una disputa. En un estallido de cólera le dio como un ataque. Eso es al menos lo que ella dice, porque en lo más encarnizado echó a correr y se encerró. Después se negó a comer, y ahora alterna entre el delirio y quedarse medio dormida. Conoce a los que la rodean, pero tiene la cabeza llena de todo tipo de impresiones e ideas raras.

—El señor Linton estará disgustado —observó Kenneth, inquisitivo.

—¿Disgustado? ¡Se le partiría el corazón si ocurriera algo! —respondí—. No le alarme más de lo necesario.

—Bueno, le dije que tuviera cuidado —dijo mi acompañante—, y tendrá que afrontar las consecuencias de no haberme hecho caso. ¿No ha estado haciendo buenas migas con Heathcliff últimamente?

—Heathcliff visita con frecuencia la Granja —respondí—, aunque más por razón de haberle conocido de niño la señora que porque al amo le guste su compañía. De momento está liberado de la molestia de visitarnos por ciertas aspiraciones impertinentes que declaró respecto de la señorita Linton. Dudo que vuelva a ser admitido.

—Y la señorita Linton, ¿le vuelve fríamente la espalda? —fue la siguiente pregunta del doctor.

—No soy su confidente —repliqué, reacia a seguir con el tema.

—No, es una ladina —observó, moviendo la cabeza—. ¡Sigue su propio criterio! Pero es una verdadera tontita. Sé de buena tinta que anoche (y vaya nochecita que hacía), ella y Heathcliff estuvieron paseando por la plantación de la parte trasera de vuestra casa, más de dos horas, y él la instaba a que no volviera a entrar, sino que montara en su caballo y se fuera con él. Mi informador me dijo que ella sólo le hizo desistir dándole su palabra de honor de estar preparada en su próximo encuentro. Cuando iba a tener lugar, no lo oyó, pero inste al señor Linton para que esté alerta.

Esta noticia me llenó de nuevos temores. Me adelante a Kenneth e hice la mayor parte del camino corriendo. El perrito estaba todavía aullando en el jardín. Me detuve un minuto a abrirle la verja, pero, en lugar de ir hacia la puerta de la casa, corrió de un lado para otro, olfateando hierba, y se hubiera escapado al camino si no lo hubiera cogido y llevado conmigo. Subí al cuarto de Isabella y mis sospechas se confirmaron:

estaba vacío. Si hubiera estado allí unas horas antes, puede que la enfermedad de la señora Linton hubiera podido detener su alocado paso. Pero ¿qué se podía hacer ahora? Había una remota posibilidad de alcanzarles, si se les perseguía inmediatamente. Pero yo no podía perseguirles, ni me atrevía a levantar a la familia y llenar la casa de confusión, menos aún a descubrirle el asunto a mi amo, absorto como estaba en su presente desgracia y sin corazón para un nuevo dolor. Vi que lo único que podía hacer era callarme y dejar que las cosas siguieran su curso y, como Kenneth había llegado, fui a anunciarle con el semblante totalmente descompuesto. Catherine dormía con sueño inquieto. Su marido había logrado calmar su acceso de frenesí y ahora estaba inclinado sobre su almohada observando cada matiz y cada cambio de sus facciones penosamente expresivas.

El doctor, observando el caso, le dio esperanzas de un desenlace feliz, sólo con que consiguiéramos mantener a su alrededor una tranquilidad perfecta y constante. Para mí lo que quiso decir fue que el peligro que la amenazaba no era tanto la muerte como la enajenación permanente.

Aquella noche no cerré los ojos, tampoco el señor Linton. Ni siquiera nos acostamos. Y los criados estaban todos levantados mucho antes de la hora acostumbrada, andando por la casa con pasos furtivos e intercambiando cuchicheos cuando se encontraban en sus quehaceres. Todos estaban activos menos la señorita Isabella, y empezaron a comentar lo profundamente que dormía. Su hermano también preguntó si se había levantado y parecía impaciente por verla y molesto de que mostrase tan poco interés por su cuñada. Estaba temblando de que me mandara a mí a llamarla, pero me libré de la molestia de ser la primera en anunciar su fuga. Una de las criadas, una chica atolondrada, que había ido a un recado temprano a Gimmerton, subió jadeante, con la boca abierta e irrumpió en la alcoba gritando:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a pasar ahora? Señor, señor, nuestra señorita...

—¡No des esas voces! —le grité apresuradamente, irritada por sus ruidosas maneras.

—Habla más bajo, Mary. ¿Qué pasa? —dijo el señor Linton—. ¿Qué le duele a tu señorita?

—¡Que se ha ido, que se ha ido! ¡Ese Heathcliff se ha fugado con ella! —jadeó la chica.

—¡No es cierto! —exclamó Linton, levantándose agitado—. No puede ser. ¿Cómo se te ha metido esa idea en la cabeza? Ellen Dean, vaya a buscarla. Es increíble. No puede ser.

Mientras hablaba se llevó a la criada a la puerta y luego la volvió a preguntar para saber las razones de su afirmación.

—Bueno, me encontré en el camino a un chico que viene aquí a por leche —balbuceó—, y me preguntó si no teníamos problemas en la Granja. Creí que lo decía por la enfermedad de la señora, así que contesté que sí. Entonces dice: «habrá salido

alguien tras ellos, supongo». Le miré pasmada. Vio que no sabía nada y me dijo que un caballero y una señora se habían detenido para que les herraran un caballo en una herrería a dos millas de Gimmerton, no mucho después de la medianoche y que la hija del herrero se había levantado para espiar quiénes eran. Los conoció a los dos enseguida. Se fijó que el hombre —era Heathcliff, estaba segura, nadie le podría confundir, además— pagó con un soberano^[24] que le puso a su padre en la mano. La señora tenía la cara tapada con una capa, pero pidió un poco de agua y, al beber, se le cayó hacia atrás, y la vio muy bien. Heathcliff sujetaba las dos riendas al cabalgar. Volvieron la espalda al pueblo, y se fueron tan deprisa como los malos caminos les permitían. La chica no dijo nada a su padre, pero esta mañana lo contó por todo Gimmerton.

Subí corriendo y me asomé, por pura fórmula, al cuarto de Isabella, confirmando a mi vuelta, lo afirmado por la criada. El señor Linton había vuelto a su asiento junto a la cama. Al volver a entrar yo, levantó los ojos, leyó el significado en mi aspecto inexpresivo, y los bajó de nuevo, sin dar una orden, ni decir palabra.

—¿Vamos a tomar medidas para alcanzarles y hacerles volver? —pregunté—. ¿Qué haremos?

—Se fue porque quiso —respondió el amo—. Tenía derecho a irse si quería. No me moleste más con ella. De ahora en adelante es mi hermana sólo de nombre, no porque yo haya renegado de ella, sino porque ella ha renegado de mí.

Y esto fue todo lo que dijo del asunto. No hizo ni una pregunta más, ni la mencionó para nada, excepto para ordenarme que le mandara todo lo que hubiera suyo en la casa a su nuevo hogar, donde quiera que fuese, cuando lo supiera.

CAPÍTULO XIII

Dos meses estuvieron ausentes los fugitivos. En esos dos meses la señora Linton se enfrentó y venció el peor ataque de lo que llamaban fiebre cerebral. Ninguna madre pudo haber cuidado jamás a un hijo único con más devoción de la que Edgar desplegó con ella. La vigilaba día y noche y soportaba pacientemente todas las molestias que unos nervios irritados y una razón perturbada pueden infligir y, aunque Kenneth observó que lo que él había salvado de la tumba no recompensaría sus cuidados más que siendo una fuente de constante ansiedad futura —que, de hecho, estaba sacrificando su salud y fortaleza para salvar una mera ruina humana—, su gratitud y alegría no tuvieron límite cuando se declaró fuera de peligro la vida de Catherine. Pasaba hora tras hora sentado junto a ella observando el gradual retorno de la salud física y alimentando esperanzas demasiado optimistas con la ilusión de que su mente recobraría también el adecuado equilibrio y que pronto sería la misma de antes.

La primera vez que dejó la alcoba fue a principios del marzo siguiente. El señor Linton había puesto por la mañana un manojo de doradas flores de azafrán sobre su almohada. Sus ojos, tanto tiempo ajenos a cualquier destello de belleza, los vieron al despertar y brillaron de alegría al tiempo que los recogía entusiasmada.

—Éstas son las primeras flores de las Cumbres —exclamó—. Me recuerdan los suaves vientos del deshielo, la cálida luz del sol y la nieve casi fundida. Edgar, ¿no sopla el viento del sur?, ¿no se ha ido casi la nieve?

—La nieve ha desaparecido del todo por aquí, cariño —respondió su marido—, sólo se ven dos manchas blancas en toda la línea de los páramos. El cielo está azul, las alondras cantan y los riachuelos y arroyos están llenos hasta los bordes. Catherine, la primavera pasada por esta época, estaba deseando tenerte bajo este techo, ahora desearía que estuvieras a una o dos millas por esas colinas. El aire sopla allí tan suave que creo que te curaría.

—Ya no iré allí más que una vez —respondió la inválida—, entonces tú me dejarás y allí quedaré para siempre. La próxima primavera de nuevo desearás tenerme bajo este techo y mirarás hacia atrás y pensarás que hoy eras feliz.

Linton le prodigó las caricias más tiernas y trató de alegrarla con las palabras más cariñosas, pero ella, mirando distraídamente las flores, dejó que las lágrimas se le agolparan en los ojos y que corrieran por sus mejillas sin hacerlas caso. Sabíamos que estaba realmente mejor. Por lo tanto, decidimos que la larga reclusión en un solo lugar era en gran medida la causa de su decaimiento y que podría desaparecer en parte con un cambio de escenario. El amo me mandó que encendiera fuego en la salita, abandonada durante tantas semanas, y que pusiera una butaca al sol junto a la ventana. Luego la bajó y estuvo sentada mucho rato disfrutando del agradable calor y, como esperábamos, reanimada por los objetos que la rodeaban que, aunque familiares, estaban libres de las tristes asociaciones que impregnaban su odiada

alcoba de enferma. Por la tarde parecía muy cansada, pero no hubo forma de convencerla de que volviera a su habitación, y tuve que hacerle la cama en el sofá de la salita hasta que se pudiera preparar otra habitación. Para evitar el cansancio de subir y bajar las escaleras, acomodamos ésta donde usted está ahora, en el mismo piso que la salita, y pronto estuvo lo suficientemente fuerte para ir de la una a la otra apoyada en el brazo de Edgar. Ah, hasta yo misma pensé que quizá se recuperara dado lo bien cuidada que estaba. Y había un doble motivo para desearlo, porque de su vida dependía otra: acariciábamos la esperanza de que en breve el corazón del señor Linton se alegraría y sus tierras se librarían de garras ajenas gracias al nacimiento de un heredero.

Debo mencionar que Isabella envió a su hermano, unas seis semanas después de su partida, una breve nota anunciándole su casamiento con Heathcliff. Parecía seca y fría, pero al final había escritas a lápiz confusas disculpas y un ruego de amable recuerdo y reconciliación, si su conducta le había ofendido, asegurando que no lo había podido evitar entonces y, una vez hecho, no tenía poder para deshacerlo. Linton creo que no la contestó. A los quince días recibí yo una larga carta, que consideré rara por proceder de la pluma de una recién casada que acababa de concluir su luna de miel. Se la leeré porque aún la guardo. Cualquier reliquia de un muerto es preciosa si se le estimaba en vida.

Querida Ellen —empieza—:

Anoche llegué a Cumbres Borrascosas y supe por primera vez que Catherine ha estado, y aún está, muy enferma. Supongo que no debo escribirle a ella, y que mi hermano está o demasiado enfadado, o demasiado triste, para contestar a la que yo le mandé. Pero a alguien tengo que escribir, y la única persona que me queda eres tú.

Dile a Edgar que daría el mundo entero por verle la cara de nuevo, que mi corazón se volvió a la Granja de los Tordos a las veinticuatro horas de haberla dejado, y allí está en este momento, lleno de cálidos sentimientos hacia él y hacia Catherine, *pero no puedo seguirlo* (estas palabras están subrayadas), así que no tienen por qué esperarme y pueden sacar la conclusión que quieran, cuidando, no obstante, de no achacar nada a mi débil voluntad o a falta de cariño.

El resto de la carta es para ti sola. Deseo hacerte dos preguntas. La primera es: ¿cómo te las arreglaste, mientras vivías aquí, para conservar los afectos comunes a la naturaleza humana? No puedo reconocer ningún sentimiento que compartan conmigo los que me rodean.

La segunda pregunta, en la que tengo gran interés, es ésta: ¿es el señor Heathcliff un hombre? Y si es así, ¿está loco? Y si no lo está, ¿es un demonio? No te diré las razones para hacerte estas preguntas, pero te ruego que me expliques, si puedes, con qué ser me he casado, quiero decir cuando vengas a

verme, porque tienes que venir muy pronto, Ellen. No me escribas, pero ven, y tráeme algo de parte de Edgar.

Ahora te voy a contar cómo me han recibido en mi nueva casa, que serán las Cumbres como se me ha dado a entender. Me detengo en temas como la falta de comodidades externas por divertirme, porque nunca ocupan mis pensamientos salvo en el momento que las echo de menos. Reiría y bailararía de alegría si descubriera que su ausencia es la causa de todas mis desgracias, y lo demás un sueño poco normal.

El sol se puso detrás de la Granja cuando doblamos hacia los páramos, por lo que supuse que serían las seis. Mi compañero hizo un alto de media hora para inspeccionar el parque, los jardines y probablemente la casa, tan bien como pudo, por eso era ya de noche cuando descabalgamos en el patio pavimentado de las Cumbres, y su viejo compañero de servicio, Joseph, salió a recibirnos a la luz de una vela de sebo. Lo hizo con una cortesía que dice mucho a su favor. Su primer acto consistió en levantar su antorcha a la altura de mi rostro, bizquear maliciosamente, sacar su labio inferior y marcharse. Luego cogió los dos caballos y los llevó al establo; reapareció para cerrar la verja exterior, como si viviéramos en un viejo castillo.

Heathcliff se quedó a hablar con él y yo entré en la cocina... un antro sucio y desordenado que tú no reconocerías, tanto ha cambiado desde que estaba a tu cargo. Junto al fuego había un chico rufianesco, de fuertes músculos y sucio ropaje, con un aire a Catherine en los ojos y en la boca. «Éste es el sobrino político de Edgar —pensé—, el mío, en cierto modo. Debo darle la mano y... sí..., un beso. Es bueno establecer buenas relaciones al principio».

Me acerqué e intentando coger su mano regordeta dije:

—¿Cómo estás, cariño?

Contestó en una jerga que no entendí.

—¿Seremos buenos amigos, Hareton? —fue mi segundo intento de conversación.

Un juramento y la amenaza de azuzar contra mí a Throtter si no «me largaba», recompensaron mi insistencia.

—¡Eh, Throtter, muchacho! —murmuró el sinvergüenza, levantando a un bulldog mestizo de su guarida en un rincón—. Bien, ¿te vas a quedar? —preguntó autoritariamente.

El instinto de conservación me impulsó a obedecer y retrocedí hasta el umbral a la espera de que entraran los otros. Al señor Heathcliff no se le veía por ninguna parte y Joseph, al que seguí hasta el establo y pedí que me acompañara a casa, después de mirarme y murmurar algo para sí, arrugó las narices y contestó:

—¡Humm, humm, humm! ¿Oyó ningún cristiano nada semejante?

¡Remilgada y pomposa! ¿Cómo puedo saber lo que dice?

—Digo que quiero que me acompañe a la casa —grité, creyéndole sordo y muy disgustada por su grosería.

—¡Yo, ni hablar! Tengo otras muchas cosas que hacer —respondió y continuó con su trabajo moviendo entre tanto sus chupadas mandíbulas y observando mi traje y mi rostro (el primero demasiado elegante, el segundo, estoy segura, tan triste como él podía desear) con soberano desprecio.

Di la vuelta al patio y, a través de un portillo, llegué a una puerta a la que me tomé la libertad de llamar, con la esperanza de que apareciera otro criado más cortés. Al cabo de una corta espera la abrió un hombre alto, descarnado, sin pañuelo al cuello, y por lo demás muy desaliñado. Sus facciones se perdían en masas de pelo hirsuto que le caían sobre los hombros y los ojos también se parecían a los de una fantasmal Catherine, con toda su belleza aniquilada.

—¿Qué pinta usted aquí? —preguntó con aspereza—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre era Isabella Linton —respondí—. Usted me ha visto antes de ahora, señor. Me he casado hace poco con el señor Heathcliff y él me trajo aquí... supongo que con su permiso.

—¿Entonces ha vuelto? —preguntó el ermitaño con un brillo de lobo hambriento en los ojos.

—Sí... acabamos de llegar —dije yo—, pero me dejó en la puerta de la cocina y, cuando iba a entrar, su hijo estaba allí haciendo de Centinela, y me asustó con la ayuda del bulldog.

—Está bien que el maldito canalla haya cumplido su palabra —gruñó mi futuro anfitrión, escudriñando en la oscuridad detrás de mí, como esperando descubrir a Heathcliff. Luego se entregó a un soliloquio de maldiciones y de amenazas de lo que hubiera hecho si aquel «diablo» le hubiera engañado.

Me arrepentí de haber intentado esta segunda entrada y estaba a punto de escabullirme antes de que terminara sus maldiciones, pero antes de que pudiera ejecutar mis intenciones, me mandó entrar, cerró la puerta y pasó el cerrojo. Había un buen fuego, y ésa era toda la luz de la enorme sala cuyo suelo se había vuelto de un gris uniforme y los platos de peltre, antaño relucientes, que solían atraer mi mirada cuando era niña, participaban de la misma oscuridad a causa de la suciedad y del polvo. Pregunté si podía llamar a la criada para que me llevara a mi habitación. El señor Earnshaw no se dignó responder. Se paseaba arriba y abajo, con las manos en los bolsillos, al parecer olvidado por completo de mi presencia. Y su abstracción era evidentemente tan profunda y todo su aspecto tan misantrópico, que no me atreví a volver a molestarle.

No te sorprenderá, Ellen, que me sintiera especialmente triste, sentada, mucho peor que en soledad, en aquel hogar inhóspito, y recordando que a

cuatro millas de distancia estaba mi acogedora casa, que alberga a las únicas personas que quiero en el mundo. Daría igual que nos separara el Atlántico, en lugar de cuatro millas: ¡no podría recorrerlas! Me preguntaba a mí misma adónde dirigirme en busca de consuelo —cuidado, no se lo cuentes a Edgar ni a Catherine—, y sobre todas mis penas se levantaba la más importante: la desesperación de no encontrar a nadie que pudiera o quisiera ser mi aliado contra Heathcliff. Había buscado refugio en Cumbres Borrascosas casi con alegría, porque así me aseguraba no tener que vivir sola con él, pero él conocía a las gentes entre las que veníamos a vivir y no temía su intromisión.

Pasé sentada y meditando un horror de tiempo. El reloj dio las ocho, y las nueve, y todavía mi compañero seguía paseándose de acá para allá, la cabeza inclinada sobre el pecho, en absoluto silencio, salvo que se le escapara de vez en cuando un gruñido o una amarga exclamación. Escuché por si detectaba la voz de una mujer en la casa, y mientras tanto me abrumaron locos pesares y tristes presentimientos que al fin se expresaron en suspiros y llanto irreprimibles. No me di cuenta de lo manifiesto que era mi dolor hasta que Earnshaw se paró delante de mí y me echó una mirada de recién despertada sorpresa. Aprovechando su recuperada atención dije:

—Estoy muy cansada del viaje y quiero ir a la cama. ¿Dónde está la criada? Dígame dónde encontrarla, ya que ella no viene aquí.

—No tenemos ninguna —respondió—. ¡Tendrá que cuidar de sí misma!

—Entonces, ¿dónde tengo que dormir? —sollocé—. Había perdido el sentido de mi propia dignidad, agotada por la fatiga y el desconsuelo.

—Joseph le mostrará la alcoba de Heathcliff —dijo—. Abra esa puerta... está allí.

Iba a obedecer, pero de repente me detuvo y añadió en el tono más extraño:

—Tenga la bondad de cerrar con llave y echar el cerrojo... ¡No deje de hacerlo!

—Bueno —respondí—, pero ¿por qué, señor Earnshaw? —no me hacía ninguna gracia la idea de encerrarme deliberadamente con Heathcliff.

—¡Mire! —replicó sacando del chaleco una pistola de curiosa factura, con una navaja de resorte con doble filo, unida al cañón—. Es una gran tentación para un hombre desesperado, ¿no es verdad? No puedo resistirme a subir con esto cada noche y probar a ver si la puerta está abierta. ¡Si un día la encuentro abierta, está perdido! Lo hago invariablemente, aunque un minuto antes haya recordado cien razones que me deberían refrenar. Es algún demonio que me insta a matarle desbaratando mis propios planes. Luche usted contra ese demonio por amor todo el tiempo que quiera, cuando llegue la hora, ¡ni todos los ángeles del cielo le salvarán!

Examiné el arma con curiosidad. Me asaltó una idea horrible. Qué

poderosa me sentiría poseyendo semejante instrumento. Se la cogí de la mano y toqué la hoja. Pareció asombrado ante la expresión que adoptó mi rostro durante un breve segundo: no era de horror, era de codicia. Me la arrebató celosamente, cerró la navaja y la devolvió a su escondite.

—No me importa que se lo diga —dijo—, póngale en guardia y vigile. Ya veo que sabe en qué relaciones estamos, pues no le espanta el peligro que él corre.

—¿Qué le ha hecho Heathcliff? —pregunté—. ¿Qué daño le ha hecho que justifique ese odio espantoso? ¿No sería más prudente decirle que se fuera de la casa?

—¡No! —tronó Earnshaw—, si se propusiera dejarme es hombre muerto. Convénzale de que lo intente y se convertirá en una asesina. ¿He de perderlo todo sin posibilidad de recuperarlo? ¿Va a ser Hareton un mendigo? ¡Oh, maldición! ¡Lo recuperaré, y tendré su oro también, y luego su sangre, y el infierno tendrá su alma y, con él de huésped, será diez veces más negro que antes!

Tú, Ellen, me habías puesto al corriente de las costumbres de tu antiguo amo. Está sin duda al borde de la locura. Lo estaba al menos la noche pasada. Me daban escalofríos al estar cerca de él y la maleducada grosería del criado me parecía, en comparación, agradable. Reanudó entonces su taciturno paseo y levanté el picaporte y escapé a la cocina. Joseph estaba inclinado sobre el fuego y miraba dentro de una olla enorme que se balanceaba encima de la lumbre, y había una escudilla de madera con harina de avena en el escaño junto a él. El contenido de la olla empezó a hervir y él se volvió para meter la mano en la escudilla. Me figuré que aquellos preparativos eran probablemente para nuestra cena y, como tenía hambre, decidí que sería comestible, así que grité bruscamente:

—¡Yo haré las gachas de avena!

Alejé la escudilla de su alcance, procedí a quitarme el sombrero y la ropa de montar y continué:

—El señor Earnshaw me dice que me las arregle por mi cuenta, y lo haré. No voy a hacer de señora entre ustedes porque me temo que moriría de hambre.

—¡Santo Dios! —murmuró, sentándose y pasando las manos por sus medias acanaladas desde la rodilla al tobillo—. Si es que va a haber nuevas órdenes... justo cuando me había acostumbrado a los dos amos, si es que voy a tener un ama sobre mi cabeza, ha llegado la hora de irme. Nunca creí que llegaría el día que tuviera que dejar la vieja casa... pero ahora veo que está cerca.

Estos lamentos no atraieron mi atención. Me puse activamente al trabajo, suspirando al recordar aquella época en la que todo aquello hubiera sido una

alegre diversión. Pero me vi obligada a desechar rápidamente tales recuerdos. Me torturaba evocar la pasada felicidad y cuanto mayor era el peligro de evocar su aparición, más rápidamente giraba la espátula y más rápidamente caían los puñados de comida en el agua. Joseph miraba mi estilo de cocinar con creciente indignación.

—¡Vaya! —exclamó—. Hareton, esta noche no vas a cenar tus gachas de avena. No habrá más que grumos tan grandes como mi puño. ¡Vaya, otra vez! ¡Yo que usted echaría hasta la escudilla y todo! Vaya, échelo todo de una vez y habrá terminado. Pim, pam. ¡Milagro que no se ha reventado el fondo!

Aquello era un amasijo, lo confieso, cuando lo vertí en los tazones. Había cuatro preparados, y un jarro de leche fresca que trajeron de la granja. Hareton lo cogió y empezó a beber derramándola por la comisura del labio. Le reñí y le dije que debería tomar la suya en una taza, afirmando que yo no podría probar ese líquido tratado con tanta suciedad. Al viejo cínico le dio por ofenderse mucho por este remilgo, asegurándome una y otra vez que «el chico valía tanto como yo» y «estaba tan sano», y extrañándose de cómo podía ser yo tan engreída. Mientras tanto, el pequeño rufián continuaba chupando y me miraba ceñudo, en son de desafío, mientras babeaba dentro del jarro.

—Tomaré la cena en otra habitación —dije—. ¿No tienen un sitio que haga de salita?

—¡Salita! —repitió burlándose—. ¡Salita! No, no tenemos salitas. Si no le gusta nuestra compañía tiene la del amo, y si no le gusta la del amo, aquí estamos nosotros.

—¡Entonces me iré arriba! —respondí yo—. Enséñeme una habitación.

Puse mi taza en una bandeja y fui yo misma a buscar más leche. Rezongando mucho el hombre se levantó y me precedió escaleras arriba. Subimos hasta las buhardillas y de vez en cuando abría una puerta para inspeccionar las habitaciones por las que pasábamos.

—Aquí hay un cuarto —dijo al fin, abriendo un tablón vacilante sobre sus goznes—. Bastará para tomar las gachas de avena. Hay un montón de grano en aquel rincón, allí, bastante limpio y, si tiene miedo de ensuciar su vestido de seda, extienda su pañuelo por encima.

El «cuarto» era una especie de trastero que olía fuertemente a malta y a grano. Varios sacos de esas materias estaban apilados alrededor dejando un amplio espacio vacío en el centro.

—¡Vamos, hombre! —exclamé, mirándole enfadada—. Éste no es un sitio para dormir. Quiero ver mi dormitorio.

—¡Dormitorio! —repitió en tono de guasa—. Ya ve todos los dormitorios que hay aquí... aquél es el mío.

Y señaló un segundo desván que sólo se diferenciaba del primero en que las paredes estaban más desnudas y que tenía en un extremo una cama grande,

baja, sin cortinas y con una colcha color añil en un extremo.

—¿Qué me importa a mí el suyo! —repliqué—. Supongo que el señor Heathcliff no se aloja en la buhardilla de la casa, ¿no es así?

—¿Ah, es la del señor Heathcliff la que usted quiere! —dijo, como si hiciera un descubrimiento—. Podía haberlo dicho antes, y entonces yo le hubiera dicho que perdía el tiempo, porque es la única que no se puede ver... la tiene siempre cerrada y nadie más que él puede entrar.

—Bonita casa tienen ustedes, Joseph —no pude por menos de observar—, y agradables sus habitantes. Creo que la esencia concentrada de toda la locura del mundo se albergó en mi cabeza el día que uní mi destino al de ellos. Pero no hace al caso... tiene que haber otras habitaciones. ¡Por todos los santos, dese prisa y deje que me acomode en alguna parte!

No respondió a esta imprecación, se limitó a bajar con obstinada pesadez los escalones de madera y a detenerse ante una habitación que, por la forma de pararse y la buena calidad de los muebles, conjeturé que era la mejor. Había una alfombra, buena, pero con el dibujo borrado por el polvo; una chimenea con adornos de papel que se caían a pedazos; una hermosa cama de madera de roble con amplias cortinas rojas de tela cara y corte moderno, pero que habían sufrido un evidente maltrato: las cenefas colgaban en festones, arrancadas de sus anillas, y la barra de hierro que las sujetaba estaba arqueada por un lado, haciendo que las cortinas se arrastraran por el suelo. Las sillas también estaban estropeadas, muchas considerablemente, y profundas muescas deformaban las tablas de las paredes. Estaba tratando de armarme de valor para entrar y tomar posesión de ella, cuando el loco de mi guía anunció:

—Ésta es la del amo.

Para entonces la cena se había enfriado, se me había ido el apetito y agotado la paciencia. Insistí en que me proporcionaran inmediatamente un sitio de refugio y medios de reposo.

—¿Dónde diablos? —empezó el viejo beato—. ¡Que Dios nos bendiga! ¡Que Dios nos perdone! ¿Adónde demonios quiere ir?, ¡nimiedad consentida e insoportable! Ya lo ha visto todo, salvo el pedazo de alcoba de Hareton. No hay otro rincón en la casa para acostarse.

Estaba tan enfadada que tiré al suelo la bandeja y su contenido, luego me senté en el rellano de la escalera, me tapé la cara con las manos y me eché a llorar.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Joseph—. ¡Bien hecho, señorita Isabella! ¡Bien hecho, señorita Isabella! Que el amo se tropiece con esos cacharros rotos y entonces oiremos algo, oiremos lo que haya que oír. ¡Inútil! Merecería estar ayunando hasta Navidad. ¡Tirar los preciosos dones de Dios por los suelos en sus horribles rabietas! Pero si no me equivoco no le van a durar mucho. ¿Cree que Heathcliff va a aguantar tan bonitas maneras? Ojalá la hubiera cogido en

esta rabieta, ojalá.

Y así siguió regañándome según bajaba a su madriguera, llevándose la vela y dejándome a oscuras. El momento de reflexión que siguió a aquella acción estúpida me obligó a admitir la necesidad de sofocar mi orgullo, contener la ira, y ocuparme de reparar sus efectos. Un inesperado auxilio se me presentó al poco en la forma de Throtter, a quien ahora reconocía como el hijo de nuestro viejo Skulker. Había pasado su época de cachorro en la Granja y mi padre se lo había dado a Hindley. Me figuro que me conoció. Frotó el hocico contra mi nariz a modo de saludo y se apresuró a devorar las gachas de avena, mientras yo iba a tientas de escalón en escalón recogiendo los cacharros rotos y secando con mi pañuelo las manchas de leche del pasamanos. Apenas habíamos terminado nuestra tarea cuando oí los pasos de Earnshaw en el corredor. Mi ayudante escondió el rabo y se apretó contra la pared, yo me oculté en la puerta más próxima. El perro fracasó en su intento de evitarle, como supuse por las carreras que oí por abajo y los prolongados y lastimeros aullidos. Yo tuve mejor suerte: pasó, entró en su habitación y cerró la puerta. Inmediatamente subió Joseph con Hareton para acostarle. Yo había encontrado refugio en el cuarto de Hareton y el viejo, al verme, dijo:

—Ya hay sitio en la sala para los dos: usted y su orgullo. Está vacía, puede quedársela toda para usted, y para Él, ¡ay! que hace de tercero en tan mala compañía.

Aproveché contenta esa indicación y al minuto de caer sobre una silla junto al fuego, di una cabezada y me dormí. Mi sueño fue profundo y dulce, aunque breve. El señor Heathcliff me despertó. Acababa de llegar y me preguntó, en su cariñoso estilo, qué hacía allí. Le dije que la causa de estar levantada hasta tan tarde era que él tenía la llave de nuestra habitación en el bolsillo. El adjetivo nuestro le hirió mortalmente. Juró que no era mío ni lo sería nunca y que..., pero no repetiré su lenguaje, ni describiré su conducta habitual. Es ingenioso e incansable tratándose de ganar mi aborrecimiento. A veces mi asombro ante él es tan intenso que atenúa el miedo que le tengo, con todo, te aseguro que un tigre o una serpiente venenosa no me producirían un terror igual al que él despierta en mí. Me contó la enfermedad de Catherine, de la que acusó a mi hermano, prometiéndome que me hará sufrir en su lugar hasta que pueda apoderarse de Edgar.

¡Le odio... soy muy desgraciada... he sido idiota! Cuidado con decir ni una sola palabra de todo esto en la Granja. Te esperaré todos los días... ¡No me defraudes!

ISABELLA

CAPÍTULO XIV

En cuanto hube leído detenidamente esta carta, fui al amo y le informe de que su hermana había llegado a las Cumbres y que me había mandado una carta expresando su pesar por el estado de la señora Linton y su ardiente deseo de ver al señor, con la súplica de que le transmitiera, lo antes posible, por mi mediación, alguna muestra de perdón.

—¡Perdón! —dijo Linton—. No tengo nada que perdonarle, Ellen. Puede usted ir a Cumbres Borrascosas esta tarde, si quiere, y decirle que no estoy enfadado, sino que siento haberla perdido, especialmente porque no puedo creer que llegue a ser feliz. Sin embargo, está completamente fuera de lugar que vaya a ir a verla. Estamos separados para siempre y, si realmente quiere complacerme, tiene que convencer al villano con quien se ha casado de que abandone la región.

—¿Y usted no le escribirá una breve nota, señor? —le pregunté suplicante.

—No —respondió—, es inútil. Mi comunicación con la familia de Heathcliff tiene que ser tan escasa como la de él con la mía. ¡No existirá!

La frialdad del señor Edgar Linton me deprimió profundamente. Y todo el camino desde la Granja daba vueltas en la cabeza a cómo podría poner más calor en lo que dijo, cuando yo se lo repitiera, y a cómo suavizar su negativa a escribir ni unas líneas para consolar a Isabella. Aseguraría que me había estado esperando desde la mañana. La vi mirando por la ventana cuando me acercaba por el sendero del jardín y le hice una seña con la cabeza, pero se retiró, como si temiera que la estuvieran observando. Entré sin llamar. ¡Nunca se vio escena tan desoladora y triste como la que presentaba aquella casa, en otro tiempo tan alegre! He de confesar que, de estar en el lugar de la señora, al menos habría barrido el hogar y limpiado el polvo de las mesas. Pero ya participaba del contagioso espíritu de abandono que la rodeaba. Tenía el bonito rostro pálido y apático y el pelo sin rizar: algunos mechones colgando sin gracia y otros descuidadamente recogidos alrededor de la cabeza. Probablemente no se había cambiado de ropa desde la tarde anterior. Hindley no estaba allí. El señor Heathcliff se encontraba sentado a la mesa, revolviendo unos papeles de su cartera, pero se levantó cuando entré, me preguntó muy amable cómo estaba, y me ofreció una silla. Era lo único allí que parecía presentable y pensé que nunca había tenido mejor aspecto. Las circunstancias habían alterado tanto su posición que ciertamente cualquier extraño le hubiera tomado por un caballero bien nacido y criado, y a su mujer por una abandonada total. Vino hacia mí ansiosa por saludarme y me tendió una mano como para coger la esperada carta. Negué con la cabeza. No entendió mi indicación, sino que me siguió a un aparador adonde fui a dejar mi sombrero y me instó en un murmullo a que le diera de inmediato lo que había traído. Heathcliff adivinó el significado de su maniobra y dijo:

—Si tienes algo para Isabella (como sin duda tienes, Nelly), dáselo. No hace falta que hagas de eso un secreto, no tenemos secretos entre nosotros.

—Oh, no tengo nada —respondí, pensando que era mejor decir la verdad desde el principio—. Mi amo me rogó que dijera a su hermana que no debe esperar carta ni visita suya por ahora. Él le envía su cariño, señora, sus mejores deseos de felicidad, y su perdón por el dolor que le ha ocasionado. Pero cree que a partir de ahora su casa y esta casa deben suprimir toda intercomunicación, porque nada bueno resultaría de mantenerla.

A la señora Heathcliff le temblaron ligeramente los labios y se volvió a su asiento junto a la ventana. Su marido se colocó cerca del hogar, a mi lado, y empezó a hacerme preguntas referentes a Catherine. Le conté todo lo que me pareció oportuno respecto a su enfermedad, pero él me sacó, con un exhaustivo interrogatorio, la mayoría de los hechos relacionados con su origen. Yo la culpé, como se merecía, de haberla provocado ella misma y terminé diciendo que esperaba que él siguiera el ejemplo del señor Linton y evitara futuras interferencias con su familia, para bien o para mal.

—La señora Linton está ahora recuperándose —dije—. No volverá a ser la que fue, pero ha salvado la vida y, si usted tiene de verdad alguna estima por ella, tiene que evitar volver a cruzarse en su camino. Es más, debería marcharse usted para siempre de la región, y para que no lo lamente le informaré de que Catherine Linton es ahora tan distinta de su antigua amiga Catherine Earnshaw, como esta señora de mí. Su aspecto ha cambiado mucho, pero su carácter mucho más, y la persona que está destinada, necesariamente, a ser su compañero, sólo podrá sustentar su cariño de ahora en adelante en el recuerdo de lo que una vez fue, en la simple humanidad y en el sentido del deber.

—Es muy posible —observó Heathcliff, esforzándose por parecer tranquilo—, muy posible que tu amo no tenga nada en qué apoyarse sino pura humanidad o sentido del deber. Pero ¿te imaginas que vaya yo a abandonar a Catherine a su deber y humanidad? ¿Y puedes comparar mis sentimientos respecto a Catherine con los de él? Antes de que salgas de esta casa tengo que sacarte la promesa de que me conseguirás una entrevista con ella. ¡Consientas o te niegues, la veré! ¿Qué dices?

—Digo, señor Heathcliff —respondí—, que no debe hacerlo, que nunca lo hará por mi mediación. Otro encuentro entre usted y el amo acabaría por matarla.

—Con tu ayuda eso se puede evitar —continuó—, y si hubiera peligro de tal suceso... si fuera él la causa de añadir una molestia más a su existencia... bueno, creo que estaría justificado que llegara a los últimos extremos. Ojalá fueras lo bastante sincera como para decirme si Catherine sufriría mucho si le perdiera. El temor de que así fuera es lo que me contiene. Y ahí está la diferencia entre nuestros sentimientos. Si él estuviera en mi lugar y yo en el suyo, aunque le odiara con un odio que convirtiera mi vida en hiel, nunca hubiera levantado la mano contra él. Puedes no creerme, si quieres, pero nunca le hubiera echado de su compañía, mientras ella la deseara. ¡En el momento en que el afecto desapareciera, le hubiera arrancado el corazón y bebido su sangre! Pero hasta entonces —si no me crees es que no me

conoces—, hasta entonces me habría dejado morir a pedazos antes de tocarle un solo pelo de la cabeza.

—Y sin embargo —interrumpí—, no tiene usted ningún escrúpulo en destruir toda esperanza de su completo restablecimiento, introduciéndose en su memoria, ahora que ya casi le había olvidado, y envolverla en un nuevo tumulto de discordias y disgustos.

—¿Crees que casi me ha olvidado? —intervino él—. ¡Oh, Nelly! ¡Tú sabes que no! ¡Tú sabes tan bien como yo, que por cada pensamiento que le dedica a Linton, me dedica mil a mí! En la época más desgraciada de mi vida tuve una idea de ese tipo. Me asediaba el verano pasado cuando volví al vecindario, pero sólo si ella me lo asegurara podría admitir de nuevo esa horrible idea. Entonces Linton no sería nada, ni Hindley, ni ninguno de los sueños que tuve alguna vez. Dos palabras abarcarían mi futuro: muerte e infierno. La existencia después de perderla a ella sería un infierno. Pero fui un loco al imaginarme por un momento que ella valoraba el cariño de Edgar Linton más que el mío. Aunque él la amara con toda la fuerza de su mezquino ser, no la amaría en ochenta años tanto como yo en un día. Y Catherine tiene un corazón tan profundo como el mío: tan fácil sería meter el mar en aquel cubo como que todo el cariño de Catherine fuera monopolizado por él. ¡Bah! Apenas es más amado por ella que su perro, o su caballo. No está en su poder que le ame como a mí. ¿Cómo puede amar en él lo que no tiene?

—Catherine y Edgar se quieren como cualquier pareja se puede querer —gritó Isabella con repentina vivacidad—. ¡Nadie tiene derecho a hablar de esta manera y no voy a escuchar en silencio que se desprecie a mi hermano!

—Tu hermano te quiere muchísimo, ¿verdad? —observó Heathcliff con desdén—. Te deja a la deriva en el mundo con sorprendente rapidez.

—Él no sabe lo que sufro —replicó ella—. No se lo he contado.

—Entonces le has contado algo. ¿Le has escrito, verdad?

—Para decirle que me había casado, le escribí... tú viste la nota.

—¿Y nada más, desde entonces?

—No.

—Mi señorita parece tristemente desmejorada con su cambio de estado —observé—. Le falta el amor de alguien, evidentemente, de quién, me lo figuro, pero quizá no deba decirlo.

—Yo me figuro que el suyo propio —dijo Heathcliff—. ¡Está degenerando en una puerca! Se ha cansado muy pronto de intentar complacerme. No lo creerás, pero a la mañana siguiente de nuestra boda ya estaba llorando por ir a casa. Sin embargo, se acomodará mejor a esta casa al no ser demasiado limpia, cuidaré de que no me deshonoré correteando por ahí fuera.

—Bueno, señor —reliqué—, espero que comprenda que la señora Heathcliff está acostumbrada a que se la atienda y se la sirva, que ha sido educada como hija única a quien todos estaban dispuestos a servir. Debe permitirle tener una criada para

que mantenga las cosas en orden a su alrededor y debe tratarla con amabilidad. Tenga la idea que tenga del señor Linton, no le quepa duda de que ella es capaz de grandes afectos, de lo contrario no hubiera dejado la elegancia, comodidades y amigos de su antigua casa, para establecerse contenta en un desierto como éste con usted.

—Ella los abandonó bajo una falsa ilusión —respondió—, imaginándose en mí a un héroe de novela y esperando ilimitadas concesiones de mi caballeresca devoción. Apenas si logro considerarla un ser racional, tan obstinadamente ha insistido en formarse una fabulosa idea de mi carácter y en obrar según las falsas ideas que acariciaba. Pero al fin creo que empieza a conocerme. Ya no observo aquellas estúpidas sonrisas y muecas que me irritaban al principio ni la absurda incapacidad para comprender que hablaba en serio cuando le di mi opinión sobre su encaprichamiento y sobre sí misma. Constituyó un magnífico esfuerzo de perspicacia el descubrir que no la amaba. Creí en algún momento que no habría lecciones que le pudieran enseñar eso, y aún lo tiene mal aprendido, porque esta mañana anunció, como una pavorosa noticia, que, de hecho, había conseguido que ella me odiara. ¡Un verdadero trabajo de Hércules, te aseguro! Si eso se consigue tendré que darle las gracias. ¿Puedo confiar en tu afirmación, Isabella? ¿Estás segura de que me odias? Si te dejo sola medio día, ¿no volverás a venirme con suspiros y zalamerías? Aseguraría que preferirías que me hubiera mostrado todo ternura delante de ti. Presentar la verdad desnuda hiere su orgullo. Pero no me importa que se sepa que la pasión estaba sólo de una parte y nunca le mentí sobre eso. No me puede acusar de haberle mostrado la más mínima y engañadora ternura. Lo primero que me vio hacer al salir de la Granja fue colgar a su perrito y, cuando intercedió por él, las primeras palabras que proferí fueron mi deseo de ahorcar a todos los seres relacionados con ella excepto uno: posiblemente ella creyó ser esa excepción. Pero ninguna brutalidad le repugnaba. Supongo que tiene una innata admiración por ella, siempre que su preciosa persona esté a salvo de todo daño. Ahora bien, ¿no es el colmo de lo absurdo... de genuina idiotéz, que esa despreciable, servil y ruin criatura soñara que yo podía amarla? Dile a tu amo, Nelly, que yo nunca, en toda mi vida, me he tropezado con un ser tan abyecto como ella. Hasta deshonra el nombre de los Linton. Alguna vez me ablandé, por pura falta de inventiva, en mis experimentos sobre lo que podía soportar, y aun así seguía arrastrándose vergonzosamente para volver a mí de forma rastrera. Pero dile también para tranquilizar su corazón de hermano y de magistrado, que yo me mantengo estrictamente dentro de los límites de la ley. He evitado, hasta ahora, darle el mínimo pretexto para pedir una separación y, lo que es más, ella no le agradecería a nadie que nos separara. Si quisiera irse podría hacerlo: ¡la incomodidad de soportar su presencia sobrepasa la satisfacción que se deriva de atormentarla!

—Señor Heathcliff —dije yo—, habla como un demente y lo más probable es que su esposa esté convencida de que está loco y por esta razón le ha soportado hasta aquí, pero ahora que dice que se puede ir, sin duda aprovechará el permiso. ¿Usted no

está tan embrujada, verdad, señora, como para permanecer con él por su propia voluntad?

—¡Ten cuidado, Ellen! —respondió Isabella, con los ojos echando chispas de ira, no había duda, por su expresión, del total éxito de los afanes de su consorte por hacerse aborrecer—. No te creas ni una sola palabra de lo que dice. Es un diablo embustero, un monstruo, no un ser humano. Ya me ha dicho anteriormente que me podía ir, y lo intenté, pero no me atreveré a repetirlo. Sólo, Ellen, prométeme que no mencionarás ni una sola sílaba de esta infamante conversación a mi hermano o a Catherine. Finja lo que finja, lo que quiere es llevar a Edgar a la desesperación. Dice que se ha casado conmigo con el propósito de conseguir poder sobre él, y no lo conseguirá. ¡Antes la muerte! ¡Sólo espero, y ruego, que olvide su diabólica prudencia y me mate! ¡El único goce que puedo imaginar es morirme, o verle muerto a él!

—Bueno... ya basta por ahora —dijo Heathcliff—. ¡Si te llaman en un juicio a declarar, recordarás su lenguaje, Nelly! Mira bien su semblante, se está acercando al punto que me conviene. No, ahora no estás para cuidar de ti misma, Isabella y, puesto que soy tu protector legal, te tengo que retener bajo mi custodia, por muy desagradable que sea la obligación. Vete arriba, tengo que decirle algo a Ellen Dean en privado. Por ahí no. ¡Sube, te digo! ¡Vaya, éste es el camino hacia arriba, niña!

La cogió, la echó de la habitación y volvió murmurando:

—¡No tengo compasión! ¡No tengo compasión! ¡Cuanto más se retuercen los gusanos más ganas tengo de sacarles las entrañas! Es como una dentición moral, trituro con mayor energía cuanto más aumenta el dolor.

—¿Entiende usted lo que significa la palabra compasión? —dije, apresurándome a coger mi sombrero—. ¿Sintió alguna vez una pizca de compasión en la vida?

—¡Deja eso! —interrumpió, dándose cuenta de mi intención de marcharme—. No te vas todavía. Ven aquí, Nelly. Tengo que convencerte u obligarte a que me ayudes a cumplir mi decisión de ver a Catherine, y sin demora. Te juro que no tengo intención de hacer ningún daño. No deseo causar ninguna perturbación, ni exasperar, ni insultar al señor Linton. Sólo quiero saber por ella misma cómo está y por qué ha estado enferma, y preguntarle si podría hacer yo algo que le fuera útil. Anoche estuve en el jardín de la Granja seis horas y volveré esta noche, y todas las noches rondaré el lugar, y todos los días, hasta que encuentre la oportunidad de entrar. Si Edgar Linton me encuentra, no dudaré en tirarle al suelo y pegarle lo bastante para asegurarme de que no se mueve mientras yo estoy allí. Si sus criados se me enfrentan les amenazaré con estas pistolas. Pero ¿no sería mejor evitar que entrara en contacto con ellos ni con su amo? Y tú podrías hacerlo muy fácilmente. Yo te aviso cuando llegue, entonces tú me dejas entrar sin ser visto y vigilas hasta que me vaya. Tú con la conciencia tranquila, porque así evitarás una desgracia.

Me negué a desempeñar aquel papel de traidor en la casa de mi amo, además insistí en su crueldad y egoísmo al destruir la tranquilidad de la señora Linton por su

satisfacción.

—El incidente más normal la sobresalta penosamente —expliqué—. Es toda nervios y estoy segura de que no podría soportar la sorpresa. ¡No insista, señor! De lo contrario me verá obligada a informar a mi amo de sus intenciones y él tomará medidas para asegurar su casa y sus habitantes de tan injustificada intromisión.

—¡En ese caso, yo tomaré las medidas para asegurarme de ti, mujer! —exclamó Heathcliff—. No saldrás de Cumbres Borrascosas hasta mañana por la mañana. Es una necedad decir que Catherine no podría soportar verme y, en cuanto a sorprenderla, yo no lo deseo, tienes que prepararla... preguntarle si puedo ir. Dices que nunca menciona mi nombre ni nadie le menciona el mío. ¿A quién me va a mencionar si estoy prohibido en la casa? Ella cree que todos sois espías de su marido. ¡Oh, estoy seguro de que vive un infierno entre vosotros! Me imagino por su silencio, más que por ninguna otra cosa, lo que siente. Dices que a menudo está inquieta y muestra ansiedad. ¿Es eso prueba de tranquilidad? Hablas de que su mente está alterada. ¿Cómo diablos puede ser de otra manera en su espantoso aislamiento? ¡Y esa insípida y mezquina criatura que la atiende por deber y humanidad...! ¡Por compasión y caridad! ¡Igual podría plantar un roble en un tiesto y esperar que creciera que imaginar que puede restablecer el vigor de su mujer con la tierra de sus banales cuidados! Vamos a arreglar esto ahora mismo. ¿Te quedarás aquí y yo tendré que abrirme paso hasta Catherine luchando contra Linton y sus criados? ¿O serás mi amiga, como lo has sido hasta ahora, y harás lo que te pido? ¡Decide! ¡Porque no hay motivo para demorarme ni un minuto más si persistes en tu terca mala voluntad!

Bueno, señor Lockwood, discutí, me quejé y me negué en redondo cincuenta veces, pero al fin me obligó a llegar a un acuerdo. Me comprometí a llevar a mi señora una carta suya y, si ella consentía, le prometí avisarle la próxima vez que Linton se ausentara de casa, para que pudiera venir y entrar por sus propios medios. Yo no estaría y mis compañeras de servicio también estarían ausentes. ¿Hice bien o mal? Me temo que mal, aunque lo conveniente. Pensé que evitaba otro estallido con mi intervención, y pensé también que podría crear una crisis favorable en la enfermedad mental de Catherine. Entonces recordé los serios reproches del señor Linton por andarme con cuentos, y traté de ahuyentar toda inquietud sobre el asunto, asegurándome reiteradamente que esa deslealtad, si merecía tan duro nombre, sería la última. A pesar de todo, mi regreso a casa fue más triste que mi viaje de ida, y muchos temores me asaltaron antes de convencerme a mí misma de poner la misiva en manos de la señora Linton.

Pero aquí llega Kenneth. Voy a bajar a decirle que está usted mucho mejor. Mi historia es triste, pero aún nos servirá para entretener otra mañana.

«Triste y aburrida», pensé cuando la buena mujer bajó a recibir al doctor, y no precisamente del estilo que yo hubiera escogido para divertirme. Pero no importa.

Sacaré saludables remedios de las hierbas amargas de la señora Dean, y en primer lugar me guardará de la fascinación que acecha en los brillantes ojos de Catherine Heathcliff. ¡Sería un caso curioso si yo entregara mi corazón a esa joven y la hija resultara ser una segunda edición de la madre!

CAPÍTULO XV

Ha pasado otra semana... y yo me siento tanto más cerca de la salud y de la primavera. He oído ya toda la historia de mi vecino, en distintas sesiones, cuando el ama de llaves podía sacar tiempo de otras ocupaciones más importantes. La continuaré con sus mismas palabras, sólo que un poco resumida. En conjunto es muy buena narradora y no creo que yo pudiera mejorar su estilo.

—Por la tarde —contó ella—, la misma tarde de mi visita a las Cumbres, yo sabía, tan bien como si le viera, que el señor Heathcliff rondaba por allí. Evité salir, porque todavía tenía su carta en el bolsillo y no quería que me amenazara o me importunara más. Había decidido no dársela hasta que mi amo se fuera a alguna parte, pues no podía imaginarme qué efecto causaría a Catherine el recibirla. La consecuencia fue que no llegó a ella antes de tres días. El cuarto era domingo y se la llevé a su habitación cuando todos se habían ido a la iglesia. Quedaba un criado para guardar la casa conmigo y generalmente teníamos la costumbre de cerrar las puertas durante las horas del servicio religioso, pero en esa ocasión el tiempo era tan cálido y agradable que las dejé abiertas de par en par y, para cumplir mi promesa, puesto que sabía quién iba a venir, le dije a mi compañero que la señora deseaba vivamente comer naranjas, que corriera al pueblo a comprar unas pocas, que se pagarían al día siguiente. Salió y yo subí.

La señora Linton estaba sentada, con un amplio vestido blanco y un ligero chal sobre los hombros, en el hueco de la ventana abierta, como de costumbre. La espesa y larga cabellera se la habían cortado en parte al principio de su enfermedad y ahora la llevaba sencillamente peinada en sus mechones naturales sobre las sienes y el cuello. Tenía el aspecto cambiado, como le había dicho yo a Heathcliff, pero cuando estaba tranquila, aquel cambio parecía dotarle de una belleza celestial. El fulgor de sus ojos había dado paso a una suavidad soñadora y melancólica. Ya no daban la impresión de mirar los objetos a su alrededor, parecía que miraban más allá, mucho más allá... se diría que ya fuera de este mundo. Entonces la palidez de su rostro —el aspecto demacrado había desaparecido al recuperar las carnes— y la peculiar expresión producida por su estado mental, aunque sugerían penosamente sus causas, aumentaban el conmovedor interés que despertaba, pero —sé que invariablemente para mí y diría que para cualquier persona que la veía—, refutaban las pruebas más tangibles de su convalecencia y la marcaban como alguien condenado a morir.

Un libro estaba abierto en el antepecho de la ventana ante ella y el viento, apenas perceptible, hacía revolotear sus hojas a intervalos. Creo que Linton lo había dejado allí, pues ella nunca trataba de distraerse leyendo, ni con ocupación de ningún género, y él pasaba muchas horas tratando de atraer su atención hacia temas que antes la habían divertido. Ella era consciente de su intención, y en los momentos de mejor

humor soportaba sus esfuerzos plácidamente, sólo mostraba su inutilidad de vez en cuando, reprimiendo un hastiado suspiro, y deteniéndole al fin con los besos y sonrisas más tristes. Otras veces se volvía enfurruñada y se tapaba la cara con las manos y hasta le empujaba airadamente, y entonces él tenía cuidado de dejarla sola, porque estaba seguro de que no le hacía bien.

Las campanas de la capilla de Gimmerton seguían repicando y llegaba tranquilizador a nuestros oídos el fluir, rebosante y suave, del arroyo en el valle. Era un dulce sustituto del todavía ausente murmullo del follaje veraniego, que ahogaba esta música en la Granja cuando los árboles habían echado hojas. En Cumbres Borrascosas siempre sonaba en días plácidos, siguiendo a un gran deshielo o a una temporada de lluvia continua. Y en Cumbres Borrascosas estaba Catherine pensando mientras escuchaba, si es que pensaba y escuchaba en absoluto, pues tenía aquella mirada vaga y distante que antes he mencionado y que no expresaba reconocimiento de nada material ni por el oído ni por la vista.

—Hay una carta para usted, señora Linton —dije, poniéndola suavemente en la mano que descansaba en su rodilla—. Tiene que leerla enseguida porque requiere contestación. ¿Rompo el sello?

—Sí —contestó sin alterar la dirección de sus ojos. La abrí... era muy breve.

—Ahora —continué— léala.

Apartó la mano y la dejó caer. La volví a poner en su regazo y estuve esperando hasta que le pareciera bien echarle una mirada, pero ese movimiento se demoró tanto que al fin continué:

—¿Se la leo, señora? Es del señor Heathcliff.

Tuvo un sobresalto, un preocupado atisbo de recuerdo y una lucha por ordenar sus ideas. Levantó la carta, parecía leerla, y cuando llegó a la firma suspiró, pero descubrí que no se había enterado de su contenido, porque, al desear yo que me diera su respuesta, ella sólo señalaba el nombre y me miraba con dolorida e inquisitiva ansiedad.

—Bueno, quiere verla —dije, adivinando su necesidad de un intérprete—. Está en el jardín ahora mismo, impaciente por saber qué respuesta le voy a llevar.

Mientras hablaba observé que un perro grande, tumbado en la hierba soleada de abajo, levantaba las orejas como si fuera a ladrar y luego, agachándolas de nuevo, anunciaba, por el movimiento del rabo, que se acercaba alguien a quien no consideraba un extraño. La señora Linton se inclinó hacia adelante y escuchó conteniendo el aliento. Un minuto después unos pasos cruzaban el vestíbulo. La casa abierta era demasiado tentadora para que Heathcliff se resistiera a entrar. Lo más probable es que temiera que yo me inclinara por no cumplir mi promesa y decidió confiar en su propia audacia. Con tensa ansiedad miró Catherine hacia la entrada de su alcoba. Él no acertó directamente con la habitación y ella me hizo señas de que le hiciera pasar, pero la encontró antes de que yo alcanzara la puerta y en una o dos zancadas estaba a su lado y la estrechaba entre sus brazos.

No habló, ni la soltó durante unos cinco minutos, y aseguraría que le dio más besos en ese tiempo que los que había dado en toda su vida. Pero fue mi ama la que le besó primero, y vi claramente que, de puro dolor, él apenas podía soportar mirarla a la cara. Desde el instante en que la vio le había sobrecogido la misma convicción que a mí de que allí no había ninguna esperanza de una verdadera recuperación... estaba destinada, indudablemente, a morir.

—¡Oh, Cathy! ¡Oh, vida mía! ¿Cómo podré soportarlo? —fueron las primeras palabras que pronunció, en un tono que no intentaba disimular su desesperación. Y la miró entonces con tal avidez que pensé que la misma intensidad de la mirada traería lágrimas a sus ojos, pero ardieron de angustia, no se humedecieron.

—¿Y ahora qué? —dijo Catherine, echándose hacia atrás y devolviéndole la mirada con un ceño súbitamente fruncido, pues su humor era una pura veleta de caprichos en constante variación—. ¡Tú y Edgar me habéis destrozado el corazón, Heathcliff! ¡Y los dos me venís a lamentaros del hecho como si fuerais a los que había que compadecer! Pero no te compadeceré, no. Me has matado... y creo que te ha sentado bien. ¡Qué fuerte eres! ¿Cuántos años piensas vivir después de que me haya ido?

Heathcliff había hincado una rodilla para abrazarla, intentó levantarse, pero ella le cogió por el pelo y le mantuvo así.

—Ojalá pudiera retenerte —continuó con amargura— hasta que estuviéramos los dos muertos. No me importaría lo que sufieras. No me importan tus sufrimientos. ¿Por qué no habías de sufrir? Yo sufro. ¿Me olvidarás? ¿Serás feliz cuando yo esté bajo tierra? Dentro de veinte años dirás: «Ésta es la tumba de Catherine Earnshaw. La amé hace mucho tiempo y me destrozó perderla, pero pasó. He amado a muchas otras desde entonces. Mis hijos me son más queridos que lo fue ella y, cuando me muera, no me alegraré de ir hacia ella, lamentaré dejarles a ellos». ¿Dirás eso, Heathcliff?

—No me atormentes hasta que me vuelva tan loco con tú —gritó, liberando la cabeza y haciendo rechinar los dientes.

Formaban los dos, para un frío espectador, un cuadro extraño y horrible. Bien podía Catherine considerar que el cielo sería tierra de destierro para ella, a menos que, con su cuerpo mortal, se despojara también de su carácter. Su presente aspecto mostraba una feroz ansia de venganza en las pálidas mejillas, en los labios exangües y en los ojos centelleantes, y retenía en sus dedos apretados parte de los mechones que había estado agarrando. En cuanto a su compañero, mientras se levantaba con ayuda de una mano, la había cogido de un brazo con la otra y, tan inadecuado era su acopio de ternura a las exigencias del estado en que ella se encontraba, que al soltarlo, vi cuatro huellas azules muy claras, en su piel descolorida.

—¿Estás poseída del demonio —prosiguió con ferocidad— para hablarme de este modo, cuando te estás muriendo? ¿Te das cuenta de que todas esas palabras quedarán marcadas con hierro candente en mi memoria y que me estarán reconcomiendo eternamente, cada vez más hondo, cuando me hayas dejado? Tú sabes que mientes

cuando dices que te he matado y sabes, Catherine, que antes me olvidaría de mi propia existencia que de ti. ¿No le basta a tu diabólico egoísmo que mientras tú descanses en paz yo me retuerza en los tormentos del infierno?

—Yo no descansaré en paz —gimió Catherine, recayendo en una sensación de debilidad física debido a los violentos y desiguales latidos de su corazón que palpitaba de forma visible y audible bajo aquel exceso de agitación. No dijo nada más hasta que hubo terminado el paroxismo, luego continuó más amablemente:

—No te deseo más tormento del que yo tengo, Heathcliff. Sólo quisiera que no nos separáramos nunca y, si en adelante una palabra mía te duele, piensa que el mismo dolor siento yo bajo tierra, ¡y por mi amor, perdóname! ¡Ven aquí y arrodíllate de nuevo! Nunca en tu vida me has hecho daño. ¡No, y si alimentas algún enojo, eso será peor de recordar que mis duras palabras! ¿No vas a volver a venir? ¡Ven!

Heathcliff se fue al respaldo de su silla y se inclinó hacia ella, pero no tanto como para que Catherine pudiera verle la cara que tenía lívida de emoción. Ella se dio la vuelta para mirarle, pero él no se lo permitió. Se volvió bruscamente y se marchó hasta la chimenea, donde se quedó de pie, silencioso, dándonos la espalda. La mirada de la señora Linton le seguía recelosa. Cada movimiento despertaba en ella nuevos sentimientos. Después de una pausa y una prolongada mirada, continuó dirigiéndose a mí en un tono de indignada decepción...

—¡Oh, ya ves, Nelly, no se ablanda ni un instante para mantenerme fuera de la tumba! ¡Así es como me quiere! Bueno, no importa. Éste no es mi Heathcliff. Pero amaré al mío y me lo llevaré conmigo porque está en mi alma. Y —añadió pensativa— lo que más me irrita, después de todo, es esta maltrecha prisión. Estoy cansada, cansada de estar encerrada aquí. Ardo en deseos de escapar a ese mundo glorioso y quedarme siempre allí, no verlo borrosamente a través de las lágrimas, ni suspirar por él a través de los muros de un corazón dolorido, sino estar realmente en él y con él. Nelly, tú crees que estás mejor y que eres más afortunada que yo porque disfrutas de plena salud y vigor y me tienes lástima... pero muy pronto esto cambiará. Tú me darás lástima, yo estaré incomparablemente por encima y más allá de todos vosotros. Me pregunto si él estará conmigo —continuó para sí—. Pensé que él lo deseaba. ¡Heathcliff, cariño! No deberías estar enfadado ahora. Ven a mí, Heathcliff.

En su impaciencia se levantó y se apoyó en el brazo del sillón. A ese serio llamamiento Heathcliff se volvió hacia ella con aspecto absolutamente desesperado. Sus ojos muy abiertos, y húmedos al fin, centellearon ferozmente sobre ella y su pecho se hinchaba convulsivamente. Un instante estuvieron separados y luego, cómo se juntaron apenas lo vi, pero Catherine dio un salto y él la cogió, quedando unidos en un abrazo del que pensé que mi ama no saldría con vida. De hecho, a mis ojos, parecía ya insensible. Él se dejó caer en el asiento más próximo y al acercarme precipitadamente para asegurarme de que Catherine se había desmayado, me rechinó los dientes, echó espumarajos como un perro rabioso y la atrajo hacia sí con celosa avidez. No me pareció estar en compañía de una criatura de mi misma especie. Daba

la impresión de que no me entendería aunque le hablara, así pues me aparté y guardé silencio completamente desconcertada.

Al poco un movimiento de Catherine me tranquilizó algo. Levantó la mano para coger el cuello de Heathcliff y acercar su mejilla a la de él, mientras Heathcliff la sujetaba y, a su vez, la cubría de frenéticas caricias, diciendo como un loco:

—Ahora me demuestras lo cruel que has sido conmigo... cruel y falsa. ¿Por qué me despreciaste? ¿Por qué traicionaste a tu propio corazón, Cathy? No tengo ni una palabra de consuelo. Te lo mereces. Tú misma te has matado. Sí, puedes besarme y llorar y arrancarme besos y lágrimas: te abrasarán... te condenarán. Tú me amabas. ¿Qué derecho tenías entonces a abandonarme? ¿Qué derecho —respóndeme—, al pobre capricho que sentías por Linton? Porque ni la miseria, ni la degradación, ni la muerte, nada que Dios o Satanás nos pudiera infligir nos hubiera separado, tú, por tu propia voluntad, lo hiciste. Yo no he roto tu corazón... tú lo has destrozado y, al hacerlo, has roto el mío. Tanto peor para mí si soy fuerte. ¿Es que quiero vivir? ¿Qué clase de vida será cuando tú...? ¡Oh Dios! ¿Te gustaría a ti vivir con tu alma en la tumba?

—¡Déjame! ¡Déjame! —sollozó Catherine—. Si he hecho mal, muero por ello. ¡Ya basta! ¡Tú también me abandonaste, pero no te lo reprocho! Te perdono. ¡Perdóname tú!

—Es difícil perdonar mirando esos ojos y tocando esas manos consumidas. ¡Bésame de nuevo, pero no me dejes ver tus ojos! Te perdono lo que me has hecho. Amo a mi asesino... pero al tuyo ¿cómo puedo amarle?

Quedaron en silencio... los rostros ocultos uno contra otro y bañados por las lágrimas de los dos. Al menos supongo que el llanto era por ambas partes, pues, al parecer, Heathcliff sí podía llorar en una gran ocasión como ésta.

Mientras tanto me sentía cada vez más intranquila, pues la tarde pasaba rápidamente, el hombre que había enviado al pueblo había vuelto de su recado y pude distinguir a la luz del sol poniente, valle arriba, una multitud que se agolpaba en el pórtico de la capilla de Gimmerton.

—El servicio religioso ha terminado —anuncié—. El señor estará aquí dentro de media hora.

Heathcliff gruñó una maldición y estrechó aún más a Catherine. Ella no se movió.

Poco después vi a un grupo de criados pasar por el camino hacia el ala de la cocina. El señor Linton no venía muy detrás. Abrió él mismo la verja y se acercaba despacio, probablemente disfrutando de la encantadora tarde, tan suave como de verano.

—Ya está aquí —exclamé—. ¡Por Dios, baje de prisa! No encontrará a nadie en la escalera principal. Dese prisa y quédese entre los árboles hasta que él haya entrado.

—Tengo que irme, Cathy —dijo Heathcliff, intentando desasirse de los brazos de su compañera—. Pero si vivo, te veré de nuevo antes de que te duermas. No me alejaré ni cinco yardas de tu ventana.

—¡No debes irte! —respondió, asiéndole con tanta firmeza como sus fuerzas se lo permitían—. No te irás, te lo aseguro.

—Sólo por una hora —suplicó de todo corazón.

—Ni un minuto —replicó ella.

—Tengo que irme... Linton estará aquí enseguida —insistió el intruso alarmado.

Él se hubiera levantado y desprendido de sus dedos por la fuerza... pero ella se le aferró, jadeante. Una loca resolución se reflejaba en su rostro.

—¡No! —chilló—. Oh, no te vayas, no te vayas. ¡Es la última vez! Edgar no nos hará daño. ¡Me moriré, Heathcliff! ¡Me moriré!

—¡Maldito imbécil! Ya está aquí —gritó Heathcliff, dejándose caer de nuevo en el asiento—. ¡Calla, cariño! ¡Calla, calla, Catherine! Me quedaré. Si me pegara un tiro, expiraría con una bendición en los labios.

Y volvieron a su apretado abrazo. Oí a mi amo subir las escaleras. Un sudor frío me corrió por la frente. Estaba horrorizada.

—¿Va usted a hacer caso de sus desvaríos? —dije con vehemencia—. No sabe lo que dice. ¿La va usted a perder porque no tenga juicio para salvarse a sí misma? ¡Levántese! Podría liberarse al instante. Esto es lo más diabólico que ha hecho nunca. Estamos todos perdidos... el señor, la señora y la criada.

Me retorció las manos y gritaba. El señor Linton apresuró su paso al oír el ruido. En medio de mi agitación, me alegré sinceramente al ver que los brazos de Catherine habían caído lánguidos y que se le inclinaba la cabeza.

«Se ha desmayado o se ha muerto —pensé—. Tanto mejor. Mucho mejor que se muera que seguir siendo una carga y un motivo de desdichas para todos los que la rodean».

Edgar saltó hacia su inesperado huésped, pálido de estupor y de ira. Lo que se proponía hacer no lo sé, pero el otro detuvo al punto todas sus demostraciones poniéndole en los brazos el cuerpo de aspecto exánime.

—¡Mire! —dijo—. Si no es usted un demonio, ayúdela primero... luego hablará conmigo.

Se fue a la salita y se sentó. El señor Linton me llamó, y con gran dificultad y después de recurrir a muchos medios, conseguimos que volviera en sí, pero estaba toda trastornada, suspiraba y gemía y no conocía a nadie. Edgar, angustiado por ella, olvidó al odiado amigo de su esposa. Yo no. Fui a la primera oportunidad y le rogué que se marchara, asegurándole que Catherine estaba mejor y que por la mañana tendría noticias más de cómo había pasado la noche.

—No me negaré a salir de la casa —respondió—, pero me quedaré en el jardín y, Nelly, acuérdate de cumplir tu palabra mañana. Estaré bajo aquellos alerces. ¡Acuérdate!, o haré otra visita esté o no Linton en casa.

Eché una rápida mirada a través de la puerta entreabierta de la alcoba y, asegurándose de que lo que yo decía era aparentemente verdad, liberó la casa de su malhadada presencia.

CAPÍTULO XVI

Hacia las doce de aquella noche nació la Catherine que usted vio en Cumbres Borrascosas, una niña sietemesina y enfermiza, y dos horas después moría la madre, sin haber recuperado la conciencia suficiente para echar de menos a Heathcliff o reconocer a Edgar. El desconsuelo de este último por su pérdida es un asunto demasiado penoso para detenernos en él, sus efectos posteriores demostraron lo profundo que había calado. A esto se añadía algo importante, para mí, el hecho de que había quedado sin heredero. Lo deploraba yo al contemplar a la débil huérfana y mentalmente reprochaba al viejo Linton el haber legado su hacienda a su hija (lo que no era más que una parcialidad natural) en lugar de a su hijo. ¡No fue bien recibida la niña, pobrecilla! Durante aquellas primeras horas de su existencia, podía haber llorado hasta morir y a nadie le hubiera importado. Compensamos luego ese abandono, pero su principio fue tan desamparado como será probablemente su fin.

La mañana siguiente —clara y alegre en el exterior— se deslizaba tamizada por las persianas de la silenciosa habitación y envolvía el lecho y a su ocupante con un tierno y suave resplandor. Edgar Linton tenía la cabeza apoyada en la almohada y los ojos cerrados. Sus hermosas y juveniles facciones eran casi tan cadavéricas como las del cuerpo que yacía a su lado, y casi tan inmóviles, pero su quietud era la del agotado por el sufrimiento, la de ella de perfecta paz. La frente tersa, los párpados cerrados y en los labios la expresión de una sonrisa, ningún ángel del cielo podía ser más hermoso que ella. Y yo compartía la calma infinita en que reposaba. Mi espíritu no estuvo nunca en un estado de mayor santidad que mientras contemplaba aquella apacible imagen del divino descanso. Instintivamente repetía las palabras que ella había dicho pocas horas antes: «¡Incomparablemente más allá y por encima de todos nosotros!». ¡Se halle aún en la tierra o ya en el cielo, su espíritu está con Dios!

No sé si es una peculiaridad mía, pero rara vez no me siento feliz velando en la habitación de un muerto, si no comparte ese deber conmigo un deudo enloquecido o desesperado. Veo un reposo que ni la tierra ni el infierno pueden romper, y siento la seguridad de un más allá sin fin y sin sombras —la eternidad en la que ellos han entrado—, donde la vida no tiene límites en su duración, ni el amor en su compasión, ni el gozo en su plenitud. ¡Me di cuenta en aquella ocasión de cuánto egoísmo hay incluso en un amor como el del señor Linton al lamentar tanto la bendita liberación de Catherine! Desde luego se podría dudar, después de una existencia tan rebelde y díscola como la que llevó, de si merecía al fin un cielo de paz. Cabría dudar en momentos de fría reflexión, pero no entonces, en presencia de su cadáver que reafirmaba su propia tranquilidad, lo que parecía la promesa de una quietud igual para quien lo habitó.

—¿Cree usted que personas así son felices en el otro mundo, señor? Daría cualquier cosa por saberlo.

Decliné responder a la pregunta de la señora Dean, que me sonó algo heterodoxa.

Ella continuó:

—Si repasamos la vida de Catherine Linton, me temo que no tenemos derecho a pensar que es feliz, pero la dejaremos con su Hacedor.

El amo parecía dormido, y me aventuré, poco después del amanecer, a dejar la habitación y escabullirme fuera al aire puro y reconfortante. Los criados creyeron que iba a sacudir la modorra de mi prolongada vela. En realidad, el motivo principal era ver a Heathcliff. Si se había quedado entre los alerces toda la noche no habría oído nada del revuelo de la Granja, a no ser, quizá, que hubiera oído el galope del mensajero que fue a Gimmerton. Si se hubiera acercado, probablemente se habría dado cuenta, por el vaivén de las luces y el abrir y cerrar de las puertas, de que algo pasaba en el interior. Deseaba, pero temía, encontrarle. Sabía que había que darle la terrible noticia, ansiaba acabar con ello, pero no acertaba cómo hacerlo. Allí estaba... al menos unas pocas yardas adentrado en el parque, apoyado contra un viejo fresno, sin sombrero y con el pelo empapado del rocío que se había acumulado en los brotes de las ramas y caía goteando a su alrededor. Llevaba mucho tiempo en aquella postura, porque vi una pareja de mirlos que pasaban y volvían a pasar, apenas a tres pies de distancia, atareados en construir su nido, y que no le tenían más que por un tronco. Levantaron el vuelo al acercarme y él alzó los ojos y dijo:

—¡Ha muerto! No te he esperado para saberlo. Aparta ese pañuelo... no lloriques delante de mí. ¡Al diablo todos vosotros! ¡Ella no necesita vuestras lágrimas!

Yo lloraba tanto por él como por ella. A veces sentimos piedad por personas que carecen por completo de ella tanto hacia sí mismas como hacia los demás. En cuanto le miré a la cara comprendí que se había enterado de la catástrofe, y se me ocurrió la idea insensata de que su corazón estaba en calma y que rezaba, porque se le movían los labios y tenía la mirada inclinada hacia el suelo.

—¡Sí, ha muerto! —respondí, reprimiendo mis sollozos y secándome las lágrimas—. Espero que haya subido al cielo, donde podremos, todos, reunirnos con ella si escarmentamos y dejamos el mal camino para seguir el bueno.

—Entonces, ¿escarmentó ella? —preguntó Heathcliff, insinuando una sonrisa irónica—. ¿Murió como una santa? Vamos, dame un relato fiel del suceso. ¿Cómo...?

Trató de pronunciar el nombre, pero no pudo y, apretando los labios, mantuvo una silenciosa lucha con su agonía interna, desafiando, mientras tanto, mi comprensión con una impertérrita y feroz mirada.

—¿Cómo murió? —continuó al fin, contento, a pesar de su audacia, de contar con apoyo tras de sí, porque después de la lucha temblaba, a pesar suyo, de pies a cabeza.

«¡Pobre infeliz! —pensé—. ¡Tienes corazón y nervios lo mismo que tus semejantes! ¿Por qué te empeñas tanto en ocultarlo? ¡Tu orgullo no puede cegar a Dios! Le tientas para que te los retuerza hasta que Él te arranque un grito de humillación».

—¡Mansa como un cordero! —respondí en voz alta—. Exhaló un suspiro, se

desperezó como un niño que despierta y volvió a hundirse en el sueño. Cinco minutos después, noté un tenue latido en su corazón y nada más.

—Y... ¿me nombró? —preguntó titubeando, como si le aterrara que la respuesta a esa pregunta aportara detalles que no pudiera soportar.

—Ya no volvió en sí, ni reconoció a nadie después de que usted la dejó —dije—. Yace con una dulce sonrisa en el rostro. Sus últimos pensamientos retrocedieron a los días felices de su niñez. Su vida se cerró en un dulce sueño, ¡que despierte con tanta dulzura en el otro mundo!

—¡Que despierte entre tormentos! —gritó con terrible vehemencia, dando una patada en el suelo y gimiendo en un súbito paroxismo de pasión incontrolable—. ¡Vaya, ha mentido hasta el final! ¿Dónde está? No allí... no en el cielo... no muerta... ¿dónde? ¡Oh, dijiste que no te importaban mis sufrimientos! Yo no rezaré más que una oración..., y la repetiré hasta que la lengua se me entumezca... ¡Catherine Earnshaw, que no descanses mientras yo viva! ¡Dijiste que yo te había matado... persígueme entonces! Los muertos persiguen a sus asesinos, según creo. Sé que hay fantasmas que vagan por la tierra. ¡Quédate siempre conmigo —en cualquier forma—, vuélveme loco! ¡Pero no me dejes en este abismo donde no puedo encontrarte! ¡Oh, Dios, es indecible! ¡No puedo vivir sin mi vida, no puedo vivir sin mi alma!

Golpeó la cabeza contra el nudoso tronco y, levantando los ojos, bramó, no como un hombre, sino como una Hera salvaje acosada a muerte con cuchillos y lanzas. Observé varias salpicaduras de sangre en la corteza del árbol y tenía manchadas tanto las manos como la frente. Probablemente la escena que presencié era una repetición de otras representadas durante la noche. Apenas me movió a sentir compasión... me horrorizó, con todo sentía reticencia a dejarle así. Pero en cuanto se recobró lo bastante para darse cuenta de que le estaba observando, me atronó con una orden de que me fuera y obedecí. ¡Superaba mi capacidad de apaciguar y consolar!

El entierro de la señora Linton se dispuso para el viernes siguiente a su fallecimiento y hasta entonces su ataúd permaneció en el gran salón, descubierto y tapizado de flores y hierbas aromáticas. Linton pasó allí los días y las noches, de guardián en vela, y —circunstancia ignorada por todos salvo por mí— Heathcliff pasaba, al menos las noches, afuera, igualmente ajeno al descanso. No me comuniqué con él, pero tenía presente su propósito de entrar en cuanto pudiera. Y el martes, poco después de anochecer, cuando mi amo, rendido por la fatiga, se vio obligado a retirarse un par de horas, fui y abrí una de las ventanas, conmovida por su perseverancia, para brindarle una oportunidad de dar el último adiós a la marchita imagen de su ídolo. No dejó de aprovecharla, cautelosa y brevemente, con tanta cautela que ni el más leve ruido delató su presencia. Ni yo hubiera descubierto que había estado allí a no ser por el desorden de los paños en torno al rostro del cadáver, y al observar en el suelo un rizo de cabellos rubios atado con un hilo de plata que, al examinarlo detenidamente, me cercioré de que lo había sacado del medallón que

Catherine llevaba colgado al cuello. Heathcliff había abierto el dije y tirado su contenido, sustituyéndolo por un rizo negro suyo. Yo entrelacé los dos y los encerré juntos.

El señor Earnshaw fue, desde luego, invitado a acompañar los restos mortales de su hermana a la tumba, pero ni se excusó ni vino, así que, aparte de su marido, el duelo estaba por entero compuesto de arrendatarios y criados. A Isabella no se la invitó.

Con gran sorpresa de la gente del pueblo, la tumba de Catherine no estaba en la capilla, bajo el esculpido panteón de los Linton, ni siquiera entre las tumbas de sus propios familiares afuera. Cavaron su fosa en un verde declive, en un rincón del cementerio, donde la tapia es tan baja que el brezo y el arándano han trepado por ella desde el páramo y se encuentra casi enterrada bajo la turba. Su esposo yace ahora en el mismo sitio, y cada uno tiene una sencilla lápida en la cabecera y un bloque de piedra gris a los pies para marcar las sepulturas.

CAPÍTULO XVII

Aquel viernes fue el último día bueno en un mes. Por la tarde el tiempo cambió; el viento ya no sopló del sur sino del noreste y trajo lluvia primero y granizo y nieve después. A la mañana siguiente era difícil imaginar que habíamos tenido tres semanas de verano. Las primulas y flores de azafrán estaban ocultas bajo invernales montones de nieve, las alondras callaban y las hojas tiernas de los árboles primerizos estaban marchitas y ennegrecidas. ¡Y triste, gélida y lúgubre discurrió aquella mañana! Mi amo no salió de su habitación. Yo tomé posesión de la solitaria salita convertida en cuarto para niños. Y allí estaba yo sentada con aquella muñeca llorona de niña en mis rodillas, meciéndola de un lado para otro y mirando, mientras tanto, los copos de nieve que seguían cayendo y se amontonaban en la ventana sin cortinas, cuando se abrió la puerta y una persona entró sin aliento y riéndose. Mi ira fue mayor que mi asombro durante un instante. Supuse que era una de las criadas y grite:

—¡Ya está bien! ¿Cómo te atreves a venir aquí con tu atolondramiento? ¿Qué diría el señor Linton si te oyera?

—¡Perdóname! —respondió una voz familiar—, pero sé que Edgar está en la cama y no puedo contenerme.

Diciendo eso mi interlocutora se acercó al fuego, jadeante y poniéndose una mano en el costado.

—He venido corriendo todo el tiempo desde Cumbres Borrascosas —continuó tras una pausa—, salvo cuando he volado. No podría contar las veces que me he caído. ¡Oh, me duele todo! ¡No te alarmes! Te daré una explicación en cuanto pueda hacerlo. Sólo ten la bondad de salir a dar la orden de que el coche me lleve a Gimmerton y de decirle a una criada que saque unos vestidos de mi armario.

La intrusa era la señora Heathcliff. No estaba, ciertamente, en situación como para reírse. El pelo le caía por los hombros chorreando agua y nieve. Vestía el traje de soltera que llevaba de ordinario, más apropiado' a su edad que a su posición: un vestido escotado, con mangas cortas, sin nada en la cabeza ni en el cuello. El vestido era de seda ligera que, con la humedad, se le pegaba al cuerpo, y tenía los pies protegidos sólo por unas delgadas zapatillas; añadida a esto un profundo corte bajo una oreja, que sólo el frío impedía que sangrara profusamente, una cara pálida, arañada y con contusiones y un cuerpo que apenas podía sostenerse de fatiga, y podrá usted imaginarse que mi primer susto no se alivió mucho cuando pude examinarla con calma.

—¡Mi querida señorita! —exclamé—. No me moveré de aquí, ni escucharé nada hasta que se haya quitado toda la ropa y se haya puesto otra seca, y ciertamente no irá a Gimmerton esta noche, así que huelga pedir el coche.

—Desde luego que iré —dijo ella—, a pie o en coche, aunque no tengo inconveniente en vestirme decentemente. ¡Ah... mira cómo me corre ahora por el cuello! Con el fuego me escuece.

Insistió en que cumpliera sus instrucciones antes de dejar que la tocara, y hasta que el cochero no recibió órdenes de estar preparado y una criada se puso a empaquetar algunas prendas necesarias, no consintió que le vendara la herida y la ayudara a cambiarse de ropa.

—Ahora, Ellen —dijo, cuando acabé mi tarea y se hallaba sentada en un sillón junto al hogar y con una taza de té delante—, siéntate enfrente de mí y aparta a la niña de la pobre Catherine: ¡no tengo ganas de verla! No creas que Catherine no me importa porque me comporte de una manera tan loca al entrar. He llorado, además amargamente... sí, nadie tenía más motivos que yo. Nos separamos sin reconciliarnos, te acuerdas, y no me lo perdonaré. Pero así y todo no iba a compartir los sentimientos de él... ¡esa bestia bruta! ¡Oh, dame el atizador! Esto es lo último suyo que llevo —se quitó el anillo de oro de su dedo anular y lo tiró al suelo—. Lo aplastaré —continuó, golpeándolo con infantil despecho—. Y luego lo quemaré.

Cogió el malempleado artículo y lo dejó caer entre las brasas.

—¡Ya está! Tendrá que comprar otro si me recupera. Sería capaz de venir a buscarme para molestar a Edgar. No me atrevo a quedarme, no sea que se le meta esa idea en su malvada cabeza. Además, Edgar no ha sido amable, ¿verdad? No voy a venir a implorar su ayuda, ni a traerle más disgustos. La necesidad me obligó a buscar refugio aquí, aunque si no hubiera sabido que se había retirado, me habría quedado en la cocina, me habría lavado la cara, calentado, pedido que me trajeras lo que necesitaba y me habría vuelto a marchar a cualquier parte, fuera del alcance de mi maldito... de ese duende en carne humana. ¡Ah, estaba tan furioso! ¡Si me hubiera cogido! ¡Lástima que Earnshaw no sea tan fuerte como él! ¡No hubiera huido hasta verle del todo destrozado si Hindley hubiera sido capaz de hacerlo!

—¡No hable tan deprisa, señorita! —la interrumpí—. Se le va a descomponer el pañuelo que le ató a la cara y le volverá a sangrar el corte. Beba el té, respire y deje de reírse. La risa está tristemente fuera de lugar bajo este techo y en su situación.

—Innegable verdad —respondió—. ¡Escucha a esa niña! Está constantemente lloriqueando... que se la lleven a donde no la oiga durante una hora, no me quedaré aquí más.

Toqué la campanilla y la encomendé al cuidado de una criada. Luego le pregunté qué le había impulsado a escapar de Cumbres Borrascosas en una situación tan insólita y adónde se proponía ir, ya que se negaba a quedarse con nosotros.

—Debería y desearía quedarme —respondió— para consolar a Edgar y cuidar a la niña, por esas dos cosas, y porque la Granja es mi verdadera casa. Pero te digo que no me dejaría. ¿Crees que soportaría verme engordar y estar alegre, que soportaría pensar que estábamos tranquilos sin decidirse a emponzoñar nuestro bienestar? Pues bien, tengo la satisfacción de estar segura de que me detesta hasta tal punto que le molesta seriamente verme y oírme. Noto que, cuando aparezco donde está él, los músculos del rostro se le distorsionan involuntariamente en una expresión de odio, en parte debido a su conocimiento de los motivos que tengo para odiarle yo a él y en

parte por aversión innata. Ésta es lo bastante intensa como para hacerme estar muy segura de que no me perseguiría por toda Inglaterra, suponiendo que yo ingeniara una buena huida y, por lo tanto, tengo que irme lejos. Me he curado de mi primer deseo de que me matara. ¡Preferiría que se matara él! Ha logrado plenamente que mi amor se extinguiera, así que estoy tranquila. Recuerdo, sin embargo, cuánto le amé y vagamente me imagino que podría amarle todavía si... ¡no! ¡no!, aunque me hubiera adorado, su diabólica naturaleza se habría puesto de manifiesto de alguna manera. Catherine tenía el gusto terriblemente pervertido para quererle tanto, conociéndole tan bien. ¡Monstruo! ¡Ojalá pudiera borrarlo de la creación y de mi memoria!

—¡Calle, calle! Es un ser humano —dije—. Sea más caritativa, hay hombres aún peores que él.

—¡No es un ser humano! —replicó—. Y no tiene derecho a mi caridad. Le di mi corazón, lo cogió, lo destrozó hasta la muerte y me lo devolvió. La gente siente con el corazón, Ellen, puesto que ha destruido el mío no puedo sentir nada por él, ¡ni lo haría, por mucho que gimiera desde hoy hasta el día de su muerte y derramara lágrimas de sangre por Catherine! ¡No, claro, claro que no sentiría nada!

Aquí Isabella se echó a llorar, pero de inmediato, quitándose bruscamente las lágrimas de los ojos, continuó:

—Me has preguntado qué me ha llevado a huir al fin. Me vi obligada a intentarlo porque había conseguido excitar su cólera hasta un punto superior a su maldad. Arrancar los nervios con tenazas al rojo vivo requiere más frialdad que golpear la cabeza. Se puso como loco hasta el extremo de olvidar la diabólica prudencia de la que presume y entregarse a una violencia asesina. Sentí placer al ver que era capaz de exasperarle. La sensación de placer despertó en mí el instinto de conservación, así que abiertamente me escape y, si alguna vez vuelvo a caer en sus manos, le habrá llegado la hora de una venganza señalada.

»Ayer, ya sabes, el señor Earnshaw debería haber estado en el entierro. Se mantuvo sobrio con ese fin... pasablemente sobrio: sin ir a la cama como una cuba a las seis para levantarse borracho a las doce. En consecuencia se despertó con una depresión de suicida, tan buena para la iglesia como para un baile, y en vez de ir al entierro se sentó al fuego y empezó a tragar vasos enteros de ginebra o brandy.

»Heathcliff —¡me dan escalofríos al nombrarlo!— apenas ha aparecido por casa desde el domingo hasta hoy. No sé si le alimentaban los ángeles o sus parientes del infierno, pero no ha hecho una comida con nosotros desde hace casi una semana. Volvía a casa al amanecer, subía a su alcoba y se encerraba... ¡como si alguien soñara con codiciar su compañía! Y allí se quedaba rezando como un metodista, sólo que la deidad a la que imploraba es polvo y ceniza inertes, y Dios, cuando se dirigía a Él, resultaba curiosamente confundido con su propio padre infernal. Después de concluir estas preciosas oraciones —duraban hasta que se quedaba ronco y la voz se le ahogaba en la garganta—, se marchaba de nuevo, siempre derecho a la Granja. ¡Me extraña que Edgar no haya mandado por un policía y que le detuviera! En cuanto a

mí, apenas como estaba por Catherine, era imposible evitar que considerara como una fiesta ese tiempo que me libraba de su envilecedora opresión.

»Recobré el ánimo suficiente para oír sin llorar los eternos sermones de Joseph y para andar por la casa con menos paso de ladrón asustado que antes. No creerías que iba a llorar por cualquier cosa que pudiera decir Joseph, pero él y Hareton son dos compañeros detestables. Prefiero estar con Hindley y oír su espantosa conversación, que con el «amito» y su firme defensor, ¡ese viejo odioso! Cuando Heathcliff está en casa me veo a menudo obligada a meterme en la cocina y en su compañía, o morirme de frío en las habitaciones húmedas y deshabitadas. Cuando no está, como ocurrió esta semana, pongo una mesa y una silla en un rincón de la chimenea de la sala, sin importarme en qué se ocupa el señor Earnshaw, y él tampoco se mete en mis cosas. Ahora está más tranquilo de lo que solía, si nadie le provoca, más adusto y deprimido y menos furioso. Joseph afirma que está cambiado, que el Señor le ha tocado el corazón, y que está salvado como «por la prueba del fuego». Me tiene intrigada descubrir señales de ese cambio favorable, pero no es asunto mío.

»Ayer por la noche me quedé sentada en mi rincón leyendo unos libros viejos hasta tarde, hasta casi las doce. ¡Me resultaba tan triste irme arriba, con la fuerte ventisca soplando fuera y mis pensamientos volviendo continuamente al cementerio y a la tumba recién abierta! Apenas me atrevía a levantar los ojos de la página que tenía delante, porque al instante esa melancólica escena usurpaba su lugar. Hindley estaba sentado frente a mí, con la cabeza apoyada en la mano, quizá meditando en el mismo asunto. Había dejado de beber un poco antes de llegar a lo irracional y no se había movido ni hablado durante dos o tres horas. Por la casa no se oía más ruido que el quejido del viento que sacudía las ventanas de vez en cuando, la tenue crepitación de los carbones, y el crujido de mis despabiladeras cuando retiraba a intervalos el largo pabulo de la vela. Hareton y Joseph probablemente estaban profundamente dormidos en la cama. Todo estaba triste, muy triste, y mientras leía, suspiraba porque parecía que había desaparecido del mundo toda alegría para no volver jamás.

»Aquel lúgubre silencio se rompió al fin con el ruido del picaporte de la cocina. Heathcliff había vuelto de su guardia más temprano que de costumbre, debido, supongo, a la repentina tormenta. Esa puerta estaba cerrada, y le oímos dar la vuelta para entrar por la otra. Me levanté con una expresión irreprimible de lo que sentía en los labios, lo que indujo a mi compañero, que había tenido la vista fija en la puerta, a volverse y mirarme.

»—Le mantendré ahí fuera cinco minutos —exclamó—, si no tiene inconveniente.

»—No, por mí puede tenerle fuera toda la noche —respondí—. ¡Hágalo! Meta la llave en la cerradura y eche el cerrojo.

»Earnshaw lo consiguió antes de que su huésped llegara a la puerta principal. Luego vino y trajo su silla al otro lado de mi mesa, se apoyó en ella y buscó en mis ojos simpatía con el ardiente odio que brillaba en los suyos. Como parecía y sentía

igual que un asesino, no pudo encontrar exactamente eso, pero sí descubrió la suficiente para animarse a hablar.

»—Usted y yo —dijo— tenemos una gran cuenta que ajustar con ese hombre de ahí fuera. Si ninguno de los dos fuéramos cobardes podríamos unirnos para saldarla. ¿Es usted tan blanda como su hermano? ¿Está dispuesta a aguantar hasta el final y no tratar ni una vez de cobrarla?

»—Estoy ya harta de aguantar —respondí—, y me alegraría poder tener un desquite que no se volviera contra mí, pero la traición y la violencia son armas de doble filo que hieren a quienes recurren a ellas más que a sus enemigos.

»—¡La traición y la violencia son el justo pago a la traición y la violencia! —exclamó Hindley—. Señora Heathcliff, no le pediré a usted nada, sólo que se quede quieta y muda. Dígame ahora, ¿puede hacerlo? Estoy seguro de que le apetecería tanto como a mí presenciar el fin de la existencia de ese demonio. Él será la muerte de usted, a menos que usted se le adelante, y será mi ruina. ¡Maldito sea el infernal villano! ¡Llama a la puerta como si fuera ya el amo aquí! ¡Prométame que se callará y antes de que suene ese reloj —faltan tres minutos para la una—... ¡será una mujer libre!

»Sacó del pecho el instrumento que te describí en mi carta e iba a apagar la vela, pero yo se la arrebaté y le cogí el brazo.

»—¡No me callaré! —exclamé—. ¡No le tocará! Deje la puerta cerrada y estese quieto.

»—¡No! ¡He tomado mi decisión y, por Dios, que la ejecutaré! —gritó aquel ser desesperado—. ¡Le haré a usted un favor, a pesar suyo, y a Hareton justicia! Y no necesita preocuparse por encubrirme. Catherine ha muerto. Ninguna persona viva me echaría de menos, o se avergonzaría de mí, aunque me cortara el cuello ahora mismo... y ya es hora de acabar.

»Habría sido igual luchar con un oso o razonar con un lunático. Mi único recurso era correr a una ventana y avisar a su presunta víctima del destino que le esperaba.

»—¡Será mejor que busques refugio en alguna otra parte esta noche! —exclamé en un tono un tanto triunfal—. El señor Earnshaw se propone pegarte un tiro si insistes en querer entrar.

»—Será mejor que abras la puerta, tú... —respondió, dirigiéndose a mí con un elegante término que prefiero no repetir.

»—No me meteré en este asunto —repliqué de nuevo—. ¡Entra y que te mate, si te place! Yo he cumplido con mi deber.

»Dicho eso cerré la ventana y volví a mi sitio junto al fuego, pues mi caudal de hipocresía era demasiado escaso como para aparentar ansiedad por el peligro que le amenazaba. Earnshaw me maldijo furiosamente, afirmando que todavía amaba al villano y llamándome de todo por el ruin espíritu que demostraba. Pero yo, en el fondo de mi corazón (mi conciencia nunca me lo reprochó), pensaba ¡qué bendición sería para él que Heathcliff le librara de su desgracia y qué bendición sería para mí si

él enviaba a Heathcliff a su justa morada! Mientras, sentada, hacía estas reflexiones, el marco de la ventana de detrás de mí cayó al suelo derribado por un puñetazo de ese individuo y a través de ella su negro semblante miró con aire arrasador. Los barrotes de la ventana estaban demasiado juntos para que sus hombros pudieran pasar, y sonreí, alegrándome con mi imaginada seguridad. Tenía el pelo y la ropa blancos de la nieve y le brillaban en la oscuridad los afilados dientes de caníbal, que el frío y la ira dejaban al descubierto.

»—Isabella, déjame entrar o haré que te arrepientas —«rugió», como dice Joseph.

»—No puedo cometer un asesinato —respondí—. El señor Hindley está de centinela con una navaja y una pistola cargada.

»—Déjame entrar por la puerta de la cocina —dijo él.

»—Hindley estará allí antes que tú —respondí—. ¡Qué pobre amor el tuyo, que no puede aguantar una tormenta de nieve! ¡Nos has dejado reposar en paz en nuestras camas mientras brillaba la luna de verano, pero en cuanto ha vuelto una ráfaga invernal, tienes que correr a refugiarte! Heathcliff, yo en tu lugar, iría a echarme sobre la tumba y a morir como un perro fiel. Seguro que ya no vale la pena vivir en este mundo, ¿no es así? Me has inculcado claramente la idea de que Catherine era la única alegría de tu vida. No puedo imaginarme cómo piensas sobrevivir a su pérdida.

»—Está ahí, ¿verdad? —exclamó mi compañero corriendo al hueco—. ¡Si logro sacar el brazo, puedo darle!

»—Me temo, Ellen, que me tendrás por una verdadera malvada, pero no lo sabes todo, así que no juzgues. Yo no hubiera prestado ayuda ni secundado un atentado ni siquiera contra su vida por nada del mundo. Pero desear verle muerto, eso tengo que sentirlo, por tanto quedé terriblemente decepcionada y acobardada por el terror de las consecuencias de mis palabras provocadoras, cuando se lanzó sobre el arma de Earnshaw y se la arrebató de la mano.

»La pistola se disparó y la navaja, al saltar hacia atrás, se cerró sobre la muñeca de su dueño. Heathcliff la arrancó por la fuerza, desgarrando la carne al sacarla, y la metió chorreando en el bolsillo. Luego cogió una piedra, rompió la división de las dos ventanas y saltó adentro. Su adversario había caído sin sentido por el excesivo dolor y la pérdida de sangre que brotaba de una arteria o vena grande. El rufián le pateó, pisoteó y golpeó la cabeza contra las losas, sujetándose con una mano mientras tanto para evitar que llamara a Joseph. Hizo un sacrificio sobrehumano para abstenerse de rematarle del todo, pero quedándose sin aliento, desistió al fin y arrastró el cuerpo, aparentemente exánime, hasta el escaño. Allí arrancó una manga de la chaqueta de Earnshaw y le vendó la herida con brutal rudeza, escupiendo y maldiciendo durante la operación, con la misma energía que le había pateado antes. Al quedar libre, no perdí el tiempo en ir a buscar al viejo criado, quien, comprendiendo gradualmente el objeto de mi apresurado relato, corrió escaleras abajo, jadeando, según descendía los escalones de dos en dos.

»—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué vamos a hacer ahora?

»—Lo que hay que hacer —tronó Heathcliff— es que tu amo está loco y que como continúe así otro mes, le llevaré a un manicomio. Y, ¿qué demonios hiciste para cerrar dejándome fuera, perro desdentado? No te quedes ahí murmurando y rezongando. Ven, yo no le voy curar. Lávale eso, y, cuidado con las chispas de la vela, ¡más de la mitad es brandy!

»—Así que, ¿le ha asesinado? —exclamó Joseph, levantando las manos y los ojos con horror—. ¡Que haya tenido que ver una cosa semejante! Que el Señor...

»Heathcliff, de un empujón, le hizo caer de rodillas en medio de la sangre y le tiró una toalla, pero en lugar de ponerse a limpiarle, juntó las manos y empezó una oración que me hizo reír por su extraña fraseología. Yo estaba en un estado de ánimo que nada me conmovía, de hecho, tan insensible como algunos malhechores se muestran al pie de la horca.

»—¡Oh, me había olvidado de ti! —dijo el tirano—. Tú lo harás. Arrodíllate ¿Conque conspirando con él en contra mía, víbora? Ahí tienes un trabajo adecuado para ti.

»Me zarandeó hasta que me castañetearon los dientes y me tiró al lado de Joseph, quien terminó sus plegarias sin inmutarse y luego se levantó jurando que iba directamente a la Granja. El señor Linton era magistrado y, aunque tuviera cincuenta esposas muertas, debería investigarlo. Estaba tan obstinado en su resolución que a Heathcliff le pareció conveniente sacarme de los labios una recapitulación de lo que había ocurrido, vigilándome, convulso de odio, mientras yo de mala gana refería lo sucedido respondiendo a sus preguntas. Costó mucho trabajo convencer al viejo de que Heathcliff no era el agresor, especialmente debido a mis respuestas, casi arrancadas. Pero pronto el señor Earnshaw le convenció de que aún vivía. Joseph se apresuró a administrarle una dosis de alcohol, con cuyo auxilio su amo recuperó de inmediato el movimiento y la conciencia. Heathcliff, consciente de que su enemigo ignoraba el trato recibido mientras estaba sin sentido, le llamó borracho delirante y le dijo que no seguiría afeándole más su atroz conducta, pero que le aconsejaba que se fuera a la cama. Después de dar tan juicioso consejo y para gran alegría mía, nos dejó. Hindley se tendió ante el hogar y yo me fui a mi habitación, maravillada de haber escapado con tanta facilidad.

»Esta mañana, cuando bajé, unos treinta minutos antes del mediodía, el señor Earnshaw estaba sentado junto al fuego, mortalmente enfermo. Su ángel malo, casi tan macilento y fantasmal como él, se apoyaba contra la chimenea. Ni el uno ni el otro parecían dispuestos a comer y, después de esperar a que todo estuviera frío sobre la mesa, empecé sola. Nada me impedía comer con ganas y experimenté cierta sensación de satisfacción y superioridad al dirigir, de cuando en cuando, una mirada a mis silenciosos compañeros y sentir en mí el consuelo de una conciencia tranquila. Cuando terminé, me atreví a tomarme la insólita libertad de acercarme al fuego, pasando por detrás del asiento de Hindley y arrodillarme en el rincón a su lado.

»Heathcliff no me miraba, y yo levanté la vista y contemplé sus facciones tan

confiadamente como si se hubiera convertido en piedra. La frente, que en otro tiempo creí tan varonil y que ahora considero tan diabólica, estaba velada por una densa sombra, los ojos de basilisco se encontraban casi apagados por el insomnio y por el llanto, quizá, pues tenía entonces las pestañas húmedas, y a los labios, desprovistos de la mueca feroz, los sellaba una expresión de inefable tristeza. Si hubiera sido otro, yo me habría cubierto el rostro ante tanto dolor, pero tratándose de él me sentí gratificada y, por innoble que parezca ofender a un enemigo caído, no pude desperdiciar la ocasión de clavarle un dardo, su momento de debilidad era el único en que podía saborear el placer de pagar mal por mal.

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza, señorita! —interrumpí—. Se diría que no ha abierto usted una Biblia en su vida. Seguro que debería bastarle con que Dios aflija a sus enemigos. ¡Es a la vez mezquino y pretencioso añadir sus tormentos a los de Dios!

—En general concedo que así sea, Ellen —continuó—. Pero ¿qué desgracia sobrevenida a Heathcliff podría contentarme a menos que yo tuviera parte en ella? Preferiría que sufriera menos con tal de ser yo la causa de sus sufrimientos y que él supiera que lo soy. ¡Oh, le debo tanto! Sólo con una condición puedo tener la esperanza de perdonarle, y es que me pague ojo por ojo, diente por diente, por cada dolor devolverle otro dolor: reducirle a mi nivel. Como fue el primero en injuriarme, hacer que sea el primero en implorar perdón. Y entonces... bueno, entonces, Ellen, yo podría mostrar alguna generosidad. Pero como es absolutamente imposible que yo me pueda vengar, por tanto no puedo perdonarle.

»Hindley quería agua, le di un vaso y le pregunté cómo estaba.

»—No tan mal como quisiera —respondió—. ¡Pero dejando aparte mi brazo, cada pulgada del cuerpo me duele como si hubiera estado luchando con una legión de diablos!

»—Sí, no me extraña —fue mi siguiente observación—. Catherine solía jactarse de que ella se interponía entre usted y el daño físico queriendo decir que ciertas personas no le harían daño por miedo a ofenderla. Bien está que los muertos no se levanten realmente de sus tumbas, de lo contrario anoche pudiera haber presenciado una escena repulsiva. ¿No está magullado y con cortes en el pecho y en los hombros?

»—No lo sé —respondió—. Pero ¿qué quiere decir? ¿Se atrevió a golpearme cuando estaba sin sentido?

»—Le pisoteó, le pateó, y le arrastró por el suelo —le susurré—. Y se le hacía la boca agua de ganas de desgarrarlo con los dientes, porque sólo es mitad hombre... bueno, ni la mitad.

»El señor Earnshaw alzó la mirada, como yo, al semblante de nuestro común enemigo, quien, absorto en su angustia, parecía insensible a todo lo que le rodeaba. Cuanto más tiempo seguía así más claramente reflejaban sus facciones lo siniestro de sus pensamientos.

»—¡Oh, si Dios me diera fuerzas para estrangularle en mi último suspiro, iría al

infierno contento! —gimió, impaciente, esforzándose por levantarse y cayendo de nuevo desesperado, convencido de su incapacidad para la lucha.

»—No, ya es bastante que haya matado a uno de ustedes —observé en voz alta—. En la Granja todo el mundo sabe que su hermana seguiría viviendo si no hubiera sido por el señor Heathcliff. Después de todo, es mejor ser odiado que amado por él. Cuando recuerdo lo felices que éramos... lo feliz que era Catherine antes de que llegara él... me dan ganas de maldecir aquel día.

»Es muy probable que Heathcliff se percatara de la verdad de lo que se decía más que del espíritu de la persona que lo decía. Vi que se le despertó la atención porque de sus ojos caían lágrimas a torrentes hasta las cenizas y respiraba con ahogados suspiros. Le miré fijamente a la cara y me reí desdeñosamente. Las nubladas ventanas del infierno destellaron un momento hacía mí, pero el demonio que solía asomarse por ellas estaba tan oscurecido y anegado que no temí aventurar otra risa burlona.

»—Levántate y lárgate de mi vista —dijo el plañidero Heathcliff.

»Me figuré, al menos, que había pronunciado esas palabras, porque su voz resultaba apenas inteligible.

»—Perdona —respondí—. Yo también quería a Catherine, y su hermano necesita cuidados que yo le daré por ella. Ahora que ha muerto la veo en Hindley. Tiene sus mismos ojos, si no hubieras intentado arrancárselos y no se los hubieras puesto rojos y negros y su...

»—¡Levántate, desgraciada idiota, antes de que te mate a patadas! —gritó, haciendo un movimiento que me obligó a mí a hacer otro.

»—Pero entonces —continué preparada para escapar—, si la pobre Catherine se hubiera fiado de ti y adoptado el ridículo, despreciable y degradante título de señora Heathcliff, pronto habría presentado un aspecto semejante. No habría soportado calladamente tu abominable conducta, su aborrecimiento y asco habrían tenido que expresarse.

»El respaldo del escaño y la persona de Earnshaw se interponían entre él y yo, así que, en lugar de intentar alcanzarme, cogió un cuchillo de la mesa y me lo tiró a la cabeza. Me dio debajo de la oreja e interrumpió la frase que estaba diciendo, pero arrancándolo, me puse de un salto en la puerta y le lancé otro que espero que se le clavara algo más hondo que a mí su proyectil. La última imagen que tengo de él es un furioso arranque detenido por el abrazo de su anfitrión y ambos caídos juntos ante el hogar. En mi huida por la cocina le pedí a Joseph que corriera a atender a su amo, derribé a Hareton que estaba en la puerta colgando una camada de cachorros del respaldo de una silla, y feliz como alma que escapa del purgatorio, bajé brincando, saltando y volando por el escarpado camino. Luego, dejando sus revueltas, me lancé directamente a través del páramo, rodando por los taludes, vadeando las ciénagas y precipitándome, de hecho, hacia el faro de la Granja. Preferiría mil veces que me condenaran a vivir eternamente en las regiones infernales que pasar una sola noche de nuevo bajo el techo de Cumbres Borrascosas.

Isabella dejó de hablar, tomó un sorbo de té. Luego se levantó, me pidió que le pusiera el sombrero y un chal grande que le había traído y, haciendo oídos sordos a mis ruegos de que se quedara otra hora, se subió a una silla, besó los retratos de Edgar y Catherine, me dio a mí un saludo similar, y bajó al coche acompañada de Fanny, que daba frenéticos gritos de alegría al recuperar a su ama. Partió para no volver a visitar jamás el vecindario, pero cuando las cosas estuvieron más calmadas se estableció una correspondencia regular entre ella y mi amo. Creo que su nueva residencia estaba en el sur, cerca de Londres. Allí tuvo un hijo, unos meses después de su huida. Le bautizaron con el nombre de Linton, y desde el principio, dijo que era una criatura enfermiza y malhumorada.

El señor Heathcliff me encontró un día en el pueblo y me preguntó dónde vivía Isabella. Me negué a decírselo. Dijo que no le importaba, sólo que se cuidara mucho de venir a casa de su hermano, que no viviría con Edgar, aunque él mismo tuviera que mantenerla. A pesar de que no le di ninguna información, averiguó por alguno de los otros criados, tanto el lugar donde residía, como la existencia del niño. Sin embargo, no la molestó, benevolencia por la que podía estar agradecida, supongo, a su aversión. Con frecuencia me preguntaba por el niño cuando me veía y al saber su nombre, sonrió de forma siniestra y dijo:

—¿Quieren que le odie a él también, verdad?

—No creo que deseen que usted sepa nada de él —respondí yo.

—Pero lo tendré cuando quiera —dijo—. ¡Pueden contar con ello!

Por fortuna, su madre murió antes de que llegara ese momento, unos trece años después de la muerte de Catherine, cuando Linton tenía doce o poco más.

Al día siguiente de la inesperada visita de Isabella no tuve oportunidad de hablar con mi amo. Evitaba toda conversación y no estaba para discutir nada. Cuando conseguí que me escuchara, vi que le agradaba que su hermana hubiera dejado a su marido, a quien aborrecía con una intensidad que la dulzura de su carácter apenas parecía permitir. Tan honda y sensible era su aversión que se abstenía de ir a cualquier parte donde fuera probable que viera a Heathcliff u oyera hablar de él. El dolor junto con eso, le convirtió en un verdadero ermitaño. Abandonó su cargo de magistrado, dejó incluso de ir a la iglesia, evitaba el pueblo en todas las ocasiones y pasaba su vida en completa reclusión dentro de los límites del parque y de sus tierras, sólo variada por solitarios paseos por los páramos y visitas a la tumba de su esposa, casi siempre al atardecer o temprano por la mañana, antes de que anduvieran por allí otros paseantes. Pero era demasiado bueno para ser del todo infeliz por mucho tiempo. No rezaba para que el alma de Catherine le persiguiera. El tiempo le trajo la resignación y una melancolía más dulce que la alegría corriente. Acariciaba su memoria con amor tierno y ardiente y, esperanzado, aspiraba a ese mundo mejor, adonde no dudaba que había ido ella.

Disfrutaba también de consuelos y cariños terrenales. Durante unos días, como dije, pareció indiferente a la enclenque sucesora de la muerta, pero su frialdad se

fundió con la misma rapidez que la nieve en abril y antes de que aquella menudencia pudiera balbucear una palabra o dar un paso vacilante, ya dominaba su corazón con cetro de déspota. Le dieron el nombre de Catherine, pero él nunca la llamó por el nombre completo, así como nunca había empleado el diminutivo con la primera Catherine, probablemente porque Heathcliff tenía la costumbre de hacerlo. La pequeña fue siempre Cathy, lo que significaba para él una diferencia respecto de la madre y al mismo tiempo una asociación con ella, y su cariño nació más de esa relación que por ser hija suya.

Yo solía compararle con Hindley Earnshaw y me quedaba perpleja al tratar de explicar satisfactoriamente conductas tan opuestas en circunstancias similares. Ambos habían sido amantes esposos y ambos querían a sus hijos, y no podía comprender por qué no habían seguido ambos el mismo camino, para bien o para mal. Pero pensaba para mis adentros que Hindley, con la cabeza más firme en apariencia, había demostrado tristemente ser el peor y el más débil. Cuando su barco chocó, el capitán abandonó su puesto y la tripulación, en lugar de intentar salvarlo, se precipitó en el motín y la confusión, dejando sin esperanza alguna al desafortunado navío. Linton, por el contrario, desplegó el verdadero valor de un alma fiel y creyente, confió en Dios y Dios le consoló. Uno esperó, el otro desesperó. Eligieron su propio destino y quedaron justamente sentenciados a aguantarlo. Pero no necesita usted mis predicas, señor Lockwood. Puede juzgar lo mismo que yo todas estas cosas, al menos así lo cree usted, que viene a ser lo mismo. El final del señor Earnshaw fue el que podía esperarse. Siguió rápido al de su hermana, apenas pasaron seis meses entre los dos. Nosotros, en la Granja, no tuvimos nunca información muy precisa sobre su estado inmediatamente anterior. Todo lo que supe fue con motivo de ir a ayudar a la preparación del entierro. El señor Kenneth vino a anunciar el suceso a mi amo.

—Bueno, Nelly —dijo, entrando a caballo en el patio una mañana, demasiado temprano como para que no me alarmara un inmediato presentimiento de malas noticias—. Ahora nos toca a ti y a mí ponernos de luto. ¿Quién crees que nos ha dejado?

—¿Quién? —pregunté aturdida.

—¡Anda, adivina! —respondió, desmontando y colgando las riendas de una argolla junto a la puerta—. Y coge la punta del delantal, estoy seguro de que la necesitarás.

—No será el señor Heathclif, ¿verdad? —exclamé.

—¡Cómo! ¿Llorarías por él? —dijo el médico—. No, Heathcliff es un mozo robusto. Hoy tiene un aspecto radiante. Acabo de verle. Está engordando rápidamente desde que perdió a su media naranja.

—¿Quién es, entonces, señor Kenneth? —reperí impaciente.

—¡Hindley Earnshaw! Tu viejo amigo Hindley —respondió—, y mi horrible compadre, aunque se había vuelto demasiado salvaje para mí desde hacía mucho

tiempo. ¡Ya está! Te dije que lloraríamos. Pero ánimo, murió fiel a sí mismo: borracho como una cuba. ¡Pobre muchacho! Yo también lo siento. No se puede evitar echar de menos a un viejo camarada, aunque se gastaba las peores jugarretas que se pueda imaginar y a mí me hizo más de una picardía. Al parecer apenas tenía veintisiete años. Tu misma edad. ¡Quién diría que habíais nacido el mismo año!

Confieso que este golpe fue para mí más duro que la impresión de la muerte de la señora Linton. Antiguos recuerdos seguían vivos en mi corazón. Me senté en el porche y lloré como por un pariente cercano, mientras rogaba al señor Kenneth que buscara otro criado para que le anunciara al amo. No podía dejar de dar vueltas a la pregunta: «¿habían jugado limpio con él?». Hiciera lo que hiciera, esa idea me preocupaba, y resultó tan tediosamente pertinaz que me decidí a pedir permiso para ir a Cumbres Borrascosas y ayudar en los últimos deberes para con el muerto. El señor Linton fue sumamente reacio a consentir, pero alegué con elocuencia la desamparada situación en que quedaba el difunto, y le dije que mi anterior amo y hermano de leche tenía tanto derecho a mis servicios como él. Además, le recordé que aquel niño, Hareton, era sobrino de su esposa y que, a falta de un pariente más cercano, él debería ser su tutor, y debía y tenía que averiguar cómo había quedado la propiedad y cuidar de los intereses de su cuñado. Entonces no se encontraba en condiciones de ocuparse de tales asuntos, pero me pidió que hablara con su abogado y al fin me dio permiso para ir. Su abogado había sido el de Earnshaw también. Fui al pueblo y le pedí que me acompañara. Negó con la cabeza y me aconsejó que a Heathcliff había que dejarle en paz, afirmando que si se supiera la verdad, Hareton resultaría ser poco más que un mendigo.

—Su padre murió cargado de deudas —dijo—, toda la propiedad está hipotecada, la única posibilidad para el heredero natural es darle la oportunidad de granjearse algún afecto en el corazón del acreedor de forma que se incline a tratarle con indulgencia.

Cuando llegué a las Cumbres expliqué que había ido a cuidar de que todo se hiciera decorosamente, y Joseph, que parecía bastante afligido, expresó satisfacción por mi presencia. El señor Heathcliff dijo que no veía que me necesitaran, pero que podía quedarme a disponer los preparativos del entierro si quería.

—En rigor —observó—, el cadáver de ese loco debería ser enterrado en la encrucijada, sin ceremonia de ningún tipo. Por casualidad le dejé diez minutos ayer por la tarde y, en ese intervalo, cerró las dos puertas de la casa para que no pudiera entrar y se ha pasado la noche bebiendo hasta matarse deliberadamente. Entramos por la fuerza esta mañana porque le oímos resoplar como un caballo, y ahí estaba, tumbado sobre el escaño, que ni arrancándole la piel a tiras hasta el cuero cabelludo se hubiera despertado. Mandé por Kenneth, y vino, pero no antes de que la bestia se hubiera convertido en carroña: estaba ya frío, muerto y rígido, así que comprenderás que era inútil armar más revuelo por él.

El viejo criado confirmó la declaración, pero murmuró:

—Yo hubiera preferido que hubiera ido él a buscar al médico. Yo habría atendido al amo mejor que él... y no estaba muerto cuando le dejé, ¡nada de eso!

Insistí en que el entierro fuera respetable. El señor Heathcliff dijo que también ahí podía hacer lo que me pareciera, sólo quería que recordara que el dinero salía de su bolsillo. Mantuvo un talante duro, indiferente, que no indicaba ni alegría ni dolor. Si es que expresaba algo, era una empedernida satisfacción por haber realizado con éxito un trabajo difícil. En una ocasión, desde luego, observé en su aspecto algo como júbilo. Fue justo cuando sacaban el ataúd de la casa. Tuvo la hipocresía de ponerse de luto y, antes de seguir el duelo con Hareton, levantó al desdichado niño sobre la mesa y masculló con especial placer:

—Ahora, mi guapo jovencito, eres mío, y veremos si un árbol no crece tan torcido como otro con el mismo viento para doblarlo. A la inocente criatura le complacieron aquellas palabras, jugaba con las patillas de Heathcliff y le golpeaba la mejilla, pero yo adiviné su significado y dije cortante:

—Este niño tiene que venir conmigo a la Granja de los Tordos, señor. ¡No hay nada en el mundo que le pertenezca menos a usted que él!

—¿Lo dice Linton? —preguntó.

—Desde luego, me ha ordenado que lo lleve conmigo.

—Bueno —dijo el canalla—. No discutiremos el asunto ahora, pero tengo el capricho de probar mi mano en la educación de un joven, así que indica a tu amo que si intenta llevárselo, tendré que reemplazarlo con el mío. No pienso dejar marchar a Hareton sin discusión, pero estoy muy seguro de hacer venir al otro. Acuérdate de decírselo.

Esta insinuación bastó para atarnos las manos. Le repetí lo esencial a mi vuelta, y Edgar Linton, poco interesado al principio, no habló más de interferir. No sé si, de haber estado dispuesto, su intervención hubiera servido de nada.

El intruso era ahora el amo de Cumbres Borrascosas. Mantuvo firme la posesión y probó al abogado —quien a su vez, lo probó al señor Linton—, que Earnshaw había hipotecado hasta la última yarda de tierra que poseía por dinero en metálico para mantener su manía por el juego, y él, Heathcliff, era el acreedor. Y así fue cómo Hareton, que debía ser ahora el primer propietario de la comarca, quedó reducido a un estado de completa dependencia del inveterado enemigo de su padre y vive en su propia casa como un criado, desprovisto de la ventaja de un salario, completamente incapaz de hacerse valer, a causa de su desamparo y su ignorancia de la injusticia de que ha sido víctima.

CAPÍTULO XVIII

Los doce años que siguieron a aquella triste época —continuó la señora Dean— fueron los más felices de mi vida. Mis mayores preocupaciones durante su transcurso procedieron de las insignificantes enfermedades que nuestra señorita tuvo que sufrir como todos los niños, ricos y pobres. Por lo demás, después de los seis primeros meses creció como un alerce y andaba y hablaba, a su manera, antes de que el brezo floreciera por segunda vez sobre las cenizas de la señora Linton. Era la criatura más encantadora que trajera jamás la alegría a una casa desolada. De cara, una verdadera belleza, con los hermosos ojos negros de los Earnshaw, pero con la tez blanca, los rasgos finos y el rizado pelo rubio de los Linton. Tenía un carácter altivo, pero no rudo, y matizado por un corazón sensible y vivo hasta el extremo en sus afectos. Esa capacidad para intensos afectos me recordaba a su madre, pero no se parecía a ella, porque sabía ser tan suave y mansa como una paloma y tenía una voz dulce y una expresión pensativa. Su ira no era nunca furiosa, ni su amor violento, sino profundo y tierno. Sin embargo, hay que reconocer que tenía defectos que empañaban sus cualidades. Uno era la propensión a la insolencia, y una aviesa voluntad que adquieren invariablemente los niños mimados, tengan buen o mal genio. Si por casualidad un criado la irritaba, siempre soltaba: «¡Se lo diré a papa!». Y cuando éste la reprendía, aunque fuera con la mirada, cualquiera diría que aquello era una tragedia. No creo que le dijera nunca una palabra dura. Se encargó por completo de su enseñanza, y lo convirtió en una diversión. Por fortuna, la curiosidad y una viva inteligencia hicieron de ella una buena estudiante que aprendía con rapidez y entusiasmo, haciendo honor a su maestro.

Hasta que alcanzó la edad de trece años no había salido sola más allá de los límites del parque ni una vez. El señor Linton la sacaba con él hasta una milla más o menos en contadas ocasiones, pero no se la confiaba a nadie más. Gimmerton era un nombre sin sentido para sus oídos y la iglesia el único edificio al que se había acercado o entrado a excepción de su propia casa. Cumbres Borrascosas y el señor Heathcliff no existían para ella. Era una perfecta reclusa y, al parecer, plenamente contenta. A veces, desde luego, contemplando el paisaje desde la ventana de su cuarto, observaba:

—Ellen, ¿cuánto tiempo tendrá que pasar hasta que pueda ir a la cima de aquellos montes? Me pregunto qué habrá al otro lado... ¿el mar?

—No, señorita Cathy —contestaba yo—, hay más montes, iguales que éstos.

—Y ¿cómo son esas rocas doradas cuando estás debajo de ellas? —preguntó una vez.

El abrupto despeñadero del Risco de Penistone le llamaba particularmente la atención, en especial cuando el sol poniente brillaba en él y en las cumbres más altas, y todo el resto del paisaje alrededor quedaba en sombra. Le expliqué que eran masas de piedra desnuda, con apenas suficiente tierra en sus grietas para alimentar un árbol

raquítico.

—¿Y por qué brillan tanto tiempo después de que aquí haya oscurecido? —prosiguió.

—Porque están mucho más altos que nosotros —respondí—. No podría subirlos, son demasiado altos y empinados. En invierno la helada siempre está allí antes de llegarnos a nosotros, ¡y en pleno verano he encontrado nieve en ese hueco negro del lado noreste!

—¡Oh, tú has estado allí! —gritó con alegría—. Entonces yo también podré ir cuando sea mayor. ¿Ha estado allí papá, Ellen?

—Papá le dirá, señorita —contesté apresuradamente que no vale la pena molestarse en visitarlos. Los páramos por donde pasea con él son mucho más bonitos y el parque de la Granja de los Tordos es el sitio más hermoso del mundo.

—Pero el parque lo conozco y aquello no —murmuró para sí—. Me encantaría mirar a mi alrededor desde el borde del punto más alto. Mi poni Minny me llevará algún día.

La mención por parte de una de las criadas de la Cueva de las Hadas le trastornó completamente la cabeza con el deseo de realizar ese proyecto. Mareó con él al señor Linton quien le prometió que harían el viaje cuando fuera mayor. Pero Cathy medía su edad por meses y... «¿soy ya bastante mayor para ir al Risco de Peniston?» era la pregunta que tenía constantemente en los labios. El camino hasta allá bordeaba muy de cerca Cumbres Borrascosas. Edgar no tenía ánimos para pasar por allí, así que ella recibía siempre la misma respuesta: «Todavía no, cariño, todavía no».

Ya dije que la señora Heathcliff vivió una docena de años después de dejar a su marido. Su familia era de constitución delicada, tanto ella como Edgar carecían de esa robusta salud que encontrará usted generalmente por estas tierras. No estoy segura de cuál fue su última enfermedad, supongo que murieron los dos de lo mismo, de una especie de fiebre, lenta al principio, pero incurable, y que consumía la vida rápidamente hacia el final. Escribió para informar a su hermano del probable final de la enfermedad que venía sufriendo desde hacía cuatro meses y le suplicaba que fuera a verla, si era posible, pues tenía muchas cosas que arreglar, y quería darle su último adiós, y dejar a Linton seguro en sus manos. Tenía la esperanza de que Linton pudiera quedarse con él, lo mismo que había estado con ella. De buen grado se convencía a sí misma de que su padre no albergaba ningún deseo de asumir la carga de su mantenimiento y educación. Mi amo no dudó un momento en satisfacer su petición. Con lo reacio que era a dejar la casa por llamamientos habituales, se marchó volando en respuesta a éste. Me recomendó a Catherine a mi especial vigilancia durante su ausencia, con órdenes reiteradas de que no saliera a pasear fuera del parque, ni siquiera en mi compañía. Lejos estaba de imaginarse que fuera sola.

Estuvo ausente tres semanas. Los dos o tres primeros días mi pupila estuvo sentada en un rincón de la biblioteca, demasiado triste para leer o para jugar. En aquel estado de tranquilidad me causaba pocas molestias, pero le sucedió un periodo de

aburrimiento impaciente e inquieto. Y como yo estaba demasiado ocupada y demasiado vieja para correr de acá para allá para divertirla, se me ocurrió un sistema por el que se pudiera entretener sola. Solía mandarla a pasear por la finca... ya a pie, ya en su poni, y cuando volvía escuchaba pacientemente sus aventuras reales o imaginarias.

El verano brillaba en todo su esplendor y le cogió tanta afición a estos paseos solitarios que a menudo se las arreglaba para estar fuera desde el desayuno hasta el té, luego las tardes las pasaba contando sus fantásticas historias. Yo no temía que traspasara los límites, porque las verjas estaban generalmente cerradas y pensaba que muy difícilmente se aventuraría sola aunque estuvieran abiertas de par en par. Por desgracia mi confianza resultó infundada. Catherine vino una mañana a las ocho y dijo que ese día ella era un mercader árabe que iba a cruzar el desierto con su caravana, y que tenía que darle muchas provisiones para ella y sus animales, un caballo y tres camellos, representados por un enorme sabueso y un par de pointers. Reuní un buen acopio de golosinas en una cesta que colgué a un lado de la silla. Montó tan alegre como un hada, protegida del sol de julio por un sombrero de ala ancha y un velo de gasa y salió trotando con alegre risa, burlándose de mis cautos consejos de que evitara el galope y volviera a casa pronto. La picaruela no apareció a la hora del té. Uno de los viajeros, el sabueso, que era un perro viejo y amante de su comodidad, volvió, pero ni a Cathy, ni al poni, ni a los dos perros se les veía por ninguna parte. Mandé emisarios por este camino y por el otro, y al fin salí yo a buscarla a la aventura. Había un trabajador atareado con un seto alrededor de una plantación en los lindes de la finca. Le pregunté si había visto a nuestra señorita.

—La vi por la mañana —respondió—. Me pidió que le cortara una vara de avellano, luego saltó en su poni el seto por allí, donde está más bajo, y se perdió de vista al galope.

Puede imaginarse lo que sentí al oír esta noticia. Se me ocurrió de inmediato que debía de haberse dirigido al Risco de Penistone.

—¿Qué será de ella? —exclamé, pasando por un hueco que el hombre estaba reparando y dirigiéndome directamente al camino. Anduve, como si fuera a ganar una apuesta, milla tras milla, hasta que un recodo del camino me puso a la vista de las Cumbres, pero a Catherine no la veía ni lejos ni cerca.

El Risco está como milla y media más allá de la casa de Heathcliff, lo que hacen cuatro desde la Granja, así que empecé a temer que cayera la noche antes de que pudiera llegar allí. «¿Y si se ha resbalado tratando de escalarlos? —pensé—. ¿Y si se ha matado o roto algún hueso?». Mi incertidumbre era realmente penosa, así que al principio me hizo sentir un agradable alivio observar, cuando pasaba apresuradamente junto a las Cumbres, que Charlie, el más fiero de los pointers, yacía bajo una ventana, con la cabeza hinchada y sangrándole una oreja. Abrí el portillo y corrí a la puerta golpeándola con vehemencia para que me abrieran. Una mujer a quien conocía y que antes vivía en Gimmerton, abrió la puerta. Estaba allí de criada

desde la muerte del señor Earnshaw.

—¡Ah! —dijo—. ¡Viene en busca de su señorita! No se asuste. Está aquí a salvo, pero me alegro de que no haya sido el amo.

—Entonces no está en casa, ¿verdad? —jadeé, casi sin aliento por la carrera y el susto.

—No, no —respondió—. Tanto él como Joseph están fuera y creo que no volverán en una hora o más. Entre y descanse un poco.

Entré y vi a mi oveja descarriada sentada ante el hogar, balanceándose en una sillita que había sido de su madre cuando niña. Su sombrero colgaba de la pared y parecía encontrarse plenamente a sus anchas, riendo y charlando, lo más animada que se pueda imaginar, con Hareton —ahora un muchacho de dieciocho años grande y fuerte—, que la miraba con considerable curiosidad y asombro, comprendiendo muy poco de la fluida sucesión de observaciones y preguntas que su lengua soltaba sin cesar.

—¡Muy bien, señorita! —exclamé, disimulando mi alegría bajo un rostro enfadado—. Éste será su último paseo hasta que vuelva papá. No volveré a fiarme de usted ni para que cruce el umbral, ¡niña traviesa!

—¡Ah, Ellen! —gritó alegremente, dando un salto y corriendo a mi lado—. Tendré una bonita historia que contarte esta noche. ¡Así que me has descubierto! ¿Has estado aquí alguna vez en tu vida?

—Póngase el sombrero y a casa inmediatamente —dije yo—. Estoy terriblemente enfadada con usted, señorita Cathy, ha hecho muy mal. Es inútil hacer pucheros y llorar, eso no compensará el disgusto que me ha dado recorriendo el campo en su busca. Pensar lo que me encareció el señor Linton que no la dejara salir de casa, ¡y usted escapándose así! Demuestra que es una zorrilla taimada y nadie volverá a confiar más en usted.

—¿Que he hecho? —sollozó, paralizada al instante—. Papá no me encargó nada, y no me riñe, Ellen. ¡Ni se enfada nunca como tú!

—¡Vamos, vamos! —repetí—. Le ataré la cinta. Ahora dejémonos de petulancias. ¡Oh, qué vergüenza! ¡Trece años y tan infantil!

La causa de esta exclamación fue que se había quitado el sombrero y huido hacia la chimenea, fuera de mi alcance.

—No —dijo la sirvienta—. No sea dura con la guapa jovencita, señora Dean. Nosotros la detuvimos. Ella quería seguir su camino por miedo a que usted se inquietara. Pero Hareton se ofreció a acompañarla y me pareció que debía hacerlo. El camino es abrupto por las colinas.

Hareton, durante la discusión, estaba con las manos en los bolsillos, demasiado incómodo para hablar, aunque parecía que no le había hecho ni pizca de gracia mi intrusión.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar? —continué, sin hacer caso de la interferencia de la mujer—. Dentro de diez minutos será de noche. ¿Dónde está el

poni, señorita Cathy? ¿Dónde está Phoenix? La dejaré aquí si no se da prisa, así que haga lo que le plazca.

—El poni está en el patio —respondió—, y Phoenix está encerrado allí. Le han mordido, y también a Charlie. Iba a contártelo todo, pero estás de mal humor y no mereces oírlo.

Recogí el sombrero y me acerqué para volver a ponérselo, pero, percatándose de que la gente de la casa estaba de su parte, empezó a correr y a saltar por la habitación y, al perseguirla yo, corría como un ratón por encima, por debajo y por detrás de los muebles, convirtiendo en ridícula mi persecución. Hareton y la mujer se reían y ella se les unió, aumentando aún más su impertinencia, hasta que grité muy indignada:

—Bueno, señorita Cathy, si supiera de quién es esta casa, estaría muy contenta de marcharse.

—Es de tu padre, ¿no es verdad? —dijo, volviéndose a Hareton.

—No —respondió él, bajando la vista y sonrojándose tímidamente. No pudo mantener la mirada fija en los ojos de ella, aunque eran sus mismos ojos.

—De quién, entonces... ¿de tu amo? —preguntó Catherine.

Hareton se ruborizó más, pero ahora con un sentimiento distinto de la vergüenza, masculló un juramento y se dio la vuelta.

—¿Quién es su amo? —continuó la pesada chica, dirigiéndose a mí—. Hablaba de «nuestra casa» y de «nuestra familia». Creí que era el hijo del dueño. Nunca me llamó «señorita», debería haberlo hecho si es un criado, ¿no es verdad?

Hareton se puso negro como una nube de tormenta ante aquel razonamiento infantil. Sacudí en silencio a mi preguntona y, al fin, conseguí prepararla para la partida.

—Ahora, tráeme mi caballo —dijo, dirigiéndose a su desconocido pariente como lo hubiera hecho a los mozos de cuadra de la Granja—. Y puedes venir conmigo. Quiero ver en qué sitio de la ciénaga aparece el cazador de duendes, y saber más de las «hadinas», como tú las llamas, pero date prisa. ¿Qué pasa? Te he dicho que me traigas el caballo.

—¡Antes te veré condenada que ser tu criado! —gruñó el muchacho.

—¿Me verás qué? —preguntó Catherine sorprendida.

—¡Condenada... bruja descarada! —replicó él.

—¡Ahí tiene, señorita Cathy! Ya ve que ha caído en buena compañía —interrumpí—. ¡Bonitas palabras para decírselas a una joven! Por favor, no empiece a discutir con él. Vamos, recojamos a Minny nosotras mismas y marchémonos.

—Pero, Ellen —gritó, mirando fijamente y paralizada de estupor—. ¿Cómo se atreve a hablarme él de ese modo? ¿No se le puede obligar a que haga lo que le digo? ¡Malvado, le contaré a papá lo que has dicho... ya verás!

A Hareton no pareció afectarle mucho la amenaza, así que a ella le brotaron de los ojos lágrimas de indignación.

—¡Traiga el poni —exclamó, volviéndose a la mujer—, y suelte a mi perro ahora

mismo!

—Calma, señorita —respondió la mujer—. No perderá nada siendo cortés. Porque aunque el señor Hareton no sea hijo del amo, es primo de usted, y a mí nunca me contrataron para servirla.

—¡Él mi primo! —gritó Cathy con risa despectiva.

—Sí, desde luego —respondió su reprensora.

—¡Oh, Ellen! ¡No les dejes decir esas cosas! —continuó muy turbada—. Papá ha ido a buscar a mi primo a Londres, mi primo es hijo de un caballero. Ése, mi... —se detuvo y rompió a llorar, disgustada ante la simple idea del parentesco con semejante patán.

—¡Calle, calle! —susurré—. Se pueden tener muchos primos y de todas las clases, señorita Cathy, sin que por ello seamos peores, sólo que no hace falta mantener su amistad cuando son desagradables y malos.

—¡No es... no es mi primo, Ellen! —continuó, aumentando más su dolor con la reflexión, y echándose en mis brazos como para refugiarse de la idea.

Yo estaba muy enojada con ella y con la criada por sus mutuas revelaciones, al no caberme ninguna duda de que la inminente llegada de Linton, comunicada por la primera, sería transmitida al señor Heathcliff y estar igualmente segura de que el primer pensamiento de Catherine a la vuelta de su padre sería buscar una explicación a lo dicho por la segunda respecto de su malcriado pariente. Hareton, repuesto de su disgusto al ser tomado por criado, parecía conmovido por la aflicción de la niña y, después de traer el poni a la puerta, cogió de la perrera, para aplacarla, un bonito cachorro de terrier paticorto y, poniéndoselo en la mano, le pidió que dejara de llorar, porque no había querido ofenderla. Interrumpiendo sus lamentos, ella le echó una mirada de horror y de miedo y luego volvió a llorar de nuevo.

Apenas pude contener la sonrisa ante esta antipatía hacia el pobre chico, que era un joven bien formado, atlético, bien parecido en sus facciones, sano y robusto, pero vestido con ropas propias de sus ocupaciones cotidianas de trabajar en la granja y holgazanear por los páramos tras los conejos y la caza. No obstante, pensé que se podía detectar en su fisonomía una mente que poseía mejores cualidades que las que nunca tuvo su padre. Buenas semillas, seguro, perdidas entre una maraña de malas hierbas cuya fertilidad ahogaba con creces su descuidado cultivo, pero, a pesar de todo, eran la prueba de un suelo rico que podría producir exuberantes cosechas en circunstancias más favorables. El señor Heathcliff, creo yo, no le había maltratado físicamente, gracias a su carácter intrépido, que no tentaba a esa clase de opresión. No tenía nada de esa tímida susceptibilidad que hubiera dado gusto maltratar, a juicio de Heathcliff. Parecía que había puesto su maldad en embrutecerle. Nunca le enseñó a leer ni a escribir, nunca le reprendió por ninguna mala costumbre que no molestara a su guardián, nunca le guió un solo paso hacia la virtud ni le previno con un solo precepto contra el vicio. Y, por lo que oí, Joseph contribuyó mucho a su deterioro con su parcialidad de estrechas miras que le impulsaba a adularle y mimarle, desde niño,

porque era el cabeza de la vieja familia. Y lo mismo que había tenido la costumbre de acusar a Catherine Earnshaw y a Heathcliff, cuando niños, de agotar la paciencia del amo llevándole a buscar consuelo en la bebida con lo que él llamaba sus «vergonzosos modales», así ahora echaba toda la carga de las faltas de Hareton sobre los hombros del usurpador de su propiedad. Si el chico decía palabrotas no le corregía, ni siquiera cuando se portaba mal. A Joseph, al parecer, le producía satisfacción verle caer en los peores extremos. Admitía que estaba echado a perder, que su alma estaba entregada a la perdición, pero entonces razonaba que era Heathcliff el que tenía que responder de ello, que hallarían en sus manos la sangre de Hareton, y ese pensamiento le producía un inmenso consuelo. Joseph le había inculcado el orgullo de su nombre y de su linaje y, de haberse atrevido, habría alimentado el odio entre él y el actual propietario de las Cumbres, pero su miedo a aquel propietario llegaba a la superstición, de modo que limitaba sus sentimientos hacia él a insinuaciones entre dientes y a amenazas en su fuero interno. No pretendo conocer íntimamente el modo de vida habitual por aquel entonces en Cumbres Borrascosas. Sólo hablo de oídas, pues vi poco. La gente del pueblo afirmaba que el señor Heathcliff era tacaño y un amo duro y cruel para sus arrendatarios. Pero que la casa, por dentro, había recuperado su antiguo aspecto de comodidad bajo el gobierno de una mujer y que las escenas turbulentas, frecuentes en tiempos de Hindley, no se representaban ahora dentro de sus paredes. El amo era demasiado lúgubre para buscar la compañía de nadie, bueno o malo, y todavía lo es.

Con esto, sin embargo, no hago avanzar mi historia. La señorita Catherine rechazó la ofrenda de paz del cachorro y pidió sus propios perros, Charlie y Phoenix. Vinieron cojeando y cabizbajos, y partimos para casa de muy mal humor la una y la otra. No pude sacarle a mi señorita cómo había pasado el día, excepto que, como suponía, el objetivo de su peregrinaje era el Risco de Peniston y que llegó, sin nada que destacar, a la verja de la granja cuando casualmente salía Hareton, acompañado de algunos seguidores caninos que atacaron a su séquito. Libraron una buena batalla hasta que sus dueños consiguieron separarlos, lo que sirvió de presentación. Catherine le dijo a Hareton quién era y adónde iba y le pidió que le mostrara el camino, engatusándole, al fin, para que la acompañara. Le descubrió los misterios de la Cueva de las Hadas y de otros veinte extraños parajes. Pero, como había caído en desgracia, no me vi favorecida con la descripción de las cosas interesantes que había visto. Pude colegir, sin embargo, que su guía había sido un favorito hasta que ella hirió sus sentimientos dirigiéndose a él como a un criado y el ama de llaves de Heathcliff hirió los suyos diciéndole que era su primo. Luego, el lenguaje que había empleado todavía le encogía el corazón. ¡Ella que siempre era «amor», «cariño», «reina», «ángel» para todos en la Granja, ser insultada tan espantosamente por un extraño! No lo entendía y mucho trabajo me costó conseguir la promesa de que no expondría el agravio a su padre. Le expliqué cómo desaprobaba a todos los de la casa de las Cumbres y cuánto le disgustaría saber que había estado allí, pero insistí, sobre

todo, en el hecho de que si revelaba mi negligencia en el cumplimiento de sus órdenes, quizá se enfadara tanto que tendría que dejar la casa, y como Cathy no podía soportar esa perspectiva, dio su palabra y la mantuvo. Después de todo, era una niña encantadora.

CAPÍTULO XIX

Una carta ribeteada de negro anunció la llegada de mi amo. Isabella había muerto y me escribía para que vistiera de luto a su hija y dispusiera una habitación, y todo lo necesario, para su joven sobrino. Catherine estaba loca de alegría ante la idea de volver a ver a su padre y se entregó a las más optimistas previsiones sobre las innumerables excelencias de su «verdadero» primo. Llegó la tarde de su esperado regreso. Desde temprano por la mañana había estado ocupada ordenando sus pequeños asuntos, y ahora, vestida con su nuevo traje negro —pobrecita, la muerte de su tía no le había causado ningún dolor especial—, me obligó, molestándome constantemente, a atravesar con ella la finca para recibirles.

—Linton tiene exactamente seis meses menos que yo —parloteaba, mientras caminábamos tranquilamente por los altibajos del musgoso césped a la sombra de los árboles—. ¡Qué delicia será tenerle de compañero de juego! La tía Isabella mandó a papá un precioso rizo de su pelo. Era más claro que el mío... más rubio, e igualmente fino. Lo conservo cuidadosamente en una cajita de cristal y a menudo he pensado qué placer sería ver a su dueño. ¡Oh, qué feliz soy... y papá, querido, querido papá! ¡Vamos, Ellen, corramos, corramos!

Corría, volvía, y echaba a correr de nuevo muchas veces antes de que mis mesurados pasos llegaran a la verja. Entonces se sentó en el borde de hierba junto al camino y trató de esperar pacientemente, pero era imposible, no podía estarse quieta ni un minuto.

—¡Cuánto tardan! —exclamó—. Veo algo de polvo en el camino... ya vienen. ¡No! ¿Cuándo estarán aquí? ¿No podríamos ir un poco más lejos... media milla, Ellen, sólo media milla? ¡Di que sí, hasta ese grupo de abedules del recodo!

Me negué rotundamente. Por fin terminó su expectación: el coche estaba a la vista. Cathy se puso a chillar y a extender los brazos en cuanto vio la cara de su padre mirando por la ventanilla. Bajó casi tan impaciente como ella, y pasó un buen rato antes de que pudieran pensar en nadie más que en ellos mismos. Mientras intercambiaban caricias, eché un vistazo dentro del coche para ocuparme de Linton. Estaba dormido en un rincón, envuelto en una abrigada capa, forrada de piel, como si fuera invierno. Era un chico pálido, delicado, afeminado, al que se podía haber tomado por hermano menor de mi amo, tan grande era su parecido, pero había en su aspecto una irritación enfermiza que Edgar Linton nunca tuvo. Este me vio mirando y, después de estrecharme la mano, me aconsejó que cerrara la portezuela y que no le molestara porque el viaje le había fatigado. Cathy tenía ganas de echarle un vistazo, pero su padre le dijo que fuera con él y caminaron juntos por el parque, mientras yo me adelantaba para avisar a los criados.

—Ten en cuenta, querida —dijo el señor Linton, dirigiéndose a su hija, cuando se pararon al pie de los escalones de la puerta principal—, que tu primo no es tan fuerte ni tan alegre como tú, y recuerda que ha perdido a su madre hace muy poco, por lo

tanto, no esperes que juegue y corra por ahí contigo de inmediato, déjale tranquilo esta tarde al menos, ¿quieres?

—Sí, sí, papá —respondió Catherine—. Pero yo quiero verle, y no se ha asomado ni una vez.

El coche se paró y, una vez despertado el durmiente, su tío le levantó y le puso en el suelo.

—Ésta es tu prima Cathy, Linton —dijo, juntando sus manitas—. Ella ya te quiere mucho, así que ten cuidado con entristecerla esta noche llorando. Trata de estar alegre ahora. El viaje se acabó, y no tienes nada que hacer más que descansar y divertirte como te apetezca.

—Entonces déjame ir a la cama —continuó el niño, esquivando el saludo de Catherine y llevándose las manos a los ojos para quitarse unas lágrimas incipientes.

—Vamos, vamos, sea un buen chico —susurré, conduciéndole adentro—. ¡Va usted a hacerla llorar también... vea qué triste está por usted!

No sé si era de pena por él, pero su prima puso una cara tan triste como la suya y volvió con su padre. Los tres entraron y subieron a la biblioteca donde el té estaba servido. Le quité la gorra y el abrigo a Linton y le senté en una silla junto a la mesa, pero en cuanto se sentó empezó a llorar otra vez. Mi amo le preguntó qué le pasaba.

—No puedo estar sentado en una silla —sollozó el muchacho.

—Vete al sofá entonces y Ellen te llevará un poco de té —le respondió su tío pacientemente.

Tuve el convencimiento de que su irritable y enfermizo pupilo le había sometido a duras pruebas durante el viaje. Linton se arrastró lentamente hasta allí y se tumbó. Cathy acercó un escabel y su taza y se sentó a su lado. Al principio estaba en silencio, pero eso no podía durar mucho. Había decidido mimar a su primito como tenía pensado. Empezó a acariciarle los rizos, besarle en la mejilla y ofrecerle té en su platillo como a un niño pequeño. Y aquello le gustó, pues no era mucho más que eso. Se secó los ojos y una leve sonrisa le iluminó la cara.

—Oh, le irá bien —me dijo el amo, después de observarles un minuto—. Muy bien, Ellen, si podemos tenerle con nosotros. La compañía de una niña de su edad le infundirá pronto nuevos ánimos y deseando ser fuerte, lo será.

«¡Sí, si podemos tenerle con nosotros!», pensé para mis adentros. Me asaltaron dolorosos celos de que había pocas esperanzas de ello, y luego pensé cómo viviría aquel enclenque en Cumbres Borrascosas, entre su padre y Hareton, ¡qué compañeros de juego y qué maestros! Nuestras dudas se disiparon muy pronto... incluso mucho antes de lo que yo esperaba. Acababa de llevar a los niños arriba, después de terminado el té, y dejado a Linton dormido —no me permitió marcharme hasta entonces—, y había bajado y estaba junto a la mesa del vestíbulo encendiendo una vela para el dormitorio del señor Linton, cuando una criada salió de la cocina y me informó que Joseph, el criado del señor Heathcliff, estaba en la puerta y quería hablar con el amo.

—Le preguntaré qué quiere primero —dije, notablemente preocupada—. Es una hora muy intempestiva para molestar a la gente y más cuando acaban de llegar de un largo viaje. No creo que el señor pueda verle.

Joseph había atravesado la cocina mientras yo pronunciaba esas palabras y ahora se presentaba en el vestíbulo. Llevaba puesta la ropa de los domingos y la cara más santurrona y avinagrada y, sujetando el sombrero con una mano y el bastón con la otra, procedió a limpiarse los zapatos en el felpudo.

—Buenas noches, Joseph —dije fríamente—. ¿Qué te trae aquí esta noche?

—Es con el señor Linton con quien quiero hablar —respondió, apartándose con gesto de desdén.

—El señor Linton se está acostando, a no ser que tengas algo especial que decirle, estoy segura de que no te escuchará ahora —continué—. Será mejor que te sientes y me confíes tu mensaje a mí.

—¿Cuál es su habitación? —continuó el hombre, pasando revista a la hilera de puertas cerradas.

Comprendí que estaba decidido a rechazar mi mediación, así que subí de muy mala gana a la biblioteca y anuncié al inoportuno visitante, aconsejando que se le despidiera hasta el día siguiente. El señor Linton no tuvo tiempo de autorizarme a hacerlo, porque subió pisándome los talones y, metiéndose en la habitación, se plantó en el otro extremo de la mesa, con las dos manos puestas en el puño del bastón, y empezó en voz alta como anticipándose a una negativa:

—Heathcliff me ha mandado a por su hijo y no me puedo volver sin él.

Edgar Linton guardó silencio un minuto. Una expresión de profundo dolor veló su rostro. El niño ya le daba lástima a él, pero recordando las esperanzas y temores de Isabella, los angustiosos deseos respecto de su hijo y sus recomendaciones de que lo tomara a su cargo, le dolía amargamente la perspectiva de entregarlo, y buscaba en su corazón el medio de evitarlo. No se le ocurrió ningún plan. La mera exposición del deseo de retenerle hubiera hecho la reclamación más perentoria. No había más remedio que entregarlo. Pero no iba a despertarlo de su sueño.

—Dígale al señor Heathcliff —respondió con calma— que su hijo irá a Cumbres Borrascosas mañana. Ahora está en la cama y demasiado cansado para hacer el camino. Puede usted decirle también que la madre de Linton deseaba que quedara bajo mi tutela y que, en la actualidad, su salud es muy precaria.

—¡No! —dijo Joseph, dando un golpe en el suelo con el bastón y adoptando un aire autoritario—. ¡No! Eso no quiere decir nada. A Heathcliff no le importa la madre, ni usted tampoco, pero quiere tener a su hijo, y tengo que llevárselo... ¡así que ya lo sabe!

—No se lo llevará esta noche —contestó Linton con decisión—. Salga inmediatamente y repita a su amo lo que le he dicho. Ellen, acompáñale. Fuera...

Y cogiendo al indignado viejo por un brazo, le sacó de la habitación y cerró la puerta.

—¡Muy bien! —gritó Joseph mientras se retiraba con lentitud—. Mañana vendrá él mismo y échelo si se atreve.

CAPÍTULO XX

Para evitar el peligro de que esta amenaza se cumpliera, el señor Linton me encargó que llevara el niño a su casa temprano en el poni de Catherine, y me dijo:

—Como ahora no tendremos ninguna influencia sobre su destino, ni para bien ni para mal, no debes decir a mi hija dónde ha ido. No podrá relacionarse con él de ahora en adelante, y es mejor para ella que ignore su proximidad, no sea que se vuelva impaciente y ansiosa por visitarlas Cumbres. Simplemente dile que su padre ha mandado a buscarle repentinamente y que se ha visto obligado a dejarnos.

Linton resultó muy reacio a levantarse de la cama a las cinco de la mañana y se quedó atónito al saber que tenía que prepararse para seguir su viaje, pero suavicé el asunto diciéndole que iba a pasar una temporada con su padre, el señor Heathcliff, que deseaba tanto verlo que no quería retrasar ese placer hasta que estuviera repuesto de su último viaje.

—¡Mi padre! —exclamó con extraña perplejidad—. Mamá nunca me dijo que tuviera un padre. ¿Dónde vive? Prefiero quedarme con mi tío.

—Vive a corta distancia de la Granja —respondí—, justo detrás de esas colinas, no tan lejos que no pueda usted venir aquí andando cuando esté fuerte. Debe estar contento de ir a casa a verle. Tiene que procurar quererle, como quiso a su madre, y entonces él le querrá a usted.

—Pero ¿por qué no he oído hablar de él antes? —preguntó Linton—. ¿Por qué mamá y él no vivían juntos, como hacen los demás?

—Tenía negocios que le retenían en el norte y la salud de su madre la obligaba a residir en el sur.

—¿Y por qué mamá no me habló de él? —insistió el niño—. Me hablaba a menudo de mi tío y aprendí a quererle hace mucho. ¿Cómo voy a querer a papá si no le conozco?

—Oh, todos los niños quieren a sus padres —expliqué yo—. Su madre quizá pensó que usted querría irse con él si se lo mencionaba con frecuencia. Démonos prisa. Un temprano paseo a caballo en una mañana tan hermosa es preferible a una hora más de sueño.

—¿Va a venir ella con nosotros —preguntó—, la niña que vi ayer?

—Ahora no —respondí.

—¿Y mi tío? —continuó.

—No, yo le acompañaré hasta allí —le contesté.

Linton se volvió a hundir en la almohada y se quedó ensimismado.

—No iré sin mi tío —gritó al fin—. No sé adónde quieres llevarme.

Intenté convencerle de la maldad de mostrar desgana por conocer a su padre, pero se resistía obstinadamente a vestirse y tuve que recurrir a la ayuda de mi amo para hacerle salir de la cama. La pobre criatura partió, al fin, con diversas y engañosas garantías de que su ausencia sería corta, que el señor Linton y Cathy le visitarían, y

otras promesas igualmente sin fundamento que yo inventaba y repetía a intervalos durante el camino. El aire puro perfumado de brezo, el sol resplandeciente y el suave trotecillo de Minny aliviaron al poco rato su abatimiento. Empezó a hacerme preguntas relativas a su nueva casa y sus habitantes con mayor interés y vivacidad.

—¿Es Cumbres Borrascosas un lugar tan agradable como la Granja de los Tordos? —preguntó, volviéndose para echar la última mirada al valle del que subía una ligera neblina que formaba una nube aborregada en los confines del cielo azul.

—No está tan cubierto de árboles —respondí—, y no es tan grande, pero se puede ver maravillosamente el campo todo alrededor, y el aire es más sano para usted... más puro y más seco. Quizá al principio le parezca un edificio viejo y sombrío, pero es una casa muy respetable, la segunda de la vecindad. Y podrá dar unos bonitos paseos por los páramos. Hareton Earnshaw —que es el otro primo de la señorita Cathy, y de usted en cierto modo—, le mostrará los sitios más deliciosos, y en el buen tiempo podrá traer un libro y convertir una hondonada verde en su estudio y, de cuando en cuando, puede que su tío se le una para el paseo, porque con frecuencia pasea por las colinas.

—¿Y cómo es mi padre? —preguntó—. ¿Es tan joven y guapo como es el tío?

—Es tan joven como él —respondí—, pero tiene el pelo y los ojos negros, y el aspecto más serio. En conjunto es más alto y más grande. Quizá no le parezca tan cariñoso y amable al principio, porque no es su estilo, pero procure ser franco y cordial con él y, naturalmente, él le querrá más que cualquier tío, porque usted es su hijo.

—Pelo y ojos negros —caviló Linton—. No me lo puedo imaginar. Entonces no me parezco a él, ¿verdad?

—No mucho —respondí. «Ni pizca», pensé, revisando con pena la blanca tez y delgada figura de mi compañero, y sus enormes ojos lánguidos... los de su madre, pero sin rastro de su chispeante espíritu, salvo que una irritabilidad morbosa los encendiera por un momento.

—¡Qué raro que no viniera nunca a vernos a mamá y a mí! —murmuró—. ¿Me ha visto alguna vez? Si me ha visto yo debía de ser muy pequeño. ¡No recuerdo nada de él!

—Bueno, señorito Linton —dije—, trescientas millas es una larga distancia, y diez años le parecen una duración muy distinta a una persona mayor, comparados con lo que significan para usted. Es probable que el señor Heathcliff se propusiera ir un verano tras otro, pero nunca encontrara la conveniente oportunidad, y ahora es demasiado tarde. No le moleste con preguntas sobre ese tema, le enojaría para nada.

El chico estuvo completamente entregado a sus propios pensamientos el resto del viaje, hasta que nos detuvimos ante la verja del jardín de las Cumbres. Le observé para captar en el rostro sus impresiones. Examinó con solemne intensidad las esculturas de la fachada y las ventanas sombrías, los dispersos arbustos de grosella, los retorcidos abetos, y luego movió negativamente la cabeza. Sus sentimientos

íntimos desaprobaban por completo el exterior de su nueva morada, pero tuvo el buen sentido de posponer sus quejas, quizá hubiera compensaciones en el interior. Antes de que desmontara, fui a abrir la puerta. Eran las seis y media. La familia acababa de desayunar. La criada estaba recogiendo y limpiando la mesa. Joseph, de pie junto a la silla de su amo, le contaba algo de un caballo cojo, y Hareton se preparaba para ir al campo de heno.

—¡Hola, Nelly! —gritó el señor Heathcliff cuando me vio—. Me temí que tendría que ir yo mismo a buscar mi propiedad. Lo has traído, ¿verdad? Veamos qué podemos hacer de él.

Se levantó y fue a la puerta a zancadas. Hareton y Joseph le siguieron boquiabiertos de curiosidad. El pobre Linton recorrió con ojos asustados los rostros de los tres.

—¡Está claro —dijo Joseph, después de una grave inspección— que se lo ha cambiado, amo, y aquí le ha enviado a su hija!

Heathcliff, después de mirar a su hijo fijamente, hasta dejarle febrilmente confuso, soltó una despectiva carcajada.

—¡Dios mío! ¡Qué belleza! ¡Qué cosa más preciosa y encantadora! —exclamó—. ¿Lo han criado a base de caracoles y leche ácida, Nelly? ¡Oh, maldita sea mi alma! ¡Es peor de lo que me esperaba... y el diablo sabe que no me había hecho ilusiones!

Le dije al tembloroso y aturdido niño que se bajara y entrara. No entendió bien el significado de las palabras de su padre, ni si se referían a él, es más, no estaba ni siquiera seguro de que aquel extraño, sombrío y sarcástico, fuera su padre, sino que se agarró a mí cada vez más atemorizado y al tomar asiento el señor Heathcliff y decirle «ven aquí», escondió la cara en mi hombro y se echó a llorar.

—¡Vamos, vamos! —dijo Heathcliff alargando una mano y arrastrándolo bruscamente hasta sus rodillas y levantándole luego la cabeza por el mentón—. ¡Nada de tonterías! No te vamos a hacer daño, Linton... ¿no es ése tu nombre? ¡Eres el vivo retrato de tu madre, del todo! ¿Dónde está mi parte en ti, polluelo llorón?

Le quitó la gorra y echó atrás sus espesos rizos rubios, palpó sus flacos brazos y sus finos dedos. Durante este examen Linton dejó de llorar y levantó sus grandes ojos azules para inspeccionar al inspector.

—¿Me conoces? —preguntó Heathcliff después de asegurarse de que todos sus miembros eran igualmente frágiles y endebles.

—No —dijo Linton con una mirada de vago temor.

—Habrás oído hablar de mí, supongo.

—No —respondió de nuevo.

—¿No? ¡Qué vergüenza para tu madre, no haber despertado nunca tu filial afecto hacia mí! Pues tú eres mi hijo, te lo aseguro, y tu madre era una malvada fulana por dejarte en la ignorancia de la clase de padre que tenías. Bien, no hagas muecas ni te sonrojes, aunque ya es algo ver que tienes sangre en las venas. Sé buen chico y cuidaré de ti. Nelly, si estás cansada siéntate, si no vuelve a casa. Supongo que

contarás a esa nulidad de la Granja todo lo que oyes y ves, y esta criatura no se calmará mientras andes por aquí.

—Bueno —respondí—, espero que sea bueno con el niño, señor Heathcliff, o no lo tendrá mucho tiempo, y es el único pariente que tiene usted en el ancho mundo, al único al que conocerá jamás... recuérdelo.

—Seré muy bueno con él, no tengas miedo —dijo, riendo—. Sólo que nadie más deberá ser bueno con él. Quiero monopolizar su cariño celosamente. Y para empezar con mis bondades: Joseph tráele al niño algo de desayunar. Tú, Hareton, cachorro infernal, lárgate a tu trabajo. Sí, Nelly —añadió cuando se hubieron ido—, mi hijo es el futuro propietario de tu casa, y no quisiera que muriera hasta no estar seguro de ser su sucesor. Además, él es mío y quiero el triunfo de ver a mi descendiente dueño y señor de las tierras de los Linton. Mi hijo arrendando a los suyos las tierras de sus padres para que las cultiven por un salario. Es la única consideración que me hace soportar al crío. ¡Por él le desprecio y por los recuerdos que me revive le odio! Pero ese pensamiento me basta. Estará tan seguro conmigo, y será atendido con tanto cuidado como tu amo atiende a su hija. Tengo arriba una habitación amueblada para él de forma elegante. He contratado también a un preceptor para que venga tres veces por semana, desde veinte millas de distancia, para enseñarle lo que quiera aprender. He ordenado a Hareton que le obedezca. De hecho, he arreglado todo con el fin de preservar lo que haya en él de superior y de caballero por encima de sus compañeros. Lamento, sin embargo, que valga tan poco la pena. Si yo deseaba una bendición en el mundo era encontrar en él algo digno de orgullo, y estoy muy decepcionado con este desgraciado llorón de cara pálida.

Mientras hablaba, Joseph volvió con un tazón de gachas de avena con leche y lo puso delante de Linton, quien dio vueltas a aquel rancho casero con cara de asco y dijo que no podía comerlo. Vi que el viejo criado compartía en gran medida el desprecio de su amo por el niño, aunque estaba obligado a guardar el sentimiento en su corazón, porque Heathcliff había dejado claro que sus subordinados le trataran con respeto.

—¿Que no lo puede comer? —repitió mirando escrutadoramente la cara de Linton y bajando la voz a un murmullo por miedo a que le oyeran—. Pues el señorito Hareton nunca comió otra cosa cuando era pequeño, y lo que fue bueno para él es bueno para usted, me parece a mí.

—¡No lo comeré! —contestó Linton con brusquedad—. Llévatelo.

Joseph cogió el alimento con indignación y nos lo trajo.

—¿Qué hay de malo en este plato? —preguntó, metiendo la bandeja bajo las narices de Heathcliff.

—¿Qué tiene que haber? —dijo.

—¡Vaya! —respondió Joseph—, que ese melindroso dice que no puede comerlo. Pero supongo que tiene razón. Su madre era igual... éramos demasiado sucios para sembrar el trigo con que hacer su pan.

—No me mientes a su madre —dijo el amo enfadado—. Tráele algo que pueda comer, eso es todo. ¿Qué come habitualmente, Nelly?

Sugerí leche hervida o té, y el ama de llaves recibió orden de preparárselo. «Vaya —pensé—, el egoísmo del padre puede que contribuya a su bienestar. Se da cuenta de su delicada constitución y de la necesidad de tratarlo razonablemente bien. Consolaré al señor Linton informándole del sesgo que ha tomado el humor del señor Heathcliff». Sin ninguna excusa para entretenerme más tiempo, me escabullí mientras Linton se ocupaba en rechazar tímidamente los avances amistosos de un perro pastor. Pero estaba demasiado alerta para que le engañaran. Según cerré la puerta oí un grito y la frenética repetición de las palabras:

—¡No me dejes! ¡No quiero quedarme aquí, no quiero quedarme aquí!

Luego el picaporte se levantó y cayó. No le dejaron salir. Monté en Minny, la puse al trote, y así terminó mi breve tutela.

CAPÍTULO XXI

Penoso trabajo el que nos dio la pequeña Cathy aquel día. Se levantó llena de alegría, impaciente por juntarse con su primo, pero a la noticia de su partida siguieron lágrimas y lamentos tan apasionados, que el mismo Edgar se vio obligado a consolarla afirmando que volvería pronto. Añadió, sin embargo, «si lo consigo», y de eso no había ninguna esperanza. Esa promesa apenas la tranquilizó, pero el tiempo pudo más y, aunque de vez en cuando preguntaba a su padre cuando volvería Linton, antes de que lo viera de nuevo sus facciones se habían difuminado tanto en su memoria que no le reconoció.

Cuando por casualidad encontraba al ama de llaves de Cumbres Borrascosas en mis visitas de compras a Gimmerton, solía preguntarle cómo iba el señorito, pues vivía tan recluido como la propia Catherine y no se le veía nunca. Por lo que contaba pude deducir que seguía con mala salud y que resultaba fastidioso. Dijo que al señor Heathcliff parecía desagradarle cada vez más, aunque se esforzaba en ocultarlo. El tono de su voz le era antipático y no soportaba estar sentado en la misma habitación muchos minutos seguidos. Raras veces charlaban. Linton aprendía sus lecciones y pasaba las tardes en un pequeño cuarto que llamaban la salita, o si no se quedaba en la cama todo el día, pues constantemente tenía toses, resfriados, achaques y dolores de algún tipo.

—Nunca conocí a una criatura tan pusilánime —añadió la mujer—, ni tan puntillosa con su salud. Lo pesado que se pone si dejo la ventana abierta un poco tarde al anochecer: «¡Oh, es mortal! ¡Una ráfaga de aire nocturno!». Y hay que encenderle un fuego en pleno verano, y la pipa de tabaco de Joseph es veneno, y tiene que tener siempre caramelos y golosinas, y siempre leche y más leche... sin importarle que en invierno tengamos que privarnos de ella los demás, y allí está, envuelto en su capa forrada de piel, sentado en su silla junto al fuego, con alguna tostada y agua u otra bazofia en la repisa de la chimenea para sorber, y cuando Hareton, por compasión, se acerca a entretenerle —Hareton, aunque rudo, no es malo—, seguro que se separan uno maldiciendo y el otro llorando. Creo que al amo le encantaría que Earnshaw le moliera a palos si no fuera su hijo, y estoy segura de que sería capaz de echarle de casa si supiera la mitad de los mimos que le prodiga. Pero claro, no corre el riesgo de la tentación: nunca entra en la salita, y si Linton muestra esos caprichos en la sala, donde está él, le manda arriba inmediatamente.

Adiviné por este relato que la total falta de afecto había hecho al joven Heathcliff egoísta y desagradable, si es que no lo era ya de nacimiento, y mi interés por él, en consecuencia, decayó, aunque aún me conmovía un sentimiento de dolor por su suerte y un deseo de que le hubieran dejado con nosotros. El señor Linton me animaba a obtener información. Me imagino que pensaba mucho en él y hubiera corrido algún riesgo por verle. Una vez me dijo que preguntara al ama de llaves si iba alguna vez al pueblo. Ella me contó que sólo había ido dos veces, a caballo,

acompañando a su padre y las dos aparentó estar completamente destrozado durante los tres o cuatro días siguientes. El ama de llaves les dejó, si mal no recuerdo, dos años después de llegar él, y la sucedió otra que yo no conocía y todavía vive allí.

El tiempo transcurrió en la Granja tan plácidamente como antes hasta que la señorita Cathy cumplió dieciséis años. En el aniversario de su nacimiento nunca mostrábamos regocijo alguno porque era también el de la muerte de mi última señora. Su padre invariablemente pasaba el día en la biblioteca y al atardecer se iba andando hasta el cementerio de Gimmerton, donde con frecuencia se quedaba hasta pasada la medianoche. Por tanto, Catherine se veía reducida a sus propios recursos para divertirse. El veinte de marzo era un hermoso día de primavera, y cuando su padre se hubo retirado, mi señorita bajó vestida para salir y dijo que había pedido permiso para dar un paseo por el borde de los páramos conmigo, que el señor Linton se lo había dado a condición de que no nos alejáramos mucho y volviéramos antes de una hora.

—¡Así que date prisa, Ellen! —exclamó—. Sé adónde quiero ir. A un sitio donde hay una bandada de perdices. Quiero ver si ya han hecho sus nidos.

—Eso debe de estar muy lejos —respondí—, no se crían en el borde del páramo.

—No, no está lejos —dijo ella—. He ido muy cerca con papá.

Me puse el sombrero y salimos sin pensar más en el asunto. Ella saltaba delante de mí y volvía a mi lado y se alejaba otra vez como un pequeño galgo. Al principio me entretuvo mucho escuchar el canto de las alondras aquí y allá, disfrutar del sol agradable y cálido, contemplarla a ella, mi niña mimada, mi delicia, con sus rizos dorados flotando sueltos por detrás, y sus relucientes mejillas floreciendo tan suaves y puras como una rosa silvestre, y sus ojos radiantes de placer sin sombras. Era una criatura feliz, y un ángel, por aquellos días. Es una lástima que no estuviera satisfecha.

—Bueno —dije—, ¿dónde están sus perdices, señorita Cathy? Ya deberíamos verlas, la cerca del parque de la Granja la hemos dejado ya muy atrás.

—¡Oh, un poco más lejos... sólo un poco más lejos, Ellen! —era continuamente su respuesta—. Sube aquella loma, pasa aquella ladera, y cuando llegues al otro lado habré hecho que los pájaros levanten el vuelo.

Pero había tantas lomas y laderas que subir y que pasar que, al fin, empecé a cansarme, y le dije que teníamos que detenernos y retroceder. Se lo grité, ya que me había tomado mucho la delantera. No me oyó, o no hizo caso, porque siguió saltando y me vi obligada a seguirla. Finalmente desapareció en una hondonada y, antes de que volviera a verla, estaba dos millas más cerca de Cumbres Borrascosas que de su propia casa, y vi dos personas que la detenían, una de las cuales tuve el convencimiento de que era el propio señor Heathcliff.

Habían sorprendido a Catherine en el acto de saquear, o al menos de ir en busca de nidos de perdices. Las Cumbres eran propiedad de Heathcliff y estaba reprendiendo a la cazadora furtiva.

—Ni he cogido ni he encontrado ninguno —decía ella, extendiendo sus manos

para corroborar su afirmación mientras yo me esforzaba en llegar hasta ellos—. No pensaba cogerlos, pero papá me dijo que había muchísimos aquí arriba y yo quería ver los huevos.

Heathcliff me miró con una sonrisa maligna que daba a entender que la conocía y, por consiguiente, la detestaba, y preguntó quién era su «papa».

—El señor Linton, de la Granja de los Tordos —respondió ella—. Pensé que no me conocía, de lo contrario no me hubiera hablado así.

—Entonces usted supone que su papá es muy estimado y respetado —dijo sarcásticamente.

—¿Y quién es usted? —preguntó Catherine, mirando con curiosidad al interlocutor—. A ese hombre le he visto antes, ¿es su hijo?

Señaló al otro individuo, a Hareton, que no había cambiado nada, sólo aumentado en fuerza y corpulencia con los dos años más de edad. Aparentaba ser tan torpe y tosco como siempre.

—Señorita Cathy —interrumpí—. Pronto hará tres horas, y no una, que salimos. Realmente tenemos que volver.

—No, ese hombre no es mi hijo —contestó Heathcliff echándome a un lado—. Pero tengo uno al que también ha visto antes y, aunque su ama tiene prisa, creo que tanto a usted como a ella les vendría bien descansar un poco. Si quiere, con dar la vuelta a ese montículo de brezos estará en mi casa. Tendrá una amable acogida y llegará antes a casa gracias al descanso.

Susurré a Catherine que no debía, bajo ningún concepto, acceder a aquella invitación. Era totalmente improcedente.

—¿Por qué? —preguntó en voz alta—. Estoy cansada de correr y el suelo está cubierto de rocío, no puedo sentarme aquí. Vayamos, Ellen. Además dice que he visto a su hijo. Creo que está equivocado, pero me imagino dónde vive, en la granja que visité viniendo del Risco de Penistone, ¿verdad?

—Eso es. Vamos, Nelly, cállate la boca. Será un placer para ella hacernos una visita. Hareton, adelántate con la niña. Tú irás conmigo, Nelly.

—No, ella no irá a semejante sitio —grite, luchando por soltar el brazo del que me había cogido. Pero ella, dando la vuelta a la cima a toda velocidad, estaba ya casi en el umbral. El compañero que la asignó ni siquiera pretendió escoltarla, se escurrió por un lado del camino y desapareció.

—Señor Heathcliff, esto está muy mal —continué—. Usted sabe que no tiene buenas intenciones. Verá a Linton y lo contará todo tan pronto como volvamos, y yo seré la culpable.

—Quiero que vea a Linton —respondió—. Últimamente tiene mejor aspecto, a menudo no está para que le vean. Pronto la convenceremos de que mantenga la visita en secreto. ¿Qué mal hay en ello?

—El mal está en que su padre me odiaría si descubriera que la he permitido entrar en casa de usted y estoy convencida de que esconde alguna mala intención al

animarla a hacerlo —repliqué.

—Mi intención es todo lo honrada que cabe. Te informaré de todo su alcance —dijo—. Que los dos primos se enamoren y se casen. Actúo generosamente con tu amo. Su chiquilla no tiene expectativas, y si secunda mis deseos, sería designada al punto coheredera con Linton.

—Si Linton muriera —respondí—, y su vida es muy incierta, Catherine sería la heredera.

—No, no lo sería —dijo él—. No hay ninguna cláusula en el testamento que lo asegure. Las propiedades de Linton me vendrían a mí. Pero para evitar disputas, deseo su matrimonio y estoy decidido a hacer que se realice.

—Y yo estoy decidida a que no vuelva nunca a acercarse a su casa conmigo —repliqué, al tiempo que llegábamos a la verja donde la señorita Cathy esperaba nuestra llegada.

Heathcliff me pidió que me calmara y, precediéndonos por el sendero, se apresuró a abrir la puerta. Mi señorita le echó varias miradas como si no supiera con exactitud qué pensar de él. Pero él sonrió al cruzarse su mirada y suavizó la voz al dirigirse a ella; y yo fui tan tonta como para imaginarme que el recuerdo de su madre le haría desistir de desear a la hija ningún mal. Linton estaba de pie junto al hogar. Había estado paseando por los campos, pues tenía la gorra puesta, y llamaba a Joseph para que le trajera zapatos secos. Estaba alto para su edad, al faltarle aún unos meses para los dieciséis años. Tenía todavía unas facciones bonitas, y los ojos y el cutis más radiantes de lo que recordaba, aunque con un lustre meramente pasajero, prestado por el aire puro y el sol agradable.

—Y ahora, ¿quién es ése? —preguntó Heathcliff, volviéndose a Cathy—. ¿Lo sabe?

—¿Su hijo? —dijo ella, después de inspeccionar dubitativa primero a uno y luego al otro.

—Sí, sí. Pero ¿es ésta la primera vez que lo ve? ¡Piense! ¡Ah! Tiene mala memoria. Linton, ¿no te acuerdas de tu prima, con la que tanto solías darnos la lata porque querías verla?

—¡Qué, Linton! —gritó Cathy, iluminándose con una alegre sorpresa al oír el nombre—. ¿Es el pequeño Linton? ¡Es más alto que yo! ¿Eres Linton?

El joven se acercó y se dio a conocer. Ella le besó con fervor y se miraron asombrados del cambio que el tiempo había operado en la fisonomía de ambos. Catherine había alcanzado su plena estatura. Su figura era a la vez rolliza y esbelta, flexible como el acero, y todo su aspecto chispeante de salud y viveza. El de Linton, así como sus movimientos, era muy lánguido, y su figura en extremo frágil, pero había una gracia en sus modales que mitigaba esos defectos y que hacía que no resultara desagradable. Después de intercambiar con él numerosas muestras de cariño, se dirigió al señor Heathcliff, que se había quedado junto a la puerta y repartía su atención entre los objetos de dentro y los que estaban fuera, es decir, aparentando

observar los últimos y en realidad fijándose sólo en los primeros.

—¡Entonces usted es mi tío! —exclamó ella, acercándose para besarle—. Me pareció que me agradaba, aunque estaba usted enfadado al principio. ¿Por qué no nos visita en la Granja con Linton? Ser todos estos años vecinos tan próximos y no vernos nunca es raro, ¿por qué lo ha hecho?

—Fui de visita una o dos veces, demasiadas, antes de que tú nacieras —respondió—. ¡Vaya... maldita sea! Si te sobran más besos dáselos a Linton, no los desperdicies conmigo.

—¡Qué mala eres, Ellen! —exclamó Catherine corriendo para atacarme a continuación con sus profusas caricias—. ¡Qué mala, Ellen! ¡Tratar de impedirme entrar aquí! Pero en el futuro daré este paseo todas las mañanas. ¿Puedo, tío? Y alguna vez traeré a papá. ¿No estará contento de vernos?

—¡Desde luego! —respondió el tío con una mueca mal reprimida, producida por la profunda aversión a los dos visitantes propuestos—. Pero espera —continuó, volviéndose a la señorita—. Ahora que lo pienso, será mejor que te lo diga. El señor Linton tiene un prejuicio contra mí. Nos peleamos una vez en nuestra vida con ferocidad nada cristiana y si le cuentas que vienes aquí te prohibirá las visitas por completo. Así que no debes mencionárselo, a menos que no tengas interés en ver a tu primo de aquí en adelante. Puedes venir, si quieres, pero no debes decírselo.

—¿Por qué se pelearon? —preguntó Catherine notablemente alicaída.

—Pensaba que era demasiado pobre para casarme con su hermana —respondió Heathcliff—, y se enfadó porque me dio su mano. Se sintió herido en su orgullo y nunca me lo perdonará.

—¡Eso está mal! —dijo la señorita—. Algún día se lo diré. Pero Linton y yo no tenemos nada que ver en su pelea. Entonces yo no vendré aquí. Irá él a la Granja.

—Está demasiado lejos para mí —murmuró su primo—. Andar cuatro millas me mataría. No, venga usted aquí, señorita Catherine, de vez en cuando, no todas las mañanas, sino una o dos veces por semana.

El padre echó a su hijo una mirada de profundo desprecio.

—Me temo, Nelly, que mi esfuerzo será inútil —me dijo en voz baja—. La «señorita Catherine», como la llama el tonto, descubrirá lo que vale y le mandará al diablo. ¡Ah, si hubiera sido Hareton...! ¿Sabes que veinte veces al día envidio a Hareton con toda su degradación? Habría amado al chico de haber sido otro cualquiera. Pero creo que no hay peligro de que ella se enamore. Le incitaré contra esa vil criatura, a no ser que se espabile rápidamente. Calculamos que apenas llegará a cumplir los dieciocho años. ¡Oh, maldito soso! Está absorto en secarse los pies y ni la mira... ¡Linton!

—Sí, padre —respondió el chico.

—¿No tienes nada que enseñarle a tu prima por ahí? ¿Ni un conejo o un nido de comadreja? Llévatela al jardín, antes de cambiarte de zapatos, y al establo, a que vea tu caballo.

—¿No preferirías quedarte aquí sentada? —preguntó Linton, dirigiéndose a Cathy, en un tono que expresaba reticencia a moverse.

—No sé —respondió ella, echando una anhelante mirada a la puerta y deseando, a todas luces, estar activa.

Él se quedó sentado y se acurrucó aún más cerca del fuego. Heathcliff se levantó, fue a la cocina y de allí al patio llamando a Hareton. Éste respondió y al poco entraron los dos. El joven se había estado lavando, según se veía por el brillo de las mejillas y el pelo mojado.

—Oh, quiero hacerle una pregunta, tío —dijo la señorita Cathy, recordando la afirmación del ama de llaves—. Éste no es mi primo, ¿verdad?

—Sí —respondió él—, es sobrino de tu madre. ¿No te gusta?

Catherine pareció desconcertada.

—¿No es un chico guapo? —continuó.

La maleducada criatura se puso de puntillas y susurró algo al oído de Heathcliff. Éste se rió. A Hareton se le ensombreció el semblante. Note que era muy sensible a supuestos desaires y que obvia mente tenía una vaga noción de su inferioridad, pero su amo o tutor, disipó su ceño diciendo:

—¡Serás nuestro favorito, Hareton! Dice que eres... ¿Qué era? Bueno, algo muy halagador. Anda, acompáñala a dar una vuelta por la granja. ¡Y, cuidado, pórtate como un caballero! No digas palabrotas, no te quedes mirándola cuando ella no te mire, y cuando lo haga baja la vista con prontitud. Cuando hables, di tus palabras despacio y no te metas las manos en los bolsillos. Vete y entreténla lo mejor que puedas.

Observó a la pareja cuando pasaba por la ventana. Earnshaw tenía la cara completamente apartada de su compañera. Parecía estudiar el conocido paisaje con el interés de un extraño o de un artista. Catherine le echó una ladina mirada que expresaba cierta admiración. Luego centró su atención en descubrir objetos de interés por su cuenta, saltando alegremente y canturreando una melodía para suplir la falta de conversación.

—Le he atado la lengua —observó Heathcliff—. ¡No aventuraré una sola sílaba en todo el tiempo! Nelly, ¿me recuerdas a su edad... no, unos años más joven? ¿Era tan estúpido, tan «idiota», como dice Joseph?

—Peor —respondí yo—, porque era más huraño.

—Es todo un placer para mí —continuó, pensando en voz alta—. Ha colmado mis esperanzas. Si fuera tonto de nacimiento no disfrutaría ni la mitad. Pero no es tonto y puedo comprender todos sus sentimientos, al haberlos sentido yo mismo. Por ejemplo, sé exactamente lo que sufre ahora, aunque no es más que el principio de lo que sufrirá. Y no podrá salir nunca del abismo de su tosquedad e ignorancia. Le tengo mucho más dominado de lo que me sometió a mí el canalla de su padre, y le he hecho caer más bajo porque está orgulloso de su brutalidad. Le he enseñado a despreciar todo lo que no es puramente animal como estúpido y débil. ¿No crees que Hindley

estaría orgulloso de su hijo si pudiera verlo? Casi tan orgulloso como lo estoy yo del mío. Pero hay una diferencia. Uno es oro puesto a servir de empedrado y el otro es latón bruñido para imitar un servicio de plata. El mío no tiene nada de valioso, pero yo tendré el mérito de hacerle llegar tan lejos como su pobre material lo permita. El suyo tiene cualidades de primer orden, y se han perdido, se han vuelto peor que inútiles. Yo no tengo nada que lamentar, Hindley tendría más de lo que nadie sabe, salvo yo. ¡Y lo mejor de todo es que Hareton me quiere endiabladamente! Tienes que reconocer que en esto he vencido a Hindley. Si el infame muerto pudiera levantarse de la tumba para reprocharme las maldades hechas a su vástago, tendría la diversión de ver que dicho vástago le mataba de nuevo, indignado de que se atreviera a recriminar al único amigo que tiene en el mundo.

Heathcliff soltó una carcajada diabólica ante esta idea. Yo no respondí porque vi que no esperaba respuesta.

Mientras tanto, nuestro joven compañero, que estaba demasiado separado de nosotros para oírlo que se decía, empezó a dar síntomas de incomodidad, probablemente arrepentido de haberse negado a sí mismo el placer de la compañía de Catherine por miedo a fatigarse un poco. Su padre observó sus miradas inquietas en torno a la ventana y que indecisamente alargaba la mano hacia su gorra.

—¡Levántate, perezoso! —exclamó con fingida cordialidad—. ¡Corre tras ellos! Están justo en la esquina, al lado de las colmenas.

Linton hizo acopio de energías y dejó el hogar, la ventana estaba abierta y, cuando salió, oí a Catherine que preguntaba a su insociable compañero qué era aquella inscripción sobre la puerta. Hareton miró hacia arriba y se rascó la cabeza como un verdadero patán.

—Es un condenado escrito —respondió—. No sé leerlo.

—¿No sabes leerlo? —exclamó Catherine—. Yo sí, está en inglés, pero quiero saber por qué está ahí.

Linton soltó una risita, la primera señal de alegría que mostraba.

—No sabe leer —dijo a su prima—. ¿Podrías creer en la existencia de tan colosal zopenco?

—¿Está bien —preguntó la señorita Cathy en serio—, o es tonto?, ¿no está bien? Le he hecho ya dos preguntas y cada vez puso tal cara de estúpido que creo que no me entiende. ¡Yo apenas le entiendo, la verdad!

Linton repitió su risa y miró burlonamente a Hareton, quien ciertamente no parecía comprender con mucha claridad en ese momento.

—No es más que pereza, ¿verdad, Earnshaw? —dijo—. Mi prima se figura que eres un idiota. Ahí tienes la consecuencia de despreciar el «aprender de los libros» como tú dices. ¿Te has dado cuenta, Catherine, de la horrible pronunciación de la región de York que tiene?

—Bueno, ¿y para qué diablos sirve? —gruñó Hareton, más dispuesto a responder a su compañero de todos los días. Iba a seguir, pero los dos jóvenes estallaron en un

ataque de risa. Mi atolondrada señorita estaba encantada de ver que aquel habla extraña podía convertirse en materia de diversión.

—¿Para qué sirven los diablos en esa frase? —rió Linton entre dientes—. Papá te ordenó que no dijeras palabrotas y no puedes abrir la boca sin decir alguna. Trata de comportarte como un caballero, anda.

—Si no fueras más una niña que un chico, te tumbaría ahora mismo, ¡miserable piltrafa! —replicó el enfadado patán, retirándose, mientras la cara le ardía de ira y de mortificación, porque era consciente de que le habían insultado, y no sabía cómo tomarlo.

El señor Heathcliff, que había oído la conversación lo mismo que yo, sonrió al ver que se marchaba, pero enseguida echó una mirada de especial aversión a la frívola pareja que se quedó charlando en el umbral. El chico había encontrado animación suficiente para comentar los defectos y deficiencias de Hareton y contaba anécdotas de sus tejemanejes y la niña saboreaba sus impertinentes y rencorosos dichos sin considerar la maldad que ponían de manifiesto. Yo empecé a tener antipatía más que a sentir compasión hacia Linton y a disculpar a su padre, hasta cierto punto, por el desprecio que le tenía.

Nos quedamos hasta la tarde porque no pude arrancar de allí antes a la señorita Cathy, pero afortunadamente mi amo no había salido de su habitación y permaneció ignorante de nuestra prolongada ausencia. De regreso a casa, me hubiera gustado ilustrar a mi pupila respecto del carácter de las personas que acabábamos de dejar, pero se le metió en la cabeza que tenía prejuicios contra ellas.

—¡Ah! —exclamaba—, tú te pones del lado de papá, Ellen, eres parcial, ya lo sé, de lo contrario no me hubieras engañado durante tantos años con la idea de que Linton vivía muy lejos de aquí. Estoy realmente muy enfadada, sólo que de puro contenta, no puedo demostrar mi enfado. Pero tienes que tener la boca cerrada sobre mi tío. Es mi tío, recuerda, y voy a reñir a papá por pelearse con él.

Y así continuó hasta que abandonó mi empeño de convencerla de su error. No mencionó su visita esa noche, porque no vio al señor Linton. Al día siguiente lo soltó todo, para mi gran disgusto. A pesar de todo no lo lamenté mucho porque pensé que él podría realizar la tarea de dirigirla y aconsejarla más eficazmente que yo. Pero fue demasiado tímido en dar razones satisfactorias que justificaran su deseo de que ella evitara todo trato con las gentes de las Cumbres y Catherine necesitaba buenas razones para toda restricción que amenazara su mimada voluntad.

—¡Papá! —exclamó, después de darle los buenos días—, adivina a quién vi ayer en mi paseo por los páramos. ¡Ah, papá, te has sobresaltado! No has hecho bien, ¿verdad? Vi..., pero escucha y sabrás cómo te descubrí, y a Ellen, que está aliada contigo, y todavía fingía tenerme lástima, cuando yo seguía esperando y quedaba siempre decepcionada, respecto de la vuelta de Linton.

Hizo un fiel relato de la excursión y sus consecuencias, y mi amo, aunque me echó más de una mirada de reproche, no dijo nada hasta que terminó. Entonces la

acercó hacia sí y le preguntó si ella sabía por qué le había ocultado la proximidad de Linton. ¿Podía pensar que era para negarle un placer que podía disfrutar sin daño?

—Es porque no te gusta el señor Heathcliff.

—Entonces, ¿crees que me importan más mis propios sentimientos que los tuyos, Cathy? —dijo—. No, no es porque yo no quiera al señor Heathcliff, sino porque el señor Heathcliff no me quiere a mí, y es un hombre de lo más diabólico que disfruta haciendo daño y arruinando a aquellos que odia a la más mínima oportunidad que le den. Yo sabía que no podías mantener una relación con tu primo sin entrar en contacto con él, y sabía que él te detestaría por mi causa. Así que por tu propio bien y nada más, tomé precauciones para que no volvieras a ver a Linton. Tenía pensado explicártelo cuando fueras mayor y siento no haberlo hecho antes.

—Pero el señor Heathcliff estuvo muy cordial, papá —observó Catherine, no muy convencida—, y no se opuso a que mi primo y yo nos viéramos. Dijo que podía ir a su casa cuando quisiera, sólo que no debía decírtelo, porque te habías peleado con él y no le perdonarías haberse casado con la tía Isabella. Y no lo harás. Tú eres el que tiene la culpa. Él quiere que seamos amigos, al menos Linton y yo, y tú no.

Mi amo, comprendiendo que su hija no quería creer lo que le decía sobre la maldad de su tío político, le hizo un rápido bosquejo de su conducta con Isabella y de cómo Cumbres Borrascosas pasó a ser de su propiedad. Le resultaba insoportable extenderse mucho sobre el tema, porque, por poco que hablara de él, seguía sintiendo hacia su antiguo enemigo el mismo horror y aborrecimiento que había dominado su corazón desde la muerte de la señora Linton. «Podía vivir todavía de no haber sido por él», era su constante y amarga reflexión, y a sus ojos Heathcliff era un asesino. La señorita Cathy, que no sabía de otras malas acciones que sus leves actos de desobediencia, injusticia o arrebatos, debidos al temperamento apasionado y a la irreflexión, y de los que se arrepentía el mismo día que los cometía, quedó pasmada ante la negrura de un alma capaz de rumiar y ocultar la venganza durante años y de seguir deliberadamente sus planes sin una sombra de remordimiento. Pareció tan profundamente conmovida y afectada ante esta nueva visión de la naturaleza humana —excluida de sus estudios y de sus ideas hasta entonces—, que el señor Linton consideró inútil continuar con el tema. Sólo añadió:

—Más adelante, cariño, sabrás por qué quiero que evites su casa y su familia, ahora vuelve a tus quehaceres y diversiones de siempre y no pienses más en ellos.

Catherine dio un beso a su padre y se puso tranquilamente a estudiar sus lecciones durante un par de horas como de costumbre. Luego le acompañó por la finca y todo el día pasó con normalidad. Pero por la noche, cuando la niña se había retirado a su habitación y fui a ayudarla a desnudarse, la encontré llorando, de rodillas unto a la cama.

—¡Oh, qué vergüenza, niña tonta! —exclamé—. Si tuviera penas de verdad se avergonzaría de desperdiciar una lágrima por esta pequeña contrariedad. No ha tenido nunca ni sombra de verdadero dolor, señorita Catherine. Supongamos por un instante

que el amo y yo nos muriéramos y usted se quedara sola en el mundo... ¿qué sentiría entonces? Compare la situación actual con un dolor como ése y dé gracias por los amigos que tiene, en vez de codiciar más.

—No lloro por mí, Ellen —respondió—. Es por él. Esperaba volver a verme mañana, y ya ves, se quedará muy decepcionado. ¡Me esperará y yo no iré!

—Tonterías —dije yo—. ¿Se imagina que él ha pensado tanto en usted como usted en él? ¿No tiene a Hareton de compañero? Ni una persona de cada cien lloraría por perder un pariente al que ha visto dos veces en dos tardes. Linton se imaginará lo que pasa y no se preocupará más por usted.

—¿Pero no puedo escribirle una nota para decirle por qué no puedo ir? —preguntó, poniéndose de pie—. ¿Y sólo mandarle esos libros que prometí prestarle? Los suyos no son tan bonitos como los míos y tenía muchísimas ganas de verlos cuando le dije lo interesantes que eran. ¿No puedo, Ellen?

—No, desde luego que no —repliqué con decisión—. Luego él le escribiría a usted y no se acabaría nunca. No, señorita Catherine, las relaciones tienen que terminarse del todo, eso es lo que espera papá y me encargaré de que así sea.

—Pero cómo puede una notita... —empezó de nuevo con cara suplicante.

—¡Silencio! —interrumpí—. No empecemos con sus notitas. A la cama.

Me lanzó una mirada malévola, tan malévola que al principio no le di el beso de buenas noches. La tapé y cerré la puerta muy disgustada, pero, arrepintiéndome a mitad de camino, volví sin hacer ruido y, ¡vaya!, allí estaba la señorita ante la mesa con un papel en blanco delante de ella y un lápiz en la mano que escondió con aire de culpabilidad cuando entré.

—No encontrará a nadie que la lleve, Catherine —le dije—, aunque la escriba, y por de pronto le apagaré la vela.

Puse el apagavelas sobre la llama, recibiendo al hacerlo un revés en la mano y un petulante «¡Mala!». Entonces la dejé de nuevo y ella echó el cerrojo en uno de sus peores arrebatos de mal humor. Terminó la carta que llegó a su destino por medio de un lechero que venía del pueblo, pero eso yo no lo supe hasta algún tiempo después. Pasaron las semanas y Cathy recuperó su buen humor, pero se aficionó mucho a escabullirse sola por los rincones y, a menudo, si me acercaba súbitamente mientras leía, se sobresaltaba y se inclinaba sobre el libro, deseosa, evidentemente, de ocultarlo, y detecté extremos de papeles sueltos que sobresalían de las hojas. También cogió la costumbre de bajar temprano por la mañana y rondar por la cocina como si estuviera esperando la llegada de algo, y tenía un cajoncito en el escritorio de la biblioteca en el que se entretenía durante horas y cuya llave tenía un cuidado especial en quitar cuando se iba.

Un día, mientras inspeccionaba ella ese cajón, observé que los juguetes y chucherías que hasta hacía poco constituían su contenido se habían convertido en trozos de papel doblado. Eso despertó mi curiosidad y mis sospechas y decidí echar un vistazo a sus misteriosos tesoros. Así que, por la noche, cuando ella y mi amo

estuvieron con seguridad arriba, busqué y fácilmente encontré, entre mis llaves de la casa, una que se ajustara a la cerradura. Una vez abierto, vacié todo su contenido en mi delantal y me lo llevé a mi habitación para examinarlo a mis anchas. Aunque no podía por menos de sospecharlo, aun así me sorprendió descubrir que era una voluminosa correspondencia —casi diaria, debía de ser—, de Linton Heathcliff, contestaciones a cartas enviadas por ella. Las de fecha más temprana eran tímidas y cortas, gradualmente, sin embargo, se alargaban en extensas cartas de amor, tontas, como era natural por la edad del autor, pero con toques aquí y allá que consideré prestados de una fuente más experta. Algunas de ellas me llamaron la atención por la mezcla especialmente rara de ardor e insipidez. Empezaban con intensos sentimientos y terminaban con el estilo afectado y palabrero que un colegial emplearía para una amada imaginaria e incorpórea. No sé si satisfacían a Cathy, pero a mí me parecían hojarasca sin valor alguno. Después de examinar todas las que consideré oportuno, las até con un pañuelo y las puse aparte, volviendo a cerrar el cajón vacío.

Como de costumbre, mi señorita bajó temprano y entró en la cocina. La observé ir a la puerta a la llegada de cierto chico y, mientras la lechera llenaba el cántaro, ella le metía algo en el bolsillo de la chaqueta y sacaba algo. Di la vuelta por el jardín y me quedé a la espera del mensajero, que luchó valerosamente para defender su encargo y derramamos la leche entre los dos, pero conseguí sustraerle la epístola y, amenazándole con serias consecuencias si no se iba derecho a casa, permanecí junto al muro y leí la cariñosa composición de la señorita Cathy. Era más sencilla y más elocuente que las de su primo, muy bonita y muy tonta. Moví la cabeza y entré pensativa en casa. Como el día era lluvioso ella no pudo distraerse paseando por el parque, así que al terminar sus estudios de la mañana recurrió al solaz de su cajón. Su padre estaba sentado a la mesa leyendo y yo, que me había buscado deliberadamente algo de tarea con unos flecos desprendidos de la cortina de la ventana, no perdía de vista lo que hacía ella. Nunca pájaro alguno, volviendo al saqueado nido que había dejado rebosante de gorjeadores pequeñuelos, expresó desesperación más completa en sus angustiados gritos y revoloteos que ella con su único «¡Oh!» y con el cambio que transfiguró su rostro hasta entonces feliz. El señor Linton levantó la vista.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Te has hecho daño? —preguntó.

Por su tono y expresión tuvo la seguridad de que su padre no había sido el descubridor del tesoro.

—¡No, papá! —jadeó—. ¡Ellen! ¡Ellen!, ven arriba, no me encuentro bien.

Obedecí a su llamada y la acompañe.

—Oh, Ellen, tú las tienes —empezó inmediatamente, cayendo de rodillas, cuando estuvimos las dos solas—. ¡Oh, dámelas y no lo volveré a hacer nunca, nunca más! No se lo digas a papá. No se lo has dicho, ¿verdad, Ellen? Di que no. ¡He sido muy mala, pero no lo haré más!

Con gran severidad le dije que se levantara.

—Así que, señorita Catherine —exclamé—, parece que ha ido usted bastante

lejos. ¡Ya puede avergonzarse! Un bonito manojito de hojarasca es lo que estudia en sus horas de ocio, a buen seguro. ¡Vaya, tan bueno como para que lo impriman! ¿Qué supone que pensará el amo cuando se las ponga delante? No se las he enseñado todavía, pero no tiene por qué imaginarse que voy a guardar sus ridículos secretos. ¡Qué vergüenza! Y usted ha debido de ser la que ha empezado a escribir semejantes tonterías, a él no se le hubiera ocurrido empezar, estoy segura.

—No, no —sollozó Catherine, a punto de rompersele el corazón—. Nunca pensé en amarle hasta...

—¡Amarle! —exclamé, con todo el desprecio que pude poner en la palabra—. ¡Amarle! ¿Habrás oído algo semejante? Lo mismo podía yo decir que amo al molinero que viene una vez al año a comprar nuestro grano. ¡Bonito amor, desde luego! ¡Juntando las dos veces que ha visto usted a Linton no llegan ni a cuatro horas en toda su vida! Pues aquí está la infantil hojarasca. Me voy con ella a la biblioteca y veremos qué dice su padre de tal amor.

Saltó a sus preciosas epístolas, pero las sujeté por encima de mi cabeza. Se desbordó entonces en frenéticos ruegos para que las quemara o hiciera cualquier cosa antes que enseñarlas. Y como yo tenía más ganas de reírme que de reñirla —pues consideraba todo aquello pura vanidad de muchacha—, al fin cedí un poco y le pregunté:

—Si consiento en quemarlas, ¿me prometes de verdad no volver a enviar ni a recibir carta alguna, ni libro (porque me he dado cuenta de que le ha mandado libros), ni rizos de pelo, ni sortijas, ni juguetes?

—No nos mandamos juguetes —exclamó Catherine, dominando su orgullo a su vergüenza.

—Ni nada en absoluto, entonces, señora mía —dije yo—. Si no me lo prometes, allá voy.

—¡Lo prometo, Ellen! —gritó ella, cogiéndome del vestido—. ¡Échalas al fuego, échalas, échalas!

Pero cuando procedía hacer sitio con el atizador, el sacrificio fue demasiado penoso de soportar y me suplicó angustiosamente que reservara una o dos.

—¡Una o dos, Ellen, por el amor de Linton!

Desaté el pañuelo y empecé a tirarlas desde una esquina y la llama serpenteaba chimenea arriba.

—¡Me quedaré con una, cruel desgraciada! —chilló, metiendo la mano en el fuego y sacando unos fragmentos medio consumidos, a costa de sus dedos.

—Muy bien... y yo también me quedaré con alguna para enseñársela a papá —respondí, volviendo a meter el resto en el pañuelo y dirigiéndome a la puerta.

Vació sus ennegrecidos fragmentos en las llamas y me indicó que terminara la inmolación. Lo hice. Removí las cenizas y las enterré bajo una paletada de carbón. En silencio y con una sensación de profundo agravio, se retiró a su habitación. Bajé a decirle a mi amo que la indisposición de la señorita casi había desaparecido, pero que

me parecía mejor que descansara un rato. No comió, pero reapareció a la hora del té, pálida, con los ojos enrojecidos y extraordinariamente dominada en su aspecto exterior. A la mañana siguiente contesté la carta por medio de un trozo de papel que decía: «Se ruega al señorito Heathcliff que no envíe más notas a la señorita Linton porque no las recibiré». Y, en adelante, el chico vino con los bolsillos vacíos.

CAPÍTULO XXII

Llegó a su fin el verano y el principio del otoño. Había pasado ya San Miguel, pero la cosecha fue tardía aquel año y algunos de nuestros campos estaban aún sin segar. El señor Linton y su hija salían con frecuencia a pasear entre los segadores. El día que acarrearón las últimas gavillas, se quedaron hasta el atardecer y, como la noche era fría y húmeda, mi amo cogió un fuerte catarro que se le agarró tenazmente en los pulmones y le retuvo en casa todo el invierno, casi sin interrupción.

La pobre Cathy, asustada desde su breve romance, había estado considerablemente más triste y taciturna desde que lo abandonó. Y su padre insistía en que leyera menos y que hiciera más ejercicio. Al no disponer ya de su compañía, consideré un deber suplir su falta, en la mayor medida posible, con la mía, una sustitución ineficaz, porque no podía sacar más que dos o tres horas de mis numerosas ocupaciones diurnas para seguir sus pasos, y además mi compañía era, obviamente, menos codiciada que la de su padre.

Una tarde de octubre o principios de noviembre... una tarde fresca y lluviosa, cuando el césped y los caminos crujían con la humedad y las hojas marchitas y el frío cielo azul estaba medio oculto por las nubes —oscuras masas grises que subían rápidamente por el oeste presagiando abundante lluvia— pedí a mi señorita que renunciara a su paseo porque estaba segura de que tendríamos chaparrones. Se negó y yo de mala gana me puse una capa y cogí el paraguas para acompañarla a dar una vuelta hasta el final del parque. Se trataba de un paseo formal que generalmente daba cuando estaba deprimida, lo que invariablemente sucedía cuando el señor Linton estaba peor que de costumbre, algo que él nunca confesaba, pero que tanto ella como yo adivinábamos por su mayor silencio y la melancolía de su rostro. Caminaba triste, sin carreras ni saltos, aunque el viento frío bien podía haberla tentado a una carrera. De reojo, pude ver muchas veces que levantaba la mano y se secaba la mejilla. Miré por allí en busca de algo que distrajera sus pensamientos. A un lado del camino se elevaba un alto y áspero talud, donde avellanos y robles achaparrados, con las raíces medio descubiertas, apenas lograban mantenerse. La tierra era demasiado floja para los últimos y los fuertes vientos habían inclinado a algunos hasta dejarlos casi horizontales. En verano a la señorita Catherine le encantaba trepar por aquellos troncos, sentarse en las ramas y balancearse a veinte pies por encima del suelo, y yo disfrutaba con su agilidad y su alegría infantil, aun así consideraba oportuno reñirla cada vez que la veía en una posición tan elevada, pero lo hacía de tal manera que ella sabía que no era necesario bajar. Desde la comida hasta el té podía quedarse en aquella cuna mecida por la brisa sin hacer nada más que cantar viejas canciones —de mi repertorio infantil— o contemplar a los pájaros, sus compañeros de alojamiento, alimentar a sus pequeños o incitarles a volar, o acurrucarse con los párpados cerrados, medio pensando, medio soñando, más feliz de lo que las palabras pueden expresar.

—¡Mire señorita! —exclamé, apuntando a un hueco bajo las raíces de un árbol

retorcido—. El invierno todavía no ha llegado. Hay allá arriba una florecita, el último capullo de la multitud de campanillas que en julio cubrían esos escalones de hierba como una neblina morada. ¿Quiere usted subir a cogerla para enseñársela a su papá?

Cathy miró largo rato a la solitaria flor que temblaba en su cobijo de tierra y dijo al fin:

—No, no la tocaré, pero qué melancólica está, ¿verdad, Ellen?

—Sí —observé yo—, casi tan exánime y alicaída como usted. Tiene las mejillas sin sangre, cojámonos de las manos y corramos. Está tan floja que me atrevo a decir que mantendría el paso con usted.

—No —repitió—, y continuó andando lentamente, deteniéndose a ratos, a meditar sobre un poco de musgo, una mata de hierba descolorida o un hongo que extendía su brillante color naranja entre montones de pardo follaje y de vez en cuando llevaba la mano al rostro que apartaba a mi vista.

—Catherine, ¿por qué llora, cariño? —pregunté, acercándome y poniéndola el brazo en el hombro—. No debe llorar porque su padre tenga un resfriado. Dé gracias de que no sea nada peor.

Ya no contuvo más las lágrimas. La respiración se le ahogaba en sollozos.

—Será algo peor —dijo—, y ¿qué haré cuando papá y tú me dejéis y me quede sola? No puedo olvidar tus palabras, Ellen. Las tengo siempre en mis oídos. Cómo cambiará la vida, qué triste será el mundo cuando papá y tú hayáis muerto.

—Nadie sabe si no se morirá usted antes que nosotros —respondí—. Es un error anticipar la desgracia. Esperemos que pasen años y años antes de que muera ninguno de nosotros. El amo es joven y yo soy fuerte y apenas tengo cuarenta y cinco años. Mi madre vivió hasta los ochenta, una señora llena de vitalidad hasta el final. Y supongamos que el señor Linton vive hasta los sesenta, esto sería más años de los que usted tiene ahora, señorita. ¿No sería una locura lamentar una desgracia con veinte años de anticipación?

—Pero la tía Isabella era más joven que papá —observó levantando la vista con la tímida esperanza de encontrar más consuelo.

—La tía Isabella no nos tenía ni a usted ni a mí para cuidarla. No era tan feliz como el amo. No tenía tanto por lo que vivir. Todo lo que tiene que hacer es atender bien a su padre, alegrarle dejándole ver que está usted contenta y evitar preocuparle con ningún asunto. ¡Téngalo en cuenta, Cathy! No le ocultaré que podría matarle, si fuera alocada e insensata y acariciara un afecto loco y fantástico por el hijo de una persona que se alegraría de verle a él en la tumba y le dejara descubrir que le inquieta una separación que él ha juzgado conveniente establecer.

—A mí nada en el mundo me preocupa más que la enfermedad de papá —respondió mi compañera—. Nada me importa comparado con él y nunca... nunca... oh, nunca, mientras esté en mi sano juicio, haré nada o diré una palabra que le moleste. Le quiero más que a mí misma, Ellen. Lo sé porque todas las noches rezo para que yo le sobreviva, porque prefiero ser yo desdichada a que lo sea él. Eso

prueba que le quiero más que a mí misma.

—Buenas palabras —le respondí—, pero además debe probarlas con hechos y, cuando esté bien, procure no olvidar las decisiones tomadas en el momento del temor.

Mientras hablábamos nos acercamos a una puerta que daba al camino y mi señorita, alegre de nuevo como un sol, trepó y se sentó en lo alto de la tapia, alcanzando a coger unos escaramujos que florecían, rojos como la escarlata, en lo alto de las ramas de los rosales silvestres que daban sombra al lado del camino. Los frutos de más abajo habían desaparecido, pero los de arriba sólo podían tocarlos los pájaros, salvo desde la posición actual de Cathy. Al estirarse para cogerlos se le cayó el sombrero y, como la puerta estaba cerrada, propuso bajar gateando para recuperarlo. Le pedí que tuviera cuidado, no fuera a caerse, y ágilmente desapareció. Pero la vuelta no resultó asunto tan fácil. Las piedras eran lisas y estaban bien unidas con cemento y las rezagadas ramas de los rosales y de las zarzamoras no ofrecían suficiente ayuda para volver a subir. Yo, como una tonta, no me di cuenta hasta que la oí reír y exclamar:

—Ellen, tendrás que ir a buscar la llave, o si no tendré que dar la vuelta hasta la casa del portero. ¡No puedo escalar el muro por este lado!

—Espere donde está —respondí—. Tengo mi manojito de llaves en el bolsillo. Quizá pueda abrirla, si no, iré.

Catherine se divertía bailando de un lado a otro delante de la puerta, mientras probaba todas las llaves grandes una tras otra. Había probado la última y ninguna servía, así que, repitiendo mi deseo de que se quedara allí, estaba a punto de ir a casa a toda carrera cuando un ruido que se acercaba me detuvo. Era el trote de un caballo. El baile de Cathy paró y, en un minuto, también el caballo.

—¿Quién es? —susurré.

—Ellen, ojalá pudieras abrir la puerta —susurró mi compañera con ansiedad.

—¡Ajá, la señorita Linton! —dijo una voz profunda (la del jinete)—. Me alegro de encontrarla. No tenga prisa en entrar, porque tengo que pedirle y obtener una explicación.

—Yo no hablaré con usted, señor Heathcliff. Papá dice que es usted malo y que nos odia tanto a él como a mí, y Ellen dice lo mismo.

—Esto no hace al caso —dijo Heathcliff (pues era él)—. Supongo que no odio a mi hijo, y es por él por lo que le pido que me escuche. Sí, tiene usted motivos para sonrojarse. Hace dos o tres meses, ¿no tenía usted la costumbre de escribir a Linton? Jugando al amor, ¿eh? ¡Se merecían los dos unos azotes por eso! Especialmente usted, la mayor y, según parece, la menos sensible. Tengo sus cartas y como se ponga impertinente se las mando a su padre. Me imagino que se cansó usted de la diversión y la abandonó, ¿no es verdad? Bueno, pues de paso dejó a Linton en un abismo de desesperación. Él iba en serio, estaba realmente enamorado. Tan cierto como que estoy vivo que se está muriendo por usted. Con su inconstancia le ha destrozado el corazón, pero no figuradamente, sino de verdad. Aunque Hareton ha estado

burlándose de él permanentemente durante seis semanas y yo he tomado medidas más serias y he intentado asustarle para que dejara esa estupidez, empeora cada día y ¡estará bajo tierra antes del verano, a menos que usted le restablezca la salud!

—¿Cómo puede usted mentir tan descaradamente a la pobre criatura? —grité desde dentro—. ¡Por favor, siga su camino! ¿Cómo puede inventar deliberadamente mentiras tan miserables? Señorita Cathy, romperé la cerradura con una piedra. No crea esas viles tonterías. Usted misma puede ver que es imposible que una persona se muera de amor por un extraño.

—No sabía que hubiera escuchas —murmuró el villano al verse descubierto—. Mi buena señora Dean, te aprecio, pero no me gusta tu doblez —añadió en voz alta—. ¿Cómo puedes mentir tan descaradamente afirmando que odio a la «pobre niña», e inventar historias de miedo para alejarla, aterrorizada, de mi casa? Catherine Linton (el solo nombre me enardece), mi guapa jovencita, estaré fuera de casa toda la semana, vaya a ver si no he dicho la verdad. ¡Hágalo, sea buena! Imagínese a su padre en mi lugar y a Linton en el suyo, y luego piense qué opinión le merecería su despreocupado novio si se negara a dar un paso para consolarla, cuando su propio padre se lo pide. No caiga, por pura estupidez, en el mismo error. ¡Juro por mi salvación que se va a la tumba y sólo usted puede salvarle!

La cerradura cedió y salí.

—Juro que Linton se está muriendo —repitió Heathcliff mirandome con dureza—. Y el dolor y la desilusión aceleran su muerte. Nelly, si no quieres dejarla ir a ella, ve tú misma. No volveré hasta dentro de una semana, y creo que tu amo difícilmente se opondría a que visitara a su primo.

—Entre —dije yo, cogiendo a Catherine por el brazo y medio forzándola a que entrara, pues se demoraba mirando con ojos inquietos las facciones de su interlocutor, demasiado serias como para expresar su falsedad interior.

Acercó su caballo e inclinándose, observó:

—Le confieso, señorita Catherine, que tengo poca paciencia con Linton, y Hareton y Joseph aún menos. Reconozco que se encuentra con gente dura. Echa de menos la amabilidad tanto como el amor, y una palabra cariñosa suya sería la mejor medicina. No haga caso de las crueles precauciones de la señora Dean, sino que sea generosa y arrégleselas para verle. Él sueña con usted día y noche y no se le puede convencer de que usted no le odia, puesto que ni le escribe ni va a verle.

Cerré la puerta, rodé una piedra para sostenerla puesto que la cerradura estaba suelta y, abriendo el paraguas, metí a mi pupila debajo pues la lluvia empezaba a penetrar por las quejumbrosas ramas de los árboles y nos urgía evitar cualquier retraso. La prisa nos impidió todo comentario sobre el encuentro con Heathcliff mientras corríamos hacia la casa, pero adiviné instintivamente que al corazón de Catherine lo ensombrecía ahora una oscuridad doble. Tenía el semblante tan triste que no parecía el suyo. Evidentemente consideraba cierto lo que acababa de oír, palabra por palabra.

El amo se había retirado a descansar antes de que llegáramos. Cathy entró sigilosamente en su habitación para preguntar cómo estaba. Se había dormido. Volvió y me pidió que me sentara con ella en la biblioteca. Tomamos el té juntas, luego se tumbó en la alfombra y me dijo que no hablara porque estaba rendida. Cogí un libro y fingí leer. En cuanto me creyó absorta en mi ocupación, volvió a comenzar su silencioso llanto que, al parecer, era entonces su entretenimiento favorito. La dejé que disfrutara de él un rato. Luego reprobé, denigrándolas y ridiculizándolas, todas las afirmaciones de Heathcliff sobre su hijo, como si estuviera segura de que ella coincidiría conmigo. ¡Pero, ay! No tuve la habilidad de contrarrestar el efecto que su relato había producido. Era lo que él se proponía.

—Puede que tengas razón, Ellen —respondió—, pero no estaré tranquila hasta que lo sepa. Tengo que decirle a Linton que no es culpa mía que no le escriba y convencerle de que no cambiaré.

¿De qué servían el enfado y las protestas contra su necia credulidad? Nos separamos aquella noche... enfadadas, pero al día siguiente me vi camino de Cumbres Borrascosas al lado del poni de mi testaruda ama. No pude soportar el espectáculo de su aflicción, ver el semblante pálido y desalentado y los ojos hinchados, y cedí con la vaga esperanza de que el mismo Linton demostrara, con su acogida, lo poco fundado de la historia.

CAPÍTULO XXIII

La noche de lluvia trajo una mañana brumosa —mitad escarcha, mitad llovizna— y arroyuelos ocasionales cruzaban nuestro camino... gorgoteando desde las alturas. Tenía los pies completamente empapados y estaba enfadada y deprimida, exactamente el humor adecuado para empeorar más estas cosas desagradables. Entramos en la casa por la cocina, para asegurarme de que el señor Heathcliff estaba de verdad ausente, porque me fiaba poco de su afirmación.

Joseph parecía estar sentado en una especie de elíseo, solo, junto a un fuego crepitante, con un cuartillo de cerveza sobre la mesa a su lado, repleto de enormes pedazos de torta de avena, y la negra y corta pipa en la boca. Catherine corrió al hogar a calentarse. Pregunte si el amo estaba en casa. Mi pregunta quedó tanto tiempo sin contestar que creí que el viejo se había vuelto sordo y la repetí más alto.

—¡Nooo! —gruñó, o más bien roncó por la nariz—. ¡Nooo! Vuelve por donde has venido.

—¡Joseph! —gritó una voz desagradable desde la habitación interior, al mismo tiempo que hablaba yo—. ¿Cuántas veces tengo que llamarte? Ya no quedan más que unas pocas brasas. ¡Joseph!, ven ahora mismo.

Vigorosas chupadas y una resuelta mirada a la rejilla de la chimenea declaraban que no tenía oídos para esta llamada. Al ama de llaves y a Hareton no se les veía por ninguna parte. Probablemente ella habría ido a un recado y el otro a su trabajo. Reconocimos la voz de Linton y entramos.

—¡Oh, ojalá te mueras de frío en una buhardilla! —dijo el chico, confundiendo nuestra llegada con la de su negligente criado.

Se detuvo al notar su error. Su prima corrió hacia él.

—¿Es usted, señorita Linron? —dijo, levantando la cabeza del brazo del gran sillón en el que estaba reclinado—. No... no me bese, me ahoga. ¡Pobre de mí! Papá me dijo que vendría —continuó después de recuperarse un poco del abrazo de Catherine, mientras ella seguía allí con aire compungido—. ¿Quiere cerrar la puerta, por favor? La ha dejado abierta y esas... esas detestables criaturas no quieren traer carbón para el fuego. ¡Hace tanto frío!

Removí las cenizas y yo misma fui a buscar un cubo de carbón. El enfermo se quejó de que le llenaba de cenizas, pero como tenía una tos fatigosa y un aspecto febril y enfermizo no le recrimine' su mal humor.

—Bueno, Linton —murmuró Catherine cuando se le desarrugó el ceño—. ¿Estás contento de verme? ¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Por qué no ha venido antes? —preguntó—. Debería haber venido en lugar de escribir. Me cansaba terriblemente escribir esas largas cartas. Hubiera preferido hablar con usted. Ahora no puedo soportar ni conversación, ni ninguna otra cosa. ¡Me pregunto dónde está Zillah! ¿Quiere (mirándome a mí) ir a ver a la cocina?

No me había dado las gracias por mi otro servicio y, como no tenía ganas de

andar de acá para allá a sus órdenes, repliqué:

—No hay nadie más que Joseph.

—Quiero beber —exclamó con fastidio, dándose la vuelta—. Zillah está constantemente correteando a Gimmerton desde que papá se fue. ¡Es lamentable! Me he visto obligado a bajar aquí... han decidido no oírme desde arriba.

—¿Es su padre atento con usted, señorito Heathcliff? —pregunté, viendo paralizadas las demostraciones amistosas de Catherine.

—¿Atento? Al menos hace que ellos me atiendan un poco más —exclamó—. ¡Sinvergüenzas! Sabe, señorita Linton, ese bruto de Hareton se ríe de mí. ¡Le odio! La verdad es que los odio a todos, son seres odiosos.

Cathy empezó a buscar para traerle agua. Encontró una jarra en el aparador, llenó un vaso y se lo trajo. Él le pidió que añadiera una cucharada de vino de una botella que había en la mesa y, después de beber un poco, pareció más tranquilo y le dijo que era muy amable.

—¿Estás contento de verme? —preguntó ella, reiterando su primera pregunta y contenta al ver en él la débil insinuación de una sonrisa.

—Sí, lo estoy. ¡Es algo nuevo oír una voz como la suya! —respondió—. Pero me ha irritado que usted no viniera. Y papá juraba que era culpa mía, me llamaba criatura lamentable, rastrera e inútil, y decía que usted me despreciaba y que si él hubiera estado en mi lugar a estas alturas sería más amo de la Granja que su padre. Pero usted no me desprecia verdad, señorita...

—Me gustaría que me llamaras Catherine o Cathy —interrumpió mi señorita—. ¿Despreciarte? ¡No! Después de papá y Ellen, te quiero a ti más que a nadie en el mundo. Pero al señor Heathcliff no le quiero, y no me atreveré a venir cuando vuelva él, ¿estará muchos días fuera?

—No muchos —respondió Linton—. Pero va a los páramos con frecuencia, desde que empezó la temporada de caza y podrías pasar una hora o dos conmigo en su ausencia. Di que vendrás. Creo que contigo no estaría de mal humor. Tú no me provocarías y estarías siempre dispuesta a ayudarme, ¿verdad?

—Sí —dijo Catherine, acariciándole el pelo largo y suave—. Si papá me diera su permiso, pasaría la mitad del tiempo contigo. ¡Querido Linton, ojalá fueras mi hermano!

—¿Y entonces me querrías tanto como a tu padre? —observó él más alegre—. Pero papá dice que me amarías más que a él y que a nadie en el mundo si fueras mi esposa, así que preferiría que lo fueras.

—No, yo nunca amaré a nadie más que a papá —replicó con gravedad—. Y a veces hay gente que odia a sus mujeres, pero no a sus hermanas o hermanos. Si tú lo fueras vivirías con nosotros y papá te querría a ti tanto como a mí.

Linton negó que la gente odiara a sus mujeres. Pero Cathy afirmó que sí, y que por lo que ella sabía, puso como ejemplo la aversión de su padre por la tía Isabella. Intenté detener su insolente lengua, sin conseguirlo, hasta que lo soltó todo. El

señorito Heathcliff, muy irritado, aseguró que el relato era falso.

—Papá me lo contó y él no dice mentiras —contestó ella descaradamente.

—¡Mi papá desprecia al tuyo! —exclamó Linton—. ¡Le llama estúpido cobardica!

—El tuyo es un malvado —replicó Catherine—, y tú eres muy malo por atreverte a repetir lo que él dice. Tiene que ser muy malvado para hacer que la tía Isabella le dejara como lo hizo.

—Ella no le dejó —dijo el chico—. No me vas a contradecir.

—¡Sí, le dejó! —exclamó mi señorita.

—Bueno, pues te diré algo —dijo Linton—: tu madre odiaba a tu padre ¿Qué dices ahora?

—¡Oh! —exclamó Catherine demasiado furiosa para continuar.

—¡Y amaba al mío! —añadió él.

—¡Mentiroso! Ahora te odio —jadeó y la cara se le puso roja de ira.

—¡Le amaba! ¡Le amaba! —insistió Linton, hundiéndose en el fondo de su sillón y echando atrás la cabeza para disfrutar de la agitación de su contrincante que estaba de pie detrás de él.

—¡Silencio, señorito Heathcliff! —dije—. Supongo que ésa es también otra historia de su padre.

—No lo es. ¡Cállate la boca! —respondió—. ¡Le amaba, le amaba, Catherine, le amaba, le amaba!

Cathy, fuera de sí, empujó violentamente el sillón y le hizo caer sobre un brazo. Inmediatamente le dominó una tos sofocante que puso fin a su triunfo. Le duró tanto que hasta yo me asuste. En cuanto a su prima, lloró con toda su alma, horrorizada por el daño que había hecho, aunque no dijo nada. Le sujeté hasta que se le pasó el ataque. Entonces me apartó y apoyó su cabeza en silencio. Catherine acalló también sus lamentos, tomó asiento frente a él y miró solemnemente al fuego.

—¿Cómo se encuentra ahora, señorito Heathcliff? —pregunté pasados diez minutos.

—Ojalá se encontrara ella como yo —respondió—. ¡Criatura rencorosa y cruel! Hareton nunca me toca. No me ha pegado nunca en su vida. Hoy estaba mejor, y mira... —la voz se le ahogó en un gemido.

—¡Yo no te he pegado! —masculló Catherine, mordiéndose los labios para evitar otro estallido de emoción.

Él suspiró y gimió como si sufriera un gran dolor y continuó así durante un cuarto de hora, a propósito, para inquietar a su prima, al parecer, porque cada vez que la sorprendía reprimiendo un sollozo, reanudaba el dolor y el patetismo en las inflexiones de su voz.

—Siento haberte hecho daño, Linton —dijo al fin sin poder aguantarlo más—. A mí no me hubiera hecho daño un empujoncito así, y no tenía idea de que a ti te lo pudiera hacer tampoco. ¿No te has hecho mucho daño, verdad, Linton? No dejes que

me vaya a casa pensando que te he hecho daño. ¡Responde! Háblame.

—No puedo hablar contigo —murmuró—, me has hecho tanto daño que voy a estar toda la noche despierto ahogado por esta tos. Si la tuvieras sabrías lo que es. Tú dormirás cómodamente mientras yo sufro lo indecible y sin nadie a mi lado. ¡Me pregunto lo que te gustaría pasar esas noches horribles! —y empezó a gemir en voz alta de la lástima que se tenía a sí mismo.

—Puesto que tiene la costumbre de pasar malas noches —dije yo—, no será la señorita la que perturbe su tranquilidad. Usted estaría igual si ella no hubiera venido. Sin embargo, no le volverá a molestar y quizá se quede más tranquilo cuando nos vayamos.

—¿Debo irme? —preguntó Catherine apenadamente, inclinándose hacia él—. ¿Quieres que me vaya, Linton?

—No puedes cambiar lo que has hecho —respondió con mezquindad, apartándose de ella—, a menos que lo cambies para peor, molestándome hasta que me dé fiebre.

—Bueno, entonces, ¿debo irme? —repitió ella.

—Déjame en paz al menos —dijo—. No puedo soportar tu charla.

Ella se demoró y se resistió a mis intentos de persuasión para que nos marcháramos durante un rato largo y pesado, pero como él ni levantaba la vista, ni hablaba, por fin se dirigió a la puerta y yo la seguí.

Un chillido nos hizo volver. Linton se había deslizado desde su asiento hasta el suelo delante del hogar y estaba retorciéndose por pura perversidad de peste de niño consentido dispuesto a ser todo lo molesto y agobiante que pudiera. Por su conducta pude juzgar plenamente su carácter y vi en el acto que sería una locura intentar darle gusto. No así mi compañera, que volvió corriendo aterrada, se arrodilló, lloró, le consoló y suplicó hasta que se tranquilizó por falta de aliento, en modo alguno por pesar de haberla atormentado.

—Le levantaré hasta el escaño —dije—, y podrá retorcerse a su gusto. No podemos quedarnos a contemplarle. Espero que estará convencida, señorita Cathy, de que no es usted la persona que pueda hacerle bien y que su estado de salud no se debe al cariño que le tiene. ¡Bueno, pues ya está! ¡Vamos! En cuanto se dé cuenta de que no hay nadie para atender a sus tonterías, se alegrará de quedarse tranquilo.

Ella le colocó una almohada bajo la cabeza y le ofreció agua. Rechazó la última y se movió intranquilo sobre la primera como si fuera una piedra o un leño. Intentó ponerle más cómodo.

—No puedo con ésta —dijo él—, no es bastante alta.

Catherine trajo otra para ponerla encima.

—Es demasiado alta —murmuró la irritante criatura.

—¿Cómo tengo que ponerlo, entonces? —preguntó desesperada.

Se juntó a ella, que estaba medio arrodillada junto al escaño, y convirtió su hombro en un apoyo.

—No, eso no —dije—. Conténtese con la almohada, señorito Heathcliff. La señorita ha perdido ya demasiado tiempo con usted. No podemos quedarnos ni cinco minutos más.

—¡Sí, sí podemos! —respondió Cathy—. Ahora es bueno y paciente. Está empezando a pensar que pasaré una noche mucho más triste que él si creo que se encuentra peor por culpa de mi visita y entonces no me atreveré a venir más. Di la verdad, Linton, porque no debo venir si te he hecho daño.

—Tienes que venir para curarme —respondió—. Deberías venir porque me has hecho daño. ¡Sabes que muchísimo daño! Cuando viniste no estaba lo enfermo que estoy ahora, ¿no es así?

—Pero ha sido usted mismo el que se ha puesto enfermo llorando y rabiando —intervine yo.

—Yo no lo hice en absoluto —dijo su prima—. No obstante, ahora seremos amigos. Y me necesitas. ¿Te gustaría verme alguna vez, de verdad?

—Ya te dije que sí —replicó impaciente—. Siéntate en el escaño y deja que me apoye en tus rodillas. Eso es lo que mamá solía hacer tardes enteras. Siéntate quieta y no hables, pero puedes cantar una canción, si sabes cantar, o recitar una de esas baladas largas, bonitas e interesantes... una de éstas que prometiste enseñarme, o un cuento. Aunque prefiero una balada. Empieza.

Catherine le recitó la más larga que recordaba. El entretenimiento les gustó muchísimo a los dos. Linton quiso otra, y después otra, a pesar de mis enérgicas negativas, y así continuaron hasta que el reloj dio las doce y oímos en el patio a Hareton que volvía a comer.

—¿Y mañana, Catherine, vendrás mañana? —preguntó el joven Heathcliff, cogiéndola del vestido mientras ella se levantaba de mala gana.

—¡No! —contesté yo—, ni pasado mañana tampoco.

Pero Catherine le dio una respuesta a todas luces diferente, porque la frente se le despejó cuando ella se agachó y le susurró algo al oído.

—¡No irá usted mañana, recuerde, señorita! —empecé cuando estuvimos fuera de la casa—. Ni lo soñará, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Oh, ya me cuidaré yo bien —continué—. Mandaré reparar aquella cerradura y no puede escapar por ningún otro sitio.

—Puedo saltar el muro —dijo riendo—. La Granja no es una cárcel, Ellen, y tú no eres mi carcelero. Además, tengo ya casi diecisiete años. Soy una mujer. Y estoy segura de que Linton se recuperaría rápidamente si me tuviera a mí para cuidarle. Soy mayor que él, ya sabes, y más sensata, menos infantil, ¿no es verdad? Y pronto hará lo que le diga con un poco de mimo. Es un encanto cuando es bueno. Le mimaría tanto si fuera mío... No nos pelearíamos nunca cuando estuviéramos acostumbrados el uno al otro, ¿verdad? ¿A ti no te gusta, Ellen?

—¿Gustarme? —exclamé—. El crío enfermizo y de peor genio que jamás logró

llegar a la adolescencia. Afortunadamente, como pronosticó el señor Heathcliff, no llegará a los veinte. Dudo incluso que vea la primavera. Poco perderá la familia se vaya cuando se vaya. Y suerte que tuvimos que se lo llevara su padre. Cuanto mejor se le tratara más fastidioso y egoísta sería. Me alegro de que no tenga ninguna posibilidad de que llegue a ser su marido, señorita Catherine.

Mi compañera se puso seria al oír esas palabras. Hablar de su muerte con tan poca consideración hirió sus sentimientos.

—Es más joven que yo —contestó después de una prolongada pausa para reflexionar—, y debería de vivir más. Vivirá... tiene que vivir tanto como yo. Está tan fuerte ahora como cuando llegó al norte. Estoy segura de eso. Es sólo un resfriado lo que le aqueja, lo mismo que a papá. Dices que papá mejorará, y él ¿por qué no?

—Bueno, bueno —exclamé—. Después de todo no tenemos por qué preocuparnos. Porque escuche, señorita, y téngalo en cuenta. Mantendré mi palabra... si intenta volver a Cumbres Borrascosas, conmigo o sin mí, informaré al señor Linton y, a menos que él lo permita, la amistad con su primo no debe reanudarse.

—Ya se ha reanudado —masculló Catherine enfurruñada.

—Pues no debe continuar —dije yo.

—Veremos —fue su respuesta, y partió al galope dejándome atrás a mi penoso caminar.

Las dos llegamos a casa antes de la hora de comer. Mi amo supuso que habíamos estado andando por el parque y, por tanto, no pidió explicaciones de nuestra ausencia. En cuanto entré me apresuré a cambiarme las medias y los zapatos que tenía empapados, pero haberme quedado tanto tiempo en las Cumbres ya había hecho el daño. A la mañana siguiente tuve que guardar cama y durante tres semanas no pude atender mis obligaciones. Calamidad que no había experimentado antes y, gracias a Dios, tampoco después.

Mi amita se portó como un ángel viniendo a cuidarme y a alegrar mi soledad. La reclusión me abatió muchísimo. Es aburrido para una persona activa, pero pocos tienen menos motivos de queja que yo. En cuanto Catherine dejaba la habitación de su padre, ya estaba junto a mi cama. Dividía su tiempo entre nosotros. Ninguna diversión le usurpaba un minuto. Descuidaba sus comidas, sus estudios y sus juegos y era la enfermera más cariñosa que ha existido. Debía de tener muy buen corazón, cuando amando tanto a su padre, me dedicaba a mí todos aquellos cuidados. He dicho que dividía su tiempo entre nosotros, pero el amo se retiraba temprano y yo generalmente no necesitaba nada después de las seis, así que la tarde era suya. ¡Pobre criatura! Nunca pensé en qué hacía después del té. Y aunque con frecuencia, cuando entraba a darme las buenas noches, le notaba un color fresco en las mejillas y sonrosados los finos dedos, en lugar de figurarme que esa tonalidad se la prestaba una carrera a caballo con el frío por los páramos, se la achacaba al ardiente fuego de la biblioteca.

CAPÍTULO XXIV

Al cabo de tres semanas pude dejar mi alcoba y andar por la casa. La primera ocasión que me quedé levantada por la tarde, pedí a Catherine que me leyera porque tenía débil la vista. Estábamos en la biblioteca, pues el amo se había acostado. Ella consintió más bien de mala gana según me imaginé y, pensando que mis libros no eran de su agrado, le dije que escogiera entre los que leía ella. Eligió uno de sus favoritos y leyó sin parar en torno a una hora. Luego menudearon las preguntas:

—¿Ellen, no estás cansada? ¿No sería mejor que te acostaras ya? Te sentirás mal quedándote tanto rato levantada, Ellen.

—No, no, cariño, no estoy cansada —respondía invariablemente.

Viéndome inamovible, ensayó otro método para mostrar desagrado hacia su tarea. Lo cambió por bostezar y desperezarse, y diciendo:

—Ellen, estoy cansada.

—Déjalo y hablemos —respondí.

Aquello fue peor. Estaba inquieta y suspiraba y miraba el reloj hasta que por fin a las ocho se fue a su habitación, completamente rendida de sueño, a juzgar por su aspecto malhumorado y somnoliento y el continuo restregar al que tenía sometidos los ojos. La noche siguiente pareció aún más impaciente y a la tercera de recuperar mi compañía se quejó de dolor de cabeza y me dejó. Juzgué extraña su conducta y, después de quedarme sola un buen rato, decidí ir a averiguar si estaba mejor y pedirle que viniera a tumbarse en el sofá en vez de estar arriba a oscuras. No pude encontrar rastro de Catherine ni arriba ni abajo. Los criados me aseguraron que no la habían visto. Escuché a través de la puerta del señor Linton, todo era silencio. Volví a su habitación, apagué la vela y me senté junto a la ventana.

La luna brillaba radiante. Salpicaduras de nieve cubrían la tierra y pensé que tal vez se le hubiera metido en la cabeza dar un paseo por el jardín para tomar el aire. Vi una figura que avanzaba sigilosamente por la cerca interior del parque, pero no era mi señorita, cuando salió a la luz reconocí a uno de los mozos de cuadra. Se quedó largo rato mirando al camino desde la finca. Luego salió a paso ligero, como si hubiera detectado algo y reapareció al poco conduciendo el poni de la señorita. Y allí estaba ella, que acababa de desmontar y caminaba a su lado. El hombre llevó al animal hacia el establo cruzando cautelosamente por la hierba. Cathy entró por la ventana del salón y se deslizó sin hacer ruido escaleras arriba donde yo la esperaba. Cerró la puerta con cuidado, se quitó los zapatos llenos de nieve, se desató el sombrero y estaba procediendo a quitarse la capa, ignorante de que la espiaba, cuando de pronto me levanté y me dejé ver. La sorpresa la dejó petrificada un instante. Profirió una exclamación inarticulada y se quedó paralizada.

—Mi querida señorita Catherine —empecé, demasiado impresionada por sus recientes bondades para echarle una regañina—. ¿Adónde ha ido a caballo a estas horas? ¿Y por qué ha intentado engañarme contándome un cuento? ¿Dónde ha

estado? Hable.

—Hasta el extremo del parque —tartamudeó—. No conté ningún cuento.

—¿Y a ningún otro sitio? —pregunté.

—No —fue la respuesta que balbuceó.

—¡Oh, Catherine! —exclamé apenada—. Sabe que ha obrado mal, de lo contrario se vería llevada a decirme una mentira. Eso me duele. Preferiría estar tres meses enferma que oírle inventarse una mentira deliberada.

Saltó hacia mí y echándose a llorar me rodeó el cuello con sus brazos.

—Bueno, Ellen, tengo tanto miedo a que te enfades —dijo—. Prométeme no enfadarte y sabrás la pura verdad. Detesto ocultarla.

Nos sentamos en el asiento de la ventana. Le aseguré que no la reñiría, cualquiera que fuera su secreto que, por supuesto, yo adivinaba. Así que empezó:

—He ido a Cumbres Borrascosas, Ellen, y no he dejado de ir ni un solo día desde que caíste enferma, excepto tres días antes y dos después de que dejaras tu habitación. Le di a Michael libros y dibujos para que preparara a Minny todas las tardes y la volviera al establo. Tampoco debes reñirle a él, cuidado. Estaba en las Cumbres a las seis y media y me quedaba generalmente hasta las ocho y media, y luego volvía a casa al galope. No era a divertirme a lo que iba. A menudo me sentía desgraciada todo el tiempo. De vez en cuando fui feliz, una vez por semana, quizá. Al principio pensé que me costaría mucho trabajo convencerte para que me permitieras cumplir la palabra que di a Linton, porque cuando le dejamos le había prometido volver a verlo al día siguiente, pero como ese día te quedaste en cama me libré del problema, y mientras Michael arreglaba la cerradura de la puerta del parque por la tarde, me apropié de la llave y le dije que mi primo deseaba que le visitara porque estaba enfermo y no podía venir a la Granja, y que papá se oponía a que yo fuera. Entonces negocié con él lo del poni. Le gusta mucho leer y piensa marcharse pronto para casarse, así que accedió a mis deseos si le prestaba libros de la biblioteca, pero preferí darle los míos y eso le gustó más.

»En mi segunda visita Linton parecía muy animado, y Zillah (que es el ama de llaves), nos arregló la habitación, encendió un buen fuego y nos dijo que, como Joseph había ido a un servicio religioso y Hareton Earnshaw estaba fuera con sus perros —robándonos los faisanes de nuestros bosques, según supe después— podíamos hacer lo que quisiéramos. Me trajo vino caliente y pan de jengibre y estaba extraordinariamente amable. Linton se sentó en el sillón y yo en una mecedora junto al hogar. Nos reímos y charlamos alegremente, y vimos que teníamos mucho que decirnos. Hicimos planes sobre dónde iríamos y lo que haríamos en el verano. No hace falta repetírtelo porque lo calificarías de tonterías.

»Una vez, sin embargo, estuvimos a punto de pelearnos. Dijo que la manera más agradable de pasar un cálido día de julio era estar tumbado de la mañana a la noche sobre una ladera de brezos en medio de los páramos, con las abejas zumbando soñolientas entre las flores, las alondras cantando en lo alto y un cielo azul y un sol

reluciente, resplandeciendo imperturbable y sin nubes. Ésa era su idea más completa de la felicidad celestial. La mía era mecerse en un árbol verde y lleno de susurros, con el viento del oeste soplando y brillantes nubes blancas volando presurosas por encima; y no sólo alondras, sino también tordos, mirlos, pardillos y cucos, haciendo brotar su música por todos los lados, y los páramos viéndose a lo lejos, recortados por frescos y umbrosos sotos, pero muy cerca de ellos grandes oleadas de hierba alta ondulándose como las olas por la brisa, y bosques, y aguas cantarinas, y el mundo entero despierto y loco de alegría. Él quería que todo yaciera en un éxtasis de paz. Yo quería que todo chispeará y danzara en un glorioso jubileo. Le dije que su paraíso estaría vivo sólo a medias y respondió que el mío sería un paraíso borracho. Le contesté que me quedaría dormida en el suyo y aseguró que no podría respirar en el mío, y empezó a ponerse irritable. Al final convinimos en probar los dos tan pronto como llegara el buen tiempo, luego nos besamos y quedamos amigos.

»Después de estar una hora sentados sin movernos, miré la espaciosa habitación con el suelo liso y sin alfombra y pensé lo bonito que sería jugar allí si quitábamos la mesa. Le pedí a Linton que llamara a Zillah para ayudarnos y jugaríamos a la gallinita ciega, y ella trataría de cogernos, como solías hacer tú, ya sabes, Ellen. Él no quiso, dijo que no era divertido, pero consintió en jugar a la pelota conmigo. Encontramos dos en un armario entre un montón de juguetes viejos: peonzas, aros, raquetas y volantes. Una pelota estaba marcada con una C y la otra con una H. Yo quería tener la C porque significaba Catherine y la H podía ser por Heathcliff, su nombre, pero a la H se le salía el salvado y a Linton no le gustaba. Le gané constantemente, se enfadó de nuevo, tosió y se volvió a su sillón, aunque esa noche recuperó fácilmente el buen humor. Le encantaron dos o tres canciones bonitas... tus canciones, Ellen. Y cuando me tenía que marchar me rogó y suplicó que volviera la tarde siguiente, y se lo prometí. Minny y yo volamos a casa tan ligeras como el viento, y soñé con Cumbres Borrascosas y con mi dulce y querido primo hasta el amanecer.

»Al día siguiente estaba triste, en parte porque tú te encontrabas mal y en parte porque deseaba que mi padre conociera y aprobara mis excursiones. Pero después del té salió una luna hermosa y, según cabalgaba, se fue disipando mi tristeza. Tendré otra tarde feliz —pensé para mí— y lo que me alegra más es que mi querido Linton también la tendrá. Troté hasta su jardín y, estaba dando la vuelta hacia la parte de atrás, cuando salió a mi encuentro ese tal Hareton, cogió las bridas y me pidió que entrara por la puerta principal. Acarició el cuello de Minny y dijo que era un bonito animal y parecía como si quisiera que yo le hablara. Yo sólo le dije que dejara en paz a mi caballo si no quería recibir una coza. Contestó en su acento vulgar:

»—No me haría mucho daño si lo hiciera —y examinaba sus patas con una sonrisa. Casi me dieron ganas de hacer que lo probara, pero se apartó para abrir la puerta y al levantar el picaporte miró hacia la inscripción de arriba y dijo con una estúpida mezcla de torpeza y euforia:

»—¡Señorita Catherine, ya sé leer eso!

»—Magnífico —exclamé—. Oigámoslo, te lo ruego... ¡qué listo te estás volviendo!

»Deletreó, arrastrando lentamente las sílabas, el nombre: «Hareton Earnshaw».

»—¿Y los números? —exclamé alentadoramente, viendo que se había parado en seco.

»—Aún no sé leerlos —respondió.

»—¡Oh, qué tonto! —dije, riéndome con ganas de su fracaso.

»El bobo me miró, con una mueca asomándole a los labios y el ceño frunciéndosele sobre los ojos, como sin saber si no debía unirse a mis risas, si no sería una grata familiaridad o lo que realmente era, desprecio. Aclaré sus dudas recobrando repentinamente la seriedad y diciéndole que se marchara, porque iba a ver a Linton, no a él. Se sonrojó —lo vi a la luz de la luna—, quitó la mano del picaporte y se escabulló, viva imagen de la vanidad mortificada. Supongo que se creía tan culto como Linton porque sabía deletrear su propio nombre y se quedó tremendamente desconcertado de que yo no pensara lo mismo.

—¡Alto, querida señorita Catherine! —interrumpí—. No la reñiré, pero no me gusta esa conducta suya. Si hubiera recordado que Hareton era tan primo suyo como el señorito Heathcliff, se habría dado cuenta de lo impropio de ese comportamiento. Cuando menos, es una ambición encomiable que desee ser tan culto como Linton y probablemente él no aprendió sólo para presumir. Usted le había hecho avergonzarse de su ignorancia anteriormente, no me cabe ninguna duda, y quería remediarlo y agradarle. Burlarse de su defectuoso intento fue de muy mala educación. Si usted se hubiera criado en sus circunstancias, ¿sería menos zafia? Fue un niño tan vivo e inteligente como usted y me duele que ahora se le desprecie porque ese infame de Heathcliff le ha tratado tan injustamente.

—Bueno, Ellen, no vas a llorar por eso, ¿verdad? —exclamó, sorprendida de mi severidad—. Pero espera y sabrás si estudió su ABC para complacerme y si merecía la pena ser educada con ese bruto. Entré. Linton estaba tumbado en el escaño y se incorporó para recibirme.

»—No me encuentro bien esta tarde, Catherine, cariño —dijo—. Tendrás que decirlo tú todo y yo escucharé. Ven a sentarte a mi lado. Estaba seguro de que no faltarías a tu palabra y te lo haré prometer de nuevo antes de que te vayas.

»Sabía ya que no debía molestarle, puesto que estaba enfermo. Le hablé dulcemente, no le hice ninguna pregunta y evité irritarle de cualquier forma. Le había llevado algunos de mis libros más bonitos. Me pidió que le leyera algo de uno de ellos y estaba a punto de hacerlo cuando Earnshaw entró de un portazo, después de haber acumulado veneno con sus reflexiones. Vino derecho a nosotros, cogió a Linton por un brazo y lo echó de su asiento.

»—¡Vete a tu habitación! —dijo, con una voz casi inarticulada por la ira y el semblante congestionado y furioso—. Llévatela allí si es que viene a verte a ti. No me

sacaréis de aquí. ¡Fuera los dos!

»Nos maldijo y sin darle tiempo a Linton a contestar, casi le arrojó a la cocina, y cuando le seguí cerró el puño al parecer deseando derribarme de un puñetazo. Tuve miedo por un momento y se me cayó un libro. Me lo tiró de una patada y cerró la puerta. Oí una risa maligna y cascada junto al fuego y, volviéndome, vi a este odioso Joseph, que se encontraba de pie frotándose las huesudas manos y temblando.

»—¡Estaba seguro de que os echaría! ¡Es un gran chico! ¡Está consiguiendo el verdadero temple! Sabe... sí, lo sabe tan bien como yo, quién tendría que ser el amo aquí... ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Os ha puesto bien en vuestro sitio! ¡Vaya, vaya, vaya!

»—¿Adónde vamos? —dije a mi primo sin hacer caso de las burlas del miserable viejo.

»Linton estaba pálido y temblaba. No era guapo entonces, Ellen. ¡Oh, no! Tenía un aspecto horrible, pues el enjuto rostro y los grandes ojos habían conformado una expresión de furia frenética e impotente. Agarró el pomo de la puerta y lo sacudió, estaba cerrada por dentro.

»—¡Si no me dejas entrar te mataré...! ¡Si no me dejas entrar te mataré! —chillaba más que decía—. ¡Demonio, demonio...! ¡Te mataré...! ¡Te mataré!

»Joseph volvió a soltar su risa gruñona.

»—¡Vaya, eso es del padre! —exclamó—. ¡Es el padre! Todos tenemos de ambas partes en nosotros. ¡No hagas caso, Hareton, muchacho... no tengas miedo... no puede hacerte nada!

»Cogí las manos a Linton y traté de arrancarle de allí, pero chillaba de forma tan horrible que no me atreví a continuar. Al fin los gritos se le ahogaron en un espantoso ataque de tos. Echó sangre por la boca y cayó al suelo. Corrí al patio muerta de terror y llamé a Zillah con todas mis fuerzas. Pronto me oyó. Estaba ordeñando las vacas en un cobertizo detrás del granero y, apresurándose desde su trabajo, preguntó qué había que hacer. Yo no tenía aliento para explicárselo, la arrastré adentro y busqué a Linton. Earnshaw había salido a examinar la maldad que había hecho y entonces estaba llevando arriba a la pobre criatura. Zillah y yo subimos tras él, pero me detuvo en lo alto de la escalera y me dijo que no entraría y que debía irme a casa. Le grité que había matado a Linton y que entraría. Joseph cerró la puerta, y declaró que no haría tal cosa y me preguntó si iba a ser tan loca como él. Me quedé llorando hasta que reapareció el ama de llaves y afirmó que Linton estaría mejor en poco tiempo, pero que no le beneficiaba nada tanto chillido y tanto estrépito y casi me arrastró hasta la sala.

»¡Ellen, estuve a punto de arrancarme los pelos! Sollocé y lloré hasta que mis ojos casi no veían y el rufián al que tienes tanta simpatía estaba allí delante, atreviéndose de vez en cuando a pedirme que me callara y negando que fuera culpa suya, y al fin, asustado por mis afirmaciones de que se lo diría a papá y que lo meterían en la cárcel y lo ahorcarían, empezó a gimotear y salió corriendo para ocultar su cobarde agitación. Pero aún no me había librado de él. Cuando al fin me

obligaron a marcharme y me había distanciado unas cien yardas de la casa, de repente surgió de la sombra, paró a Minny y me cogió.

»—Señorita Catherine, lo siento mucho —empezó—, pero está muy mal...

»Le di un latigazo con mi fusta pensando que quizá me asesinara. Me soltó, atronando con una de sus horribles palabrotas, y yo galopé a casa medio loca.

»No te di las buenas noches ese día y no fui a Cumbres Borrascosas al siguiente. Lo deseaba extraordinariamente, pero era presa de una extraña excitación, y a veces me aterrorizaba oír que Linton había muerto, a veces temblaba ante la idea de encontrarme con Hareton. Al tercer día me armé de valor, al menos no pude soportar por más tiempo la incertidumbre, y me escapé una vez más. Fui a las cinco, a pie, figurándome que podría arreglármelas para escabullirme en la casa y subir a la habitación de Linton sin ser vista. Pero los perros dieron aviso de mi llegada. Zillah me recibió y diciendo que el chico mejoraba bien, me introdujo en una pequeña habitación, limpia y alfombrada, donde, para mi indecible alegría, vi a Linton echado en un pequeño sofá leyendo uno de mis libros. Pero durante toda una hora ni me habló, ni me miró, Ellen. Tiene muy mal genio. Pero lo que me desconcertó por completo fue que, cuando al fin abrió la boca, soltó la mentira de que yo había ocasionado el alboroto y que no había que echarle la culpa a Hareton. Incapaz de responder sin enfurecerme, me levanté y salí de la habitación. Lanzó tras de mí un débil «¡Catherine!». No contaba con recibir esa respuesta, pero no volví y el día siguiente fue el segundo que me quedé en casa, casi decidida a no visitarle más. Pero era tan triste irse a la cama y levantarse y no saber nunca nada de él, que mi decisión se desvaneció en el aire antes de que estuviera convenientemente formada. Parecía un error haber emprendido aquel camino antes, parecía un error no ir ahora. Michael vino a preguntarme si tenía que ensillar a Minny. Dije que sí y, mientras me llevaba por las colinas, pensé que cumplía con un deber. Como tenía que pasar por delante de las ventanas de la fachada para llegar al patio, era inútil tratar de ocultar mi presencia.

»—El señorito está en la sala —dijo Zillah cuando vio que me dirigía a la salita. Entré. Earnshaw estaba allí también, pero se marchó inmediatamente. Linton estaba sentado en el sillón grande, medio dormido. Acercándome al fuego, empecé en tono serio, en parte tratando de decir la verdad:

»—Como no me quieres, Linton, y crees que vengo a propósito para hacerte daño y pretendes que te lo hago siempre, éste es nuestro último encuentro. Digámonos adiós, y al señor Heathcliff dile que no quieres verme y que no tiene que inventarse más falsedades sobre el tema.

»—Siéntate y quítate el sombrero, Catherine —respondió—. Eres mucho más feliz que yo y deberías ser mejor. Bastante habla papá de mis defectos y bastante desprecio me manifiesta para que sea natural que dude de mí mismo. Dudo que, en resumidas cuentas, no sea tan inútil como él me califica con frecuencia, y entonces me siento tan de mal humor y tan amargado que odio a todo el mundo. Soy inútil, tengo mal genio y mala voluntad casi siempre y, si quieres, puedes decirme adiós, te

librarás de un fastidio. Sólo, Catherine, hazme justicia: cree que si yo pudiera ser tan dulce, tan amable y tan bueno como tú, lo sería, me gustaría incluso más que ser feliz y sano. Y cree que tu bondad ha hecho que te ame más profundamente que si mereciera tu amor, y aunque no pude, ni puedo, evitar mostrarte mi naturaleza, lo lamento y me arrepiento y lo lamentaré y me arrepentiré hasta que me muera.

»Sentí que decía la verdad y supe que tenía que perdonarle y que, aunque nos peleáramos al momento siguiente tendría que perdonarle de nuevo. Nos reconciamos, pero lloramos los dos todo el tiempo que estuve allí, no enteramente por pena, aunque mucho me dolía que Linton tuviera aquel carácter retorcido. ¡Nunca dejará en paz a sus amigos ni estará en paz él mismo! Desde esa noche he ido siempre a su salita, porque su padre volvió al día siguiente.

»Unas tres veces, creo, hemos estado alegres y esperanzados, como lo estuvimos la primera noche. El resto de mis visitas han sido tristes y turbulentas, ya por su egoísmo y su rencor, ya por sus sufrimientos, pero he aprendido a sobrellevar los primeros casi con tan poco resentimiento como los segundos. El señor Heathcliff me evita deliberadamente. Apenas le he visto. El domingo pasado, por cierto, como llegué más temprano que de costumbre, le oí insultar al pobre Linton cruelmente por su conducta de la noche anterior. No entiendo cómo lo supo, a menos que estuviera escuchando. Desde luego Linton se había comportado de forma exasperante, pero eso no le importaba a nadie más que a mí, así que interrumpí el discurso de Heathcliff entrando y diciéndoselo. Soltó una carcajada y se marchó diciendo que se alegraba de que viera el asunto de esa manera. Desde entonces le he comentado a Linton que debe decir sus resentimientos en voz baja. Ahora, Ellen, ya lo sabes todo, y no se me puede prohibir que vaya a Cumbres Borrascosas sin hacer desgraciadas a dos personas, mientras que si no se lo dices a papá, mis visitas no tienen por qué perturbar la tranquilidad de nadie. No se lo dirás, ¿verdad? Sería muy cruel que lo hicieras.

—Tomaré una decisión sobre ese asunto mañana, señorita Catherine —respondí—. Requiere cierta reflexión, así que la dejaré que descanse y yo me voy a pensarlo.

Lo pensé en voz alta en presencia de mi amo, yendo directamente a su habitación y contándole toda la historia excepto las conversaciones con su primo y sin mencionar a Hareton. El señor Linton se alarmó y angustió más de lo que me dio a entender. A la mañana siguiente Catherine conoció mi traición acerca de sus confidencias y también que sus visitas secretas tenían que terminar. En vano lloró y se rebeló contra la prohibición, e imploró a su padre que tuviera piedad de Linton. Todo lo que consiguió por consuelo fue la promesa de que él escribiría y daría permiso a Linton para que viniera a la Granja cuando quisiera, pero explicando que no esperara ver más a Catherine en Cumbres Borrascosas. Quizá de haber estado enterado del carácter y estado de salud de su sobrino hubiera considerado conveniente retirar incluso ese pequeño consuelo.

CAPÍTULO XXV

Todo esto ocurrió el invierno pasado, señor —dijo la señora Dean—, hace poco más de un año. ¡El invierno pasado cómo iba a pensar yo que al cabo de doce meses estaría entreteniendo con su relato a un extraño a la familia! Aunque, ¿quién sabe por cuánto tiempo será usted un extraño? Es usted demasiado joven para contentarse para siempre con vivir solo. Y, de alguna manera, me figuro que nadie puede ver a Catherine Linton y no enamorarse de ella. Usted sonrío, pero ¿por qué parece tan animado y tan interesado cuando hablo de ella? ¿Y por qué me ha pedido que cuelgue su retrato en la chimenea? ¿Y por qué...?

—¡Alto, mi buena amiga! —exclamé—. Sería muy posible que me enamorara de ella, pero ¿se enamoraría ella de mí? Lo dudo demasiado como para arriesgar mi tranquilidad cayendo en la tentación. Además, mi casa no está aquí. Pertenezco al mundo activo y a sus brazos tengo que volver. Continúe. ¿Obedeció Catherine las órdenes de su padre?

—Sí —continuó el ama de llaves—. Su cariño por él era todavía el sentimiento dominante en su corazón. Y él hablaba sin rencor, hablaba con la profunda ternura de alguien que está a punto de dejar su tesoro entre peligros y enemigos, donde el recuerdo de sus palabras sería la única ayuda que le podía legar para guiarla. Unos días más tarde me dijo:

—Me gustaría, Ellen, que mi sobrino escribiera o viniera. Dime sinceramente qué piensas de él. ¿Ha cambiado para mejor, o hay esperanzas de mejoría, a medida que se hace un hombre?

—Está muy delicado, señor —respondí—, y es poco probable que llegue a adulto. Pero lo que puedo asegurarle es que no se parece a su padre y, si la señorita Catherine tuviera la desgracia de casarse con él, le dominaría, a menos que ella fuera excesiva y estúpidamente condescendiente. No obstante, señor, tendrá mucho tiempo para conocerlo y ver si le conviene a ella, pues le faltan más de cuatro años para ser mayor de edad.

Edgar suspiró, se acercó a la ventana, y miró hacia la iglesia de Gimmerton. Era una tarde brumosa, pero brillaba el sol de febrero tenuemente y podíamos distinguir los dos abetos del cementerio y las dispersas losas sepulcrales.

—He rezado a menudo —dijo medio en soliloquio— para que llegara lo que se avecina, pero ahora empiezo a acobardarme y a temerlo. Pensaba que el recuerdo de la hora en que bajé esa cañada como novio sería menos dulce que la esperanza de que pronto, dentro de pocos meses, semanas quizá, me iban a llevar hasta allí y me dejarían en la solitaria fosa. Ellen, he sido muy feliz con mi pequeña Cathy. En las noches de invierno y los días de verano ha sido una esperanza viva a mi lado. Pero he sido igual de feliz meditando a solas entre esas lápidas, bajo la vieja iglesia, reclinado durante las largas tardes de junio sobre el verde montículo de la tumba de su madre, y deseando... anhelando la hora en que pudiera yacer debajo. ¿Qué puedo hacer por

Cathy? ¿Cómo tengo que dejarla? No me importa ni por un instante que Linton sea hijo de Heathcliff, ni que se la lleve de mi lado, si pudiera consolarla de mi pérdida. No me importaría que Heathcliff consiguiera sus propósitos y triunfara robándome mi última bendición. Pero si Linton fuera indigno —sólo un débil instrumento de su padre— no puedo dejarla abandonada en sus manos. Y, por duro que sea aplastar el ilusionado espíritu de Cathy, tengo que perseverar en entristecerla mientras viva y dejarla sola cuando muera. ¡Cariño mío! Preferiría confiarla a Dios y depositarla bajo tierra antes que yo.

—Confíela a Dios tal como están las cosas, señor —respondí—, y si le perdiéramos a usted —que Él no lo permita—, bajo Su providencia, yo seré su amiga y consejera hasta el final. La señorita Catherine es una buena chica. No temo que vaya a hacer nada malo deliberadamente, y los que cumplen con su deber son siempre recompensados al final.

La primavera avanzó, pero mi amo no recuperó verdaderamente las fuerzas, aunque reanudó sus paseos por la finca con su hija. Para sus inexpertas nociones, eso era de por sí una señal de convalecencia, y como además con frecuencia se le encendían las mejillas y le brillaban los ojos, Catherine estaba segura de su recuperación. El día que ella cumplió los diecisiete años él no visitó el cementerio. Estaba lloviendo y le comenté:

—¿No irá a salir usted esta noche, señor?

Me respondió:

—No, este año lo retrasaré un poco más.

Escribió de nuevo a Linton, comunicándole el gran deseo que tenía de verle. Si el enfermo hubiera estado presentable no me cabe duda de que su padre le hubiera permitido venir. Tal y como estaban las cosas, siguiendo instrucciones, respondió insinuando que el señor Heathcliff se oponía a que visitara la Granja, pero el amable recuerdo de su tío le alegraba mucho y esperaba encontrarle alguna vez en sus paseos, y personalmente le pedía que a su prima y a él no se les tuviera tan completamente separados por mucho tiempo.

Esa parte de la carta era sencilla y probablemente suya. Heathcliff, por tanto, sabía que era capaz de abogar con suficiente elocuencia la compañía de Catherine.

—No pido —decía— que ella pueda visitarme aquí, pero ¿no he de verla nunca porque mi padre me prohíba ir a su casa y usted le prohíba venir a la mía? En sus paseos a caballo venga de vez en cuando con ella hacia las Cumbres y podremos intercambiar unas palabras en su presencia. No hemos hecho nada para merecer esta separación y usted no está enfadado conmigo, no tiene motivos para sentir antipatía hacia mí, usted mismo lo reconoce. ¡Querido tío!, envíeme una nota amable mañana y permita que me encuentre con usted en el sitio que quiera, salvo en la Granja de los Tordos. Creo que una entrevista le convencería de que el carácter de mi padre no es el mío. Él

asegura que soy más sobrino de usted que hijo suyo y, aunque tengo defectos que me hacen indigno de Catherine, ella me los ha perdonado y, por ella, debería usted excusarlos también. Pregunta por mi salud... está mejor, pero mientras siga privado de toda esperanza y condenado a la soledad, o a la compañía de aquellos que nunca me quisieron y nunca me querrán, ¿cómo puedo estar alegre y sentirme bien?

CAPÍTULO XXVI

Ya había pasado lo mejor del verano cuando Edgar cedió de mala gana a sus súplicas y Catherine y yo partimos en nuestro primer paseo para encontrarse con su primo. Era un día cerrado, sofocante, desprovisto de sol, pero con un cielo demasiado moteado y brumoso para amenazar lluvia. Nuestro lugar de encuentro había quedado establecido en el pilar de guía en el cruce de caminos. Al llegar allí, sin embargo, un pastorcillo, despachado como mensajero, nos dijo que el señorito Linton estaba a este lado de las Cumbres y que nos agradecería mucho que siguiéramos un poco más.

—En ese caso el señorito Linton —observé— ha olvidado la primera condición de su tío. Nos mandó que nos quedáramos en terreno de la Granja y ahí estamos ya fuera.

—Bueno, daremos la vuelta con nuestros caballos cuando lleguemos a donde está —respondió mi compañera—, y nuestra excursión quedara en dirección a casa.

Pero cuando le alcanzamos, y fue casi a un cuarto de milla de la puerta de su casa, nos encontramos con que no tenía caballo y tuvimos que descabalgar y dejar a los nuestros que pastaran. Estaba tumbado en el brezo, esperando a que nos acercáramos y no se levantó hasta que estuvimos a muy pocas yardas. Entonces caminó con tanta debilidad y parecía tan pálido que inmediatamente exclamé:

—Vaya, señorito Linton, no está usted como para disfrutar de un paseo esta mañana. ¡Qué mal aspecto tiene!

Catherine le miró con pena y asombro, cambió la exclamación de alegría en sus labios por una de alarma y las felicitaciones ante un encuentro tan pospuesto por una angustiada pregunta de si se encontraba peor que de costumbre.

—¡No... mejor... mejor! —jadeó, temblando y reteniéndole la mano como si necesitara su apoyo, mientras sus enormes ojos azules la miraban tímidamente y las ojeras que los rodeaban convertían en extenuado furor la lánguida expresión que en otro tiempo poseían.

—Pero has estado peor —insistió su prima—, peor que la última vez que te vi. Estás más delgado y...

—Estoy cansado —interrumpió apresuradamente—. Hace demasiado calor para andar, descansemos aquí. Y por la mañana a menudo me encuentro mal... papá dice que crezco muy deprisa.

No muy satisfecha, Cathy se sentó y él se reclinó a su lado.

—Esto se parece algo a tu paraíso —dijo ella, haciendo un esfuerzo para alegrarle—. ¿Te acuerdas de los dos días que acordamos pasar en el sitio y de la manera que cada uno pensara más agradable? Este es, desde luego, el tuyo, sólo que hay nubes, pero como son tan suaves y tranquilas resultan más agradables que el sol. La semana próxima, si puedes, cabalgaremos al parque de la Granja y probaremos el mío.

Linton no parecía recordar de lo que hablaba y evidentemente tenía grandes dificultades para mantener cualquier tipo de conversación. Su falta de interés en los

temas que ella iniciaba y su pareja incapacidad para contribuir al entretenimiento de Catherine eran tan obvias que ella no pudo ocultar su decepción. Un cambio indefinido se había apoderado de toda su persona y de sus modales. El malhumor que las caricias podían convertir en cariño había dado paso a una lánguida apatía. Tenía menos del mal genio del niño que se impacienta y molesta a fin de que le consuelen y más del taciturno ensimismamiento del tenido definitivamente por enfermo que rechaza los consuelos y está presto a considerar el buen humor y la alegría de los demás como un insulto. Catherine comprendió, tan bien como yo, que soportar nuestra compañía representaba para él más un castigo que una satisfacción, y no tuvo ningún escrúpulo en proponer enseguida que nos marcháramos. La propuesta, inesperadamente, despertó a Linton de su letargo y le puso en un extraño estado de agitación. Miró temeroso hacia las Cumbres y le pidió que se quedara, al menos, media hora más.

—Pero creo —dijo Cathy— que estarías más cómodo en casa que sentado aquí y veo que no puedo divertirme hoy con mis cuentos, mis canciones y mi charla. Te has vuelto más serio que yo en estos seis meses, poco te gustan ya mis diversiones, de lo contrario, si pudiera entretenerme, me quedaría de buena gana.

—Quédate para descansar —replicó—. Y Catherine, no creas, ni digas que estoy muy mal. Es el tiempo pesado y el calor lo que me tiene desanimado. Antes de que llegaras camine por ahí, mucho para mí. Dile al tío que tengo muy buena salud, ¿quieres?

—Le diré que eso dices tú, Linton. Yo no podría afirmar que la tienes —observó mi señorita, sorprendida ante su pertinaz afirmación de algo que era evidentemente falso.

—Y ven de nuevo el jueves próximo —continuó, esquivando la perpleja mirada de ella—. Y dale las gracias por permitirte venir... mi mayor agradecimiento, Catherine. Y... y si te encontraras a mi padre y te preguntara por mí, no le dejes suponer que he estado extraordinariamente silencioso y estúpido. No pongas un semblante triste y decaído como estás haciendo ahora... se enfadará.

—Su ira no me importa nada —exclamó Cathy figurándose que era ella la causa.

—Pero a mí sí —dijo su primo temblando—. No le provoques contra mí, Catherine, porque es muy duro.

—¿Es severo con usted, señorito Heathcliff? —pregunté yo—. ¿Se ha cansado de la tolerancia y ha pasado del odio pasivo al activo?

Linton me miró, pero no respondió y, después de seguir sentada a su lado otros diez minutos, durante los cuales la cabeza se le cayó amodorrada sobre el pecho y no profirió más que ahogados gemidos de agotamiento o de dolor, Cathy empezó a solazarse buscando arándanos y a compartir conmigo el producto de sus búsquedas. No se los ofreció a él porque vio que prestarle más atención no haría más que cansarle y enojarle.

—¿Es ya la media hora, Ellen? —me susurró al oído por fin—. No sé por qué

debemos quedarnos. Está dormido y papá estará deseando tenernos de vuelta.

—Bueno, no debemos dejarle dormido —respondí yo—. Espere a que se despierte y tenga paciencia. ¡Estaba muy impaciente por venir, pero su anhelo de ver al pobre Linton se ha evaporado pronto!

—¿Por qué quería verme? —preguntó Catherine—. Me gustaba más en sus momentos de peor genio de antes que con el curioso humor actual. Esta entrevista es como si se tratara de una tarea que se ve obligado a realizar por miedo a que su padre le riña. Pero no voy a venir para darle gusto al señor Heathcliff, sea cual sea la razón que pueda tener para hacer a Linton sufrir esa penitencia. Y, aunque me alegro de que esté mejor de salud, lamento que sea mucho menos agradable y mucho menos cariñoso conmigo.

—¿Entonces, cree usted que está mejor de salud? —pregunté yo.

—Sí —respondió—, porque siempre se quejaba muchísimo de sus sufrimientos, ya sabes. No está muy bien, como ha dicho que le diga a papá, pero es muy probable que esté mejor.

—En eso mi opinión difiere de la suya, señorita Catherine —observé—. Yo supondría que está mucho peor.

Entonces Linton se despertó sobresaltado de su sueño con desconcertado terror y preguntó si alguien había voceado su nombre.

—No —dijo Catherine—, a no ser en sueños. No me cabe en la cabeza cómo puedes dormir al aire libre por la mañana.

—Creí haber oído a mi padre —jadeó, mirando la hosca cima sobre nosotros—. ¿Estás segura de que no habló nadie?

—Completamente segura —respondió su prima—. Sólo Ellen y yo discutíamos sobre tu salud. Linton, ¿estás realmente más fuerte que cuando nos separamos en invierno? Si lo estás, con seguridad hay algo que no es más fuerte... tu afecto hacia mí. Habla. ¿Lo estás?

Las lágrimas brotaron de los ojos de Linton mientras respondía:

—¡Sí, sí, lo estoy!

Y, aún bajo el hechizo de la imaginaria voz, su mirada vagó arriba y abajo para detectar a su propietario. Cathy se levantó.

—Por hoy tenemos que marcharnos —dijo—. No te ocultaré que me he quedado tristemente decepcionada con nuestro encuentro, aunque no se lo mencionaré a nadie más que a ti, y no porque le tenga miedo al señor Heathcliff.

—¡Calla! —murmuró Linton—. ¡Silencio, por Dios! Él se acerca —y se agarró al brazo de Catherine luchando por detenerla, pero ante ese anuncio, ella se desprendió precipitadamente y silbó a Minny que la obedeció como un perro:

—Estaré aquí el próximo jueves —gritó saltando a la silla—. Adiós. ¡Deprisa, Ellen!

Y así le dejamos, apenas consciente de nuestra partida, tan absorto estaba en anticipar la llegada de su padre.

Antes de que llegara a casa, el enojo de Catherine se suavizó en una desconcertada sensación de lástima y remordimiento, mezclada en gran parte con vagas e inquietantes dudas respecto de las circunstancias actuales, físicas y sociales, de Linton, algo que yo compartía, aunque le aconsejé que no dijera mucho, pues un segundo paseo nos permitiría juzgar mejor. Mi amo nos pidió un relato de nuestra excursión. El agradecimiento de su sobrino le fue debidamente transmitido, refiriendo la señorita Cathy lo demás muy por encima. Yo también añadí poca luz a sus preguntas, porque apenas sabía qué ocultar y qué revelar.

CAPÍTULO XXVII

Pasaron siete días que fueron dejando cada uno su huella en el rápido deterioro que desde entonces sufrió la salud de Edgar Linton. Los estragos que antes eran evidentes en el transcurso de unos meses, ahora rivalizaban con los causados en tan sólo unas horas. Aun así de buena gana hubiéramos engañado a Catherine, pero su espíritu vivaz se negó a mentirla. Adivinaba en secreto y meditaba tristemente la terrible probabilidad que gradualmente se iba convirtiendo en certeza. Cuando llegó el jueves no tuvo valor para mencionar su paseo a caballo. Yo lo mencioné por ella y obtuve permiso para ordenarla que saliera al aire libre, pues la biblioteca, donde su padre pasaba diariamente un ratito —el breve tiempo que soportaba estar incorporado— y su habitación, se habían convertido en todo su mundo. Aborrecía cada momento en que no se encontraba inclinada sobre su almohada o sentada junto a él. Se le había puesto el semblante pálido de dolor y de vigilia, y mi amo con gusto le dio permiso para que se fuera a lo que él halagüeñamente suponía un oportuno cambio de escenario y de compañía, consolándose con la esperanza de que ya no se quedaría completamente sola después de su muerte.

Tenía la idea fija, lo deduje por varias observaciones que dejó caer, de que como su sobrino se le parecía físicamente, se le parecería también mentalmente, pues las cartas de Linton aportaban pocas o ninguna señal de su carácter anormal. Y yo, por perdonable debilidad, me abstuve de corregir ese error, preguntándome a mí misma qué bien iba a haber en perturbar sus últimos momentos con informaciones que él no tenía ni el poder ni la oportunidad de aprovechar.

Aplazamos nuestra excursión hasta la tarde. Una dorada tarde de agosto. Cada ráfaga de las colinas estaba tan llena de vida que parecía que quien la respirara, aunque agonizante, podría revivir. Catherine tenía la cara igual que el paisaje: el sol y las sombras pasaban por ella en rápida sucesión, pero las sombras duraban más y el sol era más fugaz y su pobre corazoncito se reprochaba incluso ese pasajero olvido de sus preocupaciones.

Divisamos a Linton vigilando en el mismo sitio que había elegido anteriormente. Mi señorita se apeó y me dijo que, como estaba resuelta a quedarse muy poco tiempo, era mejor que la sujetara el poni y siguiera montada en el caballo. Pero desmonte. No quería correr el riesgo de perder de vista ni un minuto a la pupila que se me había encomendado, así que subimos juntas la ladera de brezos. El señorito Linton nos recibió más animado en esta ocasión, aunque no era la animación del entusiasmo, ni tampoco de la alegría, parecía proceder más del miedo.

—¡Es tarde! —dijo, en pocas palabras y con dificultad—. ¿No está tu padre muy enfermo? Pensé que no vendrías.

—¿Por qué no eres sincero? —exclamó Catherine, tragándose su saludo—. ¿Por qué no me dices de una vez que no me necesitas? ¡Es raro, Linton, que por segunda vez me hayas hecho venir con el fin, al parecer, de apenarnos los dos y además sin

razón alguna!

Linton temblaba y la miraba medio suplicante, medio avergonzado, pero su prima no tenía la paciencia suficiente para soportar aquella enigmática conducta.

—Mi padre está muy enfermo —dijo ella—. ¿Y por qué me arrancas de su lecho? ¿Por qué no me enviaste un aviso para liberarme de esa promesa si deseabas que no la mantuviera? ¡Vamos! Quiero una explicación. Los juegos y las tonterías están por completo borrados de mi mente y ahora no puedo desvivirme en complacer tus amaneramientos.

—¡Mis amaneramientos! —murmuró—. ¿Cuáles son? ¡Por Dios, Catherine, no te enfades así! Despréciame cuanto te plazca. Soy un desgraciado inútil y cobarde. Todo desprecio sería insuficiente, pero soy demasiado miserable para tu ira. Odia a mi padre y a mí resérvame para tu desprecio.

—¡Tonterías! —exclamó Catherine montando en cólera—. ¡Chico tonto y estúpido! ¡Míralo, tiembla como si le fuera a tocar! No hace falta que recomiendes desprecio, Linton, cualquiera lo pondrá espontáneamente a tu servicio. ¡Vete! Volveré a casa. Es un disparate arrancarte de la chimenea y pretender... ¿qué pretendemos? ¡Suelta mi vestido! Si yo te compadeciera por tus lloros y por tu aspecto tan aterrado, tú deberías rechazar semejante compasión. Ellen, dile lo vergonzosa que es esta conducta. Levántate, y no te degrades hasta convertirte en un abyecto reptil... ¡no lo hagas!

Con el rostro chorreando y expresión de agonía, Linton había tirado su cuerpo inerte por el suelo. Parecía convulsionado por un terror extremo.

—¡Oh! —sollozó—. ¡No puedo soportarlo! Catherine, Catherine, yo soy también un traidor y no me atrevo a decírtelo. ¡Pero si me dejas, me matarán! Querida Catherine, mi vida está en tus manos. Tú has dicho que me amabas, y si lo hicieras, eso no te haría daño. Entonces, ¿no te irás...? ¡Amable, dulce y buena Catherine! ¡Y quizá consientas... ¡y él me dejará morir contigo!

Mi señorita, al ver su intensa angustia, se agachó para levantarle. El viejo sentimiento de indulgente ternura dominó su indignación y se conmovió y alarmó profundamente.

—¿Consentir qué? —preguntó—. ¿Quedarme? Explícame el significado de esta extraña conversación y lo haré. ¡Contradices tus propias palabras y me confundes! Cálmate, habla con franqueza y confiesa de una vez lo que oprime tu corazón. Linton, ¿tú no me harías daño, verdad? ¿No permitirías que ningún enemigo me lo hiciera si pudieras evitarlo? Creo que eres un cobarde para ti mismo, pero no traicionarías cobardemente a tu mejor amiga.

—Pero mi padre me ha amenazado —jadeó el chico, apretando sus delgados dedos—. ¡Y me aterra, me aterra! ¡No me atrevo a decirlo!

—¡Ah, bueno! —dijo Catherine, con desdeñosa compasión—. Guarda tu secreto. Yo no soy cobarde. Sálvate por tu cuenta. ¡Yo no tengo miedo!

Su generosidad provocó las lágrimas de Linton, quien lloró frenéticamente,

besando las manos que le sostenían, pero sin tener arrestos para hablar. Yo estaba meditando cuál podía ser el misterio, decidida a que Catherine no sufriera para beneficiarle a él, ni a ningún otro por culpa de su buena voluntad, cuando oí un crujido entre el brezo, levanté la vista y vi al señor Heathcliff casi junto a nosotros, bajando de las Cumbres. No miró a mis compañeros, aunque estaban lo bastante cerca como para que se oyeran los sollozos de Linton, pero a mí me saludó en ese tono casi cordial que no utilizaba con nadie más y de cuya sinceridad yo no tenía motivos de duda, y me dijo:

—Ya es algo verte tan cerca de mi casa, Nelly. ¿Cómo estáis en la Granja? Cuéntanos. Corre el rumor —añadió en tono más bajo— de que Edgar Linton está en su lecho de muerte. ¡Quizá exageran su gravedad!

—No. Mi amo se está muriendo —respondí—. Es cierto. ¡Será triste para todos nosotros, pero una bendición para él!

—¿Cuánto tiempo crees que durará? —preguntó.

—No lo sé —respondí.

—Porque —continuó, mirando a los dos jóvenes que habían quedado clavados bajo su mirada (Linton parecía como si no fuera capaz de aventurarse a hacer un movimiento ni a levantar la cabeza y Catherine no podía moverse debido a que le estaba sosteniendo)—, porque ese muchacho de ahí parece decidido a derrotarme y le agradecería a su tío que se diera prisa y se fuera antes que él. ¡Hola! ¿Hace mucho que el chico está jugando a ese juego? Desde luego le di algunas lecciones sobre el lloriqueo. ¿Está, por lo general, muy animado con la señorita Linton?

—¿Animado? No... ha mostrado la mayor angustia —respondí—. Viéndole, yo diría que, en lugar de estar paseando por los montes con su novia, debería estar en la cama en manos de un médico.

—Lo estará dentro de uno o dos días —murmuró Heathcliff—. Pero primero... ¡levántate, Linton! ¡Levántate! No te arrastres por el suelo. ¡Levántate ahora mismo!

Linton se había vuelto a hundir en la postración en otro paroxismo de miedo inevitable, causado, supongo, por la mirada de su padre hacia él, pues no había ninguna otra cosa que produjera semejante humillación. Hizo varios esfuerzos para obedecer, pero sus escasas fuerzas estaban, de momento, aniquiladas y volvía a caer con un gemido. Heathcliff se adelantó, le levantó y le apoyó en una mata de césped.

—Bueno —dijo con reprimida ferocidad—. Me estoy enfadando, y si no dominas ese miserable espíritu tuyo... ¡Maldito seas! ¡Levántate ahora mismo!

—Lo haré, padre —jadeó—. Sólo déjame tranquilo o me desmayaré. He hecho lo que querías, estoy seguro. Catherine te dirá que... que yo... he estado muy alegre. ¡Ah! Quédate junto a mí, Catherine, dame la mano.

—Toma la mía —dijo su padre—. Ponte de pie. Eso es... ahora ella te dará su brazo. Está bien, mírala. Se imaginaria usted, señorita Linton, que yo era el mismísimo diablo para provocar tanto terror. Sea tan amable como para acompañarle a casa, ¿quiere? Se estremece si le toco.

—¡Linton, cariño! —susurró Catherine—. No puedo ir a Cumbres Borrascosas. Papá me lo ha prohibido. Tu padre no te hará daño. ¿Por qué le tienes tanto miedo?

—No puedo volver a entrar jamás en esa casa —respondió—. ¡No puedo volver a entrar sin ti!

—¡Basta! —gritó su padre—. Respetaremos los escrúpulos filiales de Catherine. Nelly, llévale tú y seguiré tus consejos respecto al médico sin demora.

—Hará usted bien —respondí yo—. Pero tengo que quedarme con mi señorita. Ocuparme de su hijo no es asunto mío.

—Eres muy inflexible —dijo Heathcliff—, lo sé, pero me obligarás a pinchar al crío y hacerle chillar antes que moverte a compasión. Vamos, entonces, mi valiente, ¿estás dispuesto a volver escoltado por mí?

Se le acercó una vez más, e hizo como si cogiera a la frágil criatura, pero, retrocediendo, Linton se agarró a su prima y le imploró que le acompañara con tan frenética insistencia que no admitía negativa. Aunque yo no lo aprobé, no pude impedirselo y, ¿cómo podía ella haberse negado? No podíamos comprender qué era lo que le llenaba de terror, pero ahí estaba, impotente bajo sus garras, y cualquier añadido parecía capaz de conmocionarle hasta la idiotez. Llegamos al umbral. Catherine entró y yo me quedé esperando que llevara al enfermo a una silla, pensando que saldría inmediatamente, cuando Heathcliff, empujándome hacia adelante, dijo:

—Mi casa no está apestada, Nelly, y hoy tengo ganas de ser hospitalario. Siéntate y permíteme que cierre la puerta.

Cerró y echó la llave. Me estremecí.

—Tomarás el té antes de irte a casa —añadió—. Estoy solo, Hareton ha ido con ganado al refugio y Zillah y Joseph a un viaje de recreo. Y, aunque estoy acostumbrado a estar solo, prefiero disfrutar de una compañía interesante, si puedo conseguirla. Señorita Linton, siéntate junto a él. Te doy lo que tengo. El regalo apenas vale la pena aceptarlo, pero no tengo ninguna otra cosa que ofrecer. Me refiero a Linton. ¡Cómo mira ella! Es raro qué sentimiento feroz noto hacia todo lo que parece tenerme miedo. De haber nacido en un país con leyes menos rigurosas y gustos menos refinados, me regalaría con una lenta vivisección de esos dos, como diversión vespertina.

Respiró hondo, dio un puñetazo en la mesa y juró para sí:

—¡Por Satanás! Les odio.

—¡Yo no le tengo miedo! —exclamó Catherine, que no había podido oír la última parte de su discurso. Se le acercó. Los ojos negros destellaban ira y resolución:

—Deme esa llave. La tendré —dijo—. No comería ni bebería aquí aunque me estuviera muriendo de hambre.

Heathcliff tenía la llave en la mano que mantenía sobre la mesa. Alzó la vista, sobrecogido por una especie de sorpresa ante su osadía, o quizá, su voz y su mirada le recordaron a la persona de quien las había heredado. Ella trató de arrebatarle la llave y casi consiguió sacarla de sus aflojados dedos, pero la acción de ella le devolvió a la

realidad y la recuperó rápidamente.

—Bueno, Catherine Linton —dijo—. Apártate, o te tiraré de un puñetazo, y eso volvería loca a la señora Dean.

Sin hacer caso de la advertencia, cogió de nuevo la mano cerrada de Heathcliff y su contenido.

—¡Nos marcharemos! —repitió, haciendo los máximos esfuerzos para conseguir que se relajaran los músculos de hierro y, viendo que las uñas no hacían efecto aplicó los dientes con mucha decisión. Heathcliff me echó una mirada que me desaconsejó interferir ni un instante. Catherine estaba demasiado ocupada con sus dedos para fijarse en su rostro. Él abrió la mano de repente y soltó el objeto en disputa, pero antes de que ella lograra cogerlo, la agarró con la mano libre y, poniéndola sobre sus rodillas, le propinó con la otra una tanda de tremendas bofetadas a ambos lados de la cabeza, suficiente, cada una de ellas, para haber cumplido su amenaza si Catherine hubiera podido caerse. Ante aquella diabólica violencia me precipité sobre él con furia.

—¡Canalla! —empecé a gritar—. ¡Canalla!

Un golpe en el pecho me hizo callar. Soy corpulenta y pronto pierdo el aliento, así que debido a eso y a la rabia, retrocedí tambaleándome mareada, con la sensación de estar a punto de ahogarme o de que se me rompiera una vena. La escena duró dos minutos. Catherine, liberada, se llevó las manos a las sienes, y parecía como si no estuviera segura de conservar las orejas. Temblaba como un junco, pobre criatura, y se apoyó contra la mesa completamente aturdida.

—Ya ves que sé cómo castigar a los niños —dijo con severidad el sinvergüenza, mientras se agachaba para adueñarse de nuevo de la llave que se había caído al suelo—. Ahora vete con Linton como te dije, ¡y llora a gusto! Seré tu padre mañana —el único padre que tendrás dentro de pocos días—, y recibirás cantidad de bofetadas. Puedes aguantar muchas, tú no eres enclenque. ¡Tendrás tu ración diaria si vuelvo a ver en tus ojos ese genio del diablo!

Cathy corrió hacia mí en lugar de hacia Linton, se arrodilló y puso la ardiente mejilla en mi regazo, llorando a gritos. Su primo se había retirado a un rincón del escaño, tan quieto como un ratón, felicitándose, diría yo, de que el castigo hubiera caído sobre otro y no sobre él. El señor Heathcliff, viendo que estábamos todos desconcertados, se levantó y rápidamente hizo el té él mismo. Las tazas y los platillos estaban ya puestos. Lo sirvió y me dio una taza:

—Trágate tu bilis —dijo—, y sirve a tu malvada favorita y al mío. No está envenenado aunque lo haya preparado yo. Voy a buscar vuestros caballos.

Nuestro primer pensamiento, cuando salió, fue forzar una salida por alguna parte. Probamos con la puerta de la cocina, pero estaba cerrada por fuera. Miramos las ventanas... eran demasiado estrechas, aun para la delgada Figura de Cathy.

—Señorito Linton —exclamé, viendo que estábamos prisioneras en toda regla—. Usted sabe lo que su diabólico padre se propone, y o nos lo dice o le doy de bofetadas

como ha hecho él con su prima.

—Sí, Linton, tienes que decirlo —dijo Catherine—. Yo he venido por ti, y sería una ingratitud horrible que te negaras.

—Dame algo de té, tengo sed, y luego te lo diré —respondió él—. Señora Dean, váyase. No me gusta tenerla de pie por encima de mí. Vaya, Catherine, estás dejando caer las lágrimas en mi taza. No beberé eso, dame otra.

Catherine le acercó otra taza y se secó la cara. Me repugnó la calma del tunante una vez que ya no temía por su persona. La angustia que había mostrado en el páramo se apaciguó tan pronto como entró en Cumbres Borrascosas, así que supuse que le había amenazado con una espantosa muestra de ira si fracasaba en atraernos allí y, conseguido eso, no tenía más temores inmediatos.

—Papá quiere que nos casemos —continuó después de sorber un poco de líquido—. Sabe que tu papá no nos dejaría casarnos ahora, y teme que me muera si esperamos, así que vamos a casarnos por la mañana, tendrás que quedarte aquí toda la noche y, si haces lo que quiere, volverás a casa al día siguiente y me llevarás contigo.

—¿Llevarle con ella, lamentable desgraciado? —exclamé—. ¿Casarse usted? Vaya, este hombre está loco o cree que nosotras, todas, somos tontas. ¿Se imagina que esa bella señorita, esa chica rebosante de salud y energía se va a unir a un mico moribundo como usted? ¿Abriga usted la idea de que alguien, y no digamos la señorita Catherine Linton, le tomaría por marido? Se merece usted unos azotes por habernos traído aquí con sus lloronas y viles artimañas. ¡Y no ponga ahora esa cara de tonto! Me están dando muchas ganas de zarandearle fuerte por su despreciable traición y su estúpido engreimiento.

Le di un ligero meneo, pero le produjo tos, y acudió a su acostumbrado recurso de gemir y lloriquear, y Catherine me riñó.

—¿Quedarme toda la noche? ¡No! —dijo ella, mirando despacio a su alrededor—. Ellen, prenderé fuego a esa puerta, pero saldré.

Y habría empezado a llevar a cabo la amenaza, pero Linton se levantó alarmado de nuevo por su querida persona. La cogió en sus débiles brazos, sollozando:

—¿No quieres tenerme contigo y salvarme? ¿No quieres dejarme ir a la Granja? ¡Oh! ¡Querida Catherine! No debes irte y dejarme, después de todo. ¡Tienes que obedecer a mi padre... tienes que hacerlo!

—Debo obedecer al mío —respondió ella— y consolarle de esta tensión cruel. ¡Toda la noche! ¿Qué pensará? Estará ya angustiado. Romperé o quemaré algo para salir de esta casa. ¡Estate tranquilo! No corres ningún peligro, pero si me lo impides... ¡Linton, quiero a papá más que a ti!

El terror mortal que sentía por la ira del señor Heathcliff devolvió al chico su cobarde elocuencia. Catherine estaba casi enloquecida, aun así insistía en que tenía que ir a casa y probó, a su vez, la súplica para convencerle de que dominara su egoísta aflicción. Mientras estaban así ocupados, volvió nuestro carcelero.

—Vuestros caballos se han ido. ¡Pero bueno, Linton! ¿Lloriqueando otra vez?

¿Qué te ha hecho? Vamos, vamos... deja de llorar, y vete a la cama. Dentro de un mes o dos, hijo mío, podrás devolverle sus tiranías actuales con mano dura. Estás suspirando por puro amor, ¿no es así?, por ninguna otra cosa en el mundo. ¡Ella será tuya! ¡Ahora, a la cama! Zillah no estará aquí esta noche. Tendrás que desvestirte solo. ¡Silencio! ¡Cállate ya! Una vez en tu cuarto no me acercaré a ti, no tengas miedo. Por suerte te las has arreglado bastante bien. Yo me encargaré de lo demás.

Dijo esas palabras sujetando la puerta para que pasara su hijo, quien logró salir exactamente igual que lo hubiera hecho un perro de aguas que sospechara que la persona que le abre planeaba estrujarle malévolamente. Volvió a cerrar con llave y se acercó al fuego donde mi ama y yo estábamos en silencio. Catherine levantó la mirada e instintivamente se llevó la mano a la mejilla: su proximidad reavivaba una sensación dolorosa. Cualquier otro hubiera sido incapaz de tomar en serio ese acto infantil, pero él la miró con ceño y refunfuñó:

—¡Ah! ¿Conque no me tienes miedo? Pues disimulas bien tu valentía. ¡Pareces terriblemente asustada!

—Sí, tengo miedo ahora. Porque si me quedo papá estará muy triste y, ¿cómo puedo soportar causarle esta tristeza cuando él... cuando él...? Señor Heathcliff, déjeme ir a casa. Yo le prometo casarme con Linton, a papá también le gustará y yo le amo y, ¿por qué ha de obligarme usted a hacer lo que haré de buen grado?

—¡Que se atreva a obligarla! —exclamó yo—. Hay leyes en el país, gracias a Dios las hay, aunque estemos en un lugar remoto. Le denunciaría, aunque fuera mi propio hijo, y es delito casarse por lo civil.

—¡Silencio! —dijo el rufián—. ¡Al diablo con vuestros clamores! No necesito vuestras palabras. Señorita Linton, yo disfrutaré lo indecible pensando que tu padre está triste. No dormiré de satisfacción. No podrías haber encontrado nada más satisfactorio para fijar tu residencia bajo mi techo las próximas veinticuatro horas que informarme de que iba a ocurrir eso. En cuanto a tu promesa de casarte con Linton, ya me cuidaré yo de que la mantengas, porque no saldrás de aquí sin haberla cumplido.

—¡Mande, entonces, a Ellen para informar a papá de que estoy bien! —exclamó Catherine, llorando amargamente—. O cáseme ahora. ¡Pobre papá! Ellen, creerá que nos hemos perdido. ¿Qué hacemos?

—¡Él no, de ningún modo! Creerá que te has cansado de cuidarle y te has escapado a divertirte un poco —respondió Heathcliff—. No puedes negar que entraste en mi casa por tu propia voluntad, despreciando sus órdenes de hacer lo contrario. Y es muy natural que desearas divertirte a tu edad y que te cansaras de cuidar a un enfermo, y más cuando ese enfermo sólo es tu padre. Catherine, sus días más felices se habían acabado cuando empezaron los tuyos. Me atrevería a decir que te maldijo cuando viniste al mundo (yo al menos lo hice), y daría lo mismo que te maldijera cuando se marchara. Yo me uniría a él. ¡No te quiero! ¿Por qué iba a quererte? Lloro, llora. Que yo sepa, ésta será tu principal diversión de aquí en

adelante, a menos que Linton te compense por otras pérdidas, y parece que tu providente padre se figura que puede hacerlo. Sus cartas de consejo y consuelo me divertirían muchísimo. En la última recomendaba a mi joya que cuidara de la suya y que fuera amable con ella cuando se casaran. Cuidadoso amable... ¡qué paternal! Pero Linton necesita toda su provisión de cuidado y amabilidad para él. Puede hacer bien el papel de pequeño tirano. Se dedicaría a torturar a cualquier cantidad de gatos, con tal de que les hubieran sacado los dientes y cortado las uñas. Podrás contarle a su tío bonitas historias de su amabilidad cuando vuelvas a casa, te lo aseguro.

—¡Ahí tiene usted toda la razón! —dije yo—. Explique el carácter de su hijo. Muestre su parecido con usted, y entonces espero que la señorita Cathy se lo pensará dos veces antes de aceptar al basilisco.

—No me importa mucho hablar ahora de sus amables cualidades —respondió—, porque o le acepta, o se queda prisionera, y tú con ella, hasta que muera tu amo. Os puedo tener a las dos bien ocultas aquí. ¡Si lo dudas, ánimo a que retire su palabra y tendrás oportunidad de juzgar!

—No me retractaré —dijo Catherine—. Me casaré con él en menos de una hora, si puedo ir después a la Granja de los Tordos. Señor Heathcliff, usted es cruel, pero no es un demonio, y no querrá, por pura maldad, destruir irrevocablemente toda mi felicidad. Si papá pensara que le había dejado a propósito y muriera antes de que yo volviera, ¿podría yo soportar seguir viviendo? He dejado de llorar, pero voy a arrodillarme aquí a sus pies y no me levantaré, ni apartaré mis ojos de su rostro hasta que me mire. ¡No, no se dé la vuelta! ¡Mire! No verá nada que le provoque. No le odio. No estoy enfadada porque me haya pegado. ¿No ha amado a nadie en toda su vida, tío? ¿Nunca? ¡Ah!, mire sólo una vez. Soy tan desdichada que no podrá evitar sentirlo y compadecerme.

—¡Aparta tus dedos de tritón y lárgate o te daré de patadas! —exclamó Heathcliff, rechazándola brutalmente—. Preferiría que se me abrazara una serpiente. ¿Cómo diablos puedes soñar en adularme? ¡Te detesto!

Se encogió de hombros, es más, se sacudió como si la carne se estremeciera de aversión y echó atrás su silla. Mientras, yo me levantaba y abría la boca para empezar a soltarle un franco torrente de insultos. Pero tuve que enmudecer a mitad de la primera frase, porque me amenazó con meterme sola en una habitación a la primera sílaba que pronunciara.

Estaba oscureciendo... oímos voces en la verja del jardín. Nuestro anfitrión salió corriendo al instante. Él tenía todas sus facultades mentales, nosotras no. Hubo una conversación de dos o tres minutos y volvió solo.

—Pensé que había sido su primo Hareton —le dije a Catherine—. ¡Ojalá viniera! ¿Quién sabe si no se pondría de nuestra parte?

—Eran tres criados enviados desde la Granja a buscaros —dijo Heathcliff, que me había oído—. Deberíais haber abierto la ventana y gritado. Juraría que esa cría se alegra de que no lo hicierais. Se alegra de que le obliguen a quedarse, estoy seguro.

Al ver la oportunidad que habíamos perdido, dimos rienda suelta a nuestro dolor, y él nos dejó seguir lamentándonos hasta las nueve. Entonces nos dijo que subiéramos, por la cocina, al cuarto de Zillah, y susurré a mi compañera que obedeciera. Quizá allí pudiéramos ingeniárnoslas para salir por una ventana, o pasar a un desván y escabullirnos por su tragaluz. La ventana, sin embargo, era estrecha, igual que las de abajo y la trampilla del desván estaba asegurada contra nuestros intentos, pues estábamos tan encerradas como antes. Ninguna de las dos se acostó. Catherine se sentó junto a la ventana, esperando con ansiedad la mañana. Un profundo suspiro era la única respuesta que lograba obtener a mis frecuentes súplicas para que intentara descansar. Yo me senté en una silla y me mecía, juzgando severamente mis muchas negligencias, de las cuales, me pareció entonces, provenían todas las desgracias de mis amos. No era así en realidad, estoy segura. Pero lo era en mi imaginación aquella triste noche, y pensé que el mismo Heathcliff era menos culpable que yo.

A las siete vino y preguntó si la señorita Linton se había levantado. Ella corrió a la puerta inmediatamente y contestó: «Sí».

—Entonces, ven aquí —dijo él, abriendo la puerta y sacándola fuera.

Me levanté para seguirla, pero echó la llave de nuevo. Exigí mi liberación.

—Ten paciencia —respondió—, te mandaré subir el desayuno dentro de un rato.

Golpeé los entrepaños de la puerta y sacudí el picaporte airadamente. Catherine preguntó por qué me tenía todavía encerrada. Contestó que tenía que aguantar una hora más y se marcharon. Tuve que aguantar dos o tres horas. Al fin oí pasos. No eran los de Heathcliff.

—He traído algo de comer —dijo una voz—. ¡Abra la puerta!

Obedecí impaciente y vi a Hareton cargado con comida suficiente para que me durara todo el día.

—Tenga —añadió, poniendo la bandeja en mis manos.

—Espera un minuto —comencé.

—No —gritó y se marchó sin hacer caso de ninguna de las súplicas que pude lanzar a raudales para que se detuviera.

Y allí me quedé encerrada todo el día y toda la noche siguiente, y otra y otra. Cinco noches y cuatro días me quedé, en total, sin ver a nadie más que a Hareton, una vez cada mañana. Y era un carcelero modelo: huraño, mudo y sordo a todo intento de conmover su sentido de la justicia o de la compasión.

CAPÍTULO XXVIII

A la quinta mañana o, más bien, a la quinta tarde, unos pasos distintos se acercaron... más ligeros y más cortos. Y esta vez la persona entró en la habitación. Era Zillah con su chal rojo, un sombrero de seda negra en la cabeza y una cesta de mimbre colgando del brazo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Señora Dean! —exclamó—. ¡Vaya!, se habla de usted en Gimmerton. Siempre creí que se había hundido en la ciénaga del Caballo Negro y la señorita con usted, hasta que el amo me dijo que las había encontrado y que las había alojado aquí. ¡Qué raro! Debieron ustedes de dar con una isla, seguro. ¿Y cuánto tiempo estuvieron en el agujero? ¿Les salvó el amo, señora Dean? Pero no está muy delgada... no ha estado tan mal, ¿verdad?

—¡Su amo es un verdadero canalla! —respondí—. Tendrá que responder de esto. No necesitaba haber inventado ese cuento. ¡Todo se sabrá!

—¿Qué quiere decir? —preguntó Zillah—. No es su cuento. Lo dicen en el pueblo... que se perdió en la ciénaga. Y cuando vine le dije a Earnshaw: «Eh, parece que han ocurrido cosas raras desde que me marché, señor Hareton. ¡Es una verdadera lástima lo de esa prometedor muchacha y la animada Nelly Dean!». Se quedó mirándome. Pensé que no sabía nada, así que le conté el rumor. El amo estaba escuchando, sonrió para sí y dijo: «Si cayeron en la ciénaga, ya están fuera, Zillah. Nelly Dean está alojada en este momento en tu habitación. Cuando subas puedes decirle que se marche. Aquí está la llave. El agua de la ciénaga se le subió a la cabeza y hubiera corrido a casa completamente loca, pero la retuve aquí hasta que recuperó el juicio. Puedes decirle que se vaya a la Granja de inmediato, si puede, y que lleve de mi parte el mensaje de que su señorita la seguirá a tiempo de asistir al entierro del señor».

—¿No ha muerto el señor Linton? —jadeé—. ¡Oh, Zillah, Zillah!

—No, no. Siéntese, mi buena señora —respondió—. Está usted todavía enferma. No ha muerto. El doctor Kenneth cree que puede durar otro día. Lo encontré por el camino y se lo pregunté.

En lugar de sentarme, agarré mi ropa de calle y bajé corriendo, puesto que el camino estaba libre: Al entrar en la sala miré en busca de alguien que me diera información acerca de Catherine. El sol bañaba la sala y la puerta estaba abierta de par en par, pero no parecía haber nadie a mano. Mientras dudaba entre marcharme inmediatamente o volver a buscar a mi señora, una ligera tos atrajo mi atención hacia el hogar. Linton, único habitante, estaba tumbado en el escaño, chupando una barra de azúcar cande y siguiendo mis movimientos con ojos apáticos.

—¿Dónde está la señorita Catherine? —pregunté seriamente, suponiendo que le asustaría y me daría información, al cogerle así, solo.

Siguió chupando como un inocente.

—¿Se ha ido? —pregunté.

—No —respondió—. Está arriba. No tiene que irse. No la dejaremos.

—¡Que no la dejaréis, pequeño idiota! —exclamé—. Lléveme a su habitación inmediatamente, o le haré cantar claramente.

—Papá le haría cantar a usted si intentara llegar hasta allí —respondió—. Dice que no tengo que ser blando con Catherine. Es mi mujer y es vergonzoso que quiera dejarme. Dice que me odia y que quiere que me muera para tener mi dinero, pero no lo tendrá. ¡Y no irá a casa! ¡No irá nunca...! ¡Puede llorar y ponerse enferma cuanto quiera!

Reanudó su anterior ocupación, cerrando los párpados como si quisiera dormirse.

—Señorito Heathcliff —continué—. ¿Ha olvidado todas las bondades de Catherine para con usted el invierno pasado cuando decía que la amaba y cuando le traía libros y le cantaba canciones y muchas veces venía a verle con viento y con nieve? Lloró por no venir una tarde, porque le decepcionaría. Entonces usted sentía que era cien veces demasiado buena con usted, y ahora se cree las mentiras que cuenta su padre, aunque sabe que les detesta a los dos, y se une a él contra ella. Bonita gratitud es ésa, ¿no?

Se le cayeron las comisuras de la boca y retiró de los labios el azúcar cande.

—¿Venía ella a Cumbres Borrascosas porque le odiaba a usted? —continué—. ¡Piénselo! En cuanto a su dinero, ¡ni siquiera sabe si tendrá usted alguno! ¡Y dice que está enferma y, sin embargo, la deja sola, allí arriba, en una casa extraña! ¡Usted que ha experimentado lo que es encontrarse tan abandonado! Se lamentaba usted de sus propios sufrimientos y ella se dolía también de ellos, pero usted no se duele de los de ella. Yo lloro, señorito Heathcliff, ya ve —una mujer mayor y sólo una criada— y usted, después de fingir tanto afecto y teniendo razones casi para adorarla, se guarda las lágrimas para usted solo está ahí tendido tan tranquilo. ¡Ah, qué chico cruel y egoísta!

—No puedo estar con ella —respondió enfadado—. No me quedaré solo con ella. Lloro tanto que no la puedo aguantar. Y no lo deja, aunque le diga que llamaré a mi padre. Le llamé una vez y la amenazó con estranglarla si no se callaba, pero volvió a empezar en cuanto él salió de la habitación. Gimiendo y lamentándose toda la santa noche, aunque yo chillaba de irritación porque no podía dormir.

—¿Ha salido el señor Heathcliff? —pregunté, viendo que la desgraciada criatura no era capaz de condolerse de las torturas mentales de su prima.

—Está en el patio —respondió—, hablando con el doctor Kenneth, quien dice que el tío se está muriendo de verdad al fin. Estoy contento porque seré el amo de la Granja después de él... y Catherine siempre hablaba de ella como su casa. ¡No es suya! Es mía. Papá dice que todo lo que tiene es mío. Todos sus bonitos libros son míos. Prometió regalármelos y sus preciosos pájaros y su poni Minny si yo conseguía la llave de nuestra habitación y la dejaba salir, pero le dije que no tenía nada que darme, que eran todos, todos míos. Entonces lloró y se quitó un medallón del cuello y dijo que me lo daría. Dos retratos en un estuche de oro, a un lado su madre y al otro

el tío, cuando eran jóvenes. Eso fue ayer... y le dije que eran míos también y traté de cogérselos. La malévola criatura no me dejaba. Me empujó y me hizo daño. Chillé — eso la aterra—, oyó venir a papá y rompió las bisagras y dividió el estuche y me dio el retrato de su madre, el otro intentó esconderlo, pero papá preguntó qué pasaba y se lo expliqué. Me quitó el que yo tenía y le ordenó que me entregara el suyo. Se negó y él... la tiró al suelo y lo arrancó de la cadena y lo aplastó con el pie.

—¿Y a usted le gustaba ver cómo le pegaba? —le pregunté, pues mi plan consistía en animarle a hablar.

—Cerré los ojos para no verlo —respondió—. Los cierro para no ver a papá golpear a un perro o a un caballo, lo hace tan fuerte. De todas formas estaba contento al principio... ella merecía un castigo por empujarme, pero cuando papá se hubo ido me hizo acercarme a la ventana y me enseñó un corte dentro de la mejilla, contra los dientes, y la boca llena de sangre. Luego recogió los pedacitos del retrato y fue y se sentó de cara a la pared, y no me ha hablado desde entonces, y a veces pienso que no puede hablar de dolor. No me gusta pensar eso, pero es mala por llorar continuamente. Tiene un aspecto tan pálido y feroz que me da miedo.

—¿Y puede usted conseguir la llave si quiere? —dije yo.

—Sí, cuando estoy arriba —respondió—, pero no puedo subir ahora.

—¿En qué habitación está? —pregunté.

—¡Oh! —exclamó—. ¡No te diré dónde está! Es nuestro secreto. Nadie, ni Hareton, ni Zillah, tienen que saberlo. ¡Vaya, me has cansado... lárgate, lárgate!

Y volvió la cara sobre el brazo y cerró los ojos de nuevo.

Pensé que lo mejor era marcharme sin ver al señor Heathcliff y traer ayuda de la Granja para rescatar a mi señorita. Al llegar allí el asombro de mis compañeros del servicio y también su alegría al verme fueron intensos. Y cuando se enteraron de que su señorita estaba a salvo, dos o tres estuvieron a punto de subir corriendo a gritar la noticia a la puerta del señor Linton, pero yo misma me encargue de anunciársela. ¡Qué cambiado le encontré, aun en tan pocos días! Era la imagen yacente de la tristeza y de la resignación esperando su muerte. Parecía muy joven. Aunque tenía en realidad treinta y nueve años, se hubiera dicho que era diez años más joven por lo menos. Pensaba en Catherine, pues murmuró su nombre. Le toqué la mano y hablé:

—¡Catherine viene, querido amo! —le susurré—. Está viva y bien, y espero que llegue aquí esta noche.

Temblé ante los primeros efectos de esta información. Medio se incorporó, echó una ansiosa mirada por la habitación y luego se desmayó. En cuando volvió en sí le relaté nuestra forzada visita y detención en las Cumbres. Le dije que Heathcliff me obligó a entrar, lo que no era del todo verdad. Dije lo menos posible contra Linton, y tampoco describí la brutal conducta de su padre... pues mi intención era la de no añadir amargura, si podía evitarlo, a su ya rebosante copa.

Adivinó que uno de los propósitos de su enemigo era asegurar la fortuna personal, así como la hacienda, para su hijo, o más bien para él. Pero por qué no esperaba a su

muerte, era un enigma para mi amo, porque ignoraba la proximidad con la que él y su sobrino abandonarían juntos este mundo. Sin embargo, creyó que lo mejor era alterar el testamento. En lugar de dejar la fortuna de Catherine a su propia disposición, decidió ponerla en manos de fideicomisarios para que tuviera el usufructo durante su vida, y que pasara a sus hijos, si los tenía, después de su muerte. De ese modo no podría caer en manos del señor Heathcliff, en caso de que muriera Linton.

Habiendo recibido sus órdenes, mandé a un hombre a buscar al abogado, y a cuatro, provistos de armas convenientes, para exigir la joven a su carcelero. A los dos grupos les entretuvieron hasta muy tarde. El criado que fue solo volvió primero. Dijo que el señor Green, el abogado, estaba fuera cuando llegó a su casa, y que tuvo que esperar dos horas a que regresara, y entonces le dijo que tenía un pequeño asunto que había de resolver en el pueblo, pero que estaría en la Granja de los Tordos antes de la mañana. Los cuatro hombres volvieron también solos. Trajeron el mensaje de que Catherine estaba enferma, demasiado enferma para dejar su habitación y que Heathcliff no les permitió verla. Reñí bien a aquellos estúpidos por creer aquel cuento, que no iba a transmitir a mi amo y decidí llevar toda una banda a las Cumbres al amanecer y asaltarlas, literalmente, a no ser que se nos entregara a la prisionera pacíficamente. ¡Su padre la verá, juré y volví a jurar, aunque haya que matar a ese diablo en el umbral de su casa si intenta impedirlo!

Afortunadamente, pude ahorrarme el viaje y la molestia. Había bajado a las tres a buscar un jarro de agua y pasaba por el vestíbulo con él en la mano, cuando un fuerte golpe en la puerta me sobresaltó.

—¡Oh! Es Green —me dije, recordando... sólo puede ser Greeny continué, pensando mandar a alguien a que abriera, pero la llamada se repitió, no fuerte, pero aún insistente. Puse el jarro en el pasamanos y me apresuré a abrirle yo misma. La luna llena de septiembre brillaba en el exterior. No era el abogado. Mi querida y dulce señorita me saltó al cuello sollozando.

—¡Ellen! ¡Ellen! ¿Está papá vivo?

—¡Sí —exclamé—, sí, ángel mío, sí! ¡Gracias a Dios que estás a salvo con nosotros de nuevo!

Quería subir corriendo, sin aliento como estaba, a la habitación de su padre, pero la obligué a sentarse en una silla, le hice beber, le lavé la pálida cara, frotándola con mi delantal para sacarle un poco de color. Luego le dije que debía entrar yo primero para anunciarle su llegada, y le rogué que le dijera que iba a ser feliz con el joven Heathcliff. Se me quedó mirando sorprendida, pero pronto comprendió por qué le aconsejaba proferir aquella mentira y me aseguró que no se quejaría.

No me atreví a presenciar su encuentro. Me quedé fuera, en la puerta de la alcoba, un cuarto de hora y entonces apenas me aventuré a acercarme a la cama. Todo estaba tranquilo. La desesperación de Catherine era tan silenciosa como la alegría de su padre. Ella le sujetaba con calma, en apariencia, y él tenía fijos en el rostro de Catherine los ojos levantados que parecían dilatarse con el éxtasis.

Murió feliz, señor Lockwood, así murió. Besando la mejilla de su hija murmuró:
—¡Me voy con ella, y tú, querida hija, vendrás con nosotros!

Y no se movió ni habló más, pero continuó con aquella mirada extasiada y radiante, hasta que su pulso se paró imperceptiblemente y su alma partió. Nadie hubiera podido darse cuenta del minuto exacto de su muerte, tan completa fue la ausencia de toda lucha.

Bien porque Catherine había agotado sus lágrimas o porque el dolor era demasiado pesado para dejarlas fluir, se quedó allí sentada con los ojos secos hasta que salió el sol, siguió sentada hasta el mediodía y hubiera continuado meditando sobre aquel lecho de muerte, pero insistí en que saliera y descansara un poco. Estuvo bien que consiguiera sacarla de allí, pues a la hora de comer llegó el abogado, después de pasar por Cumbres Borrascosas para recibir instrucciones respecto de su actuación. Se había vendido al señor Heathcliff y ésa fue la causa de su retraso en obedecer el requerimiento de mi amo. Afortunadamente al señor Linton no le pasó por la cabeza ningún pensamiento de negocios mundanos que le perturbara tras la llegada de su hija.

El señor Green se encargó de dar órdenes para todo y para todos en la casa. Despidió a todos los criados salvo a mí. Y hubiera llevado su delegada autoridad hasta el punto de insistir en que a Edgar Linton no se le enterrara junto a su mujer, sino en la capilla con su familia. Había, sin embargo, un testamento para impedir eso y también mis protestas a voces contra cualquier infracción de sus disposiciones. El entierro se hizo a toda prisa. A Catherine, ahora señora de Linton Heathcliff, se le permitió quedarse en la Granja hasta que la abandonara el cadáver de su padre.

Me contó que su angustia había incitado al fin a Linton a correr el riesgo de liberarla. Ella oyó a los hombres que yo había mandado discutiendo en la puerta, e infirió el sentido de la respuesta de Heathcliff. Eso la desesperó. Linton, a quien habían subido a la salita poco después de irme yo, se aterrorizó y fue en busca de la llave antes de que su padre volviera a subir. Tuvo la astucia de abrir y volver a echar la llave sin cerrar la puerta y, cuando llegó la hora de acostarse, pidió dormir con Hareton, petición que le fue concedida por una vez. Catherine escapó antes del amanecer. No se atrevió a salir por la puerta, no fuera que los perros dieran la alarma. Estuvo en las habitaciones vacías e inspeccionó las ventanas y, por suerte, dando con la de su madre, pudo salir fácilmente por la celosía y llegar al suelo valiéndose del abeto cercano. Su cómplice sufrió por su participación en la fuga, a pesar de su tímida estratagema.

CAPÍTULO XXIX

La tarde después del entierro, mi señorita y yo estábamos sentadas en la biblioteca, ya meditando tristemente —una de nosotras desesperadamente— sobre nuestra pérdida, ya aventurando conjeturas sobre nuestro oscuro porvenir.

Acabábamos de ponernos de acuerdo en que el mejor destino que le cabía esperar a Catherine sería que Heathcliff le permitiera continuar viviendo en la Granja, al menos mientras viviera Linton. Que a él le dejara reunirse con ella aquí, y que yo siguiera de ama de llaves. Parecía éste un arreglo demasiado favorable para poder confiar en él, y yo, no obstante, confiaba y empecé a animarme con la perspectiva de conservar mi casa y mi empleo y, sobre todo, a mi querida señorita, cuando un criado —uno de los despedidos, que todavía no se había ido— entró precipitadamente y dijo que «ese demonio de Heathcliff» estaba entrando por el patio y que si tenía que cerrarle la puerta en las narices.

De haber sido tan insensatas como para ordenar semejante proceder, no nos habría dado tiempo. No respetó la ceremonia de llamar y de anunciarse. Era el amo y se valió del privilegio del amo de entrar directamente sin decir una palabra. La voz de nuestro informante le dirigió a la biblioteca. Entró, y echándole, cerró la puerta.

Era la misma habitación en la que había sido introducido, como invitado, dieciocho años antes. La misma luna brillaba a través de la ventana y el mismo paisaje otoñal se extendía fuera. No habíamos encendido aún una vela, pero se podía ver toda la habitación, hasta los retratos de la pared: la espléndida cabeza de la señora Linton y la agraciada de su marido. Heathcliff avanzó hacia el hogar. El tiempo tampoco le había cambiado mucho. Era la misma persona: el rostro moreno, un poco más cetrino y más sosegado, el cuerpo con seis o doce kilos más, quizá, ninguna otra diferencia. Catherine, cuando le vio, se levantó con un impulso de salir corriendo.

—¡Alto! —dijo, deteniéndola por el brazo—. ¡Se acabaron las escapadas! ¿Adónde irías? Vengo para llevarte a casa y espero que seas una hija obediente y que no animes a mi hijo a más desobediencias. Estaba desconcertado sobre cómo castigarle cuando descubrí su parte en el asunto. Es igual que una tela de araña y un pellizco le aniquilaría. ¡Pero verás por su aspecto que recibió su merecido! Le bajé una noche, anteayer, le senté en una silla, y no le toqué más. Mandé salir a Hareton y nos quedamos los dos solos en la habitación. A las dos horas llamé a Joseph para que le subiera de nuevo, y desde entonces mi presencia es tan fuerte para sus nervios como la de un fantasma y me figuro que me ve a menudo aunque no me tenga cerca. Hareton dice que por la noche se despierta y chilla a cada hora y te llama para que le protejas de mí. Te guste o no tu precioso consorte, tienes que venir, ahora es asunto tuyo. Te cedo todo mi interés en él.

—¿Por qué no deja que Catherine continúe aquí? —supliqué—, y manda aquí al señorito Linton. Como odia a los dos, no los echará de menos. Sólo serán un fastidio cotidiano para su desnaturalizado corazón.

—Estoy buscando un inquilino para la Granja —respondió—, y desde luego quiero tener a mis hijos a mi lado. Además esta joven tiene que servirme para ganarse el pan. No voy a mantenerla en el lujo y la ociosidad cuando Linton haya muerto. Date prisa y prepárate, no me obligues a forzarte.

—Iré —dijo Catherine—. Linton es todo lo que me queda para amar en el mundo y, aunque usted ha hecho todo lo que ha podido para que le odie y él a mí, no puede hacer que nos odiamos el uno al otro. ¡Y le desafío a que le haga daño estando yo presente, y le desafío a que me asuste a mí!

—¡Eres una campeona arrogante! —replicó Heathcliff—, pero no te quiero lo bastante como para hacerle daño. Tú tendrás todo el beneficio del tormento mientras viva. No seré yo quien te lo hará odioso... será su propio y simpático carácter. Está amargado como la hiel con tu huida, y no esperes agradecimiento por esta noble abnegación. Le oí cómo pintaba a Zillah un ameno cuadro de lo que haría si fuera tan fuerte como yo. La inclinación está ahí y su misma debilidad agudizará su ingenio para encontrar un sustituto de la fuerza.

—Ya sé que tiene mal carácter —dijo Catherine—, es su hijo. Pero me alegro de tenerlo mejor que él para perdonarlo. Y sé que me quiere y por eso le quiero. Señor Heathcliff, usted no tiene a nadie que le quiera y, por muy desdichados que nos haga, aún tendremos la venganza de pensar que su crueldad procede de una desdicha mayor que la nuestra. Usted es desgraciado, ¿no es así? ¿Solitario como el demonio y envidioso como él? ¡Nadie le quiere... nadie le llorará cuando se muera! ¡No me gustaría ser usted!

Catherine hablaba con una especie de triunfo doloroso. Parecía haberse decidido a entrar en el espíritu de su futura familia y a obtener placer del dolor de sus enemigos.

—Tendrás pronto que lamentar ser tú misma —dijo su suegro—, si estás ahí un minuto más. ¡Fuera de aquí, bruja, y recoge tus cosas!

Se retiró despectivamente. En su ausencia empecé a pedirle el puesto de Zillah en las Cumbres, ofreciendo cederle a ella el mío aquí, pero no lo aceptaba de ninguna manera. Me dijo que me callara, y luego, por primera vez, se permitió echar un vistazo a la habitación y mirar los retratos. Después de contemplar el de la señora Linton, dijo:

—Me llevaré ése a casa, no porque lo necesite, pero...

Se volvió bruscamente hacia el fuego y continuó con lo que, a falta de una palabra mejor, llamaré sonrisa:

—¡Te contaré lo que hice ayer! Mandé al sepulturero que estaba cavando la fosa de Edgar, que quitara la tierra del ataúd de ella, y lo abrí. Pensé por un momento que me quedaría allí, cuando volví a ver su rostro —¡es el suyo aún!— Le costó mucho trabajo hacer que me moviera, pero dijo que se alteraría si le daba el aire, así que arranqué un lateral del ataúd y lo volví a tapar, no el del lado de Edgar, ¡maldito sea!, ése quisiera que estuviera soldado con plomo. Soborné al sepulturero para que quiten también el lado del mío cuando me entierren. Así lo hará, y entonces, cuando Linton

se acerque a nosotros, no sabrá quién es quién.

—Fue usted malvado, señor Heathcliff —exclamé—. ¿No le dio vergüenza perturbar a los muertos?

—No perturbé a nadie, Nelly, y me di un pequeño consuelo. Ahora estaré mucho más cómodo, y vosotros tendréis más posibilidades de mantenerme bajo tierra cuando esté allí. ¿Perturbarla? ¡No!, ella me ha perturbado a mí día y noche, durante dieciocho años... sin cesar... despiadadamente... hasta anoche. Y anoche quedé tranquilo. Soñé que dormía mi último sueño junto a esa durmiente, con el corazón parado y la mejilla helada contra la suya.

—Y si ella se hubiera convertido en tierra, o algo peor, ¿qué habría soñado entonces? —pregunté yo.

—¡Que me disolvía con ella y era más feliz aún! ¿Crees que me espanta esa clase de cambio? Esperaba una transformación así al levantar la tapa, pero me agrada más que no empiece hasta que yo la comparta. Además, de no haber tenido la impresión nítida de sus facciones serenas, ese extraño sentimiento difícilmente habría desaparecido. Empezó de una manera extraña. ¡Sabes que estaba frenético desde que murió, y que continuamente, de amanecer en amanecer, le suplicaba que me devolviera su alma! Creo firmemente en los fantasmas. Estoy convencido de que pueden existir y que de hecho existen entre nosotros. El día que la enterraron cayó una nevada. Por la noche fui al cementerio. Soplaban un viento frío como de invierno... todo estaba solitario alrededor. No temía que el tonto de su marido anduviera vagando por la madriguera tan tarde, y nadie más tenía nada que hacer allí. Solo, y consciente de que dos yardas de tierra removida era la única barrera entre los dos, me dije: «¡La volveré a tener entre mis brazos! Si está fría, pensaré que es este viento del norte el que me hiela, y si está inmóvil, es que duerme». Cogí una azada del cobertizo de las herramientas y empecé a cavar con todas mis fuerzas... raspé el ataúd. Me puse a trabajar con las manos. La madera empezó a crujir por los tornillos. Estaba a punto de alcanzar mi objetivo, cuando me pareció oír un suspiro de alguien arriba, junto al borde de la tumba e inclinándose. «Con que logre levantar esto —murmuré— ¡ojalá nos cubran de tierra a los dos!», y me esforcé más desesperadamente aún. Hubo otro suspiro pegado a mi oído. Me pareció sentir su cálido aliento desplazando al viento cargado de aguanieve. Sabía que no había por allí ningún ser vivo de carne y hueso. Pero de la misma manera que percibimos la cercanía de un cuerpo material en la oscuridad, aunque no lo veamos, con la misma seguridad sentía yo que Cathy estaba allí, no debajo de mí, sino sobre la tierra. Una repentina sensación de alivio fluyó desde mi corazón por todos los miembros. Dejé mi angustioso trabajo y quedé consolado de inmediato, inefablemente consolado. Sentía conmigo su presencia, se quedó mientras volvía a llenar la fosa, y me llevó a casa. Puedes reírte si quieres, pero yo estaba seguro de verla allí. Estaba seguro de que estaba conmigo y no podía por menos de hablarle. Al llegar a las Cumbres corrí ansioso a la puerta. Estaba cerrada. Recuerdo que el maldito Earnshaw y mi mujer no

me dejaban entrar. Recuerdo que me detuve a arrancarle el resuello a patadas y corrí arriba, a mi habitación, y la suya. Miré a mi alrededor con impaciencia... la sentía junto a mí... podía casi verla, y sin embargo, ¡no la veía! Debí de sudar sangre entonces por la angustia de mis deseos... ¡por el fervor de mis súplicas para tener de ella sólo un vislumbre! No tuve ni uno solo. ¡Mostró ser, como a menudo hacía en vida, un demonio para mí! ¡Y desde entonces, unas veces más y otras menos, he sido el juguete de esta intolerable tortura! ¡Tortura infernal!, que ha tenido mis nervios en tal tensión que, si no fueran como cuerdas de violín, hace tiempo se habrían vuelto tan frágiles como los de Linton. Cuando me sentaba en la sala con Hareton parecía que al salir la iba a encontrar; cuando andaba por los páramos, que la encontraría viniendo; cuando salía de casa, me apresuraba a volver, tenía que estar en alguna parte en las Cumbres, ¡estaba seguro! Cuando dormía en su alcoba... me sentía rechazado. No podía estar acostado allí, pues en el momento que cerraba los ojos ella estaba fuera de la ventana, o se deslizaba por los tableros o entraba en la alcoba, o incluso descansaba su querida cabeza en la misma almohada, como hacía cuando era niña. Tenía que abrir los ojos para ver, así que los abría y cerraba cien veces cada noche... para terminar siempre decepcionado. ¡Me atormentaba! A menudo gemía en voz alta, hasta ese viejo malvado de Joseph, sin duda, creía que mi conciencia estaba poseída por el demonio. Ahora, desde que la he visto, estoy tranquilo... un poco. ¡Qué extraña manera de matar!, no por pulgadas, sino por fracciones, por el ancho de un pelo, para engañarme con el espectro de la esperanza, ¡durante dieciocho años!

El señor Heathcliff hizo una pausa y se secó la frente. Tenía el pelo pegado, mojado de sudor; los ojos fijos en las rojas brasas del fuego; las cejas, no contraídas, sino levantadas junto a las sienes, disminuían el sombrío aspecto de su rostro, pero le daban un aire peculiar de disgusto y una penosa apariencia de tensión mental respecto de un objeto absorbente. Se dirigía a mí sólo a medias, y yo guardaba silencio. ¡No me gustaba oírle hablar! Tras una breve pausa reanudó su meditación sobre el retrato. Lo descolgó y lo apoyó contra el sofá para contemplarlo mejor, y mientras estaba ocupado en eso, entró Catherine anunciando que estaba lista para cuando hubieran ensillado su poni.

—Envíame eso mañana —me dijo Heathcliff y luego, volviéndose hacia ella, añadió—: puedes arreglártelas sin tu jaca, hace una buena noche, y no necesitas ningún poni en Cumbre Borrascosas, para los viajes que vas a hacer te servirán los pies. Vamos.

—¡Adiós, Ellen! —susurró mi querida señorita. Cuando me besó tenía los labios como el hielo—. Ven a verme, Ellen, no te olvides.

—¡Cuídate de hacer nada semejante, Ellen Dean! —dijo su nuevo padre—. Cuando quiera hablar contigo vendré aquí. No necesito que vengas a figonear a mi casa.

Le hizo una señal de que fuera delante y, echándome una mirada que me partió el corazón, obedeció.

Desde la ventana les vi bajar por el jardín. Heathcliff puso el brazo de Catherine bajo el suyo, aunque ella se resistió al principio claramente, y con rápidas zancadas se la llevó por el sendero cuyos árboles les ocultaron.

CAPÍTULO XXX

Hice una visita a las Cumbres, pero no la he visto desde que se fue. Joseph sujetaba la puerta con la mano cuando fui a preguntar por ella y no me dejó pasar. Dijo que la señora Linton estaba «ocupada» y que el amo no estaba en casa. Zillah me ha contado algo de cómo marchaban, si no apenas sabría quién vivía y quién se había muerto. Considera a Catherine altanera y no le cae bien, me lo figuro por su forma de hablar. Mi señorita le pidió cierta ayuda al principio, cuando llegó, pero el señor Heathcliff le dijo que atendiera sus asuntos y dejara que su nuera cuidara de sí misma, y Zillah consintió de buen grado, siendo como es mujer intolerante y egoísta. Catherine manifestó un enfado infantil por ese abandono. Lo pagó con desprecio y de esa forma incorporó a mi informante en la lista de sus enemigos, con la misma firmeza que si le hubiera causado un gran daño. Tuve una larga conversación con Zillah hace unas seis semanas, poco antes de que llegara usted, un día que nos encontramos en los páramos, y esto fue lo que me contó:

—Lo primero —dijo ella— que hizo la señora Linton cuando llegó a las Cumbres fue subir corriendo sin siquiera desearnos las buenas noches a Joseph y a mí. Se encerró en la habitación de Linton y permaneció allí hasta por la mañana. Entonces, mientras el amo y Earnshaw estaban desayunando, entró en la sala y preguntó, toda temblorosa, si se podía mandar a buscar al médico porque su primo estaba muy enfermo.

»—¡Ya lo sabemos! —contestó Heathcliff—, pero su vida no vale un céntimo y no me lo gastará en él.

»—Pero no sé qué hacer —dijo ella—, y si nadie me ayuda se morirá.

»—Sal de la habitación —gritó el amo—. ¡Y que no vuelva a oír una palabra de él! Aquí a nadie le importa lo que le pase, si a ti sí, haz de enfermera, y si no, enciérrale y déjale.

»Entonces empezó a darme la lata, pero le dije que bastante plaga había tenido con la molesta criatura, que cada uno de nosotros tenía su trabajo y que el suyo era atender a Linton, que el señor Heathcliff me había dicho que le dejara a ella esa tarea.

»Cómo se las arreglaron juntos, no lo sé. Me figuro que él estaría muy inquieto y gemiría noche y día y que ella tendría bien poco descanso, como se podía suponer por su palidez y sus ojos adormilados. A veces entraba en la cocina, toda desesperada, y parecía como si deseara pedir ayuda, pero yo no iba a desobedecer al amo. Nunca me atrevo a desobedecerle, señora Dean, y aunque pensaba que estaba mal que no se mandara a buscar a Kenneth, no era asunto mío ni aconsejar, ni quejarme, y siempre me negué a entrometerme. Una o dos veces, después de ir a acostarnos, volví casualmente a abrir mi puerta y la vi sentada llorando, en lo alto de la escalera, y entonces volví a encerrarme rápidamente, por miedo a sentirme inclinada a interferir. Desde luego que me dio lástima entonces, estoy segura, pero no quería perder mi

empleo, ya sabe.

»Al fin una noche entró decidida en mi alcoba y me dio un susto de muerte, diciendo:

»—Dile al señor Heathcliff que su hijo se está muriendo... esta vez estoy segura. Levántate ahora mismo y díselo.

»Después de pronunciar esas palabras volvió a desaparecer. Seguí acostada un cuarto de hora escuchando y temblando. Nada se movía... la casa estaba en silencio.

»Se ha equivocado —dije para mí—. Se ha repuesto. No tengo por qué molestarles. Y empecé a adormilarme, pero mi sueño fue interrumpido por segunda vez por un fuerte campanillazo... la única campanilla que teníamos, puesta expresamente para Linton y el amo me llamó para que fuera a ver lo que pasaba y que les informara de que no quería volver a oír aquel ruido.

»Le di el recado de Catherine. Maldijo para sí y a los pocos minutos salió con una vela encendida y se dirigió a la habitación del matrimonio. Le seguí. La señora Linton estaba sentada al lado de la cama con las manos puestas sobre las rodillas. Su suegro se acercó, iluminó la cara de Linton, le miró, le tocó, y luego se volvió hacia ella.

»—Bueno... Catherine —dijo—, ¿cómo te encuentras?

»Ella se quedó muda.

»—¿Cómo te encuentras, Catherine? —repitió.

»—Él está a salvo y yo soy libre —respondió ella—. Debería encontrarme bien, pero —continuó con una amargura que no podía ocultar— ¡usted me ha dejado luchar tanto tiempo sola contra la muerte que no veo ni siento más que muerte! ¡Me siento como muerta!

»¡Y ése, también, era el aspecto que tenía! Le di un poco de vino. Hareton y Joseph, a quienes había despertado el campanillazo y el ruido de pasos, y que habían oído nuestra conversación desde fuera, entraron en ese momento. Joseph se alegró, creo yo, de la desaparición del chico. Hareton parecía un tanto desconcertado, aunque estaba más dedicado a mirar a Catherine que en pensar en Linton. Pero el amo le dijo que se fuera de nuevo a la cama. No necesitábamos su ayuda. Después mandó a Joseph que trasladara el cadáver a su habitación, a mí me dijo que volviera a la mía y la señora Heathcliff se quedó sola.

»Por la mañana me mandó a decirle que tenía que bajar a desayunar. Se había desvestido y parecía que iba a dormirse y dijo que estaba enferma, lo que apenas si me extrañó. Informé al señor Heathcliff y me respondió:

»—Bueno, déjala tranquila hasta después del entierro. Sube de cuando en cuando a llevarla lo que necesite y, en cuanto esté mejor, me lo dices.

»Cathy se quedó arriba dos semanas, según Zillah, que la visitaba dos veces al día y que hubiera sido bastante más amable, pero sus intentos por aumentar la cordialidad fueron pronta y orgullosamente rechazados.

»Heathcliff subió una vez a mostrarle el testamento de Linton. Había dejado todos

sus bienes muebles y los que habían sido de ella, a su padre. A la pobre criatura la amenazaron o la halagaron para que lo hiciera durante la semana de ausencia de Catherine por la muerte de su padre. De las tierras, por ser menor de edad, no pudo disponer. Sin embargo, el señor Heathcliff las ha reclamado y las posee por derecho de su mujer y por el suyo también, supongo que legalmente. En todo caso, Catherine, sin dinero y sin amigos, no puede inquietar su posesión.

»Exceptuando esa vez —dijo Zillah—, nadie más que yo se acercó a su puerta, y nadie preguntó por ella. La primera ocasión en que bajó a la sala fue un domingo por la tarde. Cuando le subí la comida, me dijo a gritos que no podría soportar más tiempo aquel frío. Le dije que el amo iba a marcharse a la Granja de los Tordos y que Earnshaw y yo no teníamos por qué ser un estorbo para que bajara, así que en cuanto oyó al caballo de Heathcliff salir al trote, hizo su aparición vestida de negro y con sus rizos rubios pegados por detrás de las orejas, tan lisos como los de una cuáquera. No se los podía peinar.

»Joseph y yo generalmente vamos a la capilla los domingos. La iglesia, ya sabe, no tiene sacerdote ahora —explicó a la señora Dean—, y en Gimmerton llaman capilla al lugar de reunión de metodistas o baptistas (no sé cuál de los dos). Joseph se había ido —continuó Zillah—, pero yo creí conveniente quedarme en casa. Los jóvenes están siempre mejor bajo la supervisión de una persona mayor y Hareton, con toda su timidez, no es un modelo de buenas maneras. Le hice saber que era muy probable que su prima se sentara con nosotros y estaba acostumbrada de siempre a ver guardar el domingo, así que sería mejor que dejara a un lado sus escopetas y pequeños quehaceres de casa, mientras ella estuviera allí. Se sonrojó ante la noticia y se miró las manos y la ropa. El aceite y la pólvora desaparecieron de la vista en un minuto. Comprendí que quería hacerle compañía a su prima y, por su manera de comportarse, supuse que quería estar presentable, así que, riendo, como no me atrevería a reír cuando el amo está por allí, me ofrecí a ayudarle, si quería, y bromeé con su confusión. Se volvió hosco y empezó a soltar palabrotas.

»Bueno, señora Dean —continuó Zillah, viendo que no me agradaba su actuación—, puede que usted piense que su señorita es demasiado fina para el señor Hareton, y puede que tenga razón, pero confieso que me gustaría mucho bajarle un poco los humos. Y ¿de qué le servirán ahora todos sus conocimientos y su elegancia? Es tan pobre como usted o como yo. Más pobre, estoy segura. Usted hace sus ahorros y yo hago lo poco que puedo en esa dirección. Hareton permitió a Zillah que le ayudara y ella le halagó hasta ponerle de buen humor, así que cuando Catherine bajó, medio olvidando sus antiguos insultos, trató de hacerse agradable, según el relato del ama de llaves.

»La señorita entró —dijo Zillah—, fría como un carámbano y altiva como una princesa. Me levanté y le ofrecí mi asiento en el sillón. No volvió la cara a mi cortesía. Earnshaw se levantó también y le dijo que fuera al escaño a sentarse junto al fuego, seguro que estaba muerta de frío.

»—He estado muerta de frío más de un mes —respondió recalcando las palabras con todo el desdén que pudo.

»Cogió una silla y la colocó lejos de nosotros dos. Permaneció sentada hasta que se calentó, y después empezó a mirar alrededor y descubrió unos cuantos libros en el aparador. Se puso en pie al instante, estirándose para alcanzarlos, pero estaban demasiado altos. Su primo, tras observar durante un rato sus esfuerzos, al fin se armó de valor para ayudarla. Ella sujetó la falda y él la llenó con los primeros que le vinieron a mano.

»Fue un gran avance para el chico. Ella no le dio las gracias. Aun así se sintió gratificado de que aceptara su ayuda y se aventuró a quedarse de pie detrás mientras ella los examinaba e incluso a inclinarse y señalar lo que le llamaba la atención en ciertos grabados antiguos que contenían. Tampoco le desanimaba la insolencia con que ella le arrancaba la página de sus dedos. Se contentaba con retirarse un poco y mirarla a ella en lugar de al libro. Catherine continuó leyendo, o buscando algo que leer. La atención de Hareton se centró, gradualmente y por completo, en la observación de sus abundantes y sedosos rizos. Él no le veía la cara, y ella no le veía a él. Y, quizá sin saber del todo lo que hacía, pero atraído como un niño por la luz de una vela, al fin pasó de mirar a tocar. Alargó la mano y acarició un rizo con tanta suavidad como si fuera un pájaro. Ella se volvió tan sobresaltada como si le hubieran clavado un cuchillo en el cuello.

»—¡Lárgate ahora mismo! ¿Cómo te atreves a tocarme? ¿Por qué estás ahí parado? —gritó con tono de asco—. ¡No te aguanto! Volveré a subir si te acercas a mí.

»El señor Hareton retrocedió con la mayor cara de tonto que podía poner. Se sentó en el escaño, muy callado, y ella continuó hojeando los libros otra media hora. Finalmente Earnshaw cruzó la habitación y me susurró:

»—¿Quiere usted pedirle que nos lea, Zillah? Estoy aburrido de no hacer nada y me gusta... me gustaría oírla. No le diga que lo quiero yo, sino pídaselo usted.

»El señor Hareton desea que nos lea algo, señora —dije yo inmediatamente—. Le parecería muy amable... estaría muy agradecido.

»Ella frunció el ceño y, levantando la vista, respondió:

»—¡El señor Hareton y toda la camarilla de ustedes han de entender que rechazo cualquier pretensión de amabilidad que tengan la hipocresía de ofrecerme! ¡Les desprecio y no tengo nada que decirle a ninguno! Cuando hubiera dado mi vida por una palabra amable, hasta por verle a uno la cara, todos se apartaron. ¡Pero no me voy a quejar a ustedes! He bajado obligada por el frío, no para divertirles ni para disfrutar de su compañía.

»—¿Qué podía hacer yo? —empezó Earnshaw—. ¿De qué tengo yo la culpa?

»—Oh, tú eres una excepción —respondió la señora Heathcliff—. Nunca eché de menos un interés como el tuyo.

»—Pero me ofrecí más de una vez y pregunté —dijo, enardecándose ante su

impertinencia—, y le pedí al señor Heathcliff que me dejara estar en vela en su lugar.

»—¡Cállate! ¡Saldré de casa o iré a cualquier parte, antes que tener tu desagradable voz en mis oídos! —dijo mi señora.

»Hareton murmuró que por él podía irse al infierno y, descolgando su escopeta, no se privó por más tiempo de sus ocupaciones dominicales. Él hablaba ya con toda soltura, y ella pronto consideró conveniente retirarse a su soledad, pero las heladas habían comenzado y, a pesar de su orgullo, se ha visto forzada a condescender con nuestra compañía cada vez más. Pero he tenido cuidado de que no vuelva a despreciar mis buenas intenciones. Desde entonces he estado tan tiesa como ella. No hay nadie que la quiera ni a quien caiga bien entre nosotros, y no se lo merece porque a la menor palabra que le dicen replica sin respeto a nadie. Contesta al mismo amo, hasta tal punto que hace que le pegue y, cuanto más daño le hace, más venenosa se pone.

Al principio, cuando oí este relato de Zillah, decidí dejar mi empleo, tomar una casita y hacer que Catherine viniera a vivir conmigo. Pero el señor Heathcliff hubiera permitido eso tanto como ponerle a Hareton una casa independiente. No le veo remedio de momento, a menos que ella se volviera a casar, pero arreglar ese asunto es algo que no cae dentro de mi jurisdicción.

Así terminó la historia de la señora Dean. A pesar de la profecía del doctor, estoy recuperando rápidamente las fuerzas y, aunque no estemos más que en la segunda semana de enero, me propongo salir a caballo en uno o dos días y llegar hasta Cumbres Borrascosas para informar a mi propietario de que voy a pasar los próximos seis meses en Londres y, si quiere, puede buscar otro inquilino que se lo alquile para después de octubre. No pasaría otro invierno aquí por nada del mundo.

CAPÍTULO XXXI

Ayer hacía un día claro, tranquilo y frío. Fui a las Cumbres como me había propuesto. Mi ama de llaves me suplicó que llevara a su señorita una nota de su parte, y no me negué, porque la buena mujer no veía nada de extraño en su petición. La puerta principal estaba abierta, pero la celosa verja cerrada, como en mi última visita. Llamé y solicité la ayuda de Earnshaw, que se encontraba por los parterres del jardín. Quitó la cadena y entré. El chico es un rústico tan guapo como el que más. Me fijé en él especialmente esta vez, pero, al parecer, hace todo lo posible para no sacar la menor ventaja de sus cualidades.

Pregunté si el señor Heathcliff estaba en casa. Me respondió que no, pero que estaría a la hora de comer. Eran las once y le comuniqué mi intención de entrar y esperarle, a lo que de inmediato soltó las herramientas y me acompañó en el papel de perro guardián, no de sustituto del anfitrión.

Entramos juntos. Catherine estaba allí, haciéndose útil con la preparación de unas verduras para la comida que se aproximaba. Parecía más huraña y menos animada que la primera vez que la vi. Apenas levantó los ojos para mirarme y continuó su trabajo con la misma indiferencia que antes para las formas corrientes de cortesía. No respondió a mi inclinación y a mis buenos días ni con el más mínimo reconocimiento.

«No parece tan amable —pensé— como la señora Dean quiere hacerme creer. Es una belleza, es cierto, pero no un ángel».

Earnshaw le mandó hoscamente que se llevara sus cosas a la cocina.

—Llévalas tú —contestó ella, poniéndolas aparte en cuanto terminó y, retirándose a un taburete junto a la ventana, donde empezó a modelar figuras de pájaros y otros animales con la mondas de nabo que tenía en la falda. Me acerqué a ella como pretendiendo mirar al jardín y, me figuré que con habilidad, dejé caer la nota de la señora Dean en sus rodillas sin que Hareton se diera cuenta... pero preguntó en voz alta:

—¿Qué es esto? —y lo tiró.

—Una carta de una vieja amiga, el ama de llaves de la Granja —respondí, molesto de que descubriera mi amable acción y temeroso de que se imaginara que era un mensaje mío.

Ante esa información ella la hubiera cogido de buena gana, pero Hareton se le adelantó, la cogió y la metió en el bolsillo del chaleco, diciendo que el señor Heathcliff tenía que leerla primero. A continuación Catherine nos volvió silenciosamente el rostro y con mucho sigilo sacó un pañuelo y se lo llevó a los ojos y su primo, después de esforzarse un rato en reprimir sus mejores sentimientos, sacó la carta y la tiró al suelo junto a ella con toda la descortesía que pudo. Catherine la cogió y la leyó ansiosamente. Luego me hizo algunas preguntas sobre los compañeros, racionales e irracionales, de su antiguo hogar y, mirando hacia las colinas, murmuró en un soliloquio:

—¡Me gustaría ir hasta allá montada en Minny! ¡Me gustaría estar escalando allá arriba! ¡Oh, estoy cansada... estoy aburrida, Hareton! —y apoyó su bonita cabeza contra el antepecho de la ventana con un medio bostezo y medio suspiro y se sumió en una especie de ensimismada tristeza, sin importarle, ni saber, si la observábamos o no.

—Señora Heathcliff —dije, después de estar sentado algún tiempo en silencio—. ¿No sabe usted que la conozco... tan íntimamente que me parece raro que no venga a hablarme? Mi ama de llaves no se cansa nunca de hablar de usted y de alabarla, y se quedará muy decepcionada si vuelvo sin noticias tuyas, ¡salvo que recibió su carta y que no dijo nada!

Pareció sorprendida ante estas palabras y preguntó:

—¿Le aprecia Ellen?

—Sí, mucho —respondí sin vacilar.

—Tiene que decirle —continuó— que contestaría a su carta, pero no tengo con qué escribir, ni siquiera un libro del que pudiera arrancar una hoja.

—¿Ningún libro? —exclamé—. ¿Cómo puede arreglárselas para vivir aquí sin ellos?, si puedo tomarme la libertad de preguntárselo. Aun teniendo una buena biblioteca, a menudo me aburro mucho en la Granja. ¡Quíteme los libros y me desesperaría!

—Cuando los tenía estaba siempre leyendo —dijo Catherine—. Pero el señor Heathcliff no lee nunca, así que se le metió en la cabeza destruir mis libros. No le he echado un vistazo a uno desde hace semanas. Sólo una vez busqué entre el montón de teología de Joseph, con gran irritación suya, y una vez, Hareton, di con una reserva secreta en tu habitación... algunos griegos y latinos y algunos cuentos y poesías, todos viejos amigos. Traje aquí los últimos... y tú los recogiste, como recoge una urraca cucharas de plata, ¡por mero placer de robar! No te sirven para nada. Q si no, los escondiste con la mala intención de que, ya que tú no los puedes disfrutar, no lo haga nadie. ¿Quizá tu envidia aconsejó al señor Heathcliff que me robara mis tesoros? ¡Pero la mayoría de ellos los tengo escritos en mi cabeza e impresos en mi corazón y de éstos no me privaréis!

Earnshaw se puso como la grana cuando su prima hizo esa revelación de sus secretos acopios literarios y balbuceó una indignada negativa a las acusaciones de ella.

—El señor Hareton está deseoso de aumentar su caudal de conocimientos —dije, acudiendo a su rescate—. No es envidia, sino emulación de los talentos de usted. Dentro de pocos años será un alumno inteligente.

—Y mientras tanto quiere que yo me convierta en una estúpida —replicó Catherine—. Sí, le oigo deletrear y leer a solas, ¡y qué bien mete la pata! Me gustaría que repitieras *Chevy Chase* como hiciste ayer. Era divertidísimo. Te oí. ¡Y te oí hojear el diccionario para buscar las palabras difíciles, y luego maldecir porque no podías entender la explicación!

El joven evidentemente consideró que era demasiado que se rieran de él por su ignorancia y luego que se rieran porque intentaba superarla. Yo pensaba lo mismo y, recordando la anécdota de la señora Dean de sus primeros intentos por iluminar las tinieblas en que había sido criado, observé:

—Pero, señora Heathcliff, todos hemos tenido un comienzo y todos hemos tropezado y hemos vacilado en el umbral. Si nuestros maestros nos hubieran regañado en lugar de ayudarnos, estaríamos todavía tropezando y vacilando.

—Oh —replicó ella—, yo no quiero limitar sus conocimientos, ¡pero no tiene derecho a apropiarse de lo que es mío y volverlo ridículo con sus detestables errores y malas pronunciaciones! Esos libros, tanto los de prosa como los de verso, son sagrados para mí por otros recuerdos, ¡y odio verlos rebajados y profanados en su boca! Además, como si fuera con malicia deliberada, ha tenido precisamente que escoger mis obras favoritas, las que más me gusta repetir.

El pecho de Hareton se hinchó en silencio durante un minuto. Luchaba contra una profunda sensación de mortificación y de ira que no era fácil de suprimir. Me levanté y, con la caballerosa idea de aliviar su turbación, me situé en la puerta y me puse a contemplar la vista exterior. Siguió mi ejemplo y salió de la habitación, pero pronto reapareció trayendo en sus manos media docena de libros que le tiró en la falda a Catherine al tiempo que exclamaba:

—¡Tómalos! ¡No quiero volver a oír nada de ellos, ni leerlos, ni pensar en ellos!

—Ahora no los quiero —respondió ella—. Los relacionaría contigo y los odiaría.

Abrió uno que, obviamente, había sido hojeado con frecuencia y leyó un párrafo con el tono lento y pesado de un principiante. Luego se echó a reír y lo tiró.

—Y escuchad —continuó con aire provocador, empezando a leer un verso de una antigua balada de la misma manera.

Pero el amor propio de Hareton no podía soportar más tormento. Oí, sin desaprobalo del todo, que ponía a raya con una bofetada su lengua insolente. La granujilla había hecho todo lo posible por herir los delicados, aunque incultos, sentimientos de su primo, y un argumento físico era el único medio que tenía para saldar la cuenta y devolver sus efectos a quien los había infligido. Después cogió los libros y los echó al fuego. Leí en su semblante la angustia que le producía ofrecer aquel sacrificio a su rencor. Me figure que mientras se consumían recordaba el placer que ya le habían proporcionado y el triunfo y la creciente satisfacción que de ellos esperaba. Me figuré también que adivinaba lo que le incitaba a sus secretos estudios. Había estado satisfecho con su trabajo cotidiano y sus rudos goces animales, hasta que Catherine se cruzó en su camino. La vergüenza de su desprecio y la esperanza de su aprobación fueron sus primeros acicates para más altas metas, pero en lugar de protegerlo de lo primero y conseguirle lo segundo, sus esfuerzos por ascender habían producido justamente el efecto contrario.

—Sí. ¡Ése es todo el beneficio que un bruto como tú puede sacar de ellos! —exclamó Catherine, chupándose el labio lastimado y mirando el incendio con ojos

indignados.

—Más te valdría callarte ya —contestó él con furia.

Y como su agitación le impidió decir más, avanzó apresuradamente hacia la entrada, donde le hice sitio para que pasara. Pero antes de que cruzara el umbral, Heathcliff, que subía por el camino, se lo encontró y poniéndole la mano en el hombro, preguntó:

—¿Qué pasa, muchacho?

—Nada, nada —respondió, y se marchó para disfrutar de su dolor y de su ira en soledad.

Heathcliff le siguió con la vista y suspiró.

—Sería extraño que me defraudara a mí mismo —murmuró, sin saber que yo estaba detrás de él—. Pero cuando busco a su padre en su rostro la encuentro a ella cada día más. ¿Cómo diablos se le parece tanto? Apenas si puedo soportar verle.

Bajó los ojos al suelo y entró pensativo. Había en su semblante una expresión de inquietud y de ansiedad que no le había notado antes, y parecía más delgado. Su nuera al verlo por la ventana escapó enseguida a la cocina, así que me quedé solo.

—Me alegro de verle de nuevo fuera de casa, señor Lockwood —dijo en respuesta a mi saludo—. En parte por motivos egoístas, pues no creo que pudiera reemplazar fácilmente su pérdida en esta desolación. Me he preguntado más de una vez qué le trajo a usted aquí.

—Un vano capricho, me temo, señor —fue mi respuesta—, o si no es un vano capricho el que me va a hacer desaparecer. Partiré para Londres la próxima semana y debo notificarle que no me siento inclinado a mantener la Granja de los Tordos más de los doce meses que acordé alquilarla. Creo que no viviré allí más.

—Oh, vaya. Se ha cansado de estar apartado del mundo, ¿no es así? —dijo él—. Pero si viene a pedirme que no le cobre por una casa que no va a ocupar, su viaje es inútil. Nunca dejo de exigirle a cualquiera lo que me debe.

—No vengo a pedirle nada de eso —exclamé bastante irritado—. Si quiere lo arreglamos ahora mismo —y saqué mi cartera del bolsillo.

—No, no —respondió fríamente—. Dejará bastantes cosas detrás para cubrir sus deudas, si es que no llega a volver. No tengo tanta prisa. Siéntese y coma con nosotros. A un huésped que con seguridad no va a repetir la visita se le puede dar una buena acogida. Catherine, trae las cosas. ¿Dónde andas?

Catherine reapareció trayendo una bandeja con tenedores y cuchillos.

—Puedes comer con Joseph —le dijo aparte Heathcliff—, y quédate en la cocina hasta que se haya ido.

Ella obedeció sus órdenes puntualmente. Quizá no tuvo ninguna tentación de transgredirlas. Al vivir entre patanes y misántropos, probablemente no puede apreciar una clase mejor de personas cuando se las encuentra.

Con el señor Heathcliff, ceñudo y taciturno de un lado y Hareton completamente mudo del otro, tuve una comida un tanto sombría y me despedí pronto. Hubiera

salido por la parte de atrás para conseguir un último atisbo de Catherine y molestar al viejo Joseph, pero Hareton recibió órdenes de acercar mi caballo y el propio anfitrión me escoltó hasta la puerta, así que no pude realizar mi deseo.

«¡Qué aburrida es la vida en esa casa! —reflexionaba mientras cabalgaba por el camino—. ¡Qué realización de algo más romántico que un cuento de hadas hubiera sido para la señora de Linton Heathcliff que ella y yo nos hubiéramos enamorado, como su buena ama deseaba, y emigrado juntos al bullicioso ambiente de la ciudad!».

CAPÍTULO XXXII

1802

El pasado septiembre un amigo me invitó a arrasar sus tierras de caza en el norte y, de camino hacia su residencia, me encontré, inesperadamente, a menos de quince millas de Gimmerton. El mozo de cuadra, de un mesón junto a la carretera llevaba un cubo de agua para refrescar mis caballos, cuando pasó un carro con avena muy verde, recién segada, y observó:

—¡Ése es de Gimmerton, claro! Siempre siegan tres semanas después que los demás.

—¿Gimmerton? —repetí... mi residencia en aquel lugar se me había vuelto ya confusa y como un sueño—. ¡Ah, lo conozco! ¿A qué distancia está de aquí?

—Unas catorce millas por las colinas, y mal camino —respondió.

Un repentino impulso de visitar la Granja de los Tordos se apoderó de mí. Apenas era mediodía y me imaginé que lo mismo podía pasar la noche bajo mi propio techo que en una posada. Además podía fácilmente dedicar un día a arreglar asuntos con mi propietario y así ahorrarme la molestia de venir de nuevo a la vecindad. Después de descansar un rato, indiqué a mi criado que preguntara el camino del pueblo y, con gran fatiga para nuestros caballos, salvamos la distancia en unas tres horas.

Le dejé allí y seguí valle abajo solo. La iglesia gris parecía más gris y el solitario cementerio más solitario. Divisé una oveja pastando la corta hierba sobre las tumbas. El tiempo era suave, cálido... demasiado cálido para viajar, pero el calor no me impedía disfrutar del delicioso paisaje que se extendía por encima y por abajo. Si lo hubiera visto en una época más próxima a agosto, estoy seguro que me hubiera tentado a desperdiciar un mes entre sus soledades. En invierno nada más triste, en verano nada más divino que esos valles cerrados por colinas y esas escarpadas, audaces crestas de brezo.

Llegué a la Granja antes de ponerse el sol y llamé a la puerta, pero la familia se había retirado a la parte de atrás, a juzgar por la espiral, delgada y azul, que salía enroscándose de la chimenea de la cocina, y no me oyeron. Entré a caballo hasta el patio. Bajo el pórtico, una niña de nueve o diez años estaba sentada haciendo punto y una vieja reclinada en los peldaños, fumaba, pensativa, una pipa.

—¿Está en casa la señora Dean? —pregunté a la mujer.

—¿La señora Dean? ¡No! —respondió—. No vive aquí. Está en las Cumbres.

—¿Entonces es usted el ama de llaves? —continué.

—Sí, guardo la casa —respondió.

—Bien, soy el señor Lockwood. El amo. Me pregunto si hay alguna habitación para alojarme. Quiero pasar la noche aquí.

—¡El amo! —exclamó sorprendida—. ¿Quién iba a saber que iba a venir? Debía haber avisado. No hay ninguna seca y limpia en la casa. ¡Ninguna!

Se quitó la pipa y entró apresuradamente, la niña la siguió, y yo también entré. Al poco rato, viendo que su informe era cierto y, además, que la había sacado de quicio con mi intempestiva aparición, le dije que se tranquilizara. Saldría a dar un paseo y, mientras tanto, debía preparar un rincón de alguna salita para cenar y una alcoba donde dormir. Nada de barrer ni de quitar el polvo, sólo necesitaba un buen fuego y sábanas secas. Parecía dispuesta a hacerlo lo mejor posible, aunque metió por error la escobilla de la chimenea en el hogar en lugar del atizador y equivocó el uso de otros utensilios de su oficio. Pero me marche confiando en su energía para tener un lugar de descanso a mi vuelta.

Cumbres Borrascosas era el objetivo de mi proyectada excursión. Una segunda idea me hizo volver cuando ya había salido del patio.

—¿Todo bien en las Cumbres? —pregunté a la mujer.

—Sí, que sepamos —respondió, desapareciendo con un perol de cenizas calientes.

Le habría preguntado por qué la señora Dean había dejado la Granja, pero era imposible demorarla en semejante trance, así que me di la vuelta y salí, andando tranquilamente con el brillo del sol poniente a mis espaldas y el suave resplandor de una luna naciente por delante —uno desvaneciéndose y la otra iluminándose—, cuando dejaba el parque y subía por el pedregoso camino que se separa del principal hacia la morada del señor Heathcliff. Antes de llegar a avistarla, todo lo que quedaba del día era una luz ámbar, sin rayos, por el oeste, pero podía ver cada piedrecita del sendero y cada brizna de hierba a la luz de aquella espléndida luna. No tuve que saltar la verja ni llamar... cedió a mi mano. Esto es una mejora, pensé. Y noté otra con ayuda de mi olfato, una fragancia de alhelíes que flotaba en el aire entre los domésticos árboles frutales.

Tanto las puertas como las ventanas estaban abiertas y, sin embargo, como es usual en regiones con carbón, un hermoso fuego rojo iluminaba la chimenea. El bienestar que proporciona a la vista hace soportable el exceso de calor. Pero la sala de Cumbres Borrascosas es tan grande que los residentes tienen mucho espacio para apartarse de su influencia, por tanto, los que allí estaban se habían colocado no lejos de una de las ventanas. Podía verlos y oírlos antes de entrar y, en consecuencia, miré y escuché movido a ello por un sentimiento, mezcla de curiosidad y de envidia, que aumentaba a medida que me demoraba.

—¡Con-tra-rio! —dijo una voz tan dulce como una campana de plata—. ¡Es la tercera vez, tonto! No te lo repetiré más. ¡Recuérdalo o te tiro de los pelos!

—Contrario, entonces —respondió otra en tonos profundos, pero suavizados—. Y ahora dame un beso por acordarme tan bien.

—No, primero léelo todo correctamente, sin un solo error.

El hombre que hablaba empezó a leer. Era un joven, vestido respetablemente, y

sentado a la mesa con un libro delante. Sus bellas facciones resplandecían de felicidad y sus ojos pasaban con impaciencia de la página a una pequeña mano blanca sobre su hombro, que le llamaba al orden con una rápida palmada en la mejilla siempre que su dueña detectaba tales muestras de distracción. Su propietaria estaba detrás, sus rubios y relucientes rizos mezclándose, a ratos, con los mechones castaños de él, cuando se inclinaba para supervisar su trabajo, y su rostro... era una suerte que él no pudiera verle la cara, o no hubiera estado tan atento. Yo sí podía, y me mordí el labio de despecho, por haber desperdiciado la oportunidad que podía haber tenido de hacer algo más que contemplar su sonriente belleza.

La tarea terminó, no sin más errores, pero el alumno reclamó una recompensa y recibió al menos cinco besos que, sin embargo, devolvió generosamente. Entonces se acercaron a la puerta y, por su conversación, entendí que estaban a punto de salir a dar un paseo por los páramos. Supuse que Hareton Earnshaw me condenaría en su corazón, si no por su boca, a la más profunda sima de las regiones infernales si mostraba mi inoportuna persona a su alrededor en aquel momento y, considerándome muy ruin y maligno, di la vuelta sin que me vieran para buscar refugio en la cocina. También por ese lado se entraba sin obstáculos, y en la puerta estaba sentada mi vieja amiga, Nelly Dean, cosiendo y cantando una canción, que era a menudo interrumpida desde dentro con duras palabras de desprecio e intolerancia pronunciadas en tonos nada musicales.

—Preferiría con mucho oírles blasfemar de la mañana a la noche antes que tener que escucharla a usted —dijo el que estaba en la cocina, en respuesta a unas palabras de Nelly, que no oí—. Es una vergüenza que uno no pueda abrir el Libro Santo sin que usted entone sus alabanzas a Satanás y a todas las horribles maldades que han aparecido en el mundo. ¡Oh, es usted muy mala!, y la otra también, y este pobre chico se perderá entre las dos. ¡Pobre chico! —añadió con un gruñido—. ¡Está embrujado, estoy seguro! ¡Oh, señor, júzgales, porque no hay ley ni justicia entre nuestros gobernantes!

—No, de lo contrario nos habrían puesto sobre llameantes hogueras, supongo —replicó la cantante—. Pero cálese, viejo, y lea su Biblia como un cristiano y no se preocupe por mí. Ésta es *Fairy Annie's Wedding* —una bonita melodía—, se baila.

La señora Dean estaba a punto de volver a empezar, cuando me adelante y, reconociéndome al instante, se puso de pie de un salto, exclamando:

—¡Vaya, Dios le bendiga, señor Lockwood! ¿Cómo se le ha ocurrido volver así? Está todo cerrado en la Granja de los Tordos. ¡Debería habernos avisado!

—He dispuesto acomodarme allí el tiempo que me quede —respondí—. Mañana partiré de nuevo. ¿Y cómo se ha trasplantado aquí, señora Dean? Cuéntemelo.

—Zillah se marchó y el señor Heathcliff quiso que viniera al poco tiempo de irse usted a Londres y que me quedara hasta que usted volviera. ¡Pero pase, se lo ruego! ¿Ha venido andando desde Gimmerton esta tarde?

—Desde la Granja —respondí— y, mientras me preparan el alojamiento allí,

quiero liquidar mis asuntos con su amo, porque no creo que tenga otra oportunidad fácilmente.

—¿Qué asuntos, señor? —dijo Nelly, conduciéndome hacia la casa—. Ha salido de momento, y no volverá pronto.

—Sobre la renta —respondí.

—¡Oh!, entonces es con la señora Heathcliff con quien tiene que arreglarlo —observó—, o más bien conmigo. Ella todavía no ha aprendido a llevar sus asuntos y yo actúo en su lugar, no hay nadie más.

Puse cara de sorpresa.

—¡Ah!, veo que no se ha enterado de la muerte del señor Heathcliff —continuó ella.

—¡Heathcliff muerto! —exclamé asombrado—. ¿Cuánto tiempo hace?

—Hace tres meses. Pero siéntese y deme su sombrero que se lo contaré todo. Un momento, no ha comido, ¿verdad?

—No quiero nada. He mandado que me preparen la cena en casa. Siéntese usted también. ¡Nunca se me ocurrió que fuera a morirse! Cuénteme cómo sucedió. ¿Dijo usted que no les esperaba pronto de vuelta... a los jóvenes?

—No... tengo que reñirles todas las noches por sus paseos hasta tan tarde, pero no me hacen caso. Al menos beba un trago de nuestra vieja cerveza. Le sentará bien. Parece cansado.

Se apresuró a buscarla antes de que pudiera negarme, y oí a Joseph preguntar «si no era escandaloso que tuviera pretendientes a su edad, y además darles de beber en la bodega del amo... Era vergonzoso vivir para verlo».

Ella no se quedó a replicar, pero volvió al minuto con un rebosante vaso de plata, cuyo contenido alabé con la apropiada seriedad. Después me obsequió con la continuación de la historia de Heathcliff. Había tenido un «extraño» fin, fue la palabra que empleó.

—Me mandaron presentarme en Cumbres Borrascosas a los quince días de que se fuera usted —contó—. Obedecí encantada por amor a Catherine. Mi primera charla con ella me apenó y disgustó. Había cambiado mucho desde que nos separamos. El señor Heathcliff no me explicó las razones de su nueva decisión para que viniera aquí. Sólo me dijo que me necesitaba y que estaba cansado de ver a Catherine. Debía convertir la salita en mi sala de estar y retenerla a ella conmigo. Ya tenía bastante con verse obligado a verla una o dos veces al día. Ella pareció contenta con ese arreglo. Gradualmente fui llevando a hurtadillas gran número de libros y otros artículos que habían contribuido a su diversión en la Granja y me hacía ilusiones de que viviríamos con bastante comodidad. Las ilusiones duraron poco. Catherine, contenta al principio, en muy poco tiempo se volvió irritable e inquieta. Por una parte, tenía prohibido salir al jardín y le irritaba mucho verse confinada en aquellos estrechos límites a medida

que avanzaba la primavera; por otra, para atender la casa yo tenía que dejarla con frecuencia, y se quejaba de soledad. Prefería pelear con Joseph en la cocina a estar en paz sola. No me importaban sus escaramuzas, pero Hareton se veía obligado a buscar también la cocina cuando el amo quería la sala para él solo. Y aunque al principio ella, o bien se marchaba cuando él se acercaba, o bien tranquilamente se me unía en mis quehaceres y evitaba hacerle observaciones o dirigirle la palabra y, a pesar de que él siempre estaba lo más taciturno y silencioso posible, transcurrido poco tiempo ella cambió su conducta y era incapaz de dejarle tranquilo. Le hablaba, le hacía comentarios sobre su estupidez y ociosidad, le expresaba su extrañeza de cómo podía soportar la vida que llevaba... cómo podía pasar toda una tarde sentado mirando al fuego y dormitando.

—Es como un perro, ¿verdad, Ellen? —observó una vez—, o como un caballo de tiro. Hace su trabajo, toma su comida y duerme... ¡eternamente! ¡Qué espíritu más vacío y triste debe de tener! ¿Sueñas alguna vez, Hareton? Y, si lo haces, ¿en qué sueñas? Pero ¡no puedes ni hablar conmigo!

Después ella lo miró, pero él ni abrió la boca, ni volvió a mirar.

—Quizá esté soñando ahora —continuó—. Encoge los hombros igual que Juno los suyos. Pregúntale, Ellen.

—El señor Hareton pedirá al amo que la mande a usted arriba, si no se comporta —dije yo—. No sólo ha encogido los hombros, sino que ha cerrado los puños, como si estuviera tentado a emplearlos.

—Sé por qué Hareton no habla nunca cuando estoy en la cocina —exclamó en otra ocasión—. Tiene miedo de que me ría de él. ¿Ellen, qué piensas tú? Una vez empezó a aprender a leer solo, y porque me reí, quemó los libros y lo dejó. ¿No fue un tonto?

—¿No fue usted mala? —pregunté yo—. Respóndame.

—Quizá sí —continuó—, pero no esperaba que fuera tan tonto. Hareton, si te diera un libro, ¿lo cogerías ahora? ¡Lo intentaré!

Le puso en la mano uno que ella había estado leyendo. Él lo tiró y refunfuñó que si no le dejaba en paz le retorcería el cuello.

—Bueno, lo pondré aquí —dijo—, en el cajón de la mesa, y me voy a la cama.

Luego me susurró que vigilara si lo tocaba, y se marchó. Pero él ni se acercó, y así se lo dije a la mañana siguiente, para gran desilusión por su parte. Vi que le dolía la perseverante taciturnidad e indolencia de Hareton. Le remordía la conciencia por haberle espantado su interés en mejorar. Lo había hecho eficazmente. Pero estaba aplicando su ingenio en reparar el daño. Mientras yo planchaba o me ocupaba de otros quehaceres sedentarios que no podía hacer bien en la salita, traía algún libro ameno y me lo leía en voz alta. Cuando Hareton estaba allí, generalmente se detenía en lo más interesante y dejaba el libro por allí. Lo hizo repetidas veces, pero él era tan terco como una mula y en lugar de morder el anzuelo, con tiempo de lluvia se dedicaba a fumar con Joseph y permanecían como autómatas, sentados uno a cada

lado del fuego, el viejo afortunadamente demasiado sordo para oír las malvadas tonterías, como él las hubiera llamado, y el joven haciendo lo posible por aparentar que no le interesaba. Las tardes que hacía buen tiempo, Hareton las dedicaba a sus expediciones de caza y Catherine bostezaba, suspiraba y me importunaba para que le hablara y, en cuanto empezaba, salía corriendo al patio o al jardín y, como último recurso, lloraba y decía que estaba cansada de vivir, que su vida era inútil.

El señor Heathcliff, que cada día era más insociable, casi había desterrado a Earnshaw de su habitación. Debido a un accidente a principios de marzo se convirtió durante unos días en un elemento permanente de la cocina. Se le reventó la escopeta cuando andaba solo por las colinas, una astilla le hizo un corte en un brazo y perdió mucha sangre antes de llegar a casa. La consecuencia fue que, por fuerza, se vio condenado a permanecer tranquilamente junto al fuego hasta que se repuso. A Catherine le venía bien tenerle allí. En todo caso le hizo odiar más que nunca su habitación de arriba y me forzaba a encontrar alguna tarea que hacer abajo de forma que ella pudiera acompañarme.

El lunes de Pascua, Joseph se fue a la feria de Gimmerton con ganado y, por la tarde, yo estaba ocupada repasando la ropa blanca en la cocina. Earnshaw estaba sentado, taciturno como de costumbre, en el rincón de la chimenea y mi señorita mataba el tiempo haciendo dibujos en los cristales de la ventana, alternando su diversión con ahogados brotes de melodías, murmurando exclamaciones y echando rápidas miradas de enojo e impaciencia en dirección a su primo, quien, tenazmente, fumaba y contemplaba el fuego. Al indicarle que ya no podía seguir trabajando si me quitaba la luz, se trasladó al hogar. Presté poca atención a sus procedimientos, pero al rato oí que empezaba:

—He descubierto, Hareton, que quiero... que me alegro... que me gustaría que fueras mi primo ahora, si no estuvieras tan enfadado conmigo y no fueras tan rudo.

El chico no respondió.

—¡Hareton, Hareton, Hareton! ¿Me oyes? —continuó ella.

—¡Fuera de aquí! —gruñó él, con inflexible brusquedad.

—Dame esa pipa —dijo ella, alargando cautelosamente la mano y quitándosela de la boca.

Antes de que él intentara recuperarla ya estaba rota y en el fuego. Le soltó unas palabrotas y cogió otra.

—¡Basta! —gritó ella—, primero tienes que escucharme y no puedo hablar con esas nubes flotándome en la cara.

—¿Quieres irte al diablo —exclamó con ferocidad— y dejarme en paz?

—No —insistió ella—, no quiero. No sé qué hacer para que hables conmigo y tú estás decidido a no entender. Cuando te llamo estúpido, no quiero decir nada. No significa que te desprecie. ¡Anda, hazme caso, Hareton! Eres mi primo y tienes que aceptarme.

—¡No quiero tener nada que ver contigo, ni con tu asqueroso orgullo, ni con tus

malditas burlas! —respondió él—. Antes me iré al infierno en cuerpo y alma que volver a mirarte. ¡Lárgate de aquí ahora, ahora mismo!

Catherine frunció el ceño y se retiró al asiento de la ventana, mordiéndose el labio y procurando ocultar sus crecientes ganas de llorar a base de tararear una excéntrica canción.

—Tendría que hacer las paces con su prima, señor Hareton —interrumpí—, puesto que ella se arrepiente de su impertinencia. Le haría mucho bien... le convertiría en otro hombre tenerla por compañera.

—¿Compañera? —exclamó él—. ¡Cuando me odia y no me cree digno de limpiarle los zapatos! ¡No! Ni aunque me convirtiera en rey. No recibiré más desprecios por buscar más su buena voluntad.

—¡No soy yo la que te odia, eres tú el que me odia a mí! —lloró Cathy, sin poder disimular más su disgusto—. Tú me odias tanto como el señor Heathcliff, y más.

—Eres una condenada embustera —empezó Earnshaw—. Entonces, ¿por qué le he enojado por ponerme de tu parte cien veces? Y eso cuando tú te burlabas de mí y me despreciabas y... ¡sigue molestándome y saldré a decirle que me has echado de la cocina!

—No sabía que te habías puesto de mi parte —respondió ella secándose los ojos—. Yo era muy desdichada y sentía rencor contra todo el mundo, pero ahora te doy las gracias y te pido que me perdones. ¿Qué más puedo hacer?

Volvió al hogar y con sinceridad le tendió la mano. Él se ensombreció y frunció el ceño como nube de tormenta, manteniendo los puños resueltamente cerrados y la vista fija en el suelo. Catherine, por instinto, debió de adivinar que era terca maldad, no desagrado, lo que le incitaba a aquella obstinada conducta, porque, tras permanecer indecisa un rato se agachó y depositó en su mejilla un tierno beso. La picarona creyó que yo no la había visto, y, retrocediendo, volvió a su sitio anterior junto a la ventana, muy recatada. Moví la cabeza en señal de reprobación, y entonces se sonrojó y me susurró:

—¡Bueno!, ¿qué debía hacer, Ellen? No me daba la mano ni me miraba. Tengo que mostrarle de alguna manera que le quiero... que quiero hacer las paces.

Si el beso convenció a Hareton, no lo puedo decir. Durante unos minutos tuvo mucho cuidado para que no se le viera la cara y, cuando la levantó, estaba muy perplejo y dudaba adónde dirigir la mirada.

Catherine se dedicó a envolver primorosamente en papel blanco un bello libro. Después de atarlo con una cinta y dirigirla al «Señor Hareton Earnshaw» me pidió que fuera su embajadora y llevara el regalo a su destinatario.

—Y dile que si lo acepta, vendré a enseñarle a leerlo bien —comentó— y, si lo rechaza, me iré arriba y no volveré a molestarle más.

Se lo llevé y le repetí el mensaje, ansiosamente vigilada por mi ama. Hareton no abría las manos, así que se lo dejé en las rodillas. No lo tiró tampoco. Yo volví a mi trabajo. Catherine apoyó la cabeza y los brazos en la mesa, hasta que oyó el más

ligero crujir de la envoltura al ser retirada. Entonces se escabulló y silenciosamente se sentó junto a su primo. Él temblaba y el rostro le ardía. Toda su rudeza y hosca aspereza le habían abandonado. Al principio no pudo armarse de valor para pronunciar una sílaba en respuesta a su inquisitiva mirada y a la petición que le susurró.

—Dime que me perdonas, Hareton, dílo. Podrías hacerme tan feliz con esa sola palabra.

Él masculló algo inaudible.

—¿Serás mi amigo? —añadió inquisitivamente Catherine.

—No. Te avergonzarás de mí todos los días de tu vida —respondió él—, y más cuanto más me conozcas, y no puedo sufrirlo.

—¿Entonces no quieres ser mi amigo? —dijo ella con una sonrisa más dulce que la miel y acercándosele más.

No oí bien el resto de la conversación, pero, al mirar allá de nuevo, vi dos caras tan radiantes inclinadas sobre la página del libro aceptado, que no dudé de que el acuerdo había sido ratificado por ambas partes y que los enemigos eran fieles aliados a partir de entonces.

La obra que estudiaban estaba llena de preciosos grabados, y éstos, así como el estar juntos, tenían el suficiente encanto para mantenerlos inmóviles hasta que Joseph llegó a casa. El pobre hombre quedó del todo horrorizado ante el espectáculo de Catherine sentada en el mismo banco que Hareton Earnshaw, con la mano apoyada en su hombro, y desconcertado al ver que su favorito toleraba tal proximidad. Le afectó demasiado profundamente como para permitirle observación alguna sobre el asunto aquella noche. Su emoción sólo se manifestó por medio de los inmensos suspiros que exhaló cuando puso solemnemente su enorme Biblia sobre la mesa y la cubrió con sucios billetes sacados de su cartera, producto de las transacciones del día. Por fin mandó a Hareton que se acercara.

—Lleva esto al amo, muchacho —dijo—, y quédate allí. Yo voy a subir a mi habitación. Esta madriguera no es conveniente ni decente para nosotros, tenemos que irnos y buscar otra.

—Vamos, Catherine —dije yo—, nosotras también tenemos que irnos. He terminado de planchar. ¿Está lista para marcharse?

—¡No son las ocho! —respondió, levantándose de mala gana—. Hareton, dejaré este libro sobre la chimenea y mañana traeré alguno más.

—Los libros que deje los llevaré a la sala —dijo Joseph—, y será milagroso que los encuentre de nuevo, así que haga lo que le parezca.

Cathy le amenazó con que su biblioteca pagaría por la de ella y, sonriendo según pasaba junto a Hareton, subió cantando, con el corazón más alegre, me aventuraría a decir, que había tenido jamás bajo ese techo, excepto, quizá, durante sus primeras visitas a Linton.

La intimidad, así comenzada, creció rápidamente, aunque tropezó con

interrupciones temporales. Earnshaw no se iba a civilizar con un deseo y mi señorita no era ningún filósofo, ni dechado de paciencia. Pero como las mentes de ambos tendían a un mismo objetivo... el uno amando y deseando apreciar el otro amando y deseando ser apreciado... al final se las arreglaron para alcanzarlo.

Ya ve, señor Lockwood, que era fácil ganarse el corazón de la señora Heathcliff. Pero ahora me alegro de que usted no lo intentara. La unión de ellos dos será el colmo de todos mis deseos. El día de su boda no envidiaré a nadie. ¡No habrá mujer más feliz que yo en toda Inglaterra!

CAPÍTULO XXXIII

Al día siguiente de ese lunes, puesto que Earnshaw seguía incapacitado para sus quehaceres habituales y, por tanto, permanecía en casa, rápidamente comprendí que sería imposible retener a mi pupila a mi lado como hasta entonces. Bajó antes que yo y salió al jardín, donde había visto a su primo haciendo algún trabajo ligero. Cuando fui a decirles que vinieran a desayunar, vi que le había convencido para que despejara de arbustos de grosella un gran espacio de terreno y estaban ocupados planeando juntos una importación de plantas de la Granja.

Me quedé aterrorizada ante la devastación que habían conseguido en sólo media hora. Aquellos arbustos de grosella negra eran la niña de los ojos de Joseph, y a ella se le había antojado precisamente plantar un macizo de flores, justo en medio.

—¡Vaya! Se lo enseñaré al amo en cuanto lo descubra —exclamé—. Y ¿qué excusa van a ofrecer por haberse tomado tales libertades en el jardín? ¡Buena tormenta vamos a tener por esto, ya verán! ¡Señor Hareton, me extraña que tenga tan poco juicio como para ir y armar ese desastre porque ella se lo pida!

—Se me había olvidado que eran de Joseph —respondió el chico, bastante confuso—, pero le diré que lo hice yo.

Siempre comíamos con el señor Heathcliff. Yo ocupaba el puesto de señora de la casa para hacer el té y trinchar, así que era indispensable en la mesa. Catherine se sentaba por lo general a mi lado, pero ese día se escabulló más cerca de Hareton. Pronto comprendí que no tendría más discreción en su amistad de la que había tenido cuando eran enemigos.

—Bueno, cuidado con hablar o mirar demasiado a su primo —fueron las instrucciones que le susurré al entrar en la habitación—. Seguro que enojaría al señor Heathcliff y se enfurecería con los dos.

—No voy a hacerlo —respondió.

Un minuto después se había acercado sigilosamente a él y estaba pegando prímulas en su plato de gachas de avena. Él no se atrevía a hablar con ella allí. Apenas se atrevía a mirar, pero ella siguió haciéndole bromas, hasta que por dos veces estuvo él a punto de echarse a reír. Yo fruncí el ceño y entonces ella miró hacia el amo, cuya mente estaba ocupada en otros temas distintos de las personas que le acompañaban, como se podía ver en su rostro. Se puso reflexiva un momento, observándole con profunda seriedad. Después se volvió y empezó otra vez con sus tonterías. Al fin Hareton soltó una risa sofocada. El señor Heathcliff se sobresaltó. Con una rápida mirada examinó nuestros rostros. Catherine se la sostuvo con su aire acostumbrado de nerviosismo pero de reto, que él aborrecía.

—Tienes suerte de estar fuera de mi alcance —exclamó—. ¿Qué demonio te posee para que me devuelvas la mirada continuamente con esos ojos infernales? ¡Bájalos! Y no me recuerdes más tu existencia. Creí que te había curado de reírte.

—Fui yo —murmuró Hareton.

—¿Qué dices? —preguntó el amo.

Hareton miró al plato y no repitió la confesión. El señor Heathcliff lo miró un momento y luego en silencio volvió a su desayuno y a sus interrumpidas cavilaciones. Casi habíamos terminado y los dos jóvenes prudentemente se habían separado más, así que supuse que no iba a haber más disturbios en aquella ocasión, cuando apareció Joseph en la puerta, revelando por los labios temblorosos y la mirada furiosa, que el ultraje cometido en sus preciosos arbustos había sido descubierto. Debió de haber visto a Cathy y a su primo por el sitio antes de examinarlo, pues mientras sus mandíbulas se movían como las de una vaca rumiando, lo que hacía muy difícil entender sus palabras, empezó:

—¡Tendré que cobrar mi salario y marcharme! Deseaba morirme donde había servido durante sesenta años. Había pensado llevar mis libros a la buhardilla y todas mis cosas, para dejarles a ellos la cocina y quedarme yo tranquilo. ¡Hubiera sido duro dejar mi sitio en el hogar, pero pensé que podía hacerlo! Pero ahora ella me quita el jardín, y eso, por mi vida, amo, ¡no puedo soportarlo! Dóblese usted bajo el yugo si quiere... yo no estoy acostumbrado y un viejo no se acostumbra fácilmente a nuevas cargas. ¡Antes prefiero ganarme el pan con un pico por los caminos!

—¡Bueno, bueno, idiota! —interrumpió Heathcliff—. ¡Abrevia! ¿De qué te quejas? No voy a entrometerme en las peleas entre tú y Nelly. Te puede tirar a la carbonera por lo que me importa.

—No es Nelly —respondió Joseph—. No me iría por Nelly... con todo lo mala que es. ¡Gracias a Dios no puede ensuciar el alma de nadie! Nunca fue tan guapa como para que fuera peligroso mirarla. Es esa horrible y grosera joven la que ha embrujado a nuestro chico con sus atrevidos ojos y maneras descaradas. ¡Más aún! ¡Se me parte el corazón! Ha olvidado todo lo que he hecho por él y he hecho de él, y ha arrancado toda una hilera de los mejores arbustos de grosella del jardín.

Y aquí se extendió en sus lamentos, abrumado por el sentimiento de sus amargas ofensas, y por la ingratitud de Earnshaw y su situación de peligro.

—¿Está borracho el tonto? —preguntó el señor Heathcliff—. Hareton, ¿eres tú a quien acusa?

—He arrancado dos o tres arbustos —respondió el joven—, pero los volveré a plantar.

—¿Y por qué los has arrancado? —dijo el amo.

Catherine metió imprudentemente la lengua.

—Queríamos plantar algunas flores allí —exclamó—. Soy la única culpable, porque quise que lo hiciera.

—¿Y quién diablos te dio permiso para que tocaras ni un palo de ese lugar? —preguntó su suegro muy sorprendido—. ¿Y quién te mandó a ti obedecerla? —añadió, volviéndose a Hareton.

Este último estaba mudo. Su prima replicó:

—¡No debería regatearme unas pocas yardas de tierra para adorno, cuando me ha

quitado todas mis tierras!

—¿Tus tierras, insolente desgraciada? Nunca tuviste ninguna —dijo Heathcliff.

—Y mi dinero —continuó ella, devolviéndole su colérica mirada mientras mordía una corteza de pan, el resto de su desayuno.

—¡Silencio! —exclamó—. ¡Acaba y lárgate!

—Y las tierras de Hareton y su dinero —prosiguió la osada criatura—. Hareton y yo somos amigos ahora, ¡y le contaré todo sobre usted!

El amo pareció confuso un momento. Se puso pálido y se levantó, mirándola todo el rato con una expresión de odio mortal.

—Si me pega, Hareton le pegará a usted —dijo ella—, así que vale más que se siente.

—Si Hareton no te echa de la habitación, le pegaré hasta mandarle al infierno —tronó Heathcliff—. ¡Condenada bruja! ¿Te atreves a intentar levantarlo contra mí! ¡Fuera con ella! ¿Oís? ¡Echadla a la cocina! ¡Ellen Dean, la mataré si dejas que se vuelva a presentar ante mi vista!

Hareton intentó, en voz baja, convencerla de que se fuera.

—¡Sácala a rastras! —gritó como un salvaje—. ¿Os quedáis a charlar? —y se acercó para ejecutar sus propias órdenes.

—No le obedecerá más, malvado —dijo Catherine—, y pronto le detestará tanto como yo.

—¡Calla, calla! —murmuró el joven en tono de reproche—. No quiero que le hables así. Basta.

—¿No le dejaras que me pegue? —gritó ella.

—Vamos, entonces —le susurró con impaciencia.

Era demasiado tarde. Heathcliff la había cogido.

—¡Ahora tú vete! —le dijo a Earnshaw—. ¡Maldita bruja! Esta vez me ha provocado cuando no podía aguantarlo. ¡Haré que se arrepienta para siempre!

La tenía cogida por el pelo. Hareton intentó liberar los rizos, pidiéndole que no le hiciera daño por esa vez. Sus ojos negros llameaban. Parecía dispuesto a despedazar a Catherine y a mí me tenía tan fuera de quicio como para arriesgarme a ir en su ayuda, cuando de repente sus dedos se relajaron. Cambió su garra de la cabeza al brazo y la miró fijamente a la cara. Luego se llevó la mano a los ojos, se quedó quieto un momento para reponerse al parecer y, volviéndose de nuevo a Catherine, dijo con pretendida calma:

—¡Tienes que aprender a evitar que monte en cólera o un día te mataré! Vete con la señora Dean, quédate con ella y limita tus insolencias a sus oídos. ¡En cuanto a Hareton Earnshaw, si le veo escucharte, le mandaré a buscarse el pan donde pueda encontrarlo! Tu amor le convertirá en un marginado y un mendigo. Nelly, llévatela. ¡Y dejadme todos! ¡Dejadme!

Llevé fuera a mi señorita. Estaba demasiado contenta con escapar como para resistirse. El otro la siguió y el señor Heathcliff tuvo la habitación para él sólo hasta

la comida. Yo había aconsejado a Catherine que comiera arriba, pero en cuanto notó su sitio vacío me mandó a llamarla. No habló con ninguno de nosotros, comió muy poco y después se marchó inmediatamente, insinuando que no volvería antes de la noche.

Los dos nuevos amigos se instalaron en la sala durante su ausencia. Oí entonces a Hareton poner seriamente a raya a su prima cuando ella se ofreció a revelarle la conducta de su suegro con su padre. Dijo que no permitiría que pronunciara una palabra para denigrarle, que aunque fuera el diablo, no le importaba, le defendería siempre. Y prefería que le insultara a él, como solía hacer, a que empezara con el señor Heathcliff. Catherine se estaba poniendo cada vez más enfadada por eso, pero él encontró el medio de que contuviera la lengua preguntándole si a ella le gustaría que él hablara mal de su padre. Entonces comprendió que su primo tomaba la reputación del amo como algo propio y que estaba unido a él por lazos más fuertes que los que la razón podría romper... cadenas forjadas por la costumbre, que sería cruel tratar de soltar. Ella mostró en adelante un buen corazón, evitando tanto las quejas como las expresiones de antipatía respecto a Heathcliff, y me confesó su pena por haberse empeñado en alentar animadversión entre él y Hareton, es más, no creo que desde entonces haya articulado una sílaba, en presencia del último, en contra de su opresor.

Cuando ese leve desacuerdo concluyó, volvieron a ser uña y carne y a ocuparse todo lo posible en sus distintas tareas de alumno y profesor. Fui a sentarme con ellos después de terminar mi trabajo y me sentí tan tranquilizada y aliviada al contemplarles, que no me di cuenta de cómo pasaba el tiempo. Sabe que los dos parecían, en cierto sentido, hijos míos. Hacía tiempo que estaba orgullosa de uno, y ahora, estaba segura, el otro sería fuente de igual satisfacción. Su naturaleza honrada, afectuosa e inteligente, se sacudió muy pronto las nubes de ignorancia y degradación en las que se había criado, y los sinceros elogios de Catherine actuaron como un acicate para su trabajo. Al despejarse su mente se le iluminaron las facciones y añadieron ánimo y nobleza a su aspecto. Apenas podía creer que fuera la misma persona que había visto el día que encontré a mi señorita en Cumbres Borrascosas después de su expedición al Risco. Mientras yo les admiraba y ellos trabajaban, cayó la noche y con ella volvió el amo. Se nos presentó de forma totalmente inesperada, entrando por la puerta principal y tuvo una visión plena de los tres antes de que nosotros pudiéramos levantar la cabeza para mirarle. Bueno, reflexioné, jamás hubo un espectáculo más agradable y más inocente, y sería absolutamente vergonzoso reñirles. La roja luz del fuego brillaba en sus dos bonitas cabezas y revelaba unos rostros animados por el ávido interés de los niños, pues aunque él tenía veintitrés años y ella dieciocho, cada uno de ellos tenía tantas novedades que sentir y aprender, que ni experimentaban, ni traslucían, los sentimientos de la madurez sobria y desencantada.

Los dos levantaron los ojos al mismo tiempo para encontrarse con los del señor

Heathcliff. Quizá no haya notado que sus ojos son exactamente iguales, y son los de Catherine Earnshaw. La actual Catherine no tiene otro parecido con ella, salvo lo ancho de la frente y un cierto arco de las ventanas de la nariz, que le da un aire altanero, tanto si quiere como si no. Con Hareton el parecido va más lejos. Si bien es siempre extraordinario, entonces era especialmente acusado, porque tenía los sentidos alerta y las facultades mentales despiertas por una actividad insólita. Supongo que este parecido desarmó al señor Heathcliff. Se acercó al hogar visiblemente agitado, pero pronto se calmó al mirar al joven, o yo más bien diría que la agitación había cambiado de naturaleza, porque aún seguía allí. Le cogió el libro de la mano y miró la página abierta, luego se lo devolvió sin ningún comentario, sólo hizo una señal a Catherine para que se fuera. Su compañero tardó poco en seguirla, y yo estaba a punto de marcharme también, pero me pidió que me quedara sentada.

—Es una pobre conclusión, ¿no? —observó después de meditar un rato sobre la escena que acababa de presenciar—. Un final absurdo para mis violentos esfuerzos. Me armo de picos y palancas para derribar ambas casas, me entreno para ser capaz de hacer los trabajos de Hércules y cuando todo está listo y en mi poder, me encuentro con que la voluntad de levantar una teja de cualquiera de los dos tejados se ha desvanecido. Mis viejos enemigos no me han vencido. Ahora sería el momento preciso para vengarme en sus descendientes. Podría hacerlo. Nadie podría impedírmelo. Pero ¿para qué? No tengo interés en atacar. ¡No tengo ganas de tomarme el trabajo de levantar la mano! Esto suena como si hubiera estado trabajando todo este tiempo sólo para exhibir un hermoso rasgo de magnanimidad. Está lejos de ser ése el caso. He perdido la facultad de disfrutar con su destrucción y soy demasiado perezoso para destruir por nada.

»Nelly, se acerca un extraño cambio. Estoy ahora bajo su sombra. Me interesa tan poco mi vida cotidiana, que apenas me acuerdo de comer ni beber. Esos dos que acaban de salir de la habitación son los únicos objetos que conservan para mí una apariencia material clara y esa apariencia me produce un dolor que llega a la agonía. No quiero hablar ni pensar en ella, desearía de todo corazón que fuera invisible. Su presencia sólo me conjura sensaciones enloquecedoras. Él me conmueve de forma distinta y, sin embargo, si pudiera hacerlo sin parecer un demente, no volvería a verlo jamás. Quizá me creas a punto de volverme loco —añadió, haciendo un esfuerzo por sonreír— si trato de describirte las mil formas de ideas y recuerdos pasados que él despierta o encarna. Pero tú no hablarás de lo que te cuento y mi espíritu está recluido en sí mismo de forma tan permanente, que es tentador al fin vaciarlo en otra persona.

»Hace cinco minutos Hareton parecía la personificación de mi juventud, no un ser humano. Tuve hacia él tal variedad de sentimientos que hubiera sido imposible hablarle de modo racional. En primer lugar, su sorprendente parecido con Catherine me lo relacionó terriblemente con ella. No obstante, eso, que tú puedes suponer que es lo que más poderosamente atrae mi imaginación, es en realidad lo que menos. Porque, ¿qué es lo que no me relaciona con ella?, ¿qué es lo que no me la recuerda?

¡No puedo mirar a este suelo sin que se dibujen sus rasgos en las losas! ¡En cada nube, en cada árbol —llenando el aire de la noche y vislumbrándola en cada objeto por el día—, estoy rodeado por su imagen! Los rostros más corrientes de hombres y mujeres —mis propias facciones— se burlan de mí con un parecido. ¡El mundo entero es una espantosa colección de memorias de que ella existió y de que la he perdido! Bueno, el aspecto de Hareton era el fantasma de mi amor inmortal, de mis frenéticos esfuerzos por mantener mi derecho, de mi degradación, de mi orgullo, de mi felicidad y de mi angustia.

»Pero es una locura contarte a ti todos estos pensamientos. Sólo te hará comprender por qué, con mi repugnancia a estar siempre solo, la compañía de Hareton no me aporta ningún beneficio, más bien agrava el constante tormento que sufro y, en parte, contribuye a que me sea indiferente que él y su prima anden juntos. No puedo prestarles ya más atención.

—Pero ¿qué quiere decir con un cambio, señor Heathcliff? —dije, alarmada por su actitud, aunque, en mi opinión, no corría peligro de perder el juicio ni de morir. Estaba muy fuerte y saludable y, en cuanto a su razón, desde la infancia disfrutaba alimentando ideas tenebrosas y abrigando raras fantasías. Podía tener una monomanía respecto a su desaparecido ídolo, pero en cualquier otro tema su razón estaba tan sana como la mía.

—No lo sabré hasta que llegue —dijo—. Ahora sólo soy consciente de él a medias.

—No se siente enfermo, ¿verdad? —pregunté.

—No, Nelly, no —respondió.

—Entonces, ¿no teme a la muerte? —continué.

—¿Temor? ¡No! —replicó—. No tengo ni miedo, ni presentimiento, ni esperanza de morir. ¿Por qué iba a temerla? Con mi fuerte constitución, mi sobrio modo de vida, mis ocupaciones poco peligrosas, debería permanecer y probablemente permanecerá sobre la tierra hasta que apenas me quede un pelo negro en la cabeza. ¡Y, sin embargo, no puedo seguir en este estado! Tengo que acordarme de respirar... casi tengo que recordar a mi corazón que ha de latir. Y es como enderezar un duro resorte. Sólo por obligación realizo el acto más ligero no impulsado por el único pensamiento y sólo por obligación presto atención a cualquier cosa, viva o muerta, no relacionada con la única idea universal. Tengo un solo deseo, todo mi ser y facultades anhelan alcanzarlo. Lo han anhelado durante tanto tiempo y tan firmemente, que estoy convencido de que lo alcanzaré —y pronto—, porque ha devorado mi existencia. Estoy inmerso ya en el anticipo de su cumplimiento. Mi confesión no me ha aliviado, pero puede que explique algunos cambios de humor que tengo y que de otro modo serían inexplicables. ¡Oh, Dios! ¡Qué lucha tan larga! ¡Ojalá se terminara!

Empezó a dar paseos por la habitación, murmurando para sí cosas horribles, hasta tal punto que me incliné a creer, como él mismo decía que creía Joseph, que la conciencia le había convertido el corazón en un infierno terrenal. Yo me preguntaba

seriamente cómo terminaría aquello. Aunque anteriormente rara vez había revelado aquel estado de ánimo, ni siquiera por su aspecto, se trataba de su talante habitual, para mí no había ninguna duda, pues él mismo lo había declarado. Pero por su porte nadie se lo hubiera imaginado. No lo hizo usted, señor Lockwood, cuando lo vio por primera vez, y en la época de la que le hablo estaba exactamente igual que entonces, sólo más aficionado a la continua soledad y quizá más lacónico con los que le rodeaban.

CAPÍTULO XXXIV

Durante algunos días después de aquella noche el señor Heathcliff evitó reunirse con nosotros para comer, pero no quería excluir formalmente a Hareton y a Cathy. Sentía aversión a ceder a sus sentimientos de una manera tan completa por lo que prefirió ausentarse él, y comer una vez cada veinticuatro horas le pareció sustento suficiente.

Una noche, cuando todos estaban acostados, le oí bajar y salir por la puerta principal. No le oí volver y por la mañana vi que todavía se encontraba fuera. Estábamos entonces en abril. El tiempo era suave y cálido, la hierba estaba tan verde como los chaparrones y el sol podían ponerla, y los dos manzanos enanos junto a la tapia sur se hallaban en plena floración. Después de desayunar, Catherine insistió en que sacara una silla y me sentara con mi labor bajo los abetos en el extremo de la casa, y engatusó a Hareton, que estaba completamente recuperado de su accidente, para que cavara y arreglara su jardincito, que había trasladado a aquel rincón a causa de las quejas de Joseph. Yo estaba deleitándome cómodamente con la fragancia primaveral del ambiente y con el hermoso y suave azul del cielo, cuando mi señorita, que había ido corriendo hasta la verja a coger algunas raíces de primulas para un macizo, volvió sólo con media carga y nos informó de que venía el señor Heathcliff.

—Y me ha hablado —añadió con cara de asombro.

—¿Qué te dijo? —preguntó Hareton.

—Me dijo que me largara lo más rápido que pudiera. Pero tenía un aspecto tan diferente del acostumbrado que me paré un momento a mirarle.

—¿Cómo lo tenía? —inquirió Hareton.

—Bueno, casi radiante y alegre. No, nada de casi... ¡muy excitado, frenético y contento!

—Entonces los paseos nocturnos le divierten —observé fingiendo indiferencia, aunque en realidad tan sorprendida como ella y ansiosa por comprobar la verdad de su afirmación, pues ver al amo con semblante alegre no era un espectáculo cotidiano. Inventé una excusa para entrar. Heathcliff estaba de pie en la puerta abierta, pálido y temblando, pero era cierto que tenía un extraño brillo de alegría en los ojos que alteraba el aire de todo su semblante.

—¿Quiere desayunar? —dije—. ¡Debe de estar hambriento después de andar por ahí toda la noche! Quería saber dónde había estado, pero no quise preguntárselo directamente.

—No, no tengo hambre —respondió, volviendo la cabeza y hablando con cierto desdén, como si se imaginara que estaba tratando de adivinar la causa de su buen humor.

Me quedé confusa. No sabía si sería una buena oportunidad para amonestarle un poco.

—No creo que sea bueno andar vagando al aire libre —observé en lugar de estar

en la cama. En todo caso no es prudente en esta estación húmeda. Apostaría a que cogerá usted un fuerte catarro o una calentura... ¡ya tiene usted algo de eso!

—Nada que no pueda soportar —respondió—, y aun con el mayor placer, con tal de que me dejes solo. Entra ya y no me fastidies.

Obedecí y, al pasar, noté que respiraba tan de prisa como un gato.

«¡Sí! —reflexioné para mí—. Tendremos un brote de enfermedad. No puedo entender qué ha estado haciendo».

Aquel mediodía se sentó a comer con nosotros y recibió de mi mano un plato bien lleno, como si quisiera compensar su ayuno anterior.

—No tengo catarro ni fiebre, Nelly —observó, en alusión a mis palabras de la mañana—, y estoy dispuesto a hacer justicia a la comida que me das.

Cogió su cuchillo y su tenedor y, cuando iba a empezar a comer, pareció que de repente se le había quitado el apetito. Los dejó sobre la mesa, miró con ansiedad hacia la ventana, y luego se levantó y salió. Le vimos andar de un lado a otro del jardín mientras terminábamos nuestra comida, y Earnshaw dijo que iría a preguntarle por qué no comía, pues creía que le habíamos apenado de alguna manera.

—Bueno, ¿viene? —exclamó Catherine cuando volvió su primo.

—No —respondió—, pero no está enfadado. Parecía raro y contento de verdad. Sólo se impacientó porque le hablé dos veces. Entonces me dijo que viniera contigo. Le sorprendía que yo pudiera querer la compañía de ninguna otra persona.

Puse su plato en el guardafuegos para que se mantuviera caliente y volvió al cabo de una hora o dos, cuando la habitación estaba despejada, pero él de ningún modo más tranquilo. La misma expresión antinatural —porque era antinatural— de alegría bajo sus cejas negras, el mismo color exangüe, dejando ver los dientes, de vez en cuando, en una especie de sonrisa. Le temblaba el cuerpo, no como se tiembla de frío o de debilidad, sino como vibra una cuerda muy tensa... un intenso estremecimiento más que un temblor.

«Le preguntaré qué le pasa —pensé yo—, si no ¿quién se lo va a preguntar?».

—¿Ha tenido alguna buena noticia, señor Heathcliff? —exclamé—. Parece más animado que de costumbre.

—¿De dónde me van a venir a mí las buenas noticias? —dijo—. Estoy animado de hambre y, según parece, no debo comer.

—Su comida está aquí —repliqué—, ¿por qué no la toma?

—No la quiero ahora —murmuró apresuradamente—. Esperaré a la cena. Y, Nelly, una vez por todas, te ruego que adviertas a Hareton y a la otra que se alejen de mí. No quiero que nadie me moleste. Quiero tener esta habitación para mí solo.

—¿Hay alguna nueva razón para este destierro? —pregunté—. Dígame por qué está usted tan raro, señor Heathcliff. ¿Dónde estuvo anoche? No le hago la pregunta por vana curiosidad, sino que...

—Me lo preguntas por una curiosidad muy vana —me interrumpió riéndose—. No obstante, te responderé. Anoche estuve en el umbral del infierno. Hoy estoy

avistando mi cielo. Tengo los ojos puestos en él. ¡Apenas tres pies me separan de él! ¡Y ahora, vale más que te vayas! No verás ni oirás nada que te asuste si te abstienes de fisgonear.

Una vez barrido el hogar y limpiada la mesa, me fui más perpleja que nunca.

Aquella tarde no volvió a abandonar la sala, ni nadie turbó su soledad, hasta que, a las ocho, juzgue conveniente, aunque no me lo mandara, llevarle una vela y la cena. Estaba apoyado en el antepecho de una ventana abierta, pero no mirando hacia afuera, sino con el rostro vuelto hacia la penumbra interior. El fuego se había quedado en cenizas. Llenaba la estancia el aire húmedo y templado de la tarde nublada y era tal el silencio que, no sólo se distinguía el murmullo del arroyo que bajaba hacia Gimmerton, sino sus ondas y gorgoteos sobre los guijarros, o entre las grandes piedras que no llegaba a cubrir. Solté una exclamación de disgusto al ver el fuego tan mortecino y empecé a cerrar las ventanas una tras otra, hasta que llegué a la suya.

—¿Cierro ésta? —pregunté para despertar su atención, pues no se movía.

La luz destelló en su rostro mientras yo hablaba. ¡Oh, señor Lockwood, no puedo expresar el terrible sobresalto que me dio aquella efímera visión! ¡Aquellos profundos ojos negros! ¡Aquella sonrisa y palidez espectral! A mí me pareció, no el señor Heathcliff, sino un duende y, aterrorizada, incliné la vela hacia la pared y me dejó a oscuras.

—Sí, ciérrala —respondió en la voz que me era familiar—. ¡Vaya, eso sí que es torpeza! ¿Por qué pones la vela horizontal? Corre a traer otra.

Salí precipitadamente en un estado de terror insensato y le dije a Joseph:

—El amo quiere que le lleve una vela y le vuelva a encender el fuego.

Pues yo no me atrevía a entrar de nuevo allí en aquel momento.

Joseph recogió unas brasas en la pala y fue, pero volvió inmediatamente con ella y con la bandeja de la cena en la otra mano, diciendo que el señor Heathcliff se iba a la cama y no quería nada de comer hasta la mañana. Le oímos subir la escalera de inmediato. No se dirigió a su alcoba acostumbrada, sino que se metió en ésta de la cama de los paneles. Su ventana, como ya indique, es lo bastante ancha para que cualquiera pase por ella, y se me ocurrió que planeaba otra excursión nocturna de la que prefería que no sospecháramos.

«¿Será un demonio necrófago o un vampiro?» —cavilaba yo, pues había leído sobre esos odiosos demonios encarnados. Luego me puse a pensar cómo le había cuidado en su infancia, le había visto hacerse un adolescente y había seguido el curso de casi toda su vida, y que absurda tontería resultaba ceder a esa sensación de terror. «Pero ¿de dónde procedía aquella negra criatura recogida por un buen hombre para su ruina?», me murmuraba la superstición mientras caía, adormilada, en la inconsciencia. Empecé, medio soñando, a afanarme en imaginar algún parentesco adecuado para él y, repitiendo mis meditaciones de cuando estoy despierta, volví a trazar toda su existencia con tristes variantes. Me representé al fin su muerte y su

entierro, del cual todo lo que puedo recordar es que estaba yo muy enojada al corresponderme la tarea de dictar una inscripción para su tumba, y consultaba al enterrador, y como no tenía apellido y no sabíamos su edad, tuvimos que contentarnos con una sola palabra: «Heathcliff». Esto resultó ser verdad. Fue lo que tuvimos que hacer. Si entra usted en el cementerio, leerá en su lápida sólo eso y la fecha de su muerte.

El amanecer me devolvió el sentido común. Me levanté y en cuanto pude ver salí al jardín a comprobar si había huellas de pisadas bajo su ventana. No había ninguna. «Se ha quedado en casa —pensé—, hoy estará bien». Preparé el desayuno para todos como era mi costumbre, pero dije a Hareton y a Catherine que tomaran el suyo antes de que bajara el amo, pues se había acostado tarde. Prefirieron desayunar al aire libre bajo los árboles y les puse una mesita para acomodarlos.

Al volver a entrar me encontré al señor Heathcliff abajo. Él y Joseph estaban conversando sobre asuntos de labranza. Daba instrucciones claras y minuciosas sobre lo tratado, pero hablaba deprisa, volvía continuamente la cabeza y tenía la misma expresión excitada, incluso más exagerada. Cuando Joseph salió de la habitación, ocupó su sitio acostumbrado y yo le puse delante un tazón de café. Él lo acercó, y luego apoyó los brazos sobre la mesa y miró a la pared opuesta, como yo suponía, examinando una parte concreta, arriba y abajo, con ojos brillantes e inquietos y con un interés tan intenso que estuvo sin respirar medio minuto.

—Vamos —exclamé, poniéndole en la mano un trozo de pan—. Coma y beba esto mientras esté caliente, lleva esperando casi una hora.

No me hizo caso, pero sonrió. Hubiera preferido verle rechinar los dientes que sonreír así.

—¡Señor Heathcliff! ¡Amo! —grité—. Por amor de Dios. No mire así, como si contemplara una visión sobrenatural.

—Por amor de Dios, no grites tanto —replicó—. Date la vuelta y dime si estamos solos.

—Desde luego —fue mi respuesta—. Desde luego que estamos solos.

De todas formas le obedecí involuntariamente, como si no estuviera del todo segura. Con un movimiento de la mano apartó las cosas del desayuno dejando ante sí un espacio vacío y se inclinó hacia adelante para mirar más a gusto.

Pues bien, comprendí que no miraba a la pared, porque cuando le contemplaba a él solo, parecía exactamente como si mirase a algo que estuviera a dos yardas de distancia. Y, fuera lo que fuera, al parecer, le comunicaba tanto un placer como un dolor sumamente exquisitos. Al menos, la expresión angustiada y, a pesar de todo, extasiada, de su semblante, sugería esa idea. El objeto imaginado no se mantenía fijo. Sus ojos lo perseguían con diligencia infatigable y, ni siquiera cuando me hablaba, los separaba de él. En vano le recordaba yo su prolongado ayuno. Si se movía para tocar algo obedeciendo a mis súplicas, si alargaba la mano para coger un trozo de pan, sus dedos se cerraban antes de alcanzarlo y se quedaban sobre la mesa olvidados de su

objetivo.

Yo, todo un modelo de paciencia, seguí sentada tratando de atraer su ensimismada atención sacándolo de sus absortas meditaciones, hasta que se irritó, se puso en pie, y me preguntó por qué no le dejaba escoger las horas de sus comidas, y me dijo que la próxima vez no necesitaba servirle, podía dejar las cosas y marcharme. Dicho esto salió de casa, caminó despacio por el sendero del jardín y desapareció por la verja.

Las horas pasaban angustiosamente. Llegó otra noche. No me retiré a descansar hasta tarde, y cuando lo hice no pude dormir. Regresó después de medianoche, pero en lugar de ir a la cama, se encerró en la habitación de abajo. Yo escuché y di vueltas por mi cuarto, finalmente me vestí y bajé. Era demasiado molesto estar allí acostada, atormentándome la cabeza con cientos de vanos celos.

Distinguí los pasos de Heathcliff repasando inquietos el suelo, y a menudo rompía el silencio con una inspiración profunda, parecida a un gemido. Murmuraba también palabras sueltas, lo único que pude captar fue el nombre de Catherine emparejado con alguna loca expresión de amor o de sufrimiento, y dichas como si hablara a alguien presente: en voz baja y seria, y arrancándolas de las profundidades de su alma. No tuve valor para entrar directamente en la habitación, pero quería sacarle de su ensimismamiento, por tanto, me metí con el fuego de la cocina, lo removí y empecé a escarbar las cenizas. Esto le atrajo antes de lo que esperaba. Abrió la puerta inmediatamente y dijo:

—Nelly, ven aquí... ¿es ya la mañana? Entra con tu luz.

—Están dando las cuatro —respondí—. Necesita una vela para llevarla arriba. Podía haber encendido una en este fuego.

—No, no quiero subir —dijo—. Entra, enciéndeme un fuego, y haz lo que haya que hacer en la habitación.

—Tengo que soplar para poner los carbones al rojo vivo primero, antes de que pueda llevarle ninguno —respondí, cogiendo una silla y el fuelle.

Entretanto, andaba de un lado para otro en un estado muy próximo a la locura. Sus hondos suspiros se sucedían con tanta frecuencia que no dejaban espacio para una respiración normal entre uno y otro.

—Al amanecer mandaré a buscar a Green —dijo—. Quiero hacerle algunas preguntas legales mientras pueda prestar atención a esos asuntos y pueda actuar con calma. Aún no he redactado mi testamento, y me resulta imposible decidir cómo dejar mis bienes. Ojalá pudiera hacerlos desaparecer de la faz de la tierra.

—No hable usted así, señor Heathcliff —interrumpí—. Déjese de testamento por algún tiempo, aún podrá arrepentirse de sus muchas injusticias. Nunca pensé que sus nervios se trastornaran, ahora lo están, de forma portentosa, además, y casi enteramente por su culpa. La manera como ha pasado estos tres últimos días podría derribar a un titán. Tome algo de alimento y repose. Sólo necesita mirarse en un espejo para ver cómo necesita ambas cosas. Tiene las mejillas hundidas y los ojos ensangrentados, como una persona que se muere de hambre y que se queda ciega por

falta de sueño.

—No es culpa mía si no puedo comer ni descansar —respondió—. Te aseguro que no se debe a ningún plan establecido. Haré las dos cosas tan pronto como pueda. Pero lo mismo podrías decir a un hombre luchando en el agua, que descansara a una brazada de la orilla. Tengo que alcanzarla primero y después descansaré. Bueno, dejemos al señor Green, en cuanto a arrepentirme de mis injusticias, no he cometido ninguna y no me arrepiento de nada. Soy demasiado feliz, y, sin embargo, no lo suficiente. La dicha de mi alma me mata el cuerpo, pero no se satisface.

—¿Feliz, amo? —exclamé—. ¡Extraña felicidad! Si me escuchara sin enfadarse, le daría algún consejo que le haría más feliz.

—¿Qué es? —preguntó—. ¡Dámelo!

—Usted sabe, señor Heatcliff —le dije—, que desde que tenía trece años ha llevado una vida egoísta y nada cristiana, probablemente apenas ha tenido una Biblia en sus manos en todo este tiempo. Debe de haber olvidado el contenido del libro y puede que ahora no sepa dónde buscarlo. ¿Qué mal habría en mandar venir a alguien —algún ministro de cualquier iglesia, no importa cuál—, para que se lo explique y le muestre cuánto se ha alejado de sus preceptos y lo mal preparado que está para el cielo, a menos que cambie antes de morir?

—Estoy más agradecido que enfadado, Nelly —dijo—, pues me has recordado la manera en que deseo que me entierren. Han de llevarme al cementerio por la noche. Tú y Hareton podéis acompañarme si queréis, y procura especialmente observar que el sepulturero obedezca mis instrucciones respecto a los dos ataúdes. No hace falta que vaya ningún sacerdote, ni tampoco que digan nada sobre mi cuerpo. Te aseguro que yo casi he alcanzado mi cielo y que el de los demás ni tiene ningún valor para mí ni suspiro por él.

—Y suponiendo que perseverara en su obstinado ayuno y muriera por esa causa, y se negaran a enterrarle en el recinto de la iglesia —dije, impresionada por su descreída indiferencia—, ¿qué le parecería?

—No lo harán —respondió—, y si lo hicieran, tendrás que hacer que me trasladen en secreto. ¡Si no lo haces comprobarás en la práctica que los muertos no son aniquilados!

En cuanto oyó moverse a los demás miembros de la familia, se retiró a su guarida y yo respiré con más libertad. Pero, por la tarde, mientras Joseph y Hareton estaban en su trabajo, entró en la cocina de nuevo y, con aspecto frenético, me pidió que fuera a sentarme en la sala. Quería alguien con él. Rehusé diciéndole claramente que su extraña conversación y maneras me asustaban y que no tenía ni valor ni ganas de hacerle compañía yo sola.

—Creo que me consideras un demonio —dijo, con su risa siniestra—. Un ser demasiado horrible para vivir bajo un techo honrado. —Luego, volviéndose a Catherine, que estaba allí y se puso detrás de mí al acercarse él, añadió, medio burlándose—. ¿Quieres venir, querida? No te haré daño. ¡No!, para ti me he

convertido en algo peor que el diablo. Bueno, hay una que no rehuirá mi compañía. ¡Por Dios! Es implacable. ¡Oh, maldita sea! Es indeciblemente demasiado para que lo soporten carne y sangre... incluso las mías.

No solicitó la compañía de nadie más. Al anochecer se metió en su alcoba. Durante toda la noche y muy entrada la mañana le oímos quejarse y murmurar para sí. Hareton estaba impaciente por entrar, pero yo le pedí que fuera a buscar al señor Kenneth, que era él quien debía entrar a verle. Cuando llegó y yo pedí permiso para entrar y traté de abrir la puerta, la encontré cerrada. Heathcliff nos mandó al diablo. Estaba mejor y quería que le dejaran solo. Así que el médico se marchó.

La noche siguiente fue muy lluviosa. En realidad estuvo lloviendo a cántaros hasta que amaneció, y cuando daba mi vuelta matutina alrededor de la casa, vi que la ventana del amo estaba abierta, batiendo, y la lluvia entraba directamente. «No puede estar en la cama —pensé—, esos chaparrones le empaparían por completo. Debe de estar levantado, o fuera. Pero no le daré más vueltas, entraré decididamente a ver».

Una vez que conseguí entrar con otra llave, corrí a abrir los tableros, pues la alcoba estaba vacía. Los aparté rápidamente y miré adentro. Allí estaba el señor Heathcliff... tendido boca arriba. Sus ojos enfrentaron los míos con tanta agudeza y ferocidad que me sobresalté, además parecía sonreír. No podía creer que estuviera muerto, pero tenía la cara y el cuello llenos de agua, las ropas de cama chorreaban y él estaba completamente inmóvil. La ventana, batiendo de un lado a otro, le había hecho un roce en la mano que descansaba en el antepecho, no salía sangre de la piel raspada, pero cuando la toqué, no tuve ya más dudas: ¡estaba muerto y rígido!

Sujeté la ventana, le aparté de la frente el pelo largo y negro, intenté cerrarle los ojos para hacer desaparecer, si era posible, aquella terrible y viva mirada de júbilo, antes de que nadie pudiera verla. No se cerraban. Parecían burlarse de mis esfuerzos. ¡Y los labios entreabiertos y los dientes blancos y afilados también se burlaban! Presa de otro ataque de cobardía, llamé a Joseph a voces. Joseph llegó arrastrando los pies e hizo ruido, pero se negó resueltamente a tocarle.

—El diablo se ha llevado su alma —exclamó— y, por lo que a mí concierne, debe llevarse el cadáver también. ¡Vaya, qué malvado parece sonriendo a la muerte!

Y el viejo pecador sonreía burlándose. Creí que se proponía bailar alrededor del lecho, pero, calmándose de repente, cayó de rodillas, levantó las manos y dio gracias porque el amo legítimo y el antiguo linaje fueran restaurados en sus derechos.

Me quedé aturdida por el horrible acontecimiento y mi memoria, inevitablemente, volvía una y otra vez a tiempos pasados con una especie de tristeza opresiva. Pero, el pobre Hareton, el más perjudicado, fue el único que de verdad sufrió mucho. Estuvo sentado junto al cadáver toda la noche, llorando con amarga seriedad. Le cogía la mano, le besaba el rostro, sarcástico y feroz, que todos los demás evitaban contemplar, y le lloraba con ese intenso dolor que brota naturalmente de un corazón generoso, aunque sea duro como templado acero.

El señor Kenneth estaba desconcertado en el momento de declarar de qué

enfermedad había muerto el amo. Yo le oculté el hecho de que no había comido nada en cuatro días, temiendo que pudiera traernos problemas, además, estoy convencida de que no ayunó a propósito. Fue la consecuencia de su extraña enfermedad, no la causa.

Le enterramos, para escándalo de todo el vecindario, como deseaba. Earnshaw y yo, el sepulturero y seis hombres para llevar el ataúd, constituimos todo el acompañamiento. Los seis hombres se marcharon cuando lo hubieron bajado a la fosa. Nosotros nos quedamos hasta verla cubierta. Hareton, con la cara bañada en lágrimas, arrancó algunas matas verdes y las puso él mismo sobre el pardo montículo. Ahora está tan liso y verde como el de sus vecinos... y espero que su ocupante duerma tan profundamente como ellos. Pero la gente de la comarca, si les pregunta, jurará sobre la Biblia que él anda. Hay quienes dicen que se lo han encontrado cerca de la iglesia, y en el páramo, y aun dentro de esta casa. Fábulas, dirá usted, y eso mismo digo yo. Sin embargo, ese viejo que está junto al fuego de la cocina afirma que ha visto a los dos mirando por la ventana de su alcoba, todas las noches de lluvia desde que murió. Y a mí me sucedió una cosa rara hace un mes. Me dirigía a la Granja una tarde —una tarde oscura que amenazaba tormenta—, y justo al doblar las Cumbres me encontré con un niño que llevaba una oveja y dos corderos delante de él. Estaba llorando desconsoladamente, y supuse que los corderos eran juguetones y que no se dejaban guiar.

—¿Qué pasa, jovencito?

—Están Heathcliff y una mujer, allí, bajo la cima de brezo —gimoteó— y no me atrevo a pasarlos.

No vi nada, pero ni él ni la oveja seguían, así que le dije que tomara el camino de más abajo. Probablemente creó los fantasmas al pensar, mientras cruzaba solo los páramos, en las tonterías que había oído repetir a sus padres y compañeros. Pero aun así, ahora no me gusta estar fuera de casa de noche, y no me gusta quedarme sola en esta casa tan sombría. No lo puedo evitar. Me alegraré el día que la dejen y se trasladen a la Granja.

—Entonces, ¿se van a la Granja?

—Sí —respondió la señora Dean—, en cuanto se casen, y eso será el día de Año Nuevo.

—¿Quién vivirá aquí entonces?

Bueno, Joseph cuidará de la casa, y quizá un mozo para que le acompañe. Vivirán en la cocina y el resto se cerrará.

—¿Para uso de los fantasmas que decidan habitar en ella? —observé yo.

—No, señor Lockwood —dijo Nelly, negando con la cabeza—. Creo que los muertos están en paz. Pero no está bien hablar de ellos con ligereza.

En aquel momento se abrió la verja del jardín, los paseantes estaban de vuelta.

—Ellos no le tienen miedo a nada —refunfuñó, viéndoles acercarse por la ventana—. Juntos desafiarían a Satanás y a todas sus legiones.

Cuando pisaron el umbral y se pararon a echar el último vistazo a la luna —o más exactamente para mirarse el uno al otro a su luz—, me sentí impulsado de manera irresistible a evitarlos de nuevo y, poniendo un recuerdo en la mano de la señora Dean y sin hacer caso de sus protestas por mi descortesía, desaparecí por la cocina en el momento que abrían la puerta de la sala. Y de esa forma habría confirmado a Joseph en su opinión respecto de las alegres indiscreciones de su compañera de servicio, si no me hubiera tenido afortunadamente por una persona respetable gracias al dulce tintineo de un soberano caído a sus pies.

Mi regreso a casa se retrasó porque me desvié en dirección a la iglesia. Cuando estuve bajo sus muros vi lo que había avanzado la ruina, aun en siete meses. Muchas ventanas mostraban huecos negros al faltarles los cristales y las tejas de pizarra sobresalían, acá y allá, de la línea del tejado para resultar gradualmente desprendidas con las próximas tormentas otoñales.

Busqué, y pronto descubrí, las tres lápidas en la ladera junto al páramo. La del medio, gris y medio enterrada en brezos. Sólo la de Edgar Linton armonizaba con el césped y el musgo que crecía al pie. La de Heathcliff estaba aún desnuda.

Me demoré en torno a ellas bajo aquel cielo benigno. Contemplé las mariposas revoloteando entre brezos y campánulas, escuché la suave brisa que soplaba por la hierba, y me pregunté cómo nadie podía imaginar sueños inquietos a los que duermen bajo una tierra tan serena.

FIN



Poetisa y novelista británica autora de una única y extraordinaria novela que le dio celebridad, *Cumbres borrascosas* (1847), considerada una de las mejores narraciones en lengua inglesa y la obra maestra de la narrativa romántica victoriana.

Emily Brontë nació el 30 de julio de 1818 en Thornton, cerca de Bradford, Yorkshire (Inglaterra). Era la quinta de seis hermanos: Elizabeth y Maria, que murieron muy jóvenes; las también escritoras Charlotte y Anne Brontë (autoras respectivas de las novelas *Jane Eyre* y *Agnes Grey*), y un hermano, Patrick Branwell, con el cual escribió junto a sus hermanas una larga colección de textos en los primeros años de sus vidas.

En 1820 la familia se traslada al hoy famoso Haworth, lugar donde su padre, el sacerdote irlandés Patrick Brontë, fue nombrado rector, cargo que desempeñó hasta su muerte. Su madre, Maria, murió cuando aún era niña, el 21 de septiembre de 1821. En agosto de 1824, Charlotte y Emily fueron enviadas con sus hermanas mayores, María y Elizabeth, al colegio de Clergy Daughters, en Cowan Bridge (Lancashire), donde éstas últimas cayeron enfermas de tuberculosis. En este colegio se inspiró Charlotte Brontë para describir el siniestro colegio Lowood que aparece en su novela *Jane Eyre*. María y Elizabeth volvieron enfermas a Haworth y murieron de tuberculosis en 1825. Por este motivo, y por las pésimas condiciones del colegio, la familia sacó a Charlotte y a Emily del internado.

Emily compartía la pasión por la poesía y la lectura con sus dos hermanas: Charlotte, más serenamente romántica y sutilmente irónica, y Anne, apacible y dulce. Durante

una infancia aislada dentro de los muros de una rectoría inglesa, Ann, Charlotte y Emily Brontë se entretenían creando historias acerca de reinos imposibles de ultramar, con sus historias, intrigas y traiciones, a los que llamaron Gondal y Angria. De las crónicas de los reinos imaginarios de Angria, de Charlotte y Patrick Branwell, se conservan un centenar de cuadernos escritos a mano e iniciados en 1829, mientras que de las de Gondal, propiedad de Emily y Anne e iniciados en 1831, no se conserva nada a excepción de algunos poemas de Emily.

Emily no salió de su hogar en casi toda su existencia, con la excepción de una breve estancia en 1838 en Law Hill School, en Halifax, trabajando como institutriz, y de un viaje realizado en 1842 a Bruselas (Bélgica) junto a su hermana Charlotte para estudiar en un colegio privado música y lenguas extranjeras. Esta última estancia sería solo de varios meses, hasta que la muerte de su tía la hizo volver a Inglaterra. Emily se quedó a partir de entonces como administradora de la casa familiar.

Pero la gran preocupación de sus últimos años fue el cuidado de Patrick, que resultó la «oveja negra» de la familia. Fracasado en la pintura, despedido del modesto empleo que había logrado en las oficinas del ferrocarril y expulsado de la escribanía de un tal Mr. Robinson por cortejar a su esposa, Patrick fue realmente la cruz de Emily. La adicción a la bebida fue extrema en los últimos años, añadiéndole además el consumo indiscriminado de opio. Emily, aunque severa, de temperamento intransigente y poco efusiva, le atendió siempre con una paciencia y una abnegación ejemplares. Permanecía siempre en pie hasta que Patrick, ebrio y desvariando regresaba al hogar —lo que ocurría con frecuencia a altas horas de la noche— para ayudarlo a acostarse. Parece que muchas páginas de *Cumbres borrascosas* y algunos de sus poemas fueron escritos durante estas vigiliadas.

En 1846, Charlotte descubre por casualidad las poesías que escribía su hermana Emily. Las tres hermanas Brontë decidieron entonces publicar un libro de poesía conjunto titulado *Poesías de Curre, Ellis y Acton Bell*. Para evitar los prejuicios sobre las mujeres escritoras, las tres utilizaron seudónimos masculinos. Las poesías de Emily son incomparablemente las mejores del tomo, no cabiendo duda de que es una de las mejores poetisas de Inglaterra. Las de Anne, aunque no de tan alto nivel, son también superiores a las de Charlotte, cuyo talento era esencialmente novelesco. Sólo se vendieron dos ejemplares del libro, que pasó inadvertido; pero las Brontë no se desanimaron por ello y decidieron escribir una novela cada una.

En 1847 publica, bajo el seudónimo de Ellis Bell, la novela *Cumbres borrascosas* (*Wuthering Heights*), que se ha convertido en un clásico de la literatura inglesa a pesar de que inicialmente, debido a su innovadora estructura, desconcertó a los críticos. Atravesada por pasiones incontroladas y una atmósfera romántica y sobrecogedora, esta novela se ha convertido en un clásico de la novela gótica.

Al igual que la de sus hermanas, la salud de Emily fue siempre muy delicada. Murió

el 19 de diciembre de 1848 de tuberculosis a la temprana edad de 30 años, tras haber contraído un resfriado en septiembre en el funeral de su hermano. Fue enterrada en la iglesia de San Miguel de Todos los Santos en Haworth, West Yorkshire, Inglaterra.

Notas

[0] *Aconsejamos a los lectores que no conozcan los pormenores y el desenlace de esta historia, que lean esta introducción una vez acabada la novela. <<*

[1] H. P. Lovecraft, *El horror en la literatura* (traducción de Francisco Torres Oliver), Alianza Editorial S.A., Col. El Libro de Bolsillo, Madrid, 1984. Págs. 41-42. <<

[2] Jacques Blondel, *Emily Brontë. Experience spirituelle et création poétique*, P.U.F., Paris, 1955. Pág. 386. <<

[3] Georges Bataille, *La literatura y el mal*, Taurus Ediciones S.A., Col. Ser y Tiempo, Madrid, 1971. Págs. 39-40. <<

[4] Por ejemplo: ¿mató Charlotte Brontë a sus dos hermanas escritoras? Tal es la audaz sospecha de James Tully, criminólogo británico especialista en venenos del siglo XIX y conocido por haber publicado en 1997 un célebre libro sobre Jack el Destripador, *The Secret of Prisoner 1167: Was This Manjark the Ripper? (True Stories)* (Constable Robinson, 1998). La publicación en agosto de 2000 de *The Crimes of Charlotte Brontë: The Secrets of a Mysterious Family: A Novel* (Carroll & Graf Publishers) despertó no poca sorpresa e indignación entre los expertos en literatura victoriana. El autor tomó la precaución de mezclar su investigación histórica con procedimientos de ficción. La teoría de que Charlotte Brontë fue una *serial killer* que envenenó primero a su hermano P. Branwell, y luego a sus hermanas Anne y Emily, es planteada en el libro de Tully a través del relato en primera persona de Martha, la criada de la familia Brontë, quien va registrando sus hallazgos e impresiones en una especie de diario íntimo. La criada existió y su apellido era Brown. No así el diario, dado que —tal como afirmó un periodista inglés— «es seguro que la criada ni siquiera supiese leer». En realidad, las indiscretas observaciones de Martha Brown están enmarcadas, en *The Crimes of Charlotte Brontë*, por un tal Charles Coutts, un abogado que supuestamente descubrió décadas más tarde el diario íntimo y que, haciendo las veces de *alter ego* de Tully, interrumpe el testimonio de la doncella para añadir diversas informaciones. El resultado de esta conjunción de voces narrativas es, en opinión de la crítica y escritora Carlene Bauer, «un libro esquizofrénico que alterna el melodrama gótico con la jerga universitaria que se usa hoy en día». <<

[5] Cf. *The Brontës*, por Phyllis Eleanor Bentley, Ed. Jackdaw, 1971 (Edición original: Wingate, Londres, 1849); *The Infernal World of Branwell Brontë*, por Daphne Du Maurier, Penguin Books Ltd., Londres, 1972; *Charlotte Brontë. The Evolution of Genius* (Clarendon Press, 1967); *Emily Brontë. A Biography* (Oxford University Press, 1971), y *Anne Brontë. A Biography* (Penguin Books Ltd., Londres, 1976), los tres libros escritos por Winifred Gerin; *Man of Sorrow: The Life, Letters and Times of the Rev. Patrick Brontë, 1777-1861*, por John Lock & W.T. Dixon, Ian Hodgkins Co. & Ltd., Londres, 1979. <<

[6] «Memoirs of Emily Jane Brontë by Charlotte Brontë» en *Poems by Emily and Anne Brontë*, Ed. Basil Blackwell/The Shakespeare Head Press, Oxford, 1934. Pág. 22. <<

[7] «Noticia bibliográfica de Ellis y Acton Bell» en *Cumbres Borrascosas*, CUPSA Editorial, Barcelona, 1984. Pág. 7. <<

[8] «Memoirs of Emily Jane Brontë by Charlotte Brontë», Op. cit. nº 6. Pág. 134. <<

[9] Elisabeth Gaskell, *The Life of Charlotte Brontë*, Ed. Penguin Classics, Londres, 1987. Pág. 231. <<

[10] *Emily Brontë. Poemas.* Traducción y prólogo de Rosa Castillo, ediciones Torremozas, S.L., Madrid, 1995. Según explica la traductora y prologuista de este volumen, Emily Brontë es «uno de los escritores más interesantes del siglo XIX, tanto en prosa como en verso. Su lectura no es fácil, pero sí apasionante si logramos penetrar, aunque sea por un resquicio, en su complejo “World Within” inseparablemente unido a la naturaleza en su totalidad cósmica (...) La forma externa de estos poemas es de gran musicalidad y estilo terso, pero muy sencilla y elemental en cuanto a la métrica y vocabulario». <<

[11] «Noticia bibliográfica de Ellis y Acton Bell», Op. cit. nº 7. Pág. 9. <<

[12] Anne Brontë, *La inquilina de Wildfill Hall* (traducción de Waldo Leirós Álvarez), Alba Editorial S.L., Col. Alba clásica, Barcelona, 1997. <<

[13] *Wuthering Heights and Agnes Grey, by Ellis and Acton Bell* (A New Edition With Biographical Notice of the Authors, a Selection from Literary Remains, Preface by Currer Bell). Smith, Elder & Co., London, 1850. <<

[14] *Wuthering Heights. An Authoritative Text with Essays and Criticism* (Ed. William M. Sale). W.W. Norton & Company, Inc. Col. Norton Critical Editions, Nueva York, 1963. Según mis noticias, la primera edición íntegra en castellano de *Cumbres Borrascosas* apareció en 1979, publicada por la Editorial Argos Vergara S.A. (Barcelona), con traducción de Rolando Costa Picazo. <<

[15] Emily Brontë, *Cumbres Borrascosas* (traducción de Cipriano Montoliu), Publicaciones Atenea, Vol. 13, Madrid, 1921. <<

[16] Disponible en CD: Unicorn-Kanchana UKCD 2050/1/2 (3 CD's) <<

[17] La letra de la canción dice así:

Afuera en el exterior; paramos ventosos / Rodaríamos y caeríamos a lo verde / Tú tenías un temperamento, como mis celos / Demasiado caliente, demasiado codicioso / ¿Cómo podrías dejarme? / Cuando necesito poseerte / Te odiaba, también te amaba.

Pesadillas en la noche / Me decían que iba a perder la pelea / Dejar atrás mis borrascosas, borrascosas / Cumbres borrascosas.

Heathcliff, soy yo, Cathy vuelve a casa / Tengo tanto frío, permíteme acercarme a tu ventana.

Oh, se ha puesto tan oscuro, tan solitario / Del otro lado de ti / Me aflijo, encuentro la suerte / Me caigo sin ti / Vuelve amor; cruel Heathcliff / Mi único sueño, mi único amo.

Por mucho tiempo he vagado en la noche / Vuelvo a su lado para estar bien / Vuelvo a la casa de las borrascosas, borrascosas / Cumbres borrascosas.

Heathcliff, soy yo, Cathy vuelve a casa / Tengo tanto frío, permíteme acercarme a tu ventana.

Oh, déjame tenerla, déjame arrebatarte el alma / Oh, déjame tenerla, déjame arrebatarte el alma / Sabes que soy yo, Cathy.

Heathcliff, soy yo, Cathy vuelve a casa / Tengo tanto frío, permíteme acercarme a tu ventana. <<

[18] Pablo Pérez Rubio, *El cine melodramático*, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Col. Sesión Continua, Barcelona, 2004. Pág. 178. <<

[19] Expresión tomada de Shakespeare, “Noche de Reyes, o lo que queráis”, acto II, escena IV. (N. del T.) <<

[20] Cita textual de la Biblia, Libro de Job, 7:10. La línea siguiente procede del Libro segundo de Samuel, 12:7. Las abundantes referencias a la Biblia son fácilmente reconocibles por lo que en adelante no las anotaremos. (N. del T.) <<

[21] Los cucos ponen sus huevos en los nidos de otras aves. Paralelismo con Heathcliff que, siendo ajeno a la familia, termina apropiándose de la casa. (N. del T.)

<<

[22] Balada danesa introducida en inglés por Walter Scott en su obra *La dama del lago*. (N. del T.) <<

[23] En esta ocasión se utiliza la palabra inglesa «grouse», en otros casos el texto emplea las alternativas de «heath-game» y «moor-game». Se trata de la gallinácea del género «lagopus scoticus», una variedad del género «lagopus lagopus», que es la perdiz común. (N. del T.) <<

[24] Moneda de oro que tenía el valor de una libra. Aparece de nuevo al final del último capítulo. (N. del T.) <<